

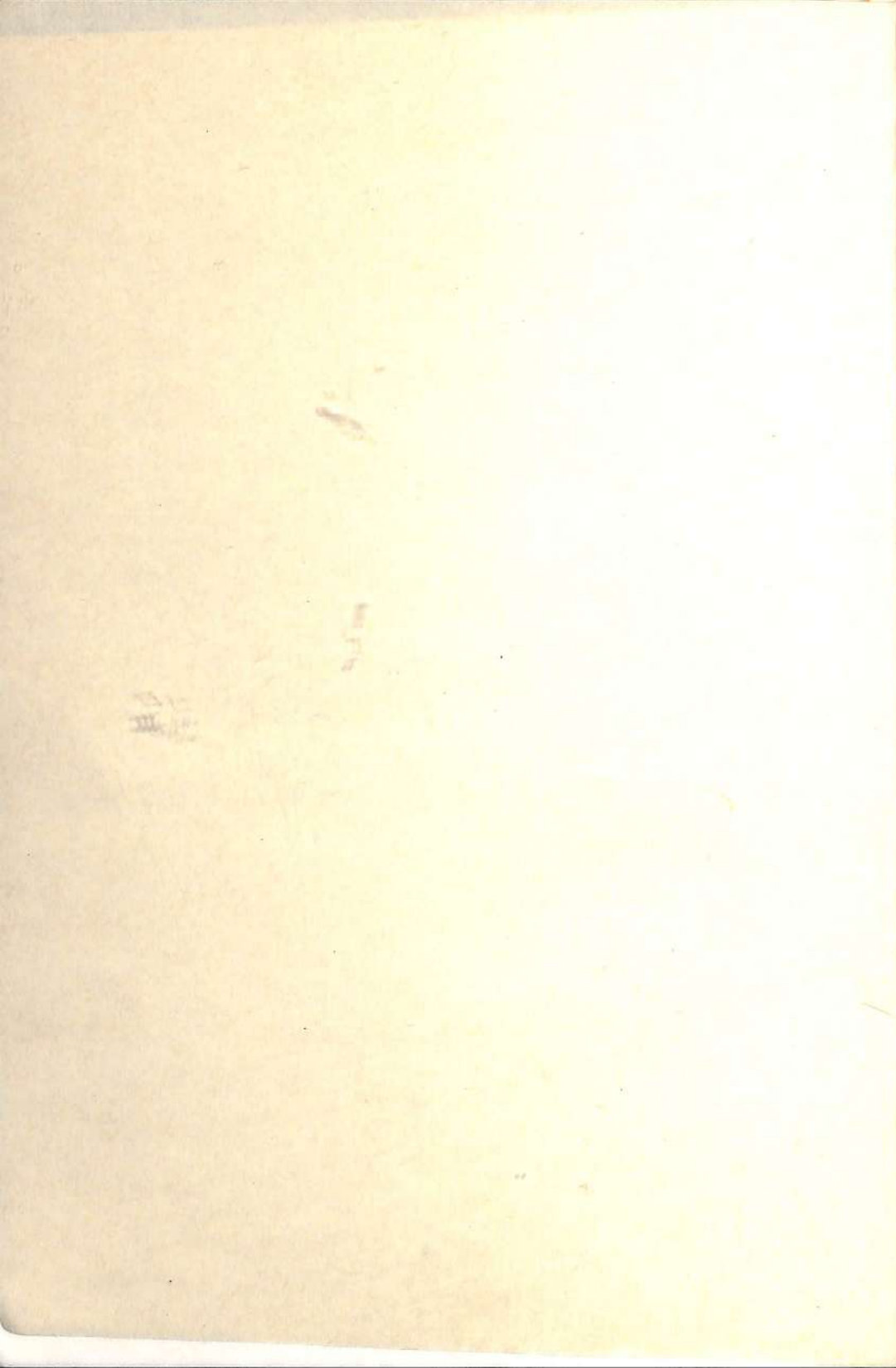
BARTOLOME DELGADO DE LEON

Y DÍGALO QUE YO LO DIJE...

Memorias de
amor y vida en el
Valle del Yaqui

que un día
me **Somora** derambar en mi escritorio.
como
uno más de los penales

Coordinador: Mayo Murrieta Saldivar



Bartolomé Delgado de León

**Y dígalo
que yo lo dije...**

**Memorias de amor y vida
en el Valle del Yaqui**

**Análisis y testimonios sobre
el periodista sonorenses de:**

Mayo Murrieta

(coordinador)

Gerardo Cornejo

Daniel Delgado

Gustavo Lorenzana

Jesús Tapia Avilés

Y dígalo que yo lo dije...
Memorias de amor y vida en el Valle del Yaqui

Ilustración de portada: "Por ti aprendí a querer":
Ofelia Murrieta

Primera edición: 1994

© Mayo Murrieta
© Gobierno del Estado de Sonora
Secretaría de Fomento y Cultura
Instituto Sonorense de Cultura

ISBN: 970-91079-2-5

Impreso en México
Printed en México

Por ese cariño interminable a:

**Carlos Hank González
Miguel Sainz López Negrete
Bernardo Elenes Habas
...A los periodistas limpios
y humildes de México**

*El periodista
cajemense.
1963.*



CONTENIDO

	Pág.
I. AGRADECIMIENTOS Y NOTA PRELIMINAR.....	7
II. CLARIDADES	13
1. PALABRAS INICIALES	
A MI PADRE: DANIEL DELGADO	15
2. TEMPLANZA: MAYO MURRIETA	20
III. "UN CASI CURRICULUM VITAE".....	37
IV. EN LA CHONA, JALISCO, MI VIEJO PUEBLO	47
V. UN PERIODISTA EN EL VALLE DEL YAQUI.....	77
VI. ¡ARRIBA CONTRERAS! PRENSA Y DEMOCRACIA EN EL YAQUI 1958-1959	109
VII. LO QUE REVUELVE EL ESTOMAGO.....	145
1. LO QUE HACE UNA CARTA: JESUS TAPIA AVILES.....	147
VIII. "DEL CASTILLO DEL ODIOS" AL "CALLEJON DEL DIABLO"	183
IX. AULAS LLENAS DE LUZ EN CAJEME	201
1. TRES BARTOLOMES DISTINTOS Y UN SOLO HOMBRE VERDADERO: GERARDO CORNEJO	203
X. JAMAS UNA AMARGURA CON LA VIDA	243
XI. ACABE DE APRENDER A VIVIR.....	283
1. BARTOLOME Y EL VERSO FRANCES: GASPAR J. JUAREZ LOPEZ	
XII. 1958: ANALISIS DE PRENSA DE UN AÑO ELECTORAL: GUSTAVO LORENZANA	323

Pioneros de las artes
gráficas en Cajeme. 1940.
Atrás pueden verse
Arturo, Alfonso y Manuel
Cañizares, fundadores de
la Imprenta Cajeme, en
1935; Francisco Aragón,
Guillermo Carvajal,
Armando Castro, Enrique
Robles Medina, el "Benja-
mín" de los periodistas.
Sentados Valentín León,
Eugenio Troncoso y José
"El Bocón", del que no se
obtuvo su apellido.

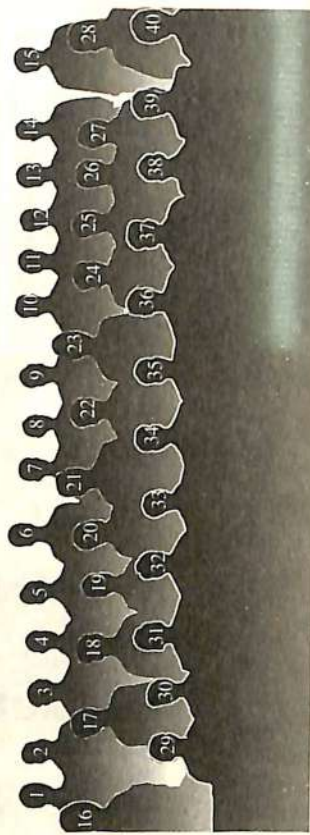
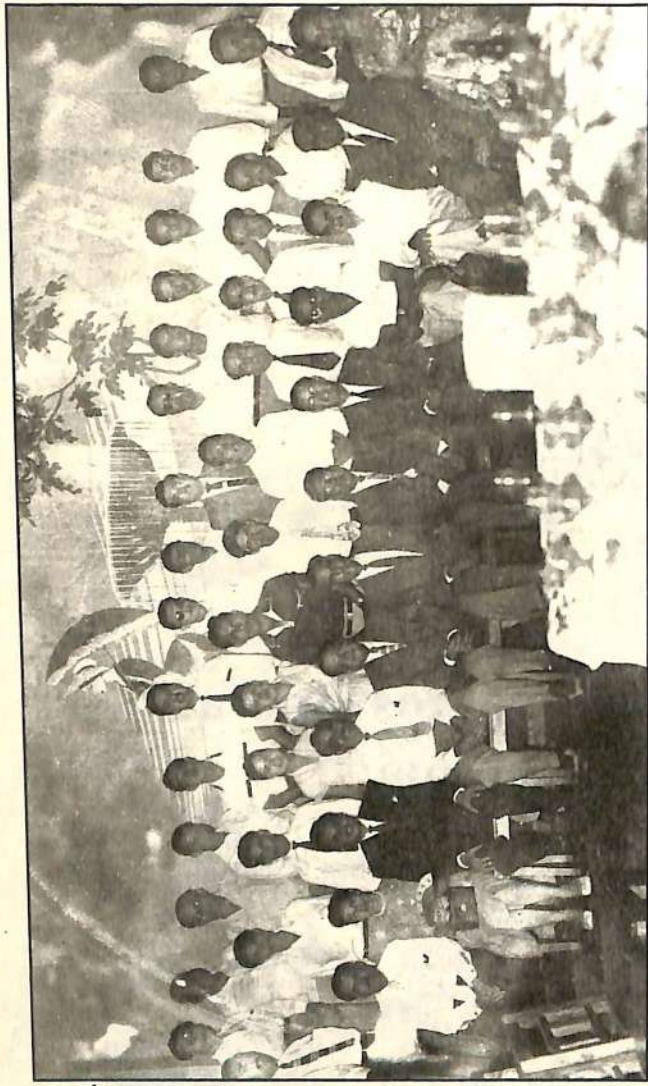


CAPITULO I

Agradecimientos y nota preliminar

**Celebración del Día de la
Libertad de Prensa, en 1956.
Hermosillo, Sonora.**

- 1.
- 2.
3. Porfirio Celedonio Guerra
4. Jesús Durán Santeliz
5. Manuel Esquer de la Barrera
6. Enguerrando Tapia Quijada
- 7.
8. Moisés "Cuervo" Zamora
9. Edmundo González
10. Teodosio Navarrete
- 11.
12. Jorge Cejudo Díaz
- 13.
14. Miguel Angel Moreno Cota
- 15.
16. Carlos "Calichi" Siqueiros
- 17.
18. Eduardo Gómez Torres
- 19.
20. Lupita Buelna
21. Humberto Galaz
- 22.
23. Antonio Galaz
24. Manuel Corral Ruiz
25. Jesús Corral Ruiz
26. Ramón Beltrán
27. Arq. Joaquín Palacios
28. José Abraham Mendivil
29. René Martínez de Castro
30. Cecilia G. de Guillarte
31. Mario Vázquez Jiménez
32. Jorge Martínez Calderón
33. José S. Healy
34. Guillermo Acedo Romero
35. Israel González
36. Refugio "Pupo" Molina
37. Heriberto Salazar
38. Rafael Vidales Tamayo
39. Carlos Balderrama



AGRADECIMIENTOS

Fue Martín Alberto Delgado quien me hizo llegar un voluminoso legajo de cuartillas escritas por su padre, el periodista cajemense Bartolomé Delgado de León, cuyo testimonio comunicador de un momento histórico de México y Sonora consideramos de interés darlo a conocer a la opinión pública y a la nueva generación de sonorenses. La veracidad de los álgidos años cincuenta y el advenimiento de la modernidad que dio término a los periodistas hechos por la propia sociedad, abatidos por la heroica difusión multimedia, es su mejor atributo.

Más tarde comentamos la idea con Manlio Fabio Beltrones, gobernador de Sonora, del que recibimos un estímulo apreciable, en memoria de su vecino el periodista, conviniendo en publicar el trabajo de recopilación y selección de los materiales que sumaban unas mil cuartillas agrietadas por el tiempo.

En el proceso construí el escenario que hubiese gustado a Bartolomé Delgado de León para escribir sus memorias de vida. Entrevisté a su compañera de siempre, Rosa Amelia Saldívar viuda de Delgado; a su amigo entrañable Manuel Burrola; al periodista capitalino Alberto Domingo, en la revista *Siempre!* A quienes lo rescataron del cerco militar y judicial en los talleres del periódico que dirigía, *Heraldo del Yaqui*: Guadalupe Ledezma y Arturo Saldívar. Desde Tijuana Humberto Navarrete envió un poema manuscrito del periodista que ilustra la portada de este libro. Bernardo Elenes Habas y Ramón Iñiguez Franco leyeron las últimas versiones del texto e hicieron aclaraciones que terminaron con muchas dudas. Una frase valedera escribió Ramón Iñiguez al final de texto: "Bartolomé bebió la cicuta de la política y sobrevivió." Nada tan certero.

Abelardo Casanova nos orientó en la peripecia editora, y Alonso Vidal en la biografía poética del autor.

José Vicente Anaya y Humberto Musacchio, escritores apasionados por su norte como tierra de origen, me señalaron alternativas para la buena terminación del trabajo. Héctor Ayala descubrió formas y recursos de escribir necesarios de conocerse del prosador. Tere Bermudes tuvo en sus manos la versión final del manuscrito y señaló que Bartolomé Delgado de León dejó de ser hombre común para convertirse en periodista y en un ser maravilloso. Los encargados de la Hemeroteca de la Univer-

sidad Nacional Autónoma de México, me facilitaron el acceso a los periódicos de la época *Ultima Hora* y *Heraldo del Yaqui*, para su consulta y reproducción.

De vivir Bartolomé Delgado de León daría a cada uno de vosotros un agradecidísimo abrazo, como fue su costumbre de hombre hecho de amor para los demás.

En su nombre y a cuenta de sus compañeros, que dieron la batalla por dignificar el periodismo sonoreño, también extendo mi mano agradecida a quienes intervinieron para que este libro diera luz.

NOTA PRELIMINAR

Los originales del periodista fueron ordenados por temas graduales en dos vertientes: escritos políticos y narrativa de vida cotidiana en el Valle del Yaqui. Desde su infancia alternada con viajes al pueblo de sus padres, Encarnación de Díaz, Jalisco-La Chona-, hasta sus años de maestro y la vida política, social y cultural de Cajeme. Descubrí a uno de los mejores cronistas de vida que ha dado Sonora, por encima de su cualidad de versificador que todos le conocemos. Es Bartolomé Delgado de León periodista, narrador y poeta singular que en este libro se convierte en modelo de comunicólogo que surge de las aulas universitarias -por su erudición identificada a su tiempo y sociedad-, y en expresión del guía popular de la identidad, arraigo y costumbrismo regionales de una cultura naciente.

Considero que la estructura temática de los contenidos, orientada a recrear la sensibilidad del lector en un pasado que le pertenece y que Bartolomé Delgado de León escribe dotándolo de vida, comprende el momento histórico del Valle del Yaqui en que su esfuerzo pionero consolida las aspiraciones de miles de migrantes que llegaron a sus tierras, los años de 1934 a 1974, defendidas como patrimonio de mexicanidad. El periodista va narrando la madurez cajemense con el vigor de un intérprete oriundo, revelador de ese esfuerzo conjunto que se convierte en símbolo nacional para los nuevos mexicanos que prohijan el fin de la centuria.

El orden de los capítulos se inspira, más que en fechas

cronológicas, en la templanza de los forjadores del Valle más ejemplar de México que siempre mostraron su pensamiento renovador y unitario ante el centralismo político y cultural que vanamente se pretendió imponerles.

Los capítulos II, VII, IX, XI y XII incorporan reflexiones y estudios sobre la vida y obra del periodista cajemense que ayudarán al lector a una mayor comprensión del libro en general. Fueron escritos por Daniel Delgado Saldivar, Mayo Murrieta, Jesús Tapia Avilés, Gerardo Cornejo, Gustavo Lorenzana y Gaspar Juárez: El título de este libro identifica la columna que redactara por muchos años, desde 1955, en el periódico *Ultima Hora*.

Cuando el 16 de enero de 1959 los jóvenes periodistas Alberto Domingo, Elvira Vargas, Raúl Prieto -Nikito Nipongo-, J. Natividad Rosales, Vicente Ortega Colunga, Rodrigo Moya, Armando Rodríguez Suárez, Mario Vázquez Jiménez y Bartolomé Delgado de León, llenaron las páginas del *Heraldo del Yaqui* para defender ante la nación entera los derechos humanos de los cajemenses, masacrados por las fuerzas represivas del Estado, convertían el sangriento episodio en una lección de dignidad de la Opinión Pública. Bartolomé Delgado de León escribió entonces que "una agresión de tal naturaleza es una agresión a la Opinión Pública de todo el país"... "Ahora están a nuestro lado los mejores, los más dignos, los más brillantes periodistas de México".

Por ese hecho protagonizado durante la reacción popular llamada "El Contrerismo", en el que abanderó los derechos ciudadanos de los cajemenses, desde los talleres del *Heraldo del Yaqui*, y por la fortaleza informativa de su periodismo incorruptible, Bartolomé Delgado de León merece llamarse Ombudsman de la Opinión Pública Sonorense.

Mayo Murrieta
Coordinador de la obra

CAPITULO II

Claridades

1. PALABRAS INICIALES A MI PADRE

- Toma este dinero, hijo, vete al cine. Descansa un poco tus nervios.

- No quiero, mamá. Ya no sé que es peor: quedarme esperando que algo pase o estar fuera de casa, preocupado con lo que pueda estar sucediendo...

De todos modos, me fui al cine. Caminé hasta el viejo cine "Cajeme", envuelto en el antiguo silencio de las tardes de domingo de Ciudad Obregón. Ni siquiera vi cuál película estaba pasando; sólo compré la entrada y me senté, disfrutando el aire acondicionado y la penumbra impensable en el verano obregonense. Bebiendo el aire frío y protegido por docenas de asientos vacíos, lloré. Lloré hasta descansar los nervios y, sin haber visto la película, salí del cine. Me devolví a casa, a seguir esperando junto a mamá.

Esperamos bastante, pero no lo suficiente. Mi padre habría de dejar pasar completamente el verano antes de dejarse morir. Tuvo la mala idea de morirse en mis brazos, cuando mis 18 años apenas empezaban a conocerlo.

Era el rostro de un desconocido. Cuando me di cuenta de eso, un verano después, me armé de valor y me puse a hurgar en el closet de la recámara, un cuarto húmedo y oscuro digno de los cuentos de Borges. Todo se amontonaba en ese cuarto: ropas nuevas y recuerdos antiguos, máquinas extrañas y olores conocidos, fotografías amarillentas y transparencias brillantes. Y periódicos. Sobre todo, pilas y pilas de periódicos.

Heraldos, Claridades, Tribunas, Diarios... En cajas y a montones descansaban los periódicos. Alguna *Ultima Hora* y uno que otro *Dictamen* o *Informador* aparecían de repente. Un día comencé a sacarlos, venciendo el miedo a las arañas y a los alacranes. Buscaba más que historia: había un hombre entre las páginas de esos periódicos; un hombre que yo no había tenido tiempo de conocer.

Comencé por los *Heraldos* más antiguos, los de los artículos aguerridos e incendiarios, oriundos de la pasión de sus treinta años. Hace algunos meses, Martín, mi hermano mayor, me confesó su asombro: "¡Ese es un papá que nunca conocí!" Curioso. A mí me dio mucho placer conocerlo, versión en prosa y en voz alta del poeta macho que tomó por amante a la palabra. ***Y dígalo que yo lo dije.*** La hombridad insólita, enraizada desde el título hasta el punto final de cada columna, intentando ser la voz de aquellos que no pueden volar. Aquella voz que se traiciona cuando calla, que se prostituye cuando se oculta: la voz de la juventud, limpia, alta y clara.

Durante el verano de 1976 transcribí artículos, editoriales y columnas. No hubo ningún plano preliminar, ni hubo criterios literarios o políticos de selección; fui transcribiendo los artículos según mis propios gustos, según los diapasones que decidían vibrar junto con su palabra, dentro de mis 18 años. Fue -ahora lo sé- una catarsis.

Y catarsis de aquellas que gruñen y ladran. No sé por dónde andaban mamá y mis hermanos menores (Martín y Leonel ya habían comenzado sus propias caminos), pero deben haber oído, de lejos, los gritos de alerta del cuervo de mi catarsis y me dejaron solo todo el verano. Sólo Jesús Antonio Salgado tuvo el valor para sentarse junto a mí y quebrar el ritmo de mi mecanografía de dos dedos. Pero no duró más que dos días: lo expulsé casi sin darme cuenta.

Terminé los *Heraldos* una tarde-noche de agosto. Salí a beber la quietud de Macondo y llegué hasta la antigua casa del periódico. A través de las ventanas aún se podían ver los viejos linotipos, las barras de plomo, las cajas de madera que tanto admiré. Dormían hacia tiempo. Habían sido como una luz de bengala, brillando valientemente en la noche invernal. Cuando mi padre dejó el *Heraldo*, morían las últimas chispas. Volvió la oscuridad. Casi nada salió de los *Claridades*. Me dolía el recuerdo de mi padre y de mi tío Roberto, dos artistas amartillados por la vida "seria", intentando ser hombres de negocios porque así lo exigía la sociedad.

Mi padre no fue un santo, me confesaron las páginas quebradizas de los periódicos que leí. Cometió errores y, a veces, se equivocó de personas. Pero nunca, nunca se arrodilló ante el dinero y mucho menos ante el poder. Cuando *Claridades* quebró y los abogados nos dejaron con poco más que las camas, no quiso verlos, no quiso darle al mundo de los negocios una importancia que no merecía. "Mi casa es mi castillo". Y nunca volvieron a entrar abogados, a menos que fuera para cantar, declamar y beber el vino que hace de las lágrimas ríos de felicidad.

Lo que el mundo perdió, lo ganamos nosotros. El ritmo tranquilizante de su máquina de escribir volvía el universo más seguro y la vida casi un juego. ¿Qué puede suceder cuando papá está en casa? ¿Qué puede faltar cuando papá está junto a ti? Es curioso que nunca nos consideráramos pobres: sólo padecíamos de una falta crónica de dinero. Supe que éramos pobres el día que Leonel le regaló a mi padre (meses y meses de su trabajo joven) un sillón acolchonado para que se sentara a escribir, substituyendo la vieja silla de madera que nunca se ablandó. Lo supe cuando Felipe de Jesús fue y volvió innumerables veces al centro, para que mamá recibiera una lavadora fiada el día de las madres. Debe haber sido falta de información: simplemente nadie nos informó que éramos pobres.

Mi padre nunca volvió a salir de casa. Me viene de entonces el cariño por los veranos, cuando leía tranquilo oyendo el murmullo de amor de él y de mamá. "Me gustas cuando despiertas porque hueles a ti". Y mamá se acurrucaba en el pecho de su amado. El mundo se llenaba de luz y todas las rosas florecían... ¡Ah, cuánto amor! ¡Mamá, cuánto amor! Tanto amor ofendería a los dioses, y el mejor lugar para guardarlo era la pequeña casa de un callejón estrecho, alejado de los ruidos del poder.

Los sueños no murieron. Los encontré plantados entre las crónicas de *Tribuna* y entre las páginas de *La Cultura en el Noroeste*. Sobrevivían a costa de dejar el mundo fuera de casa. Un mundo que caminaba cada vez más, pero que se había

vuelto menos importante que la risa de Rosalín o las travesuras de Miguel Omar.

El mundo no toleró esa humillación. Una bofetada del poder hizo a Papá sentir el sabor ácido de la desesperanza cuando se vio sin medios de ganar la vida. Vi -y destruí- un curriculum vitae (oh, invento castrante) que hizo en esos días: hablaba de sus cabellos, de sus amistades, de su amor por la Patria y por Dios... y pedía trabajo.

Las puertas del *Diario del Yaquis* se abrieron para un guerrero cansado, para reponer las fuerzas del buen combate; pero ya era muy tarde. Una mañana de final de agosto, Leonel y yo recibimos una llamada de Guadalajara: "Vengan, tal vez no lleguen a tiempo". Con Martín en Estados Unidos y los demás, aún pequeños, con mamá, nos fuimos Leonel y yo, sacando valor de nuestra compañía mutua.

Aún resistió algunas semanas. Martín y Mireya volvieron a tiempo. Mi padre abrazó a su hijo mayor interminablemente y un mes después se fue a sembrar las tierras que se encuentran más allá de los crepúsculos. "¡Traición!", gritó Bernardo Elenes ese día.

Una noche de agosto cerré el último periódico. Guardé en un cajón los artículos y, viendo los montones de periódicos ahora vacíos, se los llevé a Ramón Iñiguez Franco, para que la Biblioteca Municipal guardara los hechos. Yo ya no los necesitaba; me había adueñado de las pasiones, que es -más que sus obras- lo que define a un Hombre. Son ellas las que dicen si alguien vivió o simplemente pasó por esto que llamamos vida.

Con las pasiones de mi padre en mí, me fui de casa. Salí a sembrar mis destinos y a intentar descubrir como proteger los sueños que soñaban crecer. Aún tengo algunos que, cuando menos lo espero, salen para hacerme cantar. Así salieron en cada artículo de este libro. Así salieron cuando cerré el último periódico y dejé de llorar. Así salen, también, en esta noche de agosto que anuncia con perfume de azaleas la primavera del

hemisferio sur. Veinte años después aún guarda los sueños,
padre, tu nenito rey.

Daniel Delgado Saldivar

Invierno del hemisferio sur, 1993.

2. TEMPLANZA

Por la brecha costera de la tribu yaqui dos pequeños rebates de placa americana del estado de Arizona, levantaban nubes de polvo al acercarse a Estación Vícam. La ocupación militar había destacado varias partidas a la entrada y salida de su territorio, previniendo un alzamiento de los yaquis que bajaban de sus refugios en la sierra del Bacatete, recibida la noticia de que sus jefes Ignacio Mori y Luis Espinoza fueron encarcelados en Perote, Veracruz, en una celada del gobierno federal que les había ofrecido negociar la paz a través del comandante general Román Yocupicio. Los pueblos de Vícam y Esperanza eran los cuarteles de mayor despliegue de tropa, que a su vez los hombres yoris convertían en linderos del naciente Valle del Yaqui pronto a irrigar unas 200,000 hectáreas entre Cócorit y los médanos de isla Huivulai.

Los carros de redilas hicieron alto a la señal de dos soldados de guardia. Alejo Delgado tranquilizó a Braulia de León, su mujer, que en ese momento arrullaba a su hijo Bartolomé. Le ordenaron apagar el motor y bajarse para una inspección de la carga amontonada, al parecer con prisa por salir de un lugar ahora muy distante.

-¿De dónde vienen tan apretados?- indagó con cierto desprecio el soldado que asomándose apetecía alguno de los muebles apilados.

-De Jerome, Arizona. Hay dificultades para un hombre de trabajo en el norte- respondió seguro y animado ese hombre errante.

-Les aprevento, los yaquis andan alzados y ustedes son mucha familia. No acampen de noche, sigan de frente. Oiga, ¿y pa' dónde van?

-Al Yaqui, amigo, donde nace el valle más próspero de México. Allá está la vida para los que emigramos. Vienen muchos atrás de nosotros, en sus carros también. Usted los podrá ver-. Alejo no mentía al despedirse de aquel soldado del retén.

Al día siguiente ese buscador de minas y sembradíos norteamericanos, a los que iba para montar sus tiendas de abarrotes

para obreros migrantes, llegó a Cajeme arrojado por la crisis del otro lado, instalándose en el Plano Oriente mientras buscaba acomodo en Pueblo Yaqui. Alejo se fabricó un molino de nixtamal y a los cuatro años murió de viejo, entre los lamentos de doña Braulia que empezó a batallar con la vida haciendo crecer en buena montura a sus hijos José, Mateo, Herminia, Andrés, Bartolomé y Roberto. Los más grandes pronto acondicionaron un cuarto de adobes como su peluquería "Okey", frente a la comisaría de Pueblo Yaqui, habilitando al hermano Bartolomé como el bolero del ejido que empezó a hacerse escuchar como el "Okeicito". Los ejidatarios pasarían noches enteras en ese lugar de reunión donde los hermanos Delgado, ante la euforia campesina por el reparto agrario, tocaban piezas interminables con dedicatoria en un tocadiscos de planta de destilado, y con un micrófono esparcían las noticias inquietantes de la Segunda Guerra Mundial, en cuyos frentes los alemanes avanzaban. "Amor perdido" era la canción preferida de los enamorados del Valle. Pero el niño Bartolomé pronto quedaría más solitario después de la muerte de su padre Alejo. Sus hermanos fueron llamados por el ejército norteamericano, Mateo a Normandía y José a la sección de filmes y fotografía; desde ese entonces empezaron a escribir enviando money orders para la familia, hasta que decidieron radicar en los Estados Unidos una vez condecorados por su ejemplar servicio al triunfo de los ejércitos aliados.

"Okeicito" Delgado lustrando zapatos de ejidatario obtuvo grandes utilidades con su bojería. Llenos de vigor sembrador, los campesinos del Valle recibían grandes liquidaciones por cosecha, en pacas de billetes rojos de a peso o en talegas llenas de monedas brillantes como la piel de ternera de su calzado. Bonanza en el Yaqui. Y la rancherada escuchando las piezas de su predilección en el tocadiscos de los Delgado.

"Okeicito" era llevado a conocer familiares a La Chona, Jalisco, pueblo de cristeros que desterrara sin regreso al comerciante errabundo Alejo, su padre, a quien destruyeron su tiendón que de tanta prosperidad envidiaban rurales y alzados.

Rosa Amelia Saldivar y Bartolomé se conocieron a los doce años de edad, cursando el quinto de primaria en la escuela Miguel Hidalgo de Pueblo Yaqui. Lo miraba aplicarse ante el maestro Florencio Irineo que juntaba a los avanzados para hacer

un corro de niños a los que daba consejo: "Deben continuar estudiando, vayan a Cajeme a la secundaria". Sin embargo, el primero en tomarlo sería él mismo, pues fue llamado a desempeñarse como profesor de asignatura y allá se encontraron de nuevo Irineo y Bartolomé. Pero igualmente Rosa Amelia, que estudiaba comercio en la Escuela Espinoza, distante sólo una cuadra, de Cinco de Febrero e Hidalgo a Sinaloa y Guerrero, en el primer cuadro de la ciudad agricultora. La chamacada se veía adolescente y libre a la salida de clases en punto de mediodía.

Rosa Amelia concluyó sus estudios y obtuvo una plaza en el Banco Ejidal, en tanto Bartolomé viajaba a Guadalajara a la preparatoria de medicina, donde hacía dos años en uno. Habiendo obtenido medallas y listones tricolores como el estudiante más destacado en primaria y secundaria, por qué no intentarlo en otras y lejanas tierras. Pero ya le dolía separarse de ella, quien iba a ser la inspiración de su vida intelectual, de sus ardores íntimos de comunicador idealista. Con alguna quietud y prudencia, Bartolomé se vio sorprendido haciéndole un poema de amor. Y se los guardó, uno a uno, línea tras línea, esperando una vacación para ir a depositarlos en su regazo.

En 1946 las oficinas del Banco Ejidal de Cajeme, sitas en No Reección y Cinco de Febrero, se llenaban de un ajeteo de campesinos boletas en mano de liquidaciones de trigo, arroz y algodón. Rosa Amelia era una jovencita alegre y cordial de todos conocida por su familia pionera en el trabajo con la Compañía de los Hermanos Richardson, con su patrón, Juan Adolfo Schraidt, y por sus incursiones como solicitantes cardenistas de tierras. Ella despachaba en el mostrador a unos ejidatarios sin darse cuenta que entraba a las oficinas Bartolomé Delgado de León, todo sorprendido mirando a la masa ejidataria replegarse a los mostradores agitando sus papeles. Pero como también los conocía de mucho se abrió paso entre ellos hasta llegar a la sonriente muchacha.

-¿Cómo estás?- fue su primer saludo.

-Muy bien- respondióle ella con su habitual sonrisa.

-¿No te has casado?

-No.

"Pero si éramos amigos". Bartolomé salió de allí con su fajín de poemas amorosos a espera de la ocasión; pero encontró al profesor Lázaro Mercado que en plena calle le extendió nombra-

miento de profesor titular en la escuela secundaria, carialegre si dilataba su regreso a Guadalajara. Bartolomé se vio de pronto en la realización de su sueño: un pretexto para declarar su amor a Rosa Amelia. Y por ella aceptó el magisterio que le ofrecía uno de los más afamados preceptores de Sonora.

"Te busqué temeroso en las estrellas" fue su primer verso impaciente que le ofreció por amor el jovenzuelo maestro. La escuela había sido trasladada a orillas de Cajeme, a pie de siembra entre las cortinas de pinos que fueron mucho tiempo arrullo y guardapolvo de la ciudad. Desde ese momento de su vida, Rosa Amelia siempre lo veía escribiendo... en una toalla de mesa, en papel estrasa o de despacho, en su libreta, en hojas sueltas. En fiestas o reuniones venían a pedirle un poema que jamás rechazó para el festejado o la recién casada. Esos versos quedaron en casa de sus amigos. El poeta buscado por su pluma y por su voz.

El Club Olímpico era en Cajeme lugar de reunión obligada para iniciar una alegría amigable. Una tarde en que Rosa Amelia y compañeros del Banco despedían a Angélica García por su próximo enlace, Bartolomé se hizo el aparecido invitándola a bailar entre los gritos celosos de los muchachos del Banjidal. La tomó de las manos y sonriente le preguntó: "Cuándo vas a ser mi novia. Quiero ir a tu casa". "Allá te espero el viernes". Estaban apalabrados. Era terriblemente celoso. Con su pelo chino, abundante, su bigote cerrado, sus pasos firmes, su galanura con las mujeres y sus ojos traviosos y dulces, "me metió en sus sueños para siempre". Hallándose fríos en el Cinelandia, ante la pastosidad de Humprey Bogart y la sonrisa afilada de Gregory Peck, le compraba un cojín para la banca y luego desenvolvía una cobija arropándola con delicadeza, a espera del agasajo con chocolate caliente en la tienda del doctor Watanabe, por la calle Chihuahua muy cerca de la Galeana.

Bartolomé se reunía con sus amigos Gabriel Villegas, Francisco Burgos, Raúl Juárez y Manuel Burrola, haciendo celar a Rosita en plena función, interrumpida por Manuel y su troca llena de cerveza y músicos. Bartolomé hacíase el desentendido, pero luego los acompañaba regresando más tarde con una serenata de poemas y canciones. Por la mañana se encontraba con Burrola en el despacho de contabilidad de Héctor Mass Conant, donde eran aprendices, en el edificio Financiera de Cinco de

Febrero y Guerrero. Era el año de 1951. Pero el jovencito no resistía soledad tan fragorosa, y decidido consiguió unos boletos de avión, una solicitud de matrimonio y muy de mañana se presentó en la casa de ella, imperioso: "Rosa Amelia, a la noche nos casamos y mañana nos vamos de luna de miel a Guadalajara, ¿qué dices?"

-Avísale a mi mamá, por lo menos-. Fue la respuesta de una mujer enamorada.

El 21 de junio de 1951 se unieron para siempre. La casa fue edificada en el callejón Pablo Sidar, a unos pasos de la Seis de Abril que parecía caudaloso arroyo puntual la temporada de lluvias que menguaba en septiembre. Bartolomé no quería entender su trabajo de tenedor de libros; se aburría con la contabilidad. En cambio escribía incesante verso tras verso para su joven esposa. Hasta que Gaspar Juárez con su amable enfado lo detuvo un día: -Bartolomé, tú no eres mas que periodista. Ven, te tengo un trabajo en el *Diario del Yaqui*. Y lo llevó con Jesús Corral Ruiz, el director. Gabriel Villegas insistió mucho para que se fuera, también lo había recomendado en el periódico y Jesús Corral Ruiz indagaba por ese muchacho hacedor de poemas. Llegó de redactor a integrarse a una generación de jóvenes periodistas que el director pacientemente se había encargado de invitar a escribir en el *Diario del Yaqui*. Todos brillantes reportando, en la crítica social o literaria. En los talleres se encontraban Carlos Moncada, redactor; Manuel Burrola, reportero de página roja; Antonio Castellanos Olmos, Salomón Hammed, Rafael Montaña Anaya, Rafael Orduño, Gaspar Juárez, Manuel Sánchez Hidalgo, los reporteros más hábiles de Sonora. Les pagaban en abonos. Bartolomé a los dos meses convirtiéndose en jefe de redacción.

Manuel Burrola y Carlos Moncada, por ejemplo, percibían un salario de veinte pesos diarios. Más tarde Felipe García de León, propietario de la XEOX y gestor de una estirpe de locutores únicos para comunicarse al público por su profunda sensibilidad popular, invita a Bartolomé a elaborar programas noticieros -cosa que también hizo en la XEAP-, en los que empezó a ayudarle Rosa Amelia. La paga de 200 pesos mensuales no importaba mucho: hablaba con el pueblo al que extrajera su cariño por la tierra, el Valle del Yaqui, cuando le cantaba. Y le escribía, reduciéndolo con su prosa y verso a las bellas páginas

del periódico o del micrófono cajemenses. En 1954 llegaría a Cajeme sumándose al gremio como fotograbador Jorge Gassós Barrios, haciendo amistad con los hombres de tinta como el lineero de plomo Pedro Delgadillo, Poncho Flores, los hermanos Manuel y Héctor Sánchez Hidalgo, el linotipista Ismael Villalba y Ramón Hernández.

Jesús Corral Ruiz vio crecer profesionalmente a su grupo de periodistas cuando les oye planear la fundación de la Asociación de Periodistas de Obregón, APO, en cuya presidencia destacara Bartolomé por cuatro años. Sería por 1955. Los torneos de bebedores en el Club Olímpico eran interminables, por igual las fiestas carnestolendas y los concursos literarios. Por el Valle del Yaqui la verde enfermedad de trigo o algodón crecía imperturbable. Los periodistas andaban por todos lados de la mano de líderes, agricultores y políticos, en busca de la noticia y la veracidad social, de una ciudad que empezaba a romper los cinchos de su provincianismo. Pero Bartolomé resiente los antagonismos por la destreza y el talento que ejerce en el *Diario del Yaqui*, y a fines de 1955 envía un recado a Jesús Corral Ruiz y a Alfonso Castañeda notificándoles que por un agotamiento excesivo no regresaría al periódico.

Una noche en que Bartolomé debía leer un trabajo poético en el *Grupo Cultural Ostimuri*, Manuel Burrola fue a su encuentro a la casa del periodista. Lo encontró metido en el escritorio pluma en mano, atareado con los versos de un poema. "Siéntate y sírvete un whisky", le dijo. Manuel lo dejó escribir poco más de dos horas. De sus dedos continuaban saliendo renglones manuscritos, en el silencio blanco de su cuarto de trabajo. Por fin hubo terminado, y levantándose papel en mano leyó pausado y emotivo su *Canto al Valle del Yaqui*. Ambos escucharon, pero Manuel propuso quitar la palabra "corpiño". Bartolomé respondió: "Pongo armiño, entonces". No hablaron más. Había nacido el mejor poema al Valle del Yaqui que se haya creado jamás. Lo escribió ante su amigo Manuel Burrola, de una sentada. Ganó los Juegos Florales de Guaymas en 1958, por lo cual fue dotado con mil pesos en efectivo que el periodista destinó a la compra de ladrillos de su casa. Una justa equivalencia a su despido del periódico.

UNA LECCIÓN DE DERECHOS HUMANOS

Rosa Amelia dormía con sus hijos al procurarla su madre Eulalia cerca de las diez de la noche del 15 de enero de 1959: "M'hijita, el centro de Cajeme es una balacera, un movimiento de ejidatarios, la gente anda corriendo. Nos vinieron a avisar que andan persiguiendo a Bartolomé". Se quedó precavida en la oscuridad. Horas más tarde llega Bartolomé con esta noticia: "Sabes qué m'hijita: nos vamos al *Heraldo*, porque solamente allí vamos a tener vigilancia de los partidarios del Buqui Contreras que nos van a proteger de la policía del gobernador Obregón". Cargaron con sus pequeños hijos Martín, Leonel, Daniel y Felipe. Ahí los esperaban las familias de Mario Vázquez Jiménez y de Juan Eduardo León. Los cercaron ocho días.

Bartolomé Delgado de León era director del *Heraldo del Yaqui*. Dos días antes había pedido ayuda a sus compañeros periodistas de la ciudad de México Alberto Domingo, Elvira Vargas, J. Natividad Rosales, Vicente Ortega Colunga, Armando Rodríguez Suárez, Raúl Prieto y Rodrigo Moya, para que viniesen a escribir a su lado defendiendo a la ciudadanía de Cajeme contra la violencia impuesta por las policías judicial y municipal del gobierno de Alvaro Obregón; y por el acuartelamiento de tropa en la ciudad, al mando del general Malaquías Medina Vallarta, del 18 Regimiento de Caballería; de asalto, comandadas por el general Juan José Gastélum, y otros contingentes de los campamentos yaquis al mando del general Juan Macías Gutiérrez. La fuerza policiaca y militar rodeaba la ciudad y perseguía a los periodistas del *Heraldo del Yaqui*, por defender la voluntad popular cajemense que se oponía a que el Partido Revolucionario Institucional, PRI, impusiera un presidente municipal por el que no habían votado mayoritariamente. Los muchachos, colegas de apenas treinta años de edad, acudieron al llamado de un periodista de provincia sitiado junto a su pueblo por las fuerzas represivas políticas y militares. De la pista de aterrizaje situada en el Plano Oriente habíanse dirigido a los talleres del *Heraldo* y más tarde realizaron entrevistas por las calles, esperando la hora para trasladarse al mitin nocturno que se llevaría a cabo en el mercado municipal, y en el que ellos hablarían a la ciudadanía del Valle del Yaqui defendiendo sus

derechos humanos y ciudadanos.

Cuando se dirigía a la multitud el periodista Armando Rodríguez, la policía arrojó las primeras bombas lacrimógenas al templete en el que se encontraban.

La gente, espantada, echó a correr al sentir la explosión cegadora. Raúl Prieto fue herido en los ojos con el siguiente estallido. Estando cercados por la policía, Alberto Domingo recibió otra detonación en el bajo vientre; Armando Rodríguez lo tomó en sus brazos y en una camioneta lo llevaron a la Cruz Roja, hasta donde los gaseó la policía. El gobernador Obregón, mientras tanto, decretaba una Censura General impidiendo reuniones de dos o tres personas. Los campesinos se dieron a la fuga tan solo para correr a la casona del *Heraldo* y rodearla para su custodia. Ahí se encontraron con el ejército sin amedrentarse, al grito de "¡vamos a cuidar a los periodistas!". Y recibiendo celosos a sus familiares hicieron guardia también al lado de los militares. Al siguiente día la esquina de Sinaloa y Nicolás Bravo cerró por el gentío arremolinado que pedía la edición de su periódico, que saliera de prensa el *Heraldo del Yaqui* por el que pagaban 50 centavos el ejemplar. Mientras, el cordón de soldados vigilaba a la multitud defender su vespertino.

Alberto Domingo fue trasladado con urgencia a la ciudad de México. El general Ricardo Topete pagó su hospitalización como aliado del movimiento popular que el pueblo llamaba "El Contrerismo", además de que por órdenes oficiales también gasearon su casa en Hermosillo. Repuesto de su aparato genital y de una hepatitis tóxica que le sobrevino, Alberto Domingo recordaría aquel suceso como un "acto de solidaridad entre periodistas que no se ha vuelto a dar en el medio".

Guadalupe Ledezma escuchó los bombazos y las corretizas en la puerta de su casa de la calle Zacatecas entre Jesús García y Seis de Abril. Venían de la Chihuahua, muy cerca de la No Reelección en el centro de la ciudad. Era vecina de Arturo Saldívar y en los quehaceres cotidianos de sus ocupaciones se echaban la mano las señoras. Por entre las bardas le dijeron todos los apresuramientos en que se encontraban por sacar a Bartolomé del periódico, ya que los militares iban a dar el asalto a la casona de los talleres. Arturo podía entrar y salir por desconocido, pero al quinto día de encierro les llegó el rumor del asalto y ya nadie pudo ni asomar la cabeza. Las patrullas

amanecieron un día en la gasolinera de Raúl Rivera situada enfrente y los soldados paseando por la banqueta. Decidieron sacar al periodista. Los informantes los pusieron alerta. Guadalupe Ledezma fue enterada del plan y aceptó rescatarlo. Se hablaron por teléfono acordando al día siguiente, a las nueve de la mañana, la hora de la fuga. Decidieron vestirlo de mujer. El resistíalo, pero los redactores, el gordito Castro, los prensistas, la familia Zavala dueña del periódico y, principalmente, Rosa Amelia por fin lo convencieron. Rasuraron sus piernas. Ninfa Zavala, hija de don Manuel, el extinto dueño del *Heraldo del Yaqui*, escogió de sus vestidos el más apropiado. Ella era chaparrita y robusta, lo que acomodó a la humanidad de Bartolomé, que convino lo siguiente: "Van a salir ustedes, Ninfa y Rosa Amelia, con la ropa que llevaré. Que las vean los soldados ir y venir a la tienda de la esquina, por la calle Sinaloa".

Las dos mujeres regresaron y Bartolomé se vistió con tranquilidad; le pusieron un velo. Mientras tanto, Guadalupe llenaba el tanque de gasolina de su Chevrolet blanco, modelo 58, en la estación de Germán Dumas, y esperaba a Arturo que debía escapar hasta su casa y acompañarla. Así lo hicieron.

-A dónde me estaciono- preguntó con tranquilidad la "Güera" Ledezma.

-Aquí dése la vuelta y párese- respondió Arturo Saldívar.

Esperaron ante la vista de soldados y policías municipales. Bartolomé salió caminando y subió al carro que fue puesto en marcha de inmediato pero con toda tranquilidad. Saludó cordialmente. Arturo se acomodó en el asiento trasero y dijo la Güera: "Ni modo, ya estoy en esto". Enfilaron por la Nicolás Bravo hasta la Chihuahua, tomaron la Doscientos y finalmente la Cinco de Febrero rumbo al Valle del Yaqui. Los vigilantes no se dieron cuenta del engaño, mientras Mario Vázquez Jiménez salía por la ventanilla que daba al callejón arrancando para la calle Zaragoza. Cuál era el destino del periodista, nadie lo sabía. El iba en busca de garantías para salvar la vida de los que se quedaban encerrados en el periódico -su propia familia, los propietarios, los compañeros redactores, los prensistas...-, y la suya propia que le era necesaria para continuar escribiendo. Únicamente le dijo a Rosa Amelia "yo te escribo, te hablo de donde llegue". Lo que ella recuerda es su pañoleta y los zapatos de mujer que no podía usar con firmeza al acercarse al automóvil.

En el trayecto Bartolomé no hablaba; la Güera y Arturo no podían platicarle nada alguna. Por la carretera, a la altura de la despepitadora y la Cremería del Yaqui, divisaron la guayina del jefe de la policía municipal Arturo Merino, que se acompañaba de sus colaboradores Mario Arreola y Salvador Díaz Gallardo. La Güera, según se decía, era pariente del encargado de la fuerza pública, así que no vaciló en saludarlo con la carcajada abierta para no despertar sospechas. Y no se paró ni cambió de rumbo por el camino que los llevaba a la siembra del papá de Arturo. Victoriano, el cuidador del campo, les informó que Merino iba saliendo y que preguntaba insistentemente por Bartolomé. Entonces se apresuraron internándose por las brechas del Valle hasta subir a la carretera Internacional, veinte kilómetros adelante de Navojoa. Las conocían todas ellas pues la Güera mantenía un negocio de fayuca de muchas entregas por los poblados y Arturo vendía fertilizantes a los ejidatarios. Dejada atrás Estación Don aparcaron para echarse un "tentenpié". Bartolomé no hablaba ni pidió comer, hasta que llegaron a Los Mochis, Sinaloa, "donde nos indicó fuéramos a la casa del general Roberto Cruz, a cuyo mando se encontraba el ejército regular de la zona".

El general Cruz daba una fiesta en su casa. Uno de los soldados de la custodia acercóse preguntando qué se les ofrecía. Fue a avisarle al general que luego apareció aclarándoles que "ya tenía conocimiento de que venían. Ya me había hablado el Polón Castelo" -don Espiridión era papá del Cepillo Castelo, muy amigo de Bartolomé-. Se comunicaron con el general. Todos se encontraban a favor del movimiento contrerista que intentaba masacrar al general Alvaro Obregón. Pronto salió una partida a vigilar caminos, terminales de autobuses y carreteras por si los hubiesen descubierto. Mientras, Bartolomé se desvestía explicando la peripecia a espera de la ropa que el general mandara encargarle. Los propios llegaron con un "sin novedad mi general". A uno de ellos se dirigió con estas palabras amenazantes: "Mira, muchacho, te vas a llevar a este hombre a donde él te diga, posiblemente van a la ciudad de México. Si algo te pasa en el camino a este señor, no te me vuelvas a parar aquí, hijo de la chingada. La República es muy chiquita para no encontrarte, de modo que más vale que te la rifes y te mueras allí defendiendo a este hombre". El general los despidió a todos.

"Váyanse con toda confianza, yo lo deposito en la ciudad de México con una persona plenamente identificada. Ya no van a tener problemas pues el gobernadorcito de Sonora ya no tiene jurisdicción aquí". El periodista Delgado de León se encontraba en manos leales.

La policía andaba tras Rafael Contreras, el Buqui, cuando ellos regresaron a las 11 de la noche a Cajeme. Guadalupe y Arturo se despidieron del todo repuestos. Guardaron el secreto de la aventura. En la mesa de ella jamás lo supieron invitados a comer, entre ellos Arturo Merino, el propio jefe policiaco, o Jesús Corral Ruiz, que se preguntaba: "¿Quién ha sacado a la dama del velo? ¿Quién?" Nunca se imaginaron que la tenían enfrente, sirviéndoles un humeante café tostado en casa. Rosa Amelia volvió a su hogar a los dos días, pero la familia era seguida por la soldadesca cuyo deshonor y afrenta causara la perfecta huida del periodista cajemense. Llegaron a la casa indagando por él, a la de sus padres Eulalia y Domingo, a la otra cuadra. Los pasos rítmicos y amenazadores de los guardias eran escuchados la noche entera. Maldecían tras de las puertas que secuestrarían a su hijo más grande, Martín. En la capital del país Bartolomé se registró en el hotel Regis como J. Refugio Romero, encontrándose providencialmente con Miguel Félix Güereña, hermano de María Félix, que lo llevó a su habitación pagándole también la cuenta del hospedaje. Pidiendo ayuda en los ministerios de Gobernación, en asociaciones de periodistas, entre los políticos instigadores, se daba tiempo para escribir a su amada Rosa Amelia preguntando por sus hijos.

Apaciguado el movimiento ciudadano de los cajemenses por hacer respetar su voto en las urnas, que abanderara Bartolomé Delgado de León en *Heraldo del Yaqui*, tocó a la casa del periodista un enviado del gobernador Alvaro Obregón Tapia, recién llegado de la Casa de Gobierno de Hermosillo. Era Antonio Valdez con un recado muy especial y reservado:

-Ponte en paz, Bartolomé, no sigas atacando al gobernador. Escucha bien lo que te propongo en su nombre: te va a regalar una casa, cien hectáreas de terreno, un automóvil del año y cien mil pesos para que empieces a trabajar.

Bartolomé sólo miró con cierta conmiseración a aquel hombre que venía a pedirle que se retirara del periodismo "por unos cuantos pesos que no valían".

-Señora, dígame que acepte, es por su bien. Se lo manda decir Alvaro Obregón-. Suplicaba ese hombre a Rosa Amelia.

Bartolomé sonrió al despedir con toda amabilidad al enviado oficial. Ciñendo en un abrazo de amor a su mujer, cerró la puerta conteniendo una lágrima llena de rabia. Fue a su escritorio y se quedó desplomado ante su máquina de escribir.

Había quedado muy dolido su carácter alegre. Fueron muchas las amenazas de muerte. Algo le sucedió, muy íntimo, convirtiéndose en dolor y nervios su vida. Empezó a estar enfermo de los riñones. "Lo llevé a los Estados Unidos a curación -recuerda su esposa- y los médicos le recomendaron reposo, a los 32 años de edad, que no escribiera por un tiempo". Claro que renegaba de ello. Se refugiaría en sus versos, en su prosa, alejándose unos años de la denuncia política. Pero el público lo seguía leyendo, con una adición inesperada: muchas mujeres cajemenses empezaron a leerlo. Discutidor y lector voraz, fueron su pasión los pobres de México. Buscó y procuró justicia para el abatido en los periódicos para los que laboraba, como *Diario del Yaqui*, *Ultima Hora*, *Heraldo del Yaqui*, *El Dictamen* y *Tribuna del Yaqui*, en Cajeme. Deseoso de fundar un periódico propio, inauguró "Claridades" en un galerón de la calle Puebla esquina con Niños Héroes. "Esa aventura le sacó media vida en 1963. Al primer número en prensas llevaba una veintena de tazas de café, al que no era afecto. Tuvimos que traer a Raúl Juárez para que lo calmara... No podía dormir con los nervios encima. Fue un suspiro ese impulso que le hizo advertir el abandono en que se encontraba".

Al ser inaugurada la planta que dio a luz el periódico *Tribuna del Yaqui*, Faustino Félix Serna, el propietario e inminente gobernador de Sonora, no deseó la presencia del periodista en la ceremonia en que departió lo más destacado de la prensa estatal. Pero fue invitado muy pronto para que sumara lectores al diario. Por fin recibía un salario decoroso: 1200 pesos a la semana. Pero don Faustino insistía en que se atacara a familias bien queridas en Cajeme ("Me decía: don Faustino quiere que le tire a Pancho Obregón. Yo le contestaba: pero m'hijito, no es posible a quien tanto nos ha ayudado, te ha respetado, ha sido gente contigo en las buenas y en las malas"), lo que replicaba terminante: "Mira, Faustino, yo no deseo terminar con dos enemigos".

Fue su otra decepción. Faustino Félix Serna era su amigo. Lo conoció desde que estaba en la secundaria Campoy. Con Manuel Burrola solían acompañarlo en sus viajes a Caborca. Se querían mucho. Pero cuando ordenaba mochar sus artículos Bartolomé rabiaba. Sus instrucciones por teléfono jamás eran discutidas, pero no reclamó jamás. Le dolía muchísimo, y Rosa Amelia debía contenerlo en su ira.

-Somos una familia contigo, no te pedimos nada, tienes unos buenos hijos, yo soy incondicional tuya, ¿por qué sufres?-. Reclamaba también abatida.

-¡Ay, Rosa Amelia, es que no puedo más con esta represión!-. Era su queja a punto de llorar por la decepción.

Un desprendido del dinero que para muchos de sus amigos no se amargó la vida por los fracasos. A pesar de su caballerosidad, entre ellos pedía su canción preferida, *El rebelde*, respetuoso a la vez con las mujeres a las que inspiraba confianza. Gran consejero de certeza humana jamás decepcionó a un amigo, mucho menos insultarlo. Gabriel Villegas, Raúl Juárez y Manuel Burrola lo frecuentaban como secundarios de sus mejores años y aventuras. En una de esas ocasiones, Rosa Amelia reprendía a su hijo Daniel que espantaba las gallinas asidas de las ramas, entrada la tarde de un sábado. Bartolomé interviene llamando a su hijo:

-Qué sucede, hijo, cuál es la razón para que no dejes dormir a las gallinas.

-Papá, no quiero que se duerman en las ramas de los naranjos porque si ponen huevos se van a estrellar en el suelo. Yo cuido los huevos de las gallinas-. Bartolomé abrazaba a su hijo Daniel sonriendo estremecido. Así era.

Se levantaba a las diez de la mañana. Primero un baño. Listo para el trabajo daba su primer beso a Rosa Amelia. Se le ofrecía un desayuno pero argumentaba "con el estómago lleno no puedo escribir". Y lo hacía hasta las tres de la tarde en que sentábase a la mesa a darse un festín. Los hijos se enteraban que pronto iría a su escritorio cuando les decía: "Voy a buscar la musa". Había horas en que sonaban las diez de la noche y Bartolomé "corría" inútilmente tras de la musa. Ya concentrado, por los cuartos de casa un Beethoven ilusionado se deslizaba con su ópera *Fidelia*. Por los reniegos bajó de tono con los años. Y era Joan Manuel Serrat, Alberto Cortés o Lola Beltrán quienes

amenizaban su inspiración. "Si terminaba temprano me ayudaba con la comida". Leía con insistencia; recibía amigos, pero siempre fue un hombre inclinado a su soledad, la que buscaba para escribir. Cantaba muchos boleros y la música popular de Cuba escuchábala por las noches. La Sonora Matancera, Benny Moré, el bárbaro de la canción y el ritmo. En su mesa de escritorio siempre había una grabadora, en medio la máquina Olivetti, un bonche de papeles, revistas y libros que si eran tocados hacía corajes. Toda la noche leyendo aquel hombre. Jamás utilizó un diccionario, conocía las reglas; y de sus manos florecían unas cuartillas limpiísimas que corregía con lápiz. Pero deseaba volver a Ajijic, Jalisco, y escribir a orillas del Lago de Chapala por largas temporadas; así como tener una casona al interior del Valle del Yaqui, en la tierra acariciada y defendida, y morir escribiendo al lado de sus hijos. Pero no pensó jamás en el dinero.

Le encantaba ir a Guadalajara. Visitar a sus hermanos en Escondido, California. "Lo mejor que tienen los americanos es su nieve y su leche", decía con deleite. Era un gran fumador, y un dandy. Cuando salía gustaba del traje y la corbata, por lo general oscuros. Pero sus mejores paseos eran hacia el Valle, a jugar con sus hijos bajo un árbol asando carne. Hombre amoroso, comprensivo... "¡guapísimo, las mujeres lo seguían!"

Diez años después del movimiento contrerista, en 1969, resiente los ataques más agudos de su enfermedad del hígado. "Ya no era el mismo". Todo se originó por un dolor de muela que al serle extraída siguió manando sangre. Raúl Juárez, su doctor de toda la vida, le practicó análisis. "No me está gustando nada ese sangrado". Fue una hepatitis aguda. "Bartolomé, estás muy grave, tienes que encerrarte, vivir aislado. No es posible que sigas escribiendo". Recostado, su mujer le ponía una tabla para que pudiera vencer a su máquina de escribir. "Bartolomé, tu hígado está bastante dañado". Se recuperó; sin embargo sufrió adiposis aguda. Se desmayaba inesperadamente. En enero de 1974 con vacilación y angustia le dijo a Rosa Amelia: "No te vayas porque me siento muy mal". De pronto rodó totalmente desvanecido por el piso. De ahí empezó a sufrir.

-Bartolomé tiene el hígado muy dañado; pero quien lo va a matar es su corazón-. Asintió Raúl Juárez. Todos comprendieron la causa.

Postrado en una cama de hospital en Guadalajara, dos días antes de morir, le rogó a su mujer escribiese cartas para Carlos Hank González, Carlos Armando Biebrich y la última para Faustino Félix Serna. Se las dictó, pero ésta jamás la envió. "Ese hombre nos dejó en la miseria, le quitó el trabajo y le cortó el Seguro Social cuando estaba grave". Chalino López había conseguido que de nuevo escribiera en el periódico que lo viera nacer a la opinión pública: *Diario del Yaqui*. Jesús Corral Ruiz, su director y compañero en el trabajo informativo, "accedió con mucho gusto" renovarle Seguro Social para su curación. Los últimos artículos de Bartolomé Delgado de León fueron escritos para *Diario del Yaqui* a principios de septiembre de 1974, días antes de morir. Se levantaba de la cama buscando su máquina de escribir y su mujer se la negaba recostándolo otra vez. "Lo veía a punto de morir". A los muchachos se les desmayaba. Unos gritaban, otros corrían al teléfono o tras la enfermera. Leonel, su segundo hijo, lo asistía de inmediato dándole respiración artificial de boca a boca, mientras su padre iba poniéndose ennegrecido de pies a cabeza. Esos momentos fueron dramáticos. Murió el periodista cajemense el 26 de septiembre de 1974.

-M'hijito, vamos a llevarte al Seguro Social a que te hagan una diálisis- le informaba Rosa Amelia.

-Yo no quiero ir al Seguro, m'hijita, en ningún momento quiero ir.

-Es que te van a hacer una diálisis y nos regresamos-. Ella no podía ocultar su pesar.

-No me vayas a dejar solo, dame un beso. No quiero que te separes de mí.

-No.

Llegó muriéndose al hospital del Seguro Social. Lo trasladaron rápidamente a la sala de electro-shocks y los aplicaron a su cuerpo sufriente. Pero no revivía. Bartolomé Delgado de León estaba muriendo.

Tres días antes el obispo de Ciudad Obregón, Miguel González Ibarra, lo visitó alcanzando a darle confesión. Estaba presente doña Mercedita de Otero Pablos, que lo acompañaba. El periodista se despedía de sus hijos Leonel y Daniel sin renegar de la muerte inexorable. Afilgado pedía abrazos, muchos abrazos y besos. No lamentaba su vida de escritor periodístico. A Rosa

Amelia pedíale abrazos más fuertes como una demanda a ese aliento que jamás llegó a faltarle.

Su amigo Carlos Hank González sufragó los gastos de su hospitalización. Nunca dejó de ayudarle. En el sanatorio particular los médicos informaron a Rosa Amelia: "Señora, Bartolomé ya no va a aliviarse, está muy malo. Con oxígeno puede durarle meses y meses. Para que le salga más barato llévelo al Seguro Social". Ella y sus hijos se turnaban día y noche cuidándolo. El baño del cuarto lo convirtieron en dormitorio para hacer la guardia cada dos horas ante su padre. Lo veían morir. Daniel, su tercer hijo, se fue con su padre en la ambulancia rumbo al otro hospital.

Bartolomé Delgado de León pidió que sus cenizas fueran esparcidas en aguas del Canal Principal del Valle del Yaqui.

Cuando Rosa Amelia abandonó el hospital quedaban en su bolsillo 500 pesos como herencia. Carlos Hank González pagó los funerales. No se lo pudo traer al Cajeme que siempre estuvo en su pluma. "Nos hubieras avisado", respondieron los amigos. Pero si Bartolomé siempre le indicaba: "Tú no le avises a nadie, a nadie le avises de mi muerte". Sólo notificó a su hijo Martín Alberto que se encontraba estudiando en Pensylvania. En Cajeme la noticia pronto se conoció. En carros de sonido los periódicos informaban. A su regreso, Javier Robinson Bours allegó entre los amigos unos quince mil pesos que entregó a Rosa Amelia Saldívar viuda de Delgado. Su marido, el periodista y poeta, había muerto en el curtido amor que ofrenda el Valle del Yaqui al que da su vida por defenderlo.

En Tijuana, Manuel Burrola, enterado de su partida, ocultó la desdicha de que un camarada de escuela, de trabajo, su amigo, muriera cuando alcanzaba el dominio del idioma. Pero se resiste y asegura: "Todavía es Bartolomé"...

Mayo Murrieta

México, D.F. Enero, 1994



Fueron Arturo Saldivar y Guadalupe Ledezma los cajemenses que rescataron al periodista cercado junto con su familia por las policías Judicial y Municipal y por el ejército en el edificio del Heraldo del Yaqui, el 22 de enero de 1959.



El 25 de junio de 1959 los líderes reiniciaban sus actividades de dirigencia. En una visita a El Bacame, Manuel R. Bobadilla y Rafael Contreras Monteón, "El Buqui"; Rosario Fuentes Velázquez, Saturnino Saldivar, Guadalupe Alvarez, Guillermo Vélez y Matías Méndez.

CAPITULO III

Un casi curriculum vitae



HOTEL REGIS

AV. JUAREZ 77

MEXICO, D. F.

PAOLO

CAPRI

Enredo 21 de 1959.

Dra. Rosa Amelia D. de Delgado

Mi vida entera:

¿Cuántos años hace que apenas percibimos nuestros gordes, te miré desde México? ¿Cuántos? No tiene esos contornos. No sé cómo que siempre se que hay, como entonces, te quiero con todo lo que soy, lo que siento y lo que vivo. Y hoy te quiero, porque en tu querer y amor y odoro a mi hijo, para quienes permito tantas cosas y para quienes anhelo tanta felicidad.

Si que estás triste, que estás preocupada, que sufres (y cómo te admiro porque te portaste digna de los míos!). Si que has estado llorando. Si que has estado perdiendo por ~~lo que~~ lo que te pierdo, lo palpo en mi misero. Y por ello te quiero más.

Por ya ~~no~~ hay por que preocuparse. El leguá bien y está bien, porque está - y es así siempre - en la bondad humana. Me da fe que me ayudes. Me da - de ser mucho amigo me valdrá lo posible. Y aquí estoy, seguro y tranquilo.

Por periodistas de México (no los que allí llegan, sino todos que ediciones de la tarde, además de las de la mañana) están comunistas. Todos nos elojian - con garantías se dicen de periodistas. Por entrevistas conmigo, han sido muchas - todos apuntan hacia la justicia y hacia la protección.

Me te voy tomar en Guadalajara a vivir donde ~~estoy~~ ^{quiero} la esposa y la hija del Prof. Guerra, y Platón. - El leguá a mi mismo Hotel Dirimburgo, como ellas siguen hacia México y aquí - en el Regis - hay muchos políticos, me van al Hotel del Bosque (Orcampo 323) al que puede enterarme, a nombre de ~~alguna~~ ^(y que es Guadalajara) J. REFUGIO ROMERO.

En cuanto llegué, estuve con amigos, los periodistas de aquí y hubo para rato. Todo se va a publicar en periódicos y revistas. Lo primero que pedí fue protección para María, y así dis. Vender mis

El periodista escribe a su amada esposa al escapar del cerco policíaco.

UN CASI CURRICULUM VITAE

Datos personales

Lugar de nacimiento: Torreón, Coahuila, el 11 de noviembre de 1927. Nacimiento fortuito y de rebeldía, porque mis padres, huyendo de los cristeros de Jalisco -que habían destrozado los escasos recursos de mi padre-, escapaban a los Estados Unidos. (Al mes, bautizado en El Monte, California. Y a los dos años, regreso a México, para siempre, llegando a Cajeme.)

Padres: Alejo Delgado Macías y Braulia de León Rodríguez, finados.

Esposa: Rosa Amelia Saldívar de Delgado. Matrimonio: 21 de junio de 1951.

Hijos: Martín Alberto (este viernes recibe su título de Ingeniero Industrial) de 21 años; Leonel -estudiante de 2o. de Ingeniería- de 18 años; Daniel -curso el 1o. de la misma carrera- de 17; Felipe de Jesús, de 1o. de Preparatoria Técnica, 14; Miguel Omar de 12; Rosalín -10- en primaria.

Hermanos (por orden de edades): Magdaleno, Pedro, Elvira, Altagracia (frutos del primer matrimonio de mi padre, quien al enviudar casó con mi madre), José, Mateo, Herminia, Andrés y Roberto.

Escolaridad

Primaria: letras iniciales, leer y escribir, en El Salvador, rancho de La Chona, Jalisco, hasta que colgaron al maestro, por agrarista. Primer año y parte del segundo en Encarnación de Díaz -La Chona- hasta que los curas dictaron excomuni3n para los padres que enviasen a sus hijos a las escuelas del gobierno; segundo y parte del tercer año, en Guadalajara. resto de la primaria, en Pueblo Yaqui, conviviendo estrechamente con los ejidatarios, tanto en la peluquería de mis hermanos (centro político del ejido) como en mi boquería adyacente. Primer lugar.

Secundaria: en Ciudad Obreg3n, Sonora. Medalla de oro por el mejor promedio (9.7) en los tres años y en todas las materias.

Preparatoria: Escuela Preparatoria de Jalisco, en Guadalajara.

Primer año en Bachillerato de Ciencias Físico-Químicas; 2o., en Biológicas.

Parte de Profesional: Escuela de Medicina de la Universidad de Guadalajara y Escuela de Homeopatía de Occidente (estudié ambas, simultáneamente, por más de dos años, hasta que me fue imposible sostenerme, por más de dos años, con los únicos 125 pesos mensuales de que disponía y que podía enviarme mi hermano Pedro).

En el Magisterio

De 1948 a 1952: Maestro de Planta en la Escuela Secundaria Número Uno del Estado de Sonora. Cátedras impartidas, prácticamente todas, en todos los cursos, excepto Música, Talleres, Química, Geografía Humana y -desde luego- Economía Doméstica. Subdirector-Secretario de la misma escuela. Después de 1952 y hasta 1960, catedrático de español y literatura allí mismo. En el mismo lapso, catedrático del ITSON en Literatura Española.

Catedrático de Español y Redacción en la Academia Comercial "Gregg" en el mismo tiempo.

Idiomas

Hablar, traducir, escribir, *sólo inglés*. Traducir, portugués e italiano. Entenderlo en parte considerable, latín. Rudimentos de otros idiomas, como francés y un poco -muy poco- de alemán creciendo lentamente por falta de tiempo para estudiar. Etimologías griegas y nahoas, más o menos. Síntesis: prácticamente, casi nada.

Actividades Culturales

Fundador del Grupo de Arte de la Escuela Secundaria Número Uno del Estado de Sonora, así como de su programa radiofónico semanal, en vivo y con una hora y media de duración.

Miembro del "Círculo de Amigos".

Fundador del Grupo Cultural "Ostimuri", de larga y brillante trayectoria en el Noroeste.

Ganador de varios juegos florales, en poesía.

Creador y Fundador del grupo "Lascas", que alcanzó tal renombre que hubo necesidad de darle muerte por la infiltración de políticos deseosos de utilizarlo para sus fines.

Creador y fundador de "El Grupo", que durante varios años sostuvo un suplemento literario muy valioso en "Tribuna del Yaqui". Director de dicho suplemento ("La Cultura en el Noroeste").

Organizador de recitales, conciertos, concursos, etc.

Autor y director de pequeñas obras de teatro radiofónico.

Productor y director de programas vivos de XEAP (1953-1956).

Jefe de Producción Publicitaria de XEOX (1956-1958).

Jefe de Noticieros de XEAP (1953-1956) y XEOX.

Obra Literaria

Cientos de poemas, cuentos, ensayos, publicados en las dos últimas décadas en diarios y revistas sonorenses y de otras partes de la República.

Libros listos para entregarlos a la imprenta, en cualquier momento: 4. En recopilación y selección: 5. Todo ello escrito y más de la mitad inédito. (Esto, por lo que respecta a periódicos, porque todavía no he logrado quién me publique un libro con facilidades de pago. Pero no importa: cuando muera, me van a surgir, por aquí, algunos Mecenas.)

Actividades Cívicas

Vocal de la Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material de Cajeme.

Miembro del Consejo de Tránsito de Ciudad Obregón.

Organizador de las fiestas de carnaval en 1955 y 1956.

Organizador de concursos literarios y de oratoria.

Actividades Fraternalas

Subdirector del Centro de Investigaciones Psíquicas de Occidente, en Guadalajara (1947-48).

Miembro de la Alianza Hispano Americana (1952-53).

Logia Hiram No. 13, Rito Escocés.

Logia "José Ma. Morelos y Pavón" (Rito Nacional Mexicano), desde la maestría hasta la Gran Diputación de la Gran Logia del Estado.

Orden Rosacruz (AMORC), desde 1948 hasta hoy, sin interrupción.

Actividades Periodísticas

Revista Cultural "Ecos" (1948-1952). Director General, editorialista y articulista.

Corresponsal de "El Nacional" (1950-1954).

De 1952 a 1955, Reportero, Jefe de Redacción y columnista de "Diario del Yaqui".

De 1955 a 1957, Director, editorialista y columnista del diario "Ultima Hora!".

De 1957 a 1963, Director General, editorialista y columnista del vespertino "Heraldo del Yaqui".

De 1963 a 1965, Director General, propietario, editorialista y columnista del matutino "Claridades".

De 1965 a 1966, director General de los semanarios "Rojo" y "Lente", además de atender una imprenta comercial.

De 1966 hasta hace poco menos de un mes: Director de la sección editorial de "Tribuna del Yaqui", editorialista y columnista.

Y, entre publicación y publicación, a ratos libres, Director de "Presencia", revista filosófica; "Enlace", revista política; "Ostimuri", revista cultural.

Y, además, colaborador regular de "El Diario" de Guadalajara; "El Eco de Nayarit", de Acaponeta; "Letras", de Hermosillo; "El Informador del Mayo", de Navojoa; "El Sonorense", de Hermosillo; "La Crítica", de Nogales; "Información", de Hermosillo, y....

Actividades de Acercamiento Profesional

Creador y fundador de la Asociación de Periodistas Obregonenses, A.C., cuya presidencia desempeñé por cuatro años, debido a tres reelecciones consecutivas.

Vocal, en el Sur del Estado, del Bloque Periodístico de Sonora.

Fundador y Vicepresidente del Colegio de Periodistas de Sonora.

Fundador y Presidente de la Comisión de Honor de la Unión de Periodistas del Yaqui, aún vigente.

Relaciones Públicas

Excelentes, en lo general. En lo particular, pronunciadamente satisfactorias con los dirigentes industriales, líderes obreros y campesinos, del PRI, del PAN y del PARM, funcionarios municipales y federales (también con algunos estatales), agricultores, etc.; sin falsa modestia: cariño, estimación y respeto en los círculos más altos y en los modestos, inclusive entre las amas de casa (¡Palabra!).

Compromisos Políticos

NINGUNO

Actividades Políticas

De 1948 a 1958: política sindical dentro del Magisterio, en diversos cargos pequeñitos. Pero, desde la prensa, lucha abierta que culminó con la caída de un director de Educación y con el nacimiento, en Sonora, de una sección del SNTE.

Antes de eso y hasta hoy, sin precisar las fechas por no tener mucho tiempo para revisar archivos:

Jefe de Prensa del comité central que respaldó a Alvaro Obregón Tapia como candidato del PRI a la gubernatura del Estado.

Conferenciante en el PRI, para los jóvenes.

Sostenedor principal, en lo periodístico, de varias campañas electorales, a nivel estatal y municipal, en nombre y por el PRI (Faustino Félix Serna, Angel López Gutiérrez, Javier Robinson Bours, Rodolfo León Manzo, etc.).

Formulador de mensajes, *slogans*, discursos e informes

políticos.

Sostenedor de la política editorial de todos los periódicos dirigidos, sin interferencia de nadie, inclusive en "Tribuna del Yaqui".

Creador -con Rafael M. Contreras- del "contrerismo", movimiento que sacudió a todos, en Sonora y más allá, y que determinó que se hubiese registrado un cambio total en la selección de hombres para la cosa pública. Sin ese movimiento, no habría llegado al poder ni Luis Encinas, ni Faustino Félix, ni Biébrich, para no hablar de los casos menores. Eso fue posible gracias a que más que Director de "Heraldo del Yaqui" se me dejó decidir inclusive el destino de tal diario. Y al final de cuentas todos ganaron, todos. Y siguen ganando. Yo me quedo con la satisfacción.

Destructor principal, en lo periodístico-político, de la candidatura del Lic. Fausto Acosta Romo, para abrir paso a Faustino Félix Serna.

Y... muchas, muchas, muchas cosas más, pero jamás se me dio un solo puesto oficial porque, según Don Faustino, yo soy muy peligroso. (Tiene un trauma: jamás llama a colaborar a nadie más brillante que él: prefiere a los mediocres, para manejarlos a su antojo. Pero jamás me importó ocupar un cargo.)

¿Algo más?

Bueno, fui criador de conejos (muy científico, pero sin una sola hectárea y sin dinero para las instalaciones); fui agricultor (busqué un préstamo para desmontar 20 hectáreas ejidales, que cedieron a cambio de explotarlas tres años. Yo las devolví listas y excelentes al año, porque ya había perdido lo que no tenía: un ciclón me dejó sin cosecha algodонера cuando aún nos faltaba pizca y media. Y en el trigo salí arrastrando la cobija que me habían prestado).

¿Y qué más? No sé, aunque sé: vendedor de nieves y refrescos en un cine de barrio, en Guadalajara; aprendiz de

sembrador en un rancho de Jalisco, bolero, estudiante paupérrimo que vivió como invitado especial durante tres meses en una mansión de Beverly Hills, periodista perseguido y ... ¿Y qué no he tenido qué hacer? ¿Qué no he hecho, en la pelea por la vida? Sólo una cosa: *jamás he traicionado a un amigo.*

BARTOLOME DELGADO DE LEÓN

Enero de 1974

EL DIPUTADO GARCIA CONDENA ENERGICAMENTE LA AGRESION

Serias Lesiones le Causó la Policía al Periodista Alberto Domingo

XE OX
MAS POTENCIA
EN SU AUDITORIO
MAS VENTAS.
-5,000 Watts-

Heraldo del Yaqui
ORGANO DE INFORMACION, CULTURA DEL MUNICIPIO DE YAQUI, DEL ESTADO DE SONORA, DEL PUEBLO YAQUI.
REGISTRADO EN EL OFICIO DE LA ADMINISTRACION LOCAL DEL ESTADO, EL 2 DE JUNIO DE 1950.
DISTRITO FEDERAL: BOULEVARD DE LAS AMERICAS, 1000.

EL DISCO QUE USTED BUSQUE LO ENCONTRARA EN:
El Ruiseñor

ANO XXX Edición: Abril Ciudad Obregón, Son, Viernes 12 de Enero de 1959 Edición: Abril Año XXX Edición: Abril

La Policía Arrolló al Pueblo Inermemente

INFAME AGRESION AL PUEBLO DE CAJON

Una Sensacional Entrevista de José Natividad Rosales

El Diputado Aurelio V. García Condena Energicamente el Atentado de Añoché contra el Pueblo del Municipio

Hay cerca de las once de la mañana hoy entrevistado al candidato a la Presidencia Municipal, señor Rafael M. Contreras, quien fue detenido acusado en milicia de sustracción de miembros del Partido Democrático de Cajón.

La entrevista se suscitó en la habitación periodística metropolitana que se encuentra en la actualidad en el fin de albergar a todo el mundo que se interesa por la actual situación que se vive.

En la entrevista de la alcaldía se entrevistaron Rafael M. Contreras y Vicente Parra, quienes platicaron con el Diputado Aurelio V. García.

FUERON HOY CONSIGNADOS

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

a Cárcel, Llena de Reos Políticos

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

Fue Consignado Hoy



El señor Contreras, acusado de agresión del orden público, fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México.

Exigen Castigo para los Responsables

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

Énergica Protesta Hacen los Periodistas que nos Visitan

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

Atacaron Seriamente al Periodista de Capital Alberto Domingo. Terror. Saque en el PDC. Obregón Ordenó que Atacaran

Cuando el destacado periodista metropolitano Armando Encarnación visitaba a la policía a que se viera en condiciones de ser liberado, fue agredido en forma por una fuerza del local del Partido Democrático de Cajón, quienes lo atacaron con armas de fuego. Encarnación resultó seriamente lesionado y fue trasladado a un hospital de la ciudad de México.

Encarnación fue trasladado a un hospital de la ciudad de México, donde se le aplicó el primer auxilio. Los atacantes fueron identificados como miembros del Partido Democrático de Cajón.

El ataque ocurrió en la noche, cuando Encarnación se encontraba en su domicilio. Los atacantes irrumpieron en su casa y lo agredieron con armas de fuego.

Encarnación fue trasladado a un hospital de la ciudad de México, donde se le aplicó el primer auxilio. Los atacantes fueron identificados como miembros del Partido Democrático de Cajón.

El Tercer Destacado por la Policía

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

El Diputado Aurelio V. García

El señor Contreras fue hoy consignado al juzgado de primer grado de la ciudad de México, acusado de agresión del orden público, por haberse opuesto a la policía, por haberse opuesto a la policía.

CAPITULO I V

En La Chona, Jalisco, mi viejo pueblo

EL DIPUTADO GARCIA CONDENA ENERGICAMENTE LA AGRESION

Serias Lesiones le Causó la Policía al Periodista Alberto Dominguez

OX
AS POTENCIA
AS AUDITORIO
AS VENTAS.
5,000 Watts.

Heraldo del Yaqui

SEDE DE INFORMACION, CENTRO DEL MUNDO PRODUCTIVO EN SU PAIS Y LA UNIDAD
 DIFERENCIADA DE FERIA Y DE PRODUCTOS TIPO SU ANDALUZ
 ESPECIALIZADO EN EL SECTOR DE LA ALIMENTACION Y LA SALUD DE 1980
 BUENA CALIDAD EN SU SERVICIO AL CLIENTE - TELEFONO 25 700 000

EL DISCO
 QUE
 LISTED
 BUSQUE
 LO ENCONTRARA
El Ruisenor

ASO XXX | MARZO 2 SAVANA 808 | ALBINO | RINCONA 2 VAL DE CATALA | Ciudad Oregón, Son., Viernes 15 de Enero de 1980 | MEXICO | MEXICANA | No 8,291

La Policía Arrolló al Pueblo Inerm

INFAME AGRESION AL PUEBLO DE CAJEME

Una Sensacional Entrevista de José Natividad Rosales
El Diputado Federal Aurelio V. Garcia Condena Energicamente el Atentado de Anoche contra el Pueblo del Municipio

Hay cerca de las once de la mañana fue entrevistado el candidato a la Presidencia Municipal, señor Rafael M. Contreras, quien fue detenido cuando se encontraba en un momento de la tarde en el municipio de Cajeme. La entrevista se realizó en la habitación particular que se encuentra en un apartamento que pertenece a un familiar de él. En la entrevista se le preguntó sobre la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme y sobre la actuación de la policía durante el ataque que hizo la policía con gran fuerza.

FUERON HOY CONSIGNADOS
 El señor Contreras fue hoy consignado al juez por el primer día de su período, acusado de agresión del orden público. Fue consignado a la policía, por haberse negado a dar nombre a los autores de la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme. El señor Contreras fue hoy consignado al juez por el primer día de su período, acusado de agresión del orden público. Fue consignado a la policía, por haberse negado a dar nombre a los autores de la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

Fue Consignado Hoy



Rafael M. Contreras, candidato del pueblo de Cajeme, fue hoy consignado al juez por el primer día de su período, acusado de agresión del orden público. Fue consignado a la policía, por haberse negado a dar nombre a los autores de la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

Amenaza Directa de Mirón contra Nuestro Personal

Hirieron Seriamente al Periodista de la Capital Alberto Domingo. Terror. Saqueo en el PDC. Oregón Ordenó que Atacaran

Cuando se detestaron a periodistas natiuvidianos Armando Rodríguez, Santiago Alvarado y otros por haberse enfrentado a la fuerza pública en Cajeme, se establecieron las primeras bombas de gases lacrimógenos. Los periodistas fueron atacados con el gas lacrimógeno, sin importar si se trataba de periodistas o de ciudadanos comunes. Los periodistas fueron atacados con el gas lacrimógeno, sin importar si se trataba de periodistas o de ciudadanos comunes. Los periodistas fueron atacados con el gas lacrimógeno, sin importar si se trataba de periodistas o de ciudadanos comunes.

EL TERROR EN OREGÓN POR LA POLICIA
 Lo que sucedió es lo variable. La policía arrolló con gases y mató a un periodista en la capital, al grado de lanzar bombas inclusive contra las casas particulares de los periodistas. Los periodistas fueron atacados con el gas lacrimógeno, sin importar si se trataba de periodistas o de ciudadanos comunes.

a Cárcel, Llena de Reos Políticos

El señor Contreras fue hoy consignado al juez por el primer día de su período, acusado de agresión del orden público. Fue consignado a la policía, por haberse negado a dar nombre a los autores de la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

Enérgica Protesta Hacen los Periodistas que nos Visitan

Los periodistas que nos visitan hoy expresaron su enérgica protesta por la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme. Los periodistas que nos visitan hoy expresaron su enérgica protesta por la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

Impresionante Discurso del Periodista Natividad Rosales

El señor Contreras fue hoy consignado al juez por el primer día de su período, acusado de agresión del orden público. Fue consignado a la policía, por haberse negado a dar nombre a los autores de la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

Lista de los Consignados

El señor Contreras fue hoy consignado al juez por el primer día de su período, acusado de agresión del orden público. Fue consignado a la policía, por haberse negado a dar nombre a los autores de la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

ASI
 Por María Victoria Zúñiga
AMARGURA

Nuestro Criterio
SI ESO ES EL PRECIO DEL SACRIFICIO, LO ACEPTAMOS

Los periodistas que nos visitan hoy expresaron su enérgica protesta por la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme. Los periodistas que nos visitan hoy expresaron su enérgica protesta por la agresión que sufrió el pueblo de Cajeme.

Mañana Escribirán Brillantes Plumas
REALIDAD DEL YAQUI

CAPITULO I V

**En La Chona, Jalisco,
mi viejo pueblo**

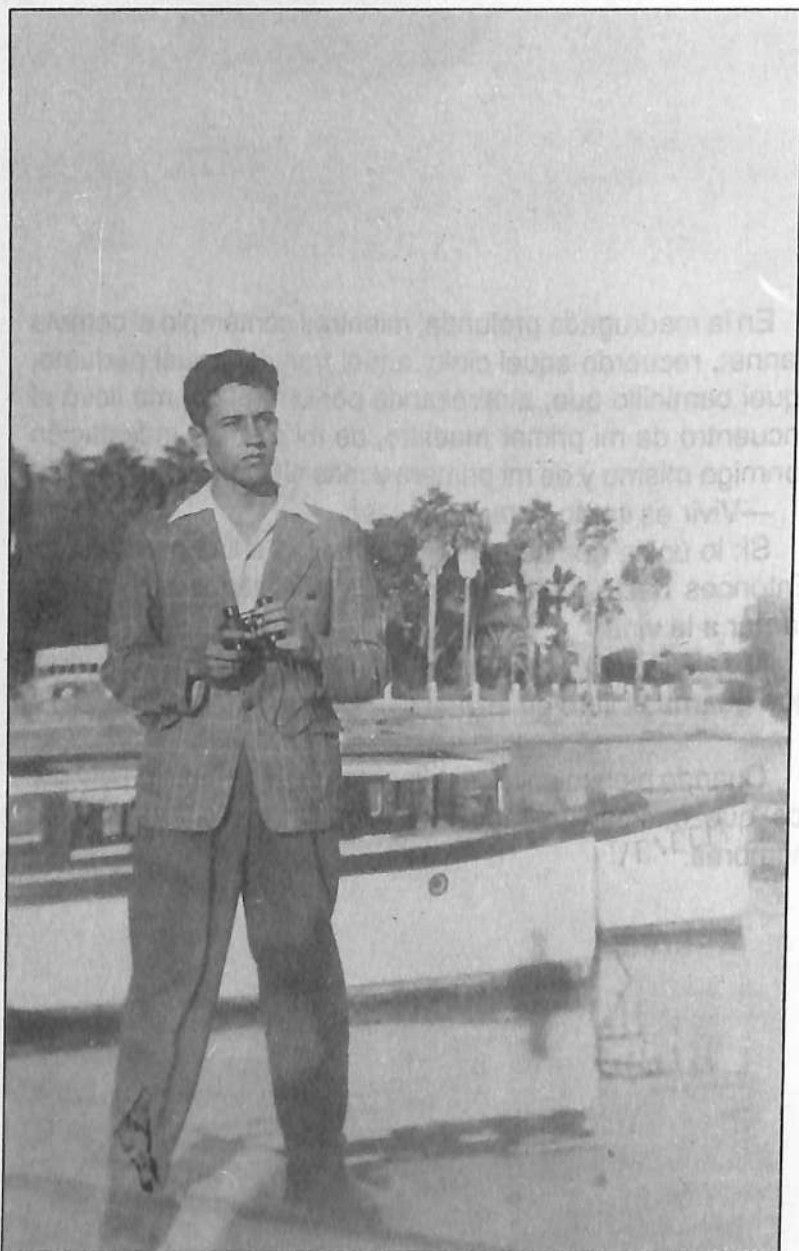
En la madrugada profunda, mientras contemplo el cometa Bennet, recuerdo aquel cielo, aquel tranvía, aquel perfume, aquel caminillo que, atravesando por un tronco, me llevó al encuentro de mi primer maestro, de mi primera indignación conmigo mismo y de mi primera y más alta lección definitiva:

—Vivir es como aprender a leer.

Sí: lo único que se necesita es hallar, a tiempo, la clave. Entonces basta juntar los sonidos adecuados para poder cantar a la vida.

Muy fácil. Pero, ¿cuántos se mueren sin conocer las letras que guarda el libro de la vida?

Cuando pienso en los analfabetos del espíritu, tiemblo por los que cuelgan puñados de tierra en el corazón de los hombres.



"A mi buen amigo Gaspar, en recuerdo de pasados días. Bartolomé Delgado de León". Guadalajara, octubre 30 de 1945.

EL TÍO TIMOTEO, LOS DÓLARES Y LA CHONA

Mi tío Timoteo había emigrado, desde hacía muchos años, a los Estados Unidos. Era miembro de Jerome, Arizona, donde mi padre fue constructor, molinero y comerciante, entre otras cosas y todo al mismo tiempo. Cuando mi padre decidió venirse a Sonora, en 1930, él se quedó allá.

Trabajaba como negro. No le importaba doblar turnos, con tal de sostener desahogadamente a su familia, a la que había enviado a La Chona, el pueblo natal, allá en Jalisco.

Pero, aunque fuera cada tres o cinco años, iba a visitar a mi tía, a sus hijos y a los incontables parientes. Su llegada era motivo de alborozo en Barrio Alto. Siempre volvía con dos enormes baúles repletos de ropa, de zapatos, de regalos que repartía amplia y generosamente. Pero, aparte, llevaba otro baúl para los suyos; ése lo abría al último, cuando no quedábamos ya sino los de la familia. Y empezaba a sacar vestidos y mantones de seda para sus hijas, chamarras de gamuza y trajes para su hijo, regalos para los sobrinos. Todo lentamente, saboreando la satisfacción maravillosa de dar, de ver felices a todos, de sentirse en casa. Y al último, la sorpresa. Con una mirada pícara, abría muy despacio la caja superior del baúl, que había apartado previamente, llamaba a mi tía muy cerca, y entonces le mostraba el contenido: billetes. Billetes grandes y medianos, de lado a lado y de abajo a arriba. Nos acercábamos todos y, sin atrevernos a hacer nada más, nos llenábamos de asombro. Entonces, él cerraba la caja, la entregaba a mi tía y ésta la guardaba en la "petaquilla" familiar y le echaba llave. Y empezaba la fiesta: encargaba unas botellas de vino -y nosotros volábamos a comprarlas, por las calles empedradas- y cartones de cerveza. Se llamaba a los músicos, llegaban los parientes -con los que bastaba para casi llenar el patio en el que siempre había flores amorosamente cuidadas por las manos de mi tía-, gorjeaban los pájaros en sus jaulas, la gente se acomodaba hasta en el corral, en las recámaras, en la sala, en el pasillo, y todo el mundo bebía por el regreso feliz, para después saborear el mole inolvidable que hacía mi tía Toña.

Barrio Alto, allá en La Chona -hoy Encarnación de Díaz,

Jalisco-, tenía su fiesta. ¡Y qué de veces no se prolongó aquella fiesta por una semana!

Allí, en La Chona, viví tres bellos años de mi infancia. Y jamás he perdido el contacto con aquella gente sencilla, abnegada hasta la exageración, dulce y hospitalaria. Muchos años después, cuando era estudiante de la Universidad de Guadalajara, allá pasaba la "vacaciones chicas"; aquí, las "grandes". Luego, cuando fui maestro de la Escuela Secundaria "José Rafael Campoy", dividía mis vacaciones entre Guadalajara y La Chona. Y siempre ha sido entrañablemente dulce el regreso. ¡Como que allá se quedaron prendidos muchos sueños!

20 de marzo de 1968

MUERTE

Hay, en el pueblo de mis padres, dos cementerios. Los pobres dicen que uno es para los ricos y el otro es para ellos. No les falta razón, aunque no los divida sino una tapia de adobe.

En el primero, los cadáveres están como en archivo: engavetados, uno sobre otro, desde el piso hasta el techo, en un gran cuadro que tiene, en el centro del lado norte, la entrada general; en el centro del sur, la entrada a un templo. Y en medio, un enorme patio lleno de naranjos y de flores (Engavetados. Y, frente a cada gaveta, una inscripción, o varias: el nombre, la fecha de nacimiento y de muerte, algún pensamiento, un poema, adornos diversos). Detesto, cordialmente, los cementerios. Pero aquél es distinto. Allí casi se divierte uno. El aire está lleno de perfume, el cielo es tan azul que las nubes se dan el lujo de asumir las más atrevidas formas, nada más para recortarse, llenas de luz, sobre el cielo. Las naranjas (oh, yo cometí el *pecado* de hurtar algunas) son dulcísimas. Dicen que porque, en el patio -y, ellos sí, bajo tierra- están inhumados los sacerdotes que ha tenido el templo añoso. Yo me divertía, de veras, buscando los nombres de mis bisabuelos, de mis tatarabuelos, de los parientes que nunca conocí y que ahora, en sus gavetas, me parecían solemnes y enojados. Daba hasta dos vueltas, completas, al *archivero* cuadrado y lleno de cadáveres. Me detenía ante las "estaciones" del Via Crucis, pintadas por un

artista desconocido hace muchos años, muchos. Luego, me tendía bajo un naranjo, sobre el césped, ante la mirada severa de algún sacerdote. Para *desagraviarlo*, me metía al templo, caminaba despacio, viendo cada una de las imágenes, me sentaba, me quedaba en silencio, veía, *oía* el silencio... y más de alguna vez me metí al sótano donde guardan cientos - ¿millares?- de esqueletos, de huesos, de cráneos. Son los muertos a quienes sus deudos no les compraron gaveta a perpetuidad. Vencido el plazo, los *lanzaron* para que entrasen nuevos inquilinos. Y ahora están allí, apilados, deshechos, revueltos, pero no todos: hay decenas de cuerpos momificados, de pie, como guardianes de la muerte.

El otro cementerio -barda de por medio- es el de *los pobres*. Allí no es muy extraño ver que a los muertos se les entierra envueltos en un petate. Allí no hay gavetas, ni monumentos. Si acaso, alguna Cruz. Cuando se llega a ver una tumba con un túmulo de ladrillo y cemento es porque alguno de los deudos era -o es- albañil. A flor de tierra -oh, los siglos no pasan en balde- hay muchos huesos, muchos cráneos blancos, a fuerza de recibir el sol y la lluvia (Otro *pecado*: cuando yo estudiaba medicina, me robé *dos* cráneos, los herví en agua con cal, los pulí. Los dejé tan hermosos que uno de ellos le gustó tanto al Dr. Rolando Lara González que lo tuvo en su consultorio durante algún tiempo, una vez que yo vine de vacaciones).

La muerte, como principal habitante. Como señora. Como aire para respirar y -curiosa paradoja- para vivir.

Ella.

Ella, en la misa. Ella, en el rosario. Ella, saltando de bastidor en bastidor, entre las mujeres que cosen, a la orilla de las banquetas. Todo el día. Ella, en todas partes. Un solo pensamiento: "Hemos nacido para morir. Preparémonos para la Muerte".

Me daban ganas de ir, un día, a tomar a los sacerdotes por los hombros y darles una sacudida. Han creado un clima de muerte cuando han podido crear un himno a la vida, a la risa, a la bondad, al trabajo, a los sueños, al amor.

Son tontos y hacen daño. Amargan -de seguro- la intención de Dios. La verdad es que no nacemos para morir, sino para vivir. Y vivir no es estarse muriendo a pausas sino aspirar, por todos los poros y en cada aliento, el hondo, dulce, maravilloso sabor

de la vida. Y luego, sus amenazas. Su Dios terrible, inmisericorde, vengador de agravios inventados, al que debe temerse, sobre todas las cosas. "¡Ay de quien no tenga temor a Dios!" -repetía el cura del pueblo, en la doctrina, y un día dejé de ser niño y algo me decía que yo debería *amar* a Dios y no temerlo por nada, por nadie, nunca. La vida no es temor, agonía, muerte, valle de lágrimas. No. La vida es risa fresca, esperanza, amor, abundancia, palpitar de sueños.

La Muerte es, allá, el principal habitante del pueblo. Morir es, casi, un artículo de primera necesidad. Y ¿para qué pedir nada, aquí, si ya vamos a morirnos? Mejor esperar a ver si nos toca un pedazo de cielo. Tontos. No saben que el cielo es posible aquí mismo, ahora. Tontos. No saben que la muerte no resuelve nada, absolutamente nada. No quieren saber que Dios creó a la Vida para eliminar a la Muerte.

No saben.

Allá están, engavetados, mis tatarabuelos, mis bisabuelos, mis abuelos, los parientes de mis padres. Están bien. Deben reírse, todos los días, sobre todo ahora, cuando el aire se vuelve amoroso, a fuerza de empaparse de azahar, y cuando las naranjas, estridentes de luz, piden a gritos que las corten.

...Y deben reírse, sobre todo, de la caravana de mujeres -viejas, jóvenes, niñas- que va a la capilla a orar, fervorosamente, por una muerte tranquila.

(Lo único que llora, allí, es la Vida. Debe dolerle tener en las manos -para repetirlos- el amor, la dulzura, la esperanza, los sueños, los bienes materiales ¡y no poder repartirlos porque allí no se predica más que la resignación de la muerte!

Me da lástima, entonces, la Vida. Y tal vez por eso es que la amo, cada segundo, intensamente.

Y dejo que los muertos entierren a sus muertos. Yo voy a otra parte. A la luz, a la felicidad, al amor, a las ilusiones, al camino interminable y maravilloso de la Verdad y la Vida.

¿Cuándo van a entender?)

A trescientos metros de los dos cementerios, está lo más alto de la colina. Desde allí, el pueblo se ve maravillosamente bello. Sus calles empinadas, su río, las torres de su templo, la plaza, el parque, el cielo, la nube, los árboles. Desde allá, arriba, es posible reírse, a carcajada limpia, de la Muerte. Allí hace

eclosión la Vida. Allí me planto, cada vez que me acuerdo.

12 de diciembre de 1968

TORERO

Era 2 de febrero. Y, como es natural, el pueblo estaba de fiesta. Bien de fiesta. Engalanado, con hilos de papel de china y toda la cosa. ¿Cómo no, si era el día de la Virgen de la Candelaria?

La plaza estaba que ebullicía. A la bajada de la *calle del Resbalón*, frente a la parroquia, los vendedores de carnitas y de fritangas no se daban abasto. En el mercado no se podía andar. En la plaza, y en las tiendas que hay a derecha e izquierda, había gente de todas partes: de las rancherías, que habían bajado muy temprano; de Aguascalientes, de todas partes. Hasta de los Estados Unidos.

El 2 de febrero es, en *La Chona*, allá en los Altos de Jalisco, la fecha en que hay que regresar al pueblo, porque hay que visitar a la Virgen... y, de pasada, ir al encuentro de los recuerdos, o a los brazos de quienes se aman.

Allí, en la Plaza, habían cerrado una calle para instalar la rueda de la fortuna, unas sillas voladoras, un volantín, algunas diversiones. Y era fantástico oír los gritos de las rancheritas que por vez primera conocían aquello y que no sabían si agarrarse de sus asientos o sostener, sobre la cara, el rebozo imprescindible.

Toda la mañana y hasta las tres de la tarde, la alegría fue la misma. Luego, declinó un poco, porque se fue allá arriba, por el rumbo de la Plaza de Toros. Había corrido, como todos los años.

Mi primo José y yo no teníamos dinero, desde luego, para ir a los Toros. Ni nos interesaba gran cosa. Después de todo, teníamos unos veinte años. Pero sí habíamos conseguido para un "volado" en la rueda de la fortuna, para comprar algunos pedazos de caña, algunos trozos de alfajor, unos tacos de carnitas. Andábamos felices.

Como a las seis de la tarde, luego de verlo todo, de andar de un lado para otro, decidimos darnos, por fin, aquel "volado". Y nos subimos a la rueda. Pero José traía más dinero y, después

del primero, decidimos permanecer en nuestro asiento para otro más. El encargado iba haciendo ascender, silla por silla, la rueda. Estábamos en lo más alto cuando oímos los primeros disparos. Y vimos: la gente salía de la plaza de toros a la carrera, atropellándose, hasta desembocar en la plaza. El que manejaba la rueda empezó a gritar y a hacer que la gente bajara, para que pudiera correr. Cuando nosotros estábamos a unos tres metros del suelo, él no quiso esperar más. Pegó la carrera para meterse en la Iglesia. Era una balacera de todos los diablos. Disparaban de todos los ángulos de la plaza. Mi primo y yo abríamos tamaños ojos, mientras nos descolgábamos hacia el suelo. Vimos lo que pasaba, durante unos segundos, y luego se nos quería salir el corazón cuando, frente a nosotros, atravesó un hombre con la camisa llena de sangre y con la pistola, humeante, en la mano. Cayó. Y nosotros iniciamos una carrera desafortunada, por el empedrado, tratando de llegar a la calle Guerrero para de allí correr a casa. Nada más que queríamos correr demasiado aprisa y las piedras de las calles, de tanto que han caminado sobre ellas, están lisas. Caímos sabe cuántas veces. Después de una eternidad, llegamos a casa. Se asustaron y se alegraron, al vernos. Se asustaron porque íbamos con los pantalones y las camisas rotos, sangrantes los codos y las rodillas. Se alegraron porque sabían que andábamos en la plaza, y los balazos ya habían puesto en conmoción a todo el pueblo.

Catorce muertos. Veinte heridos. Inocentes y ajenos al lío, casi todos ellos. Había charcos de sangre, en toda la plaza. Porque dos tipos, de esos de pistola al cinto, *muy machos*, se habían empezado a lanzar puyas durante la corrida.

Los toreros salieron volados hacia Aguascalientes a los primeros disparos. No creo que ninguno haya vuelto ni siquiera por la paga.

Y a mí me quedó un recuerdo espantoso: la carrera desenfrenada, calle arriba, cayendo y levantándonos y, más tarde, el espectáculo terrible: cerca de diez cadáveres, alineados en el corredor de la Presidencia Municipal, frente a la plaza, para ver si alguien los identificaba.

Era un 2 de febrero de -ya me lo temía- hace muchos años.

De Guadalajara a *La Chona* -Encarnación de Díaz, pues- se hacían cinco horas en camión. Todos los años, por estos días,

yo me hacía de algunos pesos y me iba a La Chona (¡Hubo una vez que empeñé la medalla de oro que me dieron en la Secundaria!). Tenía que ir.

Había habido, como siempre, corrida de toros. Yo no había ido. Me había quedado en casa de mi tía Toña, platicando con mis incontables tías, tíos, primos y primas. Y luego, pues me acababan de dar una *desconocida* algunos líderes braveros en la Facultad de Medicina y me habían rapado hacía poco más de un mes. Usaba, por ello, la boina tradicional de los universitarios tapatíos que reciben el "bautizo". Pero, en la noche, era otra cosa: me fui a dar vueltas a la plaza, con mis primas, mientras en el kiosko la banda le ponía pentagrama a las estrellas.

En una vuelta, me pasó algo extraño: un fulano, con su vestido de charro, con su pistola al cinto y con su aire de rico del pueblo, me gritó:

—¡Qué guapo te crees, torerito!

Pregunté quién era. No me lo dijeron. A la siguiente vuelta, me volvió a gritar:

—¡Qué bueno eres para andar con mujeres, pero qué vieja para meterte con los toros!

A la tercera vuelta, de plano, me retó a darnos de balazos. Cuando le pregunté por qué, se echó para atrás, metió mano a lo que llevaba. No llegó a sacar nada. Mis primos le llegaron cerca.

Y nada. Una equivocación. Hasta entonces me expliqué por qué mucha gente me veía con interés, por qué algunas chicas me miraban con admiración y algunos tipos con rabia. Hasta entonces. Uno de los *espadas* -dijeron- era igualito que yo ¡y usaba boina como yo!

Ni modo. Unas veces me han visto cuerpo de torero. Otras, casi han hecho que me cuerne el toro. Y no sé qué será mejor.

Hay este día -y mañana- fiesta grande en el pueblo de mis padres. Con su corrida de toros y toda la cosa. Pero -otra vez- yo no estoy allí. Hace muchos años que no vuelvo. Han muerto algunos de mis tíos, se han ido otros, mis primos se han dispersado. Sería triste, de veras, ir nada más a contemplar los empedrados en los que desgarré mis rodillas o la plaza en la que quisieron meterme un tiro. Ni las campanas me sonarían igual.

El 2 de febrero se me ha vuelto, nada más, un recuerdo. Antes era una ilusión. *Sic transit gloria mundi.*

1º de febrero de 1969

JUEVES

Se me encogía, de plano, el alma. Era como si el pueblo se llenara de sombras. Como si se apagara el sonido. Como si una bruma densa y misteriosa cayera sobre todo.

Las campanas eran estranguladas. Y en lugar de sus risas permanentes -que sólo modulaban tristeza cuando moría alguno de los ricos-, las horribles matracas daban golpes al aire y el chasquido -seco, hiriente, como de animal sin entrañas- se iba rebotando por el empedrado de las calles desde la Parroquia hasta encontrarse con el tableteo que afeaba la mañana o rompía la tarde en la Capilla del Panteón, en el Rosario o bien, río abajo, en San Pedro y San Pablo.

A deshoras, cuando no había misas ni más movimiento que el de las viejas beatas que estaban siempre allí dándose golpes de pecho o alisando las cuentas del rosario, yo me escurría a la Parroquia. Veía a las viejas y me preguntaba qué tan malas no serían, que no les bastaba confesarse, comulgar, ir a misa y al rosario, para descargar la consciencia. ¡Cómo la tendrían...!

Pero en realidad yo no iba a verlas a ellas. Simple y sencillamente, las veía porque allí estaban siempre, y ya. No. Yo iba a escoger la banca más alejada de ellas, de las puertas y del altar principal. Me persignaba, permanecía un segundo de rodillas -jamás he podido hincarme sin sentirme íntimamente molesto- y me sentaba en la banca. A ver. A pensar. A descubrir los rastros de incienso en el aire quieto de la nave. A adivinar a Cristo, que tenía los brazos abiertos y una mirada muy dulce y muy triste que parecía llamarme. Allá, arriba, en un nicho, estaba -pequeñita, pequeñita- la Virgen de la Candelaria. No me llamaba la atención, porque ni modo que me trepara al altar mayor para verle la cara. Pero aunque se me hubiera ocurrido. Ahora era Semana Santa, y sobre los altares y sobre las imágenes había el velo espeso de las grandes cortinas moradas, en señal de luto. Eso era lo que me fastidiaba. Que no pudiera verse nada

y que fuera Semana Santa, porque a todas horas entraba gente a la Parroquia. Y luego, más tarde, habría *función*. Aquello estaría tan repleto que no se podría dar un solo paso. Había que ver cómo, a codazo limpio, las beatas acaparaban las primeras filas para ver la ceremonia del lavatorio, por ejemplo. Pero el número fuerte era el sermón de *Las Siete Palabras*. Sí. Aquello era como cuando llegaba un circo al pueblo. O como el 2 de febrero, en que llevaban hasta la "Rueda Ferris" y había corrida de toros. Como una *función*, sólo que no cobraban y todos andaban muy serios, muy serios. Si uno se reía no faltaba quien le pegara un coscorrón durísimo, porque faltaba al respeto. ¿A quién, por qué? Pues a Dios, que ya lo iban a matar los judíos. Uno tenía que andar bien triste, hasta el Sábado de Gloria, cuando se podrían quemar todos los judas. Yo no quería, pero me metía y me metía a oír el sermón de Las Siete Palabras. Cuando el cura llegaba al pasaje en que Cristo, clavado sobre la cruz, indefenso y desolado, preguntaba por qué se le había dejado en aquel abandono, me salía. Y me iba a todo correr hacia Barrio Alto. Saltaba la barda del panteón viejo y me sentaba sobre cualquier montón de tierra a ver el cielo y a preguntarme lo mismo: ¿Por qué Dios había dejado solo a Cristo, en la cruz? ¿Y cómo, si Cristo era Dios, se había dejado clavar y luego se quejaba? Miraba a mi alrededor. Decenas de calaveras, a flor de tierra, pelaban los dientes, como burlándose de mí. Las calaveras -blancas, limpias, por el sol y la lluvia- yacían tiradas por todas partes, entre espinazos, fémures, clavículas y homóplatos, a escoger. Era el panteón de los pobres y a nadie le importaba que los huesos de los pobres saliesen a tomar el sol y a disfrutar de la lluvia. Ellos no tenían por qué andar con solemnidades, como los huesos de los ricos, que estaban -están- bien engavetados, en las paredes del panteón, con epitafios sentidísimos y nichos bien cuidados y dispuestos especialmente para el viacrucis rezado en voz baja y trémulo. No. Los huesos de los pobres hasta se dejaban acariciar, porque salían a limpiarse y a blanquearse muy pronto, en cuanto lograban sacudirse la cobija o el petate que les servía de único sudario. Me tendía de cara al cielo, a ver las nubes, a sentirme angustiado por el pobre Jesús al que habían dejado solo. Cuando empezaba a caer la tarde, regresaba a casa. Ni siquiera me preguntaban si llevaba hambre. ¿Para qué, si eran días de

ayuno?

Cristo. Cristo. En todas partes. Hasta en la boca de las viejas beatas, que no paraban de hablar de él quizá para ver si alguna vez llegaban a morderlo. Yo lo veía tan triste, tan desvalido, tan inerte, que más de una vez estuve tentado a robármelo y esconderlo en mi corazón para que nadie volviera a crucificarlo. No me explico por qué no lo hice. Después de todo, cuando se tienen seis años no importa que las viejas beatas se vuelvan locas preguntando dónde está Cristo.

Pero quién sabe. Hay veces en que algo ríe dentro de mi corazón, mientras por la acera de enfrente alguien pasa negando al Señor, porque no lo halla.

Quién sabe. Parece una travesura. Tal vez el que ríe no es *algo*, sino Alguien.

Qué bueno que en mi corazón no haya cortinajes, ni luto, ni rezos mordisqueados por viejas beatas. Es Semana Santa y jueves. Y no tengo que salir corriendo a jugar con los huesos de los pobres.

Yo no lo he abandonado.

26 de marzo de 1970

APRENDER

Allá arriba, en Barrio Alto, había un viejecito que se mantenía de una manera que a mí me llenaba de fascinación: se iba al monte, cortaba los brazos de los grandes magueyes y luego, después de cargarlos en un saco, sobre su espalda, iba a su casa y, con una piedra, los machacaba hasta sacar el ixtle. Y al sol, a secarse. Semanas después tomaba mazos de ixtle y los teñía; unos, rojos; otros, azules. A secar. Y un día después, la rueca, que manejaba maravillosamente. Yo, embobado, lo miraba hacer. ¡Y cómo se me abrían los ojos ante aquellas reatas que salían de sus manos! Azul, rojo, gris, blanco. Eran preciosas.

Un día, viendo que él no atinaba a fijar los cordeles mientras daba vuelta a la rueca, le pedí que me dejara ayudarlo. Seguro. Y me convertí en su ayudante. Aprendí a hacer reatas. Y al cabo

de una semana, tuve mi pago: una sogá preciosa, nuevecita, con la que aprendí a hacer jaranas y que por mucho tiempo fue mi orgullo.

Tenía, yo, siete años. Allá en *La Chona*.

¿Qué tantas cosas he aprendido en el transcurso de la vida? Muchas. Me he divertido, aprendiendo todo lo que se ha puesto a mi alcance (Con decir que, cuando estudiaba, tenía un amigo sastré que se asustó porque a los dos días estaba yo cortando mis propios pantalones). La vida, para mí, no ha sido y no es más que una escuela. Y no voy a repetir año.

Me divierte, de veras, vivir (Desde luego, de tarde en tarde hay lágrimas que me quieren quemar los ojos, pero...).

Ella, en lugar de garganta, tenía un ruiseñor. Cuando cantaba -frente a mi cuarto de estudiante- parecía que el barrio se llenaba de cascabeles, de gorjeos, de pinceladas azules.

Y me amaba.

Pero, ¿qué tan definitivo es el amor a un estudiante que empieza y que, por añadidura, no tiene un peso en la bolsa? Era, ella, un gorrión en busca de abrigo. Y yo no podía dárselo, terco hasta la médula en hacerme doctor.

Me amaba. Le gustaba llorar, sobre mi hombro, sus angustias. Me decía: "Cuando nos casemos..." y yo no oía más. ¿Cómo, cómo, cómo?

Nos enojamos, un día. Y una semana después desapareció del barrio. Se asustaron sus familiares, me asusté yo. Sin remedio. Regresó antes de setenta y dos horas. Acompañada. Se había casado. Y su madre la tomó de la mano y la llevó -¡ella, la señora, que jamás me había dirigido la palabra!- a mi cuarto de estudiante, con la dueña de la casa. ¡A que me diera disculpas! La miré, hondamente, a los ojos. No hablamos. ¿Para qué, si soltó el llanto a primera vista?

Las mujeres tienen, a veces, extraños medios de golpear a quienes aman.

Aprendí, con ella, que también los ruiseñores pueden estrujar el corazón.

He aprendido -a la fuerza- muchas cosas, excepto una: dejar de confiar en quienes amo.

21 de marzo de 1969

ESTOS DÍAS, ¿ALLÍ NO?

No sé, de veras, cómo siendo un niño encontré en mi camino tantas cosas. No sé. Pero Amado Nervo y yo éramos amigos cuando yo no cumplía diez años. Y conocía, con él, a cien autores diferentes, de todo el mundo. Cuando murió mi padre, en Pueblo Yaqui (si alguien le hubiese pronosticado que terminaría sus días en una comunidad incipiente, después de que él había recorrido medio mundo, se habría reído), me acerqué a su féretro. Yo lo amaba. Lo vi un rato y luego me fui de casa, a vagar por las orillas del pueblo. Volví cuando ya era tan noche que nadie reparó en mi presencia. No lloré. Ni lloré tampoco, al día siguiente, cuando lo llevaron a sepultar y yo volví a perderme. Un hermano mío, después, me regañó, me gritó, me dio alguna bofetada. Lo mandé al diablo, sin pronunciar una sílaba. ¿Cómo iba a entender que yo no podía perdonarle a mi Padre que hubiera muerto, si apenas empezaba a conocerlo? Me dijo alguna estupidez: que yo no amaba a mi Padre; que por eso no había llorado. Ahora sé que, realmente, era una estupidez. He estado llorando a mi Padre desde hace treinta años. Porque con su muerte quedé solo conmigo y atenido a mis propias fuerzas. Porque se me incendiaba el corazón ante algo de los pocos recuerdos de mis años iniciales de consciencia despierta, cuando le preguntaba a él cosas que le hacían sonreír, mientras mis hermanos me miraban con ojos de recelo: ¿Filosofía, quiromancia, espiritismo, reencarnación, cielo, infierno, la Verdad, Cristo, Buda, Alá, Confucio, los yogis? Creo que aprendí a admirar a mi padre cuando, cierta vez, mamá platicó en rueda de familia que, cuando casó con él, el señor Cura le *exigió* que una de las primeras cosas que haría ella al tomar posesión de la casa de mi padre, sería *quemarle sus libros*. Mi madre los quemó. Jamás se le ocurrió pensar que mi Padre ya no necesitaba de ellos, sino que podía escribir otros más avanzados. Tal vez por eso no se explicó la risa de él.

Cuando murió mi padre, estaban muy lejos los años en que había sido el más respetado señor de su pueblo -como sus padres y sus abuelos- allá en Jalisco; muy lejos los tiempos en que había sido director de algunos negocios importantes en los Estados Unidos; muy lejos los tiempos en que -me contaban los

mayores- cada quien agarraba los puños de plata que se les pegaba la gana, para divertirse. Muy lejos. Yo conocí, nada más, los años amargos, duros, tremendos, de abrir los ojos a una realidad lacerante y poderosa. Y leía, en Pueblo Yaqui, cuando tenía once años, un tesoro que me regaló una vieja maestra en Guadalajara: las "Lecturas Literarias", inolvidables, de Amado Nervo:

"Diez años hace murió abuelita:
cuando la fueron a sepultar,
deudos y amigos, en honda cuita,
se congregaron para llorar".

Sí: lo mismo: el niño que no llora y que, por no hacerlo, recibe recriminaciones y golpes... el niño que, al cabo de siempre, sigue llorando al ser amado, olvidado ya por todos. Así me pasó con mi padre. Así sucede, aún, por estos días. Y los que me conocen y NO me conocen, en cuanto ven su tumba sola, en Pueblo Yaqui, ¡me ponen por los suelos! Yo no tengo a qué ir a su tumba: EL NO ESTA ALLI.

Estoy, pues, deprimido. Como me pasa siempre, sobre todo por estos días. El no está allí. ¡No está allí...!

Cuando yo era pequeño, había veces en que me daba un no sé qué oír a mi madre, alguna mañana: "Oye, hijo, algo va a pasar: anoche estuve soñando que..." Yo intentaba una sonrisa (oh, yo ya empezaba a ser *intelectual*...) pero la risa se me helaba antes de llegar a los labios. Hoy sé por qué. Yo, como ella -aunque por medios distintos-, intuyo, adivino, veo lo que viene. A veces me sorprende a mí mismo. Antenoche, cuando estábamos reunidos Pepe, Andrés, mi madre y yo, con los nuestros, estuve a punto de decirle a mamá: "Pues yo no lo soñé, pero no sé por qué diablos desde hace tres días sentí la *necesidad* de mencionarlo en lo que escribo, porque..." No sé. Mi madre -a la que jamás permito que le manden la TRIBUNA DEL YAQUI, porque no quiero que sepa qué escribo, contra quién escribo, a quién ataco- me dijo: "Ya sé que hay mucha gente que dice que está escribiendo cosas de la familia". ¿Cómo lo supo? No sé. Ella tiene sus *fuentes de información*, como yo. Pero me alegra que lo sepa, *ultimadamente*. Y me importa un bledo al cuadrado si se enfurece fulano, si se indigna perengano o se sulfura mengano cada vez que se me ocurre patear las caretas de

solemne que me salen al paso y decidir que, para bobos y pontificadores, el mundo está a reventar. Los engoladores de voz, los posadores de miradas pontificias, los gesticuladores de mano azul, me revientan. Creo que son algo así como dasechos inevitables de una era. Ellos, naturalmente, no lo saben. No lo advierten, ¿no podrían creerlo!

5 de noviembre de 1968

EL RÍO

Allá, arriba, en alguna parte, nace el río. No sé, de veras, si lo amo. No sé si lo temo. Pero me fascina contemplar, por horas, las rocas enormes que ha tallado al través de los siglos. El y yo tenemos algo -muy importante- en común: somos libres. No hay presa que lo detenga. No hay amo que me ordene. El aire es el más limpio del mundo y las nubes, de tan blancas, parece que se van a poner a jugar.

No me quito los zapatos, porque no los tengo. Y me da gusto ver cómo se solazan, ante la caricia dulce del agua, mis pies. Pero -¿ya me dio por ser atrevido?- avanzo. Avanza el agua. Hasta que sólo queda, fuera, mi cabeza. Entonces tengo miedo. Yo no sé nadar. Pero es maravilloso sentirse así, en el seno mismo del agua (No sé por qué, pero me parece estar en el regazo mismo de mi madre).

No hay peligro. No. El agua, cristalina, baja a cobijarme, nada más porque sí.

Tal vez porque soy un niño.

La Chona. El horizonte, que quiere estallar, de puro bello. Las nubes, el aire, el azul. La vida. Casi me atrevo a hablar con los pájaros que, divertidos, vuelan a mi alrededor. No sé por qué no he aprendido su idioma. No sé. Nos divertiríamos, de veras, *en grande*. Me dirían muchas cosas que, apenas en sueños, he podido entrever. Ellos me lo dirían. Vuelan. Llegan a donde quieren. Me hacen falta las alas. ¿Me hacen falta? No sé. Las nubes, de puro blancas, las tengo al alcance de las manos, pero no me atrevo a oprimirlas. ¿Y si lloran? No.

Soy un niño. Y el aire es limpio, el cielo está más azul que

nunca y aquí dentro, en el corazón, hay algo así como un grito a la vida. Me divierto. Las aguas, cantando, bajan y me envuelven. Las rocas, de tantas caricias, son blandas. Suaves. Lisas. Casi dulces. Como las vírgenes. No sé. Pero, allá arriba, nace el río. Y me envuelve y me cubre y me puebla de luceros.

Allá arriba.

Conocí, hace muchos años, a Efrén Rojas Juanco. Médico. Decidor avaro de sus cosas. Pero lo conocí, y bien, cuando alguien le puso una guitarra en las manos. Cuando cantó (¿junto con Manuel Macías Parra?) aquello hermosísimo de "Arroyo claro que..."

Entonces lo conocí. Y nunca he olvidado su música, su sentimiento, su vibración. Es bueno saber que hay gente que sueña.

Bueno.

(Y me pregunto: ¿dónde, pues, nace el río? ¿Dónde nacen los sueños, por dónde se precipitan las esperanzas, de qué punto cardinal se desploma la vida? Pregúntelo, también, usted. Un día van a respondernos. Un día.)

Se salió de sus cauces, una vez. ¿Enfadado, travieso, loco? No sé. Pero, de la noche a la mañana, se puso de *fierro malo* y se dio a repartir *hostiazos*. En el puente del Barrio del Rosario había un bramido tan ominoso, de las aguas, que la gente, despavorida, corrió a Barrio Alto. ¡Y era fantástico ver, entonces, a los ricos del pueblo, allá en Barrio Alto! ¡Más inermes que los inermes! El río estaba haciendo justicia. El agua, limpia hasta el alma. Pilatos hizo bien cuando se lavó las manos.

El río, pícaro y medio, se llenó de carcajadas con cada susto de los pobres señores que, impotentes, se daban cuenta de que hay cosas que el dinero no puede comprar.

Ese río es un bribón.

Yo era niño.

Por eso, tal vez, podía envolverme en sus aguas. O beberlas (Sabían a dulce, a sueño, a luz).

No sé, aún, dónde nacía. Tal vez en el cielo.

Tal vez.

9 de diciembre de 1968

LÁGRIMAS

He descubierto una cosa: las lágrimas son, casi siempre, recuerdos licuados.

Era tan pequeño, aún, que no podía alcanzar el filo de la angustia. Ni -menos- sabía cómo los sueños sirven para arrebujarse en ellos. ¡Qué iba a saber! (Pero -oh, yo lo sabía- tenía que haber cosas dulces, buenas, en alguna parte del mundo, para mí. ¡Tenía que haberlas!).

Llegó, en uno de sus muy esporádicos viajes, mi hermano Pedro. Estuvo dos días en casa y luego se fue al rancho. Enseguida, a Aguascalientes.

Yo me quedé feliz, alborozado. Yo sabía -desde que era mucho más niño, en Ciudad Obregón- que él me quería. (Cuando *rayaba*, en La Arrocera, siempre me daba un diez de plata).

Me llamó al corral de la casona enorme, allá en *La Chona*, y me dio *cinco*veintes de plata. ¡Cinco! Cuando vio mi estupefacción, me dijo, sonriente: "A ver si con eso empiezas una industria".

La empecé.

Me fui a la plaza, donde el domingo yo había visto algo de lo que quería. Y, cuando regresé a casa, me fui derecho al corral, dejé lo que llevaba, arrimé un poco de maíz y, cerrando bien la puerta, fui a la sala. Estaba tan contento, que tomé el fonógrafo de papá, le dí cuerda y puse el primer disco que tuve a la mano (Un disco grueso, grueso, que muchos años después volvió a llegar a mis manos. Entonces se lo envié a don Pancho Obregón. Era el "Corrido del General Obregón", grabado a unos meses de su muerte).

Y soñé en el futuro de mi industria, feliz, con alborozo tierno.

Tres meses después, mis padres y mis hermanos me miraban con ojos alegres: el gran patio de ladrillo estaba lleno de conejillo de Castilla. Y es milagroso ver lo que hacen las *cruzas*: los había negro azabache, pintos, blancos, pardos, grises, *canucios*... y un día salieron -nada más porque sí- dos cosas que parecían motas de algodón desplazándose triunfalmente por el foro de la vida: una, *azul*; otra, *anaranjada*.

Y fueron mis consentidos. Cuando les llamaba al patio de ladrillo (y es tan hermoso el barro de *La Chona* que hace palidecer al mosaico, muchas veces), caminaba entre el peque-

ño mar de conejillos para llegar al *anaranjado* y al *azul*. Se dejaban tomar en las manos, se dejaban acariciar, se dejaban querer.

A medida que se levantaban, se volvían más bellos. Parecía que estuvieran inventando un nuevo grado de la belleza.

Llegó, un día, mi tío Macario, del rancho. De San Salvador. Y, como de costumbre, en su *burro prieto*, un garañón cuya sola vista me infundía miedo.

Entró, con todo y garañón. ¡Y como mis conejos estaban comiendo, a su vista, corrió hacia el maíz... y aplastó al *azul*, de un pisotón impresionante!

Duelen mucho, siempre, las primeras lágrimas que se vierten en la vida. Porque son, en última instancia, la aparición ineluctable del dolor.

Duelen.

Me fui, escalera arriba, al corral enorme, me metí a un granero olvidado y allí, con mis cinco años por delante, derramé las primeras lágrimas verdaderamente amargas de mi vida.

No me arrepiento. Creo, aún, que hay veces en que el llanto puede mitigar angustias.

Habían matado una parte importante de mi ilusión.

Qué bueno es, después de todo, ser niño.

Si el hombre se pusiera a llorar por cada ilusión asesinada, no le alcanzaría el tiempo para llenar de lágrimas todos los cubos del mundo.

27 de febrero de 1969

LUCEROS

Todavía no puedo definir, de veras, lo que me pasó el día en que aprendí a leer. Fue una mezcla súbita de alegría sin límites, de sorpresa, de estupefacción y de coraje. Todo en uno, y al mismo tiempo. En cosa de instantes. Quién sabe con qué cara me vería el maestro porque se me quedó viendo con ojos extraños y luego me pidió que me quedara cuando terminase la última clase.

Andaba yo por los cinco años ¡y la bilis que pasaba porque no sabía leer y mis hermanos sí! A lo más que había llegado era

a que Herminia, mi hermana, me hubiese enseñado a dibujar las letras de mi nombre, así como los nombres de *México* y de *América*. Con aquello tenía yo para no pasar por analfabeta cuando, a la luz del poste que había en la esquina de Durango y Zaragoza, nos juntábamos la chiquillería del barrio del lugar, a pelear y a platicar. Mi padre había construido con sus propias manos un molino de nixtamal y lo había instalado precisamente en casa, en la esquina aquella. Enfrente, en la gran explanada que se prolongaba hasta el arroyo de la calle Cuchus, donde hoy se levanta la escuela Dworak, jugábamos beisbol y correteábamos a cualquier hora.

Yo no iba a la escuela. Estaba muy chico. ¡Y tenía que esperarme a la fuerza hasta que cumpliera siete años! Aquello era una tontería bien grande.

—Pepe, ¿me enseñas a leer?

—¿A leer? ¿Pues qué crees que se aprende en un ratito? ¡Ah, malhaya! Hay que ir un año completo a la escuela para medio aprender y luego seguirle de frente. Además, yo no tengo tiempo.

Nadie teníamos tiempo. Quizá porque éramos muchos en la casa, porque había mucho que hacer, o porque era yo muy mocoso y preguntaba mucho.

Un buen día, mi padre se sintió enfermo y cansado. El calor le hacía un daño tremendo. Así que le dejó el molino a Magdaleno mi hermano y nos fuimos a Jalisco. También se quedó Pedro porque Morrison, en La Arrocera, no lo dejó ir (Es curioso: después de tantos años, Pedro -que puede contarse entre los mejores molineros de América- sigue en La Arrocera. No tiene ya necesidad de trabajar pero va una o dos horas diarias, a supervisar la molienda de trigo, a ver las máquinas, a sentirse en su mundo de siempre).

Vuelta al rancho. A El Salvador, que los viejos llamaron *Cantarranas*. Al rancho del que los cristeros habían sacado violentamente a mi padre, después de robarlo sistemáticamente y de casi asesinarlo junto con mi hermano Pedro (Eso ya lo dije alguna vez. Ya dije que mi padre tomó con todos el tren, para ir a los Estados Unidos, por Juárez. Yo pedí esquina antes de llegar, y me bajé en Torreón. Creo que por algo más que cortesía, mamá tuvo que bajarse conmigo y, con ella, los demás.

Un mes más tarde seguimos el viaje. A mí me bautizaron en El Monte, California -ni pensar en un bautizo en Torreón-, y por eso alguna vez se me hizo ver la facilidad con que yo podía conseguir que en los Estados Unidos me considerasen como ciudadano norteamericano por nacimiento, mostrando el acta de bautismo como prueba de que yo había nacido precisamente en California. Me dio coraje. ¿De adulto iba yo a traicionar mi primer grito de rebeldía?).

Cuando llegamos a la estación de Ferrocarril de *La Chona*, ni siquiera sentimos el frío. Mis padres, porque el olor mismo de la tierra y de la noche les hacía olvidarse de todo. Mis hermanos mayores, porque pretendían reconocer algo. Herminia y yo porque queríamos saber cómo era aquello de que siempre se hablaba en casa. *La Chona*. (Mi padre le decía *La Villita*, quizá porque el nombre original fue el de *Villa de la Encarnación*, que luego le cambiaron al de *Encarnación de Díaz*, en homenaje a Don Porfirio cuando una vez pasó en tren frente al pueblo.) El Salvador. San Hipólito. San Hipólito de los Locos. La presa de Zermeno. La presa del rancho. (Y me acuerdo, al escribir esto, de que en aquella *presa del rancho* aprendí a nadar un día en que, después de hundirme diez veces seguidas, mi primo José de Alba me dio la fórmula: "Mira, agarra aire, mete la cara al agua y rema con los brazos como hacen los perros". Aprendí a nadar "de perrito", pero luego me sucedía que en cuanto sacaba la cara del agua -¡bolas!- me iba al *plan* y luego venían los verdaderos apuros.)

Hay, de la estación al pueblo, algunos kilómetros. ¿Cinco, diez? Algunos. Pero, por entonces, aquello no representaba ningún problema: lo único que tenía que hacerse era subir a un tranvía y acomodarse en los asientos. Llegaba el conductor, despertaba al caballo que tiraba del tranvía y -¡fantástico!- uno se deslizaba como en un trenecito de cuerda, sin ruidos de motor, suave. Y arriba, los luceros haciendo guiños.

El viaje terminó precisamente frente a *la Parroquia*.

—¿Por qué huele tanto, mamá?

—Son los huele-de-noche.

Los huele-de-noche, que inundan de perfume toda la plaza. Cada vez que en cualquier parte me ha tocado percibir el aroma inconfundible, he vuelto a ver el viejo y hermoso tranvía, la noche hartándose de luceros y mis ojos queriendo atrapar hasta la

última chispa de luz y de alborozo.

A cargar las maletas, cuesta arriba, hasta Barrio Alto, a casa de Tía Toña (Cuando menciono su nombre, voy a confesar algo: yo me pasé muchos años haciendo que creía, de veras -de veras-, en la bondad de los santos. Ahora sé que si alguno fue, alguna vez, como mi Tía Toña, yo estuve equivocado).

Y, a lomo de burro, al día siguiente, *el rancho* (Alguna vez, no hace mucho tiempo, se me ocurrió que sería bueno comprar la casa que fue de mi padre, de mis abuelos, de los Delgado. Sí, la mayor del rancho, con su fachada de piedra laja, blancas y negras. Pero, ¿para qué comprar nada? Bueno, tal vez para recordar a papá, sobre todo cuando contaba acerca del tesoro que él había enterrado allí. No. Papá se divertía con nosotros. ¿Y para qué iba yo a querer una casa en la que no podría estar casi nunca? ¿Para que se acabase de derrumbar?).

¡Pero había escuela, había escuela!

Y a la escuela nos fuimos. Sí, yo también, con mis hermanos, para ver si me recibían. Por el camino del arroyo de Las Pilas, había que caminar dos o tres kilómetros. La escuela era un pequeño cuarto, con un anexo minúsculo donde vivía el único profesor. Estaba al otro lado del arroyo y para llegar a ella había que atravesar caminando sobre un tronco.

—Profesor, ¿verdad que usted sí me va a enseñar a leer?

—Sí. Yo te voy a enseñar.

En una semana me enseñó el nombre de las letras; en otra semana el sonido de las letras. Entonces me dijo:

—Ahora vamos a empezar a enseñarte a leer. Mira, ¿cómo suena esta letra?

—Ppppp.

—¿Y ésta?

—Aaa.

—¿Y si las juntamos?

—P-a.

—Repítelo.

—P-a, p-a. ¡Dice pa!

—Sí: dice pa. De modo que si queremos que diga *papá*...

—Le aumentamos otra *p* y otra *a*!

Sí. Y en aquel instante aprendí a leer. Primero, el júbilo llenó mi alma. Luego, ¡hasta sentí admiración por mí mismo! Enseguida,

me inundó la gratitud hacia el maestro, ¡y terminé riéndome de mí mismo y luego enojándome, de veras, conmigo!

Cuando nos quedamos solos, el profesor me preguntó:

—¿Por qué te has puesto enojado?

—Porque, ¡desde cuándo andaba yo dando lástima por algo tan fácil! ¡Me da vergüenza no haber aprendido antes! ¡Si es tan fácil! Si alguien me hubiera dicho, nomás, que era suficiente con juntar los sonidos, yo habría aprendido solo... Pero he sido tonto.

Sonrió.

—Verás que en la vida todo es lo mismo. Todas las cosas son fáciles cuando se sabe cómo. Pero hay que batallar para encontrar quién le diga a uno cómo hay que juntar los sonidos.

—¿Los sonidos?

—Algo así. Vivir es como aprender a leer. Ya lo aprenderás después.

Lástima que él no pudo leer, entonces, lo que le esperaba: un mes después lo hallaron colgado, con un saquito de tierra en el pecho, como advertencia para todos los que pedían tierra y a quienes él aconsejaba. Tuvieron que pasar muchos años para que volviese a haber escuela en el rancho. Nosotros nos regresamos a La Chona justo a tiempo para que me cerraran en las narices la escuela del gobierno, porque el cura juró desde el púlpito que todos los padres de familia que mandaran a sus hijos a la escuela serían excomulgados. Yo fui el último alumno que tuvo aquella escuela, por mucho tiempo. A mi padre le divertía la sola idea de que fuesen a excomulgarlo por buscar, para nosotros, caminos de luz. Por eso tuvimos que irnos a Guadalajara. Por eso regresamos a Ciudad Obregón, mi ciudad.

18 de abril de 1970

SABÁS: ASÍ HA DE SER MORIRSE

Escribamos, pues, de los arroyos claros y de los crepúsculos; de los pájaros de vida breve y de las flores del camino.

En La Chona de mis padres hay un río. No sé cómo se llama. Pero aquello de *río* me parecía, de veras, mucha palabra para tan poca agua.

Sabás y yo íbamos a bañarnos cada vez que podíamos hacer

la escapada. Generalmente poníamos de pretexto alguna misa o algún bautizo en el que supuestamente teníamos que ayudar al Padre de Alba y nos veíamos en la parroquia. De allí nos íbamos hacia el Barrio de San Pablo y, buscando un arbusto más o menos frondoso, que nos permitiese quedar en paños más que menores sin testigos, nos instalábamos a gusto frente a algún pequeño represo y allí chapoteábamos hasta que el hambre nos llegaba a los dientes. Entonces salíamos, nos vestíamos y nos íbamos a la plaza a buscar unos tacos que, invariablemente, pagaba Sabás (Las únicas veces en que yo pagaba era cuando mi tío Macario llegaba del rancho. Siempre me daba un diez reluciente, de plata, que se me antojaba una fortuna. Y casi lo era: con decir que los mangos valían a tres por centavo...).

Había empezado a llover temprano. Por mayo, Sabás y yo nos íbamos -resortera en mano- para el monte. Por el rumbo de la presa. Había otra vez zacate nuevo, que brotaba a la vida como jugando, y en las colinas de los cerros empezaban las flores a dibujar su presencia. Pronto habría tunas, verdolagas, quelites y jícamas silvestres, a las que llamábamos "cancholas".

—¿Sabes? -me dijo una tarde-. Es bueno ser amigos. Pero a lo mejor te enfadas de acompañarme. Tú tienes tantos hermanos, pero yo, ya ves, ni uno.

Qué me iba a enfadar. Y luego, yo no podía llevarme bien con mis hermanos, que tenían otras compañías. Mi hermano más próximo en edad, *hacia arriba*, me llevaba ocho años -más de los que yo tenía- y yo le llevaba cuatro al que me seguía. Estábamos igual. Y Sabás era mi único amigo.

—Oye, ¿y siempre iremos a vivir aquí?

—No sé, Sabás. Mi papá no dura mucho en una sola parte. Creo que yo no.

—¿Y si te vas, con quién voy a jugar?

—Uh, pos no te faltarán amigos. Con José mi primo, por ejemplo.

—No, Chepe ya está más grande y no le gusta salir más que a la plaza. Ya le echa flores a las muchachas.

Y se ponía muy serio.

—Yo creo que cuando tú te vayas yo me voy a morir.

Yo me reía.

—Déjate de cosas. Vamos a ver si hallamos güilotas. ¿Traes piedras?

—Sí, de los tiros buenos. Toma unos pocos.

Y nos metíamos entre los árboles, a la vera del camino del panteón, que nunca supimos a dónde iba.

A veces nos separábamos, siguiendo una torcaza, pero teníamos siempre una hora para dejarlo todo y reunirnos: la hora del crepúsculo. Cuando apenas empezaba a caer el sol, salíamos a toda carrera hacia el panteón y casi siempre llegábamos a tiempo de ver, desde lo alto, cómo las nubes se ponían rojas, en llamas, hasta convertirse en cenizas.

Invariablemente, Sabás se ponía triste.

—Así ha de ser morir. Primero dar mucha luz, mucha luz, y luego irse apagando hasta quedar a oscuras. Entonces es cuando estás muerto.

—No digas cosas. Tú no te vas a morir. Verás: mañana iremos a la escuela y le preguntaremos al maestro. El te va a decir lo mismo.

—No. Yo no voy a ir más a la escuela. No me dejan, porque ya casi no va nadie. Mi mamá dice que me puedo condenar.

—¿Dónde has estado toda la mañana?

—Ayudando en la Parroquia.

—¿Ayudando a qué?

—Pues ayudando. Pregúntale al Padre de Alba si no me crees.

—Ni falta hace. Ven para acá.

Y mi hermano José me llevó al corral, señaló hacia el río y me preguntó:

—¿Qué ves allá?

—Pos el río.

—¿Y qué más?

—Pos unos muchachos que se andan bañando.

—¿Y quiénes son?

—¿Cómo voy a saberlo, si no se alcanza a distinguir?

—¿No? Pues tú no estabas en la iglesia. Te andabas bañando con otro muchacho. Yo te vi.

—¡Pero si no se distingue!

—A ver, ¡mira con esto!

Y sacó un telescopio que quién sabe dónde diablos había conseguido. Seguro que se veía bien. Allá andaban Toño, Julio y Marcos, en el río. Allá los habíamos dejado Sabás y yo.

la escapada. Generalmente poníamos de pretexto alguna misa o algún bautizo en el que supuestamente teníamos que ayudar al Padre de Alba y nos veíamos en la parroquia. De allí nos íbamos hacia el Barrio de San Pablo y, buscando un arbusto más o menos frondoso, que nos permitiese quedar en paños más que menores sin testigos, nos instalábamos a gusto frente a algún pequeño represo y allí chápoteábamos hasta que el hambre nos llegaba a los dientes. Entonces salíamos, nos vestíamos y nos íbamos a la plaza a buscar unos tacos que, invariablemente, pagaba Sabás (Las únicas veces en que yo pagaba era cuando mi tío Macario llegaba del rancho. Siempre me daba un diez reluciente, de plata, que se me antojaba una fortuna. Y casi lo era: con decir que los mangos valían a tres por centavo...).

Había empezado a llover temprano. Por mayo, Sabás y yo nos íbamos -resortera en mano- para el monte. Por el rumbo de la presa. Había otra vez zacate nuevo, que brotaba a la vida como jugando, y en las colinas de los cerros empezaban las flores a dibujar su presencia. Pronto habría tunas, verdolagas, quelites y jícamas silvestres, a las que llamábamos "cancholas".

—¿Sabes? -me dijo una tarde-. Es bueno ser amigos. Pero a lo mejor te enfadas de acompañarme. Tú tienes tantos hermanos, pero yo, ya ves, ni uno.

Qué me iba a enfadar. Y luego, yo no podía llevarme bien con mis hermanos, que tenían otras compañías. Mi hermano más próximo en edad, *hacia arriba*, me llevaba ocho años -más de los que yo tenía- y yo le llevaba cuatro al que me seguía. Estábamos igual. Y Sabás era mi único amigo.

—Oye, ¿y siempre iremos a vivir aquí?

—No sé, Sabás. Mi papá no dura mucho en una sola parte. Creo que yo no.

—¿Y si te vas, con quién voy a jugar?

—Uh, pos no te faltarán amigos. Con José mi primo, por ejemplo.

—No, Chepe ya está más grande y no le gusta salir más que a la plaza. Ya le echa flores a las muchachas.

Y se ponía muy serio.

—Yo creo que cuando tú te vayas yo me voy a morir.

Yo me reía.

—Déjate de cosas. Vamos a ver si hallamos güilotas. ¿Traes piedras?

—Sí, de los tiros buenos. Toma unos pocos.

Y nos metíamos entre los árboles, a la vera del camino del panteón, que nunca supimos a dónde iba.

A veces nos separábamos, siguiendo una torcaza, pero teníamos siempre una hora para dejarlo todo y reunirnos: la hora del crepúsculo. Cuando apenas empezaba a caer el sol, salíamos a toda carrera hacia el panteón y casi siempre llegábamos a tiempo de ver, desde lo alto, cómo las nubes se ponían rojas, en llamas, hasta convertirse en cenizas.

Invariablemente, Sabás se ponía triste.

—Así ha de ser morir. Primero dar mucha luz, mucha luz, y luego irse apagando hasta quedar a oscuras. Entonces es cuando estás muerto.

—No digas cosas. Tú no te vas a morir. Verás: mañana iremos a la escuela y le preguntaremos al maestro. El te va a decir lo mismo.

—No. Yo no voy a ir más a la escuela. No me dejan, porque ya casi no va nadie. Mi mamá dice que me puedo condenar.

—¿Dónde has estado toda la mañana?

—Ayudando en la Parroquia.

—¿Ayudando a qué?

—Pues ayudando. Pregúntale al Padre de Alba si no me crees.

—Ni falta hace. Ven para acá.

Y mi hermano José me llevó al corral, señaló hacia el río y me preguntó:

—¿Qué ves allá?

—Pos el río.

—¿Y qué más?

—Pos unos muchachos que se andan bañando.

—¿Y quiénes son?

—¿Cómo voy a saberlo, si no se alcanza a distinguir?

—¿No? Pues tú no estabas en la iglesia. Te andabas bañando con otro muchacho. Yo te vi.

—¡Pero si no se distingue!

—A ver, ¡mira con esto!

Y sacó un telescopio que quién sabe dónde diablos había conseguido. Seguro que se veía bien. Allá andaban Toño, Julio y Marcos, en el río. Allá los habíamos dejado Sabás y yo.

Me pegaron. Y me amenazaron con pegarme el doble si volvía a irme al río otra vez.

—¿Que no te fijas que está creciendo y que no sabes nadar? Nomás que llegue una creciente, te ahogas -me habían gritado.

Cuando Sabás me invitaba a bañarnos, consultaba con mi miedo y nomás de acordarme del telescopio de José me ponía muino.

—No, ¡no puedo, no puedo!

Hasta que un día Sabás no aguantó y me dijo de sopetón:

—Eres un miedoso.

No lo hubiera hecho. Lo miré con rabia, no le pegué porque era más chico que yo, le dí la espalda y me fui a casa. El se quedó parado, en el camino viejo del panteón, alzó los hombros y echó a caminar. Fue lo último que vi de él, mientras le volvía la espalda.

Estuvo lloviendo durante quince o veinte días seguidos. Yo no salí de casa más que a la tienda de la esquina, a hacer los mandados inevitables. Me la pasaba taciturno, mustio, enojado con todos.

Una tarde, por la calle empezó a registrarse algo inusitado: la gente del centro y la del Barrio del Rosario corría hacia Barrio Alto, hacia el panteón, llevando muebles, camas, mesas, ropa, lo que podían, hacían dos o tres viajes, pero a los niños los dejaban en la capilla del panteón, al cuidado del señor cura.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

Mamá andaba ocupada ayudando a no sé quién. Alguien me lo dijo:

—Es el río. El río, que viene en crecida. Ya tumbó algunas casas.

Yo salí corriendo a lo que daban mis piernas, hacia la casa de Sabás, que estaba a unas cuantas cuadras, en alto como la nuestra. Desaforado, pregunté por él. Su madre y su padre se me abalanzaron como desesperados:

—¿No anda Sabás contigo? ¿No lo has visto?

—No. Yo venía a ver si estaba, para que se fuera allá arriba, conmigo. Dicen que el río...

Sí: el río se lo llevó, a la hora del crepúsculo. Nunca más volví a verlo. Cuando hallaron su cuerpo, dos días después, no quise

ir a su entierro. Pasó frente a la casa, en su cajita blanca, pero yo no quise verla. Yo ya me iba de La Chona, con mis padres y mis hermanos, sabe a dónde. Todos arreglaban maletas. Yo estaba oyendo a Sabás, que me decía:

—Así ha de ser morirse. Primero dar mucha luz, mucha luz, y luego irse apagando hasta quedar a oscuras. Entonces es cuando uno está muerto.

Así ha de ser morirse...

15 de diciembre de 1970

UN NIÑO...

Y luego, el pueblo siempre se ha asustado de las señales en el cielo, Lector. Desde siempre, desde toda la vida.

Yo, de mí, recuerdo un caso, allá en La Chona:

Era una tarde clara, de cielos limpios y hermosos. Algunas nubes como de algodón, un firmamento de película. Pero, de pronto, en el horizonte y hacia el sur, empezó a levantarse una cosa negra que poco a poco fue tomando la forma de una culebra que parecía trepar sobre el cielo. La gente salía de sus casas. Muchas señoras se arrodillaban en plena calle, rezando. Y la nube, como serpiente, crecía, crecía. Y se alzaba.

Los viejos se juntaron en una banqueta:

—Sí, es una "culebra". Si revienta sobre el pueblo, nos va a matar a muchos. Necesitamos a un niño.

Un niño. ¿Para qué? Yo fui a oír lo que decían las mujeres, allá en el mismo Barrio Alto. Estaban, como usted lo imaginará, hechas rueda.

—Necesitamos un niño para cortarla.

Y otra contestó:

—Pero, ¿dónde lo conseguimos? Ya sabe cómo tiene que ser.

Y, por toda respuesta, la mujer aquella, que segundos antes volteó a verme, gritó:

—¿Pero que no ven que aquí lo tenemos? -y me señaló con el dedo. Y yo empecé a correr. Pero me gritó una tía y me detuve. Entonces, me explicó:

—Mira al cielo: esa culebra va a matarnos si antes no le

cortamos la cabeza, o cuando menos la cortamos en dos. Eso no lo podemos hacer nosotros, pero sí lo puede hacer un niño como tú. Nada más que, cuando lo hagas, cierras durante un ratito, antes, los ojos, y piensas que estás allá arriba, a un lado, y que de veras la partes.

Yo no creí, desde luego, que ella estaba loca. ¿Cómo, si yo ya tenía experiencia con mi tío Luis Jiménez, el que hipnotizaba, me tendía sobre dos sillas y hacía que un grandulón se me parara en la panza sin que yo me doblara y sin que sintiera nada?

Pues me dieron un cuchillo enorme, que parecía media espada, y me colocaron a mitad de la calle, solo y mi alma. Todos los demás se metieron a sus casas. Algunos se quedaron en las ventanas.

Volteé a ver la nube aquella que parecía retorcerse, arriba, y entonces alguien me gritó:

—¡Empieza!

Bueno, pues empecé: cerré los ojos, me imaginé allá arriba, como un gigante con una espada; y luego, al tiempo de abrir los ojos, le dí un tajo. Y, sin saber por qué, le dí también la espalda y me fui a mi casa.

A los cinco minutos, la "culebra" se había convertido en una serie de nubecillas negras que no hicieron más que descargar una lluvia muy breve sobre Barrio Alto.

Y la gente fue a felicitar a mi madre, porque yo tenía "el don".

Lo malo es que nunca me dijeron cuáles fueron las cualidades que me vieron al escogerme para dar aquel tajo de antología.

Pero el cielo quedó limpio de señales y el pueblo siguió feliz.

20 de diciembre de 1973

CAPITULO V

Un periodista en el Valle del Yaqui

HIZO USTED MUY BIEN EN LLORAR, SEÑOR GENERAL LÁZARO CÁRDENAS

Una de las jornadas más emotivas de la actual gira a Sonora del señor General de División Lázaro Cárdenas, fue la visita que realizó en la mañana de ayer a la tribu yaqui, en Vicam. Y de las más emotivas es decir bien poco: de las más importantes, de las más trascendentales, porque en ella el Presidente más mexicano que ha tenido México pudo comprobar los efectos de una política antimexicana y antihumana de regímenes que sucedieron al suyo. La verdad sea dicha.

Porque él, Lázaro Cárdenas, restituyó a la tribu yaqui su patrimonio. Porque él, Lázaro Cárdenas, ordenó que se hicieran las obras de irrigación necesarias para que se regaran millares de hectáreas de dichos terrenos al cultivo. Porque él, Lázaro Cárdenas, quiso y ordenó que los yaquis fueran libres para trabajar, libres para actuar, libres para sentirse mexicanos.

Y cuando un auténtico representante de la tribu se quejó ante el ex Presidente (una queja, sí, porque lo ven como patriarca), cuando le dijo lo que se ha hecho con la tribu, entonces el hombre más austero que ha conocido la historia de México desde los tiempos de Juárez, lloró. Sí: dos lágrimas rodaron por las mejillas del hombre que desafió a las naciones más poderosas del orbe; por las mejillas del hombre que lanzó un reto viril a los intereses más fuertes y ganó el desafío; por las mejillas del hombre que, a más de veinte años de distancia, encarna la conquista del pueblo y es símbolo de autoridad y de justicia.

Pero el General Lázaro Cárdenas hizo muy bien en llorar. Porque cuando un hombre se da íntegro, cuando demuestra serlo, dos lágrimas sólo pueden brotar cuando se han motivado por la injusticia, por la infamia o por el olvido...

3 de abril de 1957

CARTA A CLAUDIO DABDOUB

Claudio, amigo:

Hay tiempos *de fierro duro*, Claudio. Y éste es uno de ellos. Tiempos de perder amistades, de recibir golpes y de contestar ofensas. Tiempos amargos, agrios, que enfrían muchas veces los entusiasmos y que otras apagan las llamas vivas del corazón agitado. Tiempos de ahondar rencores y de levantar barricadas. Tiempos de campaña política.

Y nos sucede, a todos, que nos deslumbra lo baladí y nos ciega lo inmediato; nos fascina el momento y nos envuelve la hora. Olvidamos nuestra cuna altísima -nuestra cuna de Hombres- y nos revolcamos en el cieno de la lucha frontal, de hermano a hermano y de luchador a luchador. Allí, donde había ojos dulces y mirada limpia, se produce el brillo de la astucia y la fulguración del enojo. Donde había una mano franca -como la que soñó Martí- florece la rosa negra de los intereses creados. Y nadie se para en mientes, ¡nadie! Cada quien se abroga, como mejor le parece, la representación de cosas tan altas como el Pueblo, el Derecho, la Dignidad, la Ciudadanía, la Democracia. Y tomando a Democracia, Ciudadanía, Dignidad, Derecho y Pueblo como escudo propio, cada quien se da a la tarea deleznable y triste de atacar, de romper, de *partir*. Y un grupo de hombres de trabajo y de acción, ya subvertido el orden lógico de las cosas, se autodesigna defensor de los intereses más altos de la comunidad. Y se pierde el sentido de las proporciones y se pierde la más elemental noción de *qué estamos haciendo y para qué lo estamos haciendo*. Personas respetabilísimas rebajan su valía sin asomo de rubor y provocan el fenómeno ingrato de que los valores se desquicien y los respetos se acaben. Olvidan que una lucha frontal con el pueblo no puede conducir a otra cosa que al estancamiento y al sabotaje. Olvidan que esta comunidad se ha hecho con el esfuerzo incesante, con la decisión inaplazable, con la aportación de todos. Y obligan, con ello, a que surja la frase dura y la expresión hiriente.

Tiempos duros, pues. Tiempos de cerrar los ojos y empuñar la mano. Tiempos de desear que hubiese una luz alta que iluminara entendimientos y abriese campos a la convivencia común.

Tiempos amargos, Claudio..., y en estos tiempos sale a la luz tu primero y maravilloso libro. Tu "Historia de El Valle del Yaqui" que nadie ha sabido, todavía, aquilatar. Nadie.

¿Podría yo culparte de que, posiblemente, después de un esfuerzo agotador y altísimo, te pudieras sentir deprimido, desairado, incomprendido? Jamás. Porque no puede ni debe ser cierto. Porque cuando las cosas vuelvan a su cauce y las pasiones se disipen, podremos todos -¡todos!- empezar a entender que tuviste el valor de abrir caminos de luz cuando las sombras eran más densas. Sólo entonces, Claudio, podremos todos reconocer que mientras trabajábamos por lo inmediato había alguien -tú- que luchaba por lo trascendente. Porque, ¿cuánto vale una lucha pasajera, por más justificada que se sienta, frente a la labor creadora y dignísima de un solo hombre que trabaja para la historia? En años venideros, habrá alguien que se refiera a estos meses y a estos tiempos como los de tu obra, sin recordar para nada esta lucha que divide y que levanta murallas de odio y trincheras de tristeza. Años vendrán en que se sepa que la primera Historia del Valle del Yaqui debió recibirse con palmas de júbilo y corazón iluminado. En que nadie se explique cómo pudo concebirse que un esfuerzo tan grande como el tuyo, haya podido pasar casi inadvertido.

Aún no aprendemos a distinguir entre lo mediano y lo inmediato. Entre lo temporal y lo definitivo. Entre *lo que cuenta* y *lo que vale*.

Pero no estás solo, Claudio, no lo estarás jamás: un espíritu aquí, otro allá, tienen consciencia limpia del minuto y la hora que vivimos y los años y las décadas que estamos por vivir.

No estás solo, ni incomprendido, ni desdeñado. El hecho de que nadie quiera ver otra cosa que no sean los intereses, en este momento, no quiere decir que una vez desvanecidas las pasiones no habrá reflexión honda y ánimo dispuesto.

Te admiro, Claudio, porque has dado al Valle del Yaqui su primera Historia. Porque has sido capaz de emprender, realizar y terminar una tarea ímproba y angustiosa. Porque has creado. Porque has demostrado que el individuo, *el hombre indivisible*, el que tiene consciencia de sí mismo, es capaz de los más altos logros si lo guían la decisión y la confianza en sus propias fuerzas.

Te admiro, Claudio, porque has puesto ya tu nombre en esta

pequeña historia nuestra y en la un poco mayor historia de la provincia mexicana.

Porque no te importaron las dudas, las sonrisas irónicas, los comentarios pesimistas.

Porque tuviste el valor de erguirte sobre todo y de ser tú mismo.

Un día, Claudio, aprenderemos a desligar lo político de lo humano. Y a reconocer que, por encima de los grupos, está El Hombre, como medida de todas las cosas. El individuo, pues.

Un día. Pero lo entenderemos todos mejor mientras haya, como tú, quijotes que levanten su lámpara encendida en las noches de odio y de intolerancia.

Tu "Historia de El Valle del Yaqui" ha sido una revelación magnífica, que cala hondo no sólo por su importancia intrínseca, por el estilo ameno y la palabra fácil, o por el dato histórico manejado con escrúpulos de Historiador, sino por el tiempo negro que escogiste para darla a la luz.

Te abraza, cordial, efusivamente,
Bartolomé Delgado de León.

17 de mayo de 1964

ORGULLO

Oficialmente, el Club Rotario de Ciudad Obregón pedirá esta misma semana al Ayuntamiento de Cajeme, que se le imponga el nombre de Doctor Norman E. Borlaug a la prolongación de la calle 5 de Febrero, rúa que atraviesa el Valle del Yaqui y que, además, está proyectada para llegar a la playa misma del Golfo de Cortés.

En esta forma, el Club Rotario ha atendido la sugestión de este periódico, en el sentido de que -en lugar de una calle de la ciudad- se pidiese para el notable genetista una calle del corazón mismo de esta región agrícola que tanto le debe y tanto lo quiere.

Estamos seguros, totalmente seguros, de que el Ayuntamiento cajemense habrá de recibir con aplauso unánime la petición rotaria, toda vez que representa un acto de justicia, un acto de reconocimiento digno, un acto de dignidad a la altura de nuestros agricultores esforzados y nobles.

Estamos seguros.

Y un hombre tan modesto, tan sabio, tan limpio, tan laborioso, tan humilde, tan ejemplar como Norman E. Borlaug, sabrá que todos nosotros, en el Valle del Yaqui, hemos sabido y sabemos aquilatar sus esfuerzos, sus trabajos y sus desvelos. Su lucha por hacer que la humanidad disponga de más alimentos. Su lucha por satisfacer las necesidades más importantes del hombre: la supervivencia y la alimentación.

Norman E. Borlaug, para satisfacción del mundo, es un espíritu sin barreras y sin cortapisas: así como se ha entregado a México, así está en Pakistán, en la India, en Turquía, en los países que necesitan más granos para atender las urgencias de su población, cada vez más impresionantes.

Seguimos sus pasos, uno a uno, constantemente. Uno a uno, sabemos que la Fundación Rockefeller los guía hacia los países que no han alcanzado, todavía, la autosuficiencia que México tiene en materia de granos, autosuficiencia que, en mucho, se debe precisamente a él. Lo seguimos, constantemente ¡y constantemente nos alegramos de comprobar que, después de ir al último confín de la Tierra, a ayudar a la humanidad carente, regresa a este Valle del Yaqui que tanto le debe y que tanto lo estima!

El Club Rotario ha tenido una idea brillante y dignísima. Y el Ayuntamiento de Cajeme habrá de responder con dignidad alta y con júbilo grande.

¿Cómo no va a ser hermoso, satisfactorio, limpio, maravilloso, vivir en este Valle donde no sólo se respira a pulmón abierto sino que además se reconocen los valores sin mezquindad y sin envidias?

¿Cómo no va a llenarse el pecho de orgullo cuando se sabe que aquí, donde se vive, hay hombres siempre dispuestos a hacer justicia a los demás; siempre dispuestos a dar la mano abierta, el corazón jubiloso y los brazos, poderosos y nobles, de la amistad?

Norman E. Borlaug, el sabio, debe sentirse feliz de convivir con una legión tan esforzada de hombres de lucha. Debe sentirse, sí, porque, si no hubiese sido por su ejemplo luminoso, ¡tal vez no tendríamos tantos y tan dignos especímenes del trabajo y del esfuerzo!

9 de agosto de 1967

CUANDO QUISE CONVERTIRME EN AGRICULTOR... ¡Y 1955!

Me dio, en 1955, por ser agricultor. Así que, aprovechando (?) las facilidades que un ejido ofrecía -desmante de tierras a cambio de tres años de trabajarlas- embarqué en la aventura a Don Miguel Sainz López Negrete y desmontamos veintiocho hectáreas en el Campo 60. Pero no fue cualquier trabajo el desmante: mezquite, jócona, palo alto, mil seiscientos por hectárea y *a mano*. Sembramos algodón. Meses de zozobra, mientras veíamos cómo se levantaban las plantas. Luego, respiro enorme de satisfacción, al ver que nuestro cultivo era formidable: cada planta parecía un arbolito de Navidad, con tantas y tantas bellotas. Se abrieron; época de pizca. A conseguir pizcadores donde se pudiera. A ofrecer cincuenta centavos por la primera pizca y sólo conseguir algunos trabajadores, a regañadientes. Pero empezaron a llenar, uno tras otro, varios camiones. Terminó la primera pizca y ya habíamos obtenido el total de los gastos de siembra. Con la segunda pagaríamos los de desmante y nos sobraría dinero. Empecé a sospechar que estaba en camino de hacerme rico. Fue un mal pensamiento. Cuando estábamos apenas a la primera mitad de la segunda pizca, llegó el ciclón que todos recordamos. A la mañana siguiente, se me cayeron el corazón y las lágrimas: el viento lo había pizcado todo. El algodón estaba abajo, en los surcos, lleno de lodo. Don Miguel ya no quiso seguir sembrando. Le quedé debiendo ocho mil pesos. Pero aquel algodón iba a dar cuatro toneladas. *Iba.*

Así sucedió que, por primera vez en mi vida, empecé a deberle dinero a alguien.

Después, yo sí reincidí: sembré trigo en el mismo terreno. ¡Y qué de angustias, de problemas, de sollozos! Como era tierra ejidal, no me quiso comprar CEIMSA la cosecha, sino que tuve que venderla -a cien pesos menos por tonelada- a un molinero. Aumentaron mis deudas y mi familia se puso a punto de rebelión. ¿Cómo no, si todo lo que ganaba lo metía a la siembra, privándolos casi de todo?

O familia, o siembra. Opté por lo primero.

Pero aprendí a conocer las angustias de los agricultores.

Un día fui a entregar, a Anderson Clayton, una "trocada" de algodón. Llegó el señor clasificador, tomó un puñado de algodón, volteó casi para otro lado y, olímpicamente, dijo: "De segunda". Puse el grito en el cielo, pedí hablar con alguno de los jefes... pero los jefes no recibían a nadie. Le pedí, entonces, que me explicara en el laboratorio el por qué de su clasificación. Aceptó, a regañadientes. Yo tomé otro puñado de algodón y me lo eché a la bolsa. Llegamos al laboratorio, donde había muestras distintas, con tarjetas en las que se había anotado: "De primera", "De primera con ___% de humedad", "De segunda", etc.... Las vi, una por una. Y, mientras él salía un momento, para atender un llamado, yo cambié mi puñado de algodón por otro clasificado como "De primera". Cuando volvió, le enseñé aquel puñado y le pedí me dijera por qué era de segunda. Lo vio, doctoralmente, y poco faltó para que me dijera que aquel algodón era la vergüenza de la agricultura mundial.

Me callé, y me salí. Era un robo y no tenía caso gritar, ni hacer nada, allí.

Durante años, en varios periódicos, hice una campaña tenaz, tratando de lograr que no se robase al agricultor en la clasificación y a la hora de pesar. Conseguí muy poco. Pero, entre lo poco que conseguí, figuró la *promesa* de la Secretaría de Agricultura de intervenir en defensa de los agricultores.

Parece ser que quedó en promesa. Porque hoy, a trece años de distancia, se sigue haciendo, en las plantas compradoras, precisamente lo mismo.

Y parece que me miro con los ojos cuadrados y el pecho lleno de rabia y de impotencia, como entonces...

- Pobres agricultores. Cuando no les tumban el precio, les arreglan la báscula o les desgracian la clasificación.

7 de agosto de 1968

EL OBISPO

—Viven peor que los puercos, porque los puercos tienen un tejaván para dormir y ellos duermen bajo los árboles. Llovió ese día y, al verlos, pedimos al sacerdote de Pueblo Yaqui que abriera el templo y los dejara dormir en la Casa de Dios.

Confieso que cuando el señor Obispo apareció en la pantalla de televisión estuve tentado a levantarme, apagarlo y dedicarme a seguir escribiendo. Pensé: "Otro de esos llamados a la dulzura que no resuelven nada y que nadie atiende". Pero luego me quedé viendo al clérigo para darme cuenta, por lo menos, de sus ademanes, de su timbre de voz, de sus peculiaridades físicas. La entrevistadora me dio la impresión de que más que buscar el marco adecuado a las declaraciones del señor obispo, trataba de exaltar su propia personalidad. Interrumpía, cortaba, no dejaba que el entrevistado ahondase en algunos temas. Pero, de pronto, hice a un lado mi pequeña "Olivetti", y me dediqué a escuchar y a ver, porque el señor Obispo había soltado el párrafo con el que inicio este comentario.

Me quedé estupefacto. ¿Un Obispo, un señor Obispo, hablando aquí de frente, en lenguaje directo, contra una de las injusticias que más lastiman la sensibilidad humana? ¿Un señor obispo criticando abiertamente a los señores agricultores que han aportado tanto dinero para la construcción del seminario, de algunos templos, de algunas obras, de la mismísima Casa Episcopal?

(Sin poderlo evitar, recordé a un Padre Pedroza y a un Padre Alba, de allá de La Chona, Jalisco, que -cada uno en su tiempo- tenían la costumbre de meterse a las cantinas frecuentadas por los ricos del pueblo para reclamarles, públicamente, las injusticias que cometían con sus trabajadores. Por cierto que tal actitud fue la causa de que algunos de aquellos ricos retiraran su ayuda pecuniaria a la Iglesia pero, también, hizo que otros la aumentaran -"a ver si así el señor cura no me vuelve a cargar la mano delante de mis amigos"-, que algunos cambiaran de cantina... ¡y hasta que a alguno se le ocurriera dejar de tratar a sus trabajadores como bestias!... Y pienso, un sacerdote, decidido a ayudar a los humildes, aunque tenga que olvidarse de los banquetes, de los halagos, de las invitaciones constantes, del contacto distinguido con la *alta sociedad*, puede hacer mucho. Mucho, de veras. Por ejemplo: intentar la reconquista, para la Religión, de la dirección espiritual del pueblo. ¿O no es triste, doloroso, amargo, comprobar que las fuerzas del ateísmo son capaces de levantar a cientos de miles de jóvenes, mientras que en los templos brillan por su ausencia, en términos generales? ¿Falta de fe, falta de vocación espiritual? Yo diría que no. Yo

diría, más bien, repudio a un mundo materialista en el que las desigualdades son tan profundas que, irremediablemente, hieren la sensibilidad del joven, ¡porque el joven no puede admitir, de ninguna manera, pasar tan crudamente de la infancia dulce a la realidad ominosa y dura! Es triste decirlo, pero, por la confusión gravísima en que se debate el mundo, los jóvenes creen que el tiempo se viene encima y que "no hay que perderlo en la Iglesia, mientras los campesinos se mueren de hambre" - como me decía, hace menos de una semana, un muchacho-. Es triste decirlo, pero en muchas partes la Iglesia ha cometido el error de enfocar toda su atención a la construcción de obras y templos, desentendiéndose de un hecho importante: para construir eso, necesita acercarse a los poderosos... y, mientras tanto, el pobre, el inerme, el desamparado, el desposeído, sigue pidiendo justicia *en sus oraciones...* hasta que llega un rojo y lo convence de que la única forma de mejorar es mediante el uso de la fuerza, de la violencia, de la acción directa. Y al que se le enseña a ser violento -porque ser bueno y ser dulce sólo lleva a...- ¿cómo convencerlo, después, de que la vida espiritual, la fe, la Religión en sí, son cosas fundamentales, vitales, esenciales en el hombre? Creo, sinceramente, que la Iglesia -todas las Iglesias, no sólo la Católica- necesitan que sus sacerdotes convivan con el pueblo, aunque ello signifique meterse a los surcos de pizca, a los canales de riego, a los chinames con piso, techo y paredes de tierra, o de cartón. Creo que los hombres de la Iglesia, si realmente se sienten hombres de Dios, deben permanecer en contacto con el hambre, las necesidades y las angustias de los desposeídos, porque sólo así podrían intentar una acción positiva en su beneficio. ¿Cómo? Convenciendo a los patrones de la imperiosa necesidad y de la conveniencia apremiante de dar mejor trato al peón, llevando el auxilio de los organismos de servicio social conectados con la Iglesia, buscando becas para los jóvenes sin recursos, estableciendo centros donde la mujer campesina y obrera pueda aprender no sólo a rezar sino también a cuidar mejor a sus hijos. Después de todo, los hombres que se consideran, a sí mismos, como hombres al servicio de Dios, tienen la responsabilidad enorme de percatarse de un hecho tremendo: la humanidad entera está dando un viraje y no es hora de cruzarse de brazos y conformarse con subirse al púlpito para decir trescientas o mil palabras para pedir -así

como así- amor, resignación y obediencia)

Pero estoy viendo al señor Obispo de Ciudad Obregón, en mi televisor. Me gusta que no esté hablando con gesto dulce y ojos mansos, sino que haya energía en la voz y lumbre en los ojos. Habla de los pizcadores a los que ha ido a ver en Pueblo Yaqui:

—Esta gente ha venido de Estados pobres -como Zacatecas, como Michoacán- y está siendo tratada de manera muy dura no sólo por los patrones sino por los comerciantes de Pueblo Yaqui, que tratan de sacar el mayor provecho de ella. Las dos terceras partes de lo que ganan lo gastan en comer, porque todo se lo llevan los comerciantes, que cuando mucho les dejan veinte pesos para sus familias.

Lo que ha visto el señor Obispo de Ciudad Obregón es tan doloroso, le resulta tan hiriente, que de ninguna manera se limita a adoptar una actitud de "Por favor, por favor, ayudemos a...", sino que agrega:

—El domingo fui y saludé a los pizcadores, oí sus quejas, hice un fuerte llamado a las autoridades, a los comerciantes, a los patrones. Pedí que den resolución a estos problemas, porque nuestra misión no es sólo la de hacer consciencia y ayudar, sino la de dar imagen del Cristo vivo y humano que vino a implantar la caridad cristiana entre nosotros.

Y Cristo, en su altísimo ministerio, andaba, se mezclaba, curaba, bendecía, defendía a los mínimos, a los inermes, a los desvalidos, a los que nada tenían.

—Yo, solo, nada valgo. Yo, solo, nada puedo. Necesito valarme de que todos los habitantes y las autoridades estemos como una sola persona, sin egoísmos ni pretensiones humanas, sino con la única pretensión de servir al Señor en nuestro prójimo... Mi único interés es gastar mi vida sirviendo, gastar mi vida entregada al servicio de todos.

Cierto. Solos -es decir, al margen de la humanidad- nadie valemos nada. Nadie. Por eso comete un error imperdonable el pastor que se aleja de su rebaño para atender a quienes nada les falta (nada en lo material, porque la abundancia los abruma; nada en lo espiritual, porque la materia los ha hecho olvidarse de su alma). Nadie vale nada si se desliga de los *preteridos*, de la masa angustiada y doliente que integra nuestros estratos marginales. Nadie.

Es bueno saber que el señor Obispo, en lugar de estar en

fiestas de lujo desbordante, se mete a los chinames, saluda a los pizcadores, les abre los templos para que duerman. Ese, señor, es el camino. Y no hay otro. En la misma medida en que usted lo transite habrá de seguirlo el pueblo. Y usted sí sabe *Quién* va a sentirse complacido.

El señor Obispo de Ciudad Obregón ha ido, también, a BÁCUM. Ha celebrado misa. Y, al hacerlo, ha pedido a un bacumense muy conocido que lea el Evangelio; a un campesino, que tome el copón en su mano; a un niño descalzo, que lleve la *vinatera*. Luego, ha levantado el recipiente con el vino y ha explicado al pueblo: "Esto es vino de consagrar, no es bacanora. No emborracha, aunque tomando bastante llega a atarantar".

Y ello, sin restar solemnidad al acto litúrgico pero -eso sí- haciéndolo más accesible a la comprensión del pueblo.

En fin: si la Iglesia Mexicana entiende, interpreta y reconoce los signos de los tiempos, puede ayudar -y mucho- a la protección de las masas, sin que para ello tenga que invadir, en ningún momento, la esfera de acción del Estado. Pero, si se obstina en seguirse guiando por los métodos y los sistemas que se han traducido en lo que estamos viendo...

Creo, sinceramente, que el señor Obispo de Ciudad Obregón está enseñando el camino correcto, ¡aunque ese camino obligue a proclamar verdades que no son precisamente halagadoras para muchos poderosos!

3 de septiembre de 1968

MATAR

Allá, en tierras del Campo 60, había un bosque enorme. Ante la imposibilidad de obtener créditos, los ejidatarios dieron a los particulares la ¿oportunidad? de que, a cambio de sembrar tres años, desmontaran cualquier superficie. El bosque maravilloso fue perdiendo, poco a poco, muchos de sus trinos. Casi todos. Los pajarillos cantadores que con su rojo encendido ponían notas de escándalo en el follaje, volaron hacia el Desemboque. Tras ellos, en procesión interminable, se fueron los gorriones, las tórtolas, las torcazas, las codornices ¡y hasta los pícaros redomados que tienen, aquí, el nombre de *chanates*!

Fueron cayendo, uno a uno, los árboles añosos. Los taladores, desesperados por sembrar, regalaban la leña a quien quisiera llevársela. A nadie se le ocurrió pensar que el bosque estaba llorando. En todos sus costados se fueron abriendo gigantescas heridas, hasta que se quedó pequeñito, como niño al que se le arrebató su único juguete.

(Pienso: si alguien hubiese visto en el fondo de las pupilas, tal vez habría contemplado el horror más lacerante del universo: el horror de las criaturas del Señor: de los pájaros, de las ardillas, de los conejos, de los seres inermes cuyo mundo se destruía.)

Alguien, *allá arriba*, sí vio la angustia sin límites y el llanto sin lágrimas. Y se produjo aquello (Nadie supo, nunca, por qué, ¡pero nadie pidió en concesión el corazón del bosque! Y fue como si éste, herido pero feliz, se replegara sobre sí mismo). Nadie pidió aquellas 28 hectáreas. Y hubo fiesta maravillosa en la que, dulcemente, cantaron los seres pequeños que el Señor puso en la Tierra. Aplaudieron los árboles. Las nubes derramaron -femeninas al fin- lágrimas de júbilo. Los tractores modulaban su rugido para que el trino de los pájaros sonara más dulce.

Andrés, mi hermano, quería un rifle bueno, con mira telescópica. Mi hermano José llegó un día, de vacaciones, y se lo trajo de regalo. Nos fuimos, con nuestras compañeras y nuestros chicos, al bosque. Ellos tenían hambre de probar el arma. Nuevecita, reluciente. Un .22 automático. ¿A qué tirarle? Allá, en la última rama de un pino garboso de tan alto, a más de setenta metros de nosotros, un pequeño *chanate* se divertía viendo cómo la luz, en las alas, se le transformaba en arcoiris. Perfecto. Ajustaron la mira, explicaron el funcionamiento, apuntó uno, disparó. Nada. El pícaro siguió allá arriba, como carcajeándose. Otra vez, y otra. Nada. Luego, el otro. Nada. Nada. No sé qué me dio. Saqué del auto mi Remington de un solo tiro, metí una bala, puse la rodilla en tierra y apunté. Ellos no esperaban el disparo. Y menos, aún, esperaban que el pequeño *chanate* se desplomara, derrumbado para siempre. Voltearon a verme, azorados. ¿Cómo lo había hecho, con un rifle rudimentario, a tanta distancia? Confieso que fui deleznable: reí, con satisfacción y con soberbia. Y luego, para poder proclamar agudamente mi habilidad, me encaminé, paso a paso, a recoger el trofeo. Sí: allí estaba, sobre la grama desleída, el ser pequeño. De veras era pequeño. Lo levanté, con gesto de suficiencia. Pero el

contacto de su cuerpo, en mi mano, me puso frío en el corazón. Lo vi, largamente. Y sentí lástima. Lástima de mí mismo.

Descansaba, entonces, los domingos. Antes de las siete, mi esposa y nuestros hijos estaban ya en el auto. Una caja, también: carne, pan, latas, refrescos, tortillas, golosinas. Unas cervezas. Y hielo, en verano. Y nos íbamos. A dondequiera que hubiese un árbol. Así podemos sentir, como propio, hasta el último rincón del Valle del Yaqui. Tal vez por eso lo amo tan entrañable y definitivamente. Un árbol. A la vera de cualquier camino sin mucho tránsito. Cada domingo. Y cada domingo, en volados, decidíamos si tomaríamos hacia el norte o hacia el sur, hacia el poniente o hacia el oriente.

Al sur. Por la carretera internacional, buscando un árbol. ¿Cuál? Pero no era cosa de echarse atrás, a las primeras de cambio. A la altura de Fundición, vimos un camino hacia la izquierda. Cortamos. Y nos fuimos, casi hasta llegar a Batacosa. En la sierra. El aire alocado, de tan limpio. La arena de los arroyos, gritando invitaciones a mis hijos pequeños. Bajo un árbol frondoso, a la orilla de la arena, nos plantamos. Encendimos una fogata, asamos carne, reímos. Nadie nos miraba. ¿Cómo, si estábamos en el corazón del follaje? ¿Cómo, si los camiones que pasan pueden contarse con los dedos, en un día? Fue hermoso. Y había algo increíble: en el lecho seco del arroyo, sobre la arena, ¡había flores! Flores pequeñas, como rubíes. Para verlas, había que arrodillarse. Y nunca me he arrodillado con tanta unción. Era hermoso verlas y, de pronto, levantar los ojos al azul penetrante. Una pincelada escarlata en la comba del cielo. Increíble.

Hay, por allí, liebres enormes (¿diez kilos, en pie?). Mi esposa tomó el volante. Yo, mi rifle de un solo tiro. En el asiento de atrás, apretujados, los chicos. Pero felices, a más no poder. *Donde menos se espera salta la liebre...* Sí. Saltó donde menos la esperaba. Martín dio un grito de triunfo. Bajé lo más pronto que pude. Estaba cerca. Era un ejemplar formidable. Apunté, apreté el gatillo. Nada. Únicamente un *clic* vergonzante. No tenía bala (Luego recordé que la había quitado por precaución imprescindible). Era tarde. La liebre corrió como tal, entre pitahayas, nopales y huizaches. Yo corrí tras ella, cortando cartucho sobre la marcha. Martín siguió tras ambos. Largos minutos, hasta perder casi toda esperanza. De pronto, en un claro, la liebre se

detuvo. Muy lejos, muy lejos. Pero le tiraba aunque no atinase, o de todos modos se me escapaba la pieza. Apunté, alocadamente, disparé... Y el hermoso animal dio un altísimo brinco. Grité de gusto. ¡Le había acertado! Y volví a correr, para cobrar la pieza, para rematarla. No sé de dónde sacó fuerzas. Pero, arrastrando las patas traseras, empezó a avanzar velozmente en su terreno. Corríamos, Martín y yo, en forma desafiada. La vi meterse en un macizo de nopales y huizaches, todo junto... y no volví a verla. Dimos vueltas, buscamos, disparé para ver si salía. Nada. Nada. Volví a buscar, a meterme entre las espinas, hasta desistir. Había pasado tanto tiempo que mi esposa y los niños estaban, ya, angustiados. Tuvimos que regresar al auto. Y sentía rabia y sentía un reproche quemante: ¡la había dejado allí, herida, indefensa, para que la devorasen sus enemigos! O -y eso era mil veces más reprochable- para que se fuese desangrando, lentamente, hasta agonizar. Festín de buitres. Me puse de mal humor. Pero como los chicos reían, alcé los hombros. Pensé: "¿A qué preocuparme, si tantas he matado?"

Aquella noche me sucedió algo increíble: desperté, horas después, con un dolor espantoso en ambas piernas. ¡Como si alguien me hubiese pegado un tiro!

Era un blanco perfecto, fácil, a corta distancia. Le disparé. Ni se movió siquiera. Volví a dispararle. Corrió. Pero era torpe. Le corté el camino y tuvo que rayar el suelo para acabar de asustarse. Le disparé. Huyó otra vez, ileso y despavorido. Me dio rabia. ¿Cómo fallar así, tanta vez, con un blanco tan fácil? Corrí tras él, indignado. Tan indignado que, en medio de un *matorro*, en un dren, lo hallé. A un metro de distancia. Levanté el rifle y, ciego de coraje, oprimí el gatillo. No lo toqué. ¡A un metro de distancia! Volví a cargar... y entonces me dí cuenta de que no se había podido mover. Y lo vi. De frente. Estaba helado de pavor. Los ojos, de tan abiertos, parecían los de un niño al que se le pega sin que él sepa por qué. Yo no voy a olvidar, nunca, esa mirada. No disparé. Subí al camino, con un nudo que a fuerza se me quería desparramar en el pecho.

Jamás he vuelto a matar. No volveré a matar, nunca, a menos que sea por necesidad estricta. No volveré a hacer daño a las criaturas del Señor. Respetaré inclusive a las alimañas, si no se acercan hasta convertirse en peligro.

(¿Podría, alguien, contestar una pregunta? ¿Sí? Es ésta: ¿cuál es la diferencia entre *matar* y *asesinar*, si los seres matados -cazados- son casi siempre más nobles, más dulces, más dignos de admiración y de respeto que muchos de los seres *asesinados*?)

Dijo El: *no matarás*. Yo creo que fue a El a quien vi, aquella tarde, en los ojos aterrados del inerte, tembloroso y espantado conejillo, a *El*.

14 de diciembre de 1968

LA LUZ

¿Doce años, trece años? Algo así. Mis hermanos habían instalado una barbería -"O.K.", se llamaba- en Pueblo Yaqui. La barbería se convirtió en el centro social obligado y, sobre todas las cosas, en el refugio imprescindible de todos los que tenían algo que decir, algo que discutir, algo que proyectar. Allí nacían bailes y viajes a México, de los líderes del Ejido, lo mismo que se hablaba del prójimo o del próximo. Por las noches, aquello era un espectáculo: mi hermano José había comprado un receptor de radio "Philips" -de cuando la "Philips" era holandesa-, de baterías. Cuatro bandas de onda corta y toda la cosa. Y era formidable ver la gente que se juntaba nada más a oír las noticias sobre el avance de la guerra. La "W" se escuchaba como hoy se escucha, aquí, Radio Variedades, la doble E, la OX de mi compadre Felipe, la AP de Emilio y Chacho, o cualquiera otra de las estaciones locales. Cuando se acababa un noticiero, buscaban transmisiones en español de los Estados Unidos o de Europa. Oían, oían, oían. Luego, en un mapa, iban marcando el avance o el retroceso de las líneas de combate.

Yo los veía. Escuchaba sus discusiones. Y, a veces, cuando me colmaban el plato, tomaba la contraria. Ellos eran, casi todos, germanófilos. Yo estaba seguro de que los aliados iban a ganar la guerra. Cuando me engallaba y empezaba a discutir con ellos, algunos sonreían benévolutamente y me miraban con un dejo de "¿Para qué voy a discutir con un chamaco?" Otros se enojaban. Y cuando uno o dos salían a apoyar la causa aliada, se armaban unos merequetengues de muy padre y guerrero

mío.

Todas las noches. Y, muy frecuentemente, los asistentes no cabían en el pequeño local, iluminado a *giorno*. Sí: casi como la luz del día. Mi hermano José, como necesitaba trabajar de noche para que el negocio lo fuera (los ejidatarios de entonces se iban por la mañana con palas y todo, a trabajar la tierra, y regresaban ya tarde), compró dos lámparas de gasolina. Luego descubrió que, con una sola, se podía ver hasta un mosquito en vuelo. Vendió la otra a su amigo entrañable, Jesús Soto Luna. Se veía bonito aquello, por las noches. Por una razón: no había, en Pueblo Yaqui, luz eléctrica. El cine de Julio Soltero contaba con una plantita exclusiva para sus necesidades, pero nada más. En las casas nos alumbrábamos con una lámpara de petróleo. Algunos, con velas (Y ahora pienso: con una lámpara, en un cuarto, podíamos leer todos. Ahora, con un foco de 60 voltios, hasta se reniega. No cabe duda de que la necesidad aguza los sentidos). Una lámpara de gasolina, en aquellas noches, era como un sol en el corazón de Pueblo Yaqui.

Había ocasiones en que a mis hermanos se les acababa el jabón especial que utilizaban para rasurar a los clientes. Y como había algunos muy delicados, no admitían que se les pusiera espuma de un jabón comercial cualquiera. O se les acababa la brillantina, que ellos fabricaban y que, desde luego, era mejor que las comerciales. O el talco.

Era entonces cuando yo tenía que hacer el viaje a Ciudad Obregón (ellos lo hacían también, regularmente, pero había algo curioso: cuando volvían no llevaban nada, ni siquiera dos pesos en la bolsa). Esperaba en el puente del canal un camión del ejido, pedía *raite*, me subía y, tranquilamente, veía correr a *toda velocidad* a los choferes. En tiempos de lluvia, había algunos que lograban hacer en sólo diez horas el viaje de veinticuatro kilómetros.

Un día pedí *raite*. Y me lo dieron, como siempre. Me subí a la plataforma -sin redilas- del camión. Y allí, asido a dos manos del parapeto frontal, sentía sobre la cara -en los tramos secos y transitables- el azote del viento. Algo me pasó, en esa hora. Como que me dí cuenta de quién era. Como que desperté de un sueño que yo no había pedido. Como que de pronto podía mirarlo todo con ojos diferentes. No sé.

—Un día -le dije a Pepe- voy a ver pavimentadas todas las

calles del Valle y de sus pueblos. Un día voy a verlos, a todos, con luz eléctrica.

Y él me respondió algo así como:

—Ojalá lo veas, hermano. Yo, tal vez no. Porque yo me largo.

Y se largó. Se fue. No volví a verlo por muchos años. Se fue a los Estados Unidos, se enlistó en el ejército, lo mandaron a Alemania, estuvo enseguida con las fuerzas de ocupación.

Y jamás se me ha quitado, de la esperanza, la seguridad de que, un día, habré de ver pavimentados todos los caminos del Valle. Jamás he dudado de que habrá de llegar el día en que todo el Valle esté electrificado. Jamás. El sueño viejo se me vuelve, cada vez, más nuevo.

Electrificación en las comunidades pequeñas del Valle.

El sueño nuevo empieza a ser actual. Habrá de ser, pronto, una realidad vieja.

Porque ya se está en marcha.

7 de febrero de 1969

¡ADIÓS...!

José, mi hermano, debe haber llegado a Pueblo Yaqui a instalar su barbería "O.K." por allá en 1938.

Meses después mandó por mi hermano Mateo, para que le ayudara en el negocio; y luego, por todos nosotros: mis padres, mi hermana Herminia, mis hermanos pequeños.

Yo no estaba, pues, cuando él llegó a Pueblo Yaqui. Pero sí conocí -conozco- a los amigos que no sólo le tendieron la mano sino el corazón.

Pero no quiero hablar, hoy, más que de uno: de Jesús Soto Luna, que ya por entonces había luchado contra todo y había logrado cimentar su "Botica Nueva" a puro corazón. El ayudó a mi hermano en muchos aspectos: con su amistad, relacionándolo, haciéndole clientela, resolviéndole problemas, tumbándole el pesimismo inicial de ir a enterrarse en lo que entonces era algo así como un pueblo de los que han dado en llamar "del lejano oeste".

Cuando mis padres, mis hermanos y yo hicimos acto de presencia en Pueblo Yaqui, yo sufrí algo así como un *shock*.

¡mira que transplantarme del barrio de San Diego, en Guadalajara, a Pueblo Yaquí!

Al principio, aquello fue de un enorme desconcierto para todos, excepto para mi padre, que estaba acostumbrado a ir de un lado a otro, de su vida, junto con mi madre.

Luego, todo empezó a marchar sobre ruedas. Y entre nuestros primeros amigos estuvieron Jesús Soto Luna y su familia. ¿Qué problema de salud no había en casa, que no nos resolvieran? Si era algo fácil, simplemente nos daban un medicamento -a veces sin cobrarlo-; si era algo más difícil, se ponían de acuerdo con el médico para que entre el surtido de la botica escogiese lo mejor, con tal de que no nos metiera en la aventura de tener que venir a Ciudad Obregón a buscarlo.

Debo decir, de una buena vez, esto: *ella era un angel.*

Sí: ella: la esposa de Jesús Soto Luna. La mujer ejemplar que no sólo supo ser admirable ama de casa sino su compañera incansable de lucha, en aquellos tiempos duros y decisivos. No tenía, desde luego, criadas. Pero ella atendía a todos los clientes que llegaban a la botica, estaba pendiente de sus hijos, al minuto, se encargaba de la limpieza y cuidado de su casa ¡y todavía le quedaba tiempo para velar por otros, para convivir, para aconsejar, para derramar la luz que llevaba dentro!

Gracias a ella, mi compadre Soto Luna (compadres nos hicimos hace unos diez años) pudo irse a dar una pelea en la que estuvo a punto de hacerse pedazos, pero que ganó finalmente: limpiar de salitre cerca de setenta y cinco hectáreas, *antes de que se construyeran drenes* y antes de que proporcionaran los excedentes de agua necesarios para tal fin. Cuando sobre aquellas tierras que conocí con una costra gruesa de salitre vi levantarse un pequeño horizonte de trigo, le dije a mi compadre:

—Debes sentirte muy orgulloso, de veras: mira qué hermoso fruto de tu esfuerzo... y del esfuerzo de ella.

—¿Ella?

—Sí, *mi comadre Tina.*

Y él soltó el corazón alborozado, de puro reconocimiento.

Más tarde, su granja, con los mejores ejemplares caprinos de todo el país. Luego, su ganado lechero... Pero cuando empezó a ver que ella se le derrumbaba, que se le acababa, que se le empezaba a ir, vendió todo, hizo un pequeño centro comercial en torno a la botica y se quedó en Pueblo Yaquí, para cuidarla.

La llevó a que la vieran los mejores médicos de Guadalajara, de México, de donde fuese. Nada más la veían, porque no podían hacer otra cosa.

Ayer, en Pueblo Yaqui, enterraron su cuerpo.

Yo no estuve...

Jamás asisto a los funerales, y menos de la gente a la que quiero. Jamás.

Espero no asistir ni siquiera al mío.

Pero la tristeza inunda los poros de mi alma. Y no, no estoy triste por ella, que descansa de una agonía larga y terrible y que ya debe haber encontrado caminos de luz y arpegios de paz alborozada. Por ella no. Pero sí por su esposo y por sus diez hijos, tan cercanos a mi corazón y tan ligados a mi alma.

José, mi hermano, va a llorar cuando lea esto. No lo culpo. El, en carne viva y cuando más lo necesitaba, conoció los frutos de la bondad y de la generosidad, de manos de un matrimonio que se convirtió en ejemplo y representación de ternura.

Y me pregunto: ¿cómo la estarán llorando los centenares de familiares para quienes ella era algo así como un ángel guardián?

¡Adiós, comadre Tina...!

14 de junio de 1969

¡PATAS!

A veces pienso que me he pasado la mitad de mi vida desgañitándome en busca de justicia, de legalidad, de respeto a la dignidad humana.

Y no sé, de veras, si ha valido la pena. En algunas ocasiones, he conseguido frutos impresionantes, que desde luego yo no he disfrutado. Mas, en otras cosas, no he logrado sino indiferencia. Pero lo más triste, lo más desolador, lo más amargo ha sido cuando me he abstenido de tratar un problema, a sabiendas de que mi silencio puede traducirse en beneficio y fortuna de sinvergüenzas y de ladrones con capuchón de redentor.

Es entonces cuando me pregunto si vale la pena seguir adelante. Y es entonces, también, cuando creo que es una

tontería meterse a pontificar o a dictar normas de conducta.

Es entonces cuando entiendo que es mejor hablar de los arroyos claros y de las flores del camino.

Pero no haga caso, Lector, que aquí no ha pasado nada. Ni va a pasar.

(Y a propósito de arroyos claros: cada vez que menciono la frase, me acuerdo de los canales de Pueblo Yaqui, donde aprendí a medio nadar. Y me acuerdo de ellos simplemente porque el agua era todo, menos clara. Como sigue siendo. Y luego, cuando llegábamos a bañarnos en parvada, a los cinco minutos parecía que flotábamos o nos hundíamos en chocolate espeso. O en agua de pinole. Y además, yo nunca había visto tantos burros como los que deambulan, libremente, por caminos y veredas. Nos bastaba salir a la orilla del pueblo para treparnos, cada quien, a un asno. Así nos trasladábamos al canal que mejor nos parecía, a la compuerta más adecuada y, después de bañarnos, simplemente nos subíamos a otros borricos y regresábamos a casa. Había burros por todas partes y no había nadie, jamás, que los reclamase como suyos. A mí me extrañaba eso demasiado porque en los pueblos de Jalisco -donde había pasado unos años de mi niñez- la gente se daba de machetazos o de tiros por la posesión de un asno. ¡Y aquí eran libres como el agua de riego, que a veces dejaban tirarse por días enteros y luego era casi imposible poder viajar de Pueblo Yaqui a Ciudad Obregón!... No: aquí, en el Valle, en el Yaqui, no había arroyos claros ni florecitas del camino. Había trato duro y terrible, pero abierto y sin dobleces. Mis años de primaria en Pueblo Yaqui no fueron, precisamente, dulces. Pero me endurecieron lo suficiente como para aguantar muchas de las cosas asquerosas de la vida, de las que se presentan luego, cuando uno quiere empezar a creer que el mundo es suyo.)

José mi hermano y Florencio Irineo S., por aquel tiempo maestro de la escuela primaria de Pueblo Yaqui, compraron un equipo de sonido y algunas decenas de discos. Y todas las tardes echaban a funcionar su "difusora" a la que le habían puesto XEJF o algo por el estilo, o sean las iniciales de sus nombres después de la consabida sílaba XE. El pueblo - ¡palabra!- se alegraba. Y la música seguía hasta las nueve o nueve y media de la noche, para que nadie se quejase de que

no lo dejaban dormir.

Pero no se crea que tocaban discos, exclusivamente. No. Se apoderaban del micrófono y ¡tenía que ser! hacían *comerciales* que cobraban a precios fantásticos: un peso por cada diez o veinte veces, o algo por el estilo. Luego, cuando oían noticias importantes en el radio de baterías y de onda corta que Pepe tenía en la peluquería, pasaban al aire "noticieros" especiales y *sui generis*.

En fin... El negocio real radicaba en dedicar una canción que se ponía en el tocadiscos. Naturalmente, usted ya sabe cómo son esas dedicatorias: "Para la hermosa señorita Lupita... de quien ella ya sabe"... ¡y a veces se armaban unos merequetengues de muy padre y locutor mío!, y más de una vez algún ofendido llegó a amenazar a mi hermano o al Profesor Irineo con echarlos de cabeza al canal.

Pero el pueblo se divertía... y los "difusores" ganaban sus centavos.

Un día, sin embargo, la cosa se puso color de hormiga. Estaba yo solo en la peluquería, poniendo los discos, cuando llegó un tipo atrabiliario tratando de meterse con todo y caballo hasta el sillón mismo de la peluquería. Yo creí que no podía ser nada saludable estar entre las patas de los caballos, así que aproveché que tenía el micrófono en la mano y pedí auxilio al comisario. Pero de nada me sirvió, porque no había abierto el *switch* correspondiente. El borracho, sin embargo, sí me oyó. Soltó la risotada, hizo recular a su caballo y me arrojó un billete de cincuenta pesos:

—¡Tócame "Consuelito" hasta que se acabe! Pero si no tocas completas las piezas vengo y te arrastro con el caballo.

Y empezó a salir al aire -¡al viento, pues!- aquello de "Consuelito, Consuelito, Consuelito de mi vida". Cuando se acabó, volví a ponerla. Y cuando hice lo mismo por quinta vez, los que pasaban me decían: "¡Ya enfadaste, cámbiale!" Pero cuando iba la cosa por la número 25, llegó José, mi hermano, furioso. Parece que lo querían linchar. Y yo no me atrevía a decirle qué pasaba, porque el amigo del caballo estaba enfrente, a unos metros, mirándome con ojos atravesados. Cuando por fin expliqué lo que sucedía -ya era casi de noche- el comisario se encargó de la situación. Se llevó al del caballo después de que José le dio su cambio de los cincuenta pesos -cobraban la

dedicatoria a tostón, creo- pero a los cuantos metros el tipo picó espuelas y al galope quiso salir del pueblo saltando el canal. No lo consiguió. Se dio un baño formidable, aparte de que salió con la cabeza llena de lodo.

No, no había arroyos claros en Pueblo Yaqui. ¿Cómo, pues, voy a hablar de ellos? Había caballos, eso sí, y le juro, Lector, que no es nada grato estar entre sus patas.

Perdóneme, pues.

26 de mayo de 1972

SEMANA SANTA EN LOS MÉDANOS

Las imágenes de los santos, cubiertas de tela púrpura. Las campanas de los templos, calladas. Una matraca -horrorosa, trepidante y sobrecogedora- llamando a misa y al rosario. Las mujeres, de negro, como deslizándose apenas por las banquetas. Los hombres, con la cabeza baja -tal vez para no dar pábulo a las pupilas que buscan la tentación inevitable- mirando hacia la iglesia y hacia la cantina, por turnos.

Recogimiento.

Penitencia.

Memento homo...

Semana Santa, allá, en el pueblo de mis padres.

—¿Que no sabes que en Semana Santa no debe reír nadie?!

—¡En cuanto llegue el Sábado de Gloria te voy a darte *gloria!* (Y sí: cuando llegaba el Sábado de Gloria, sucedía que, para festejar la abstinencia, los mayores nos aporreaban a los niños por sextuplicado, ¡porque ellos habían sido *buenos!* Jamás he entendido ese tipo de *bondad.*)

Y había que ir a misa muy de mañana, ver a los santos encapuchados, los altares con cortinajes, las voces profundas y misteriosas, las miradas de los viejos clavadas en uno, entre torvas y fulminantes.

El temor de Dios...

¡Qué daño me hicieron, en aquellos días, los sacerdotes implacables, los vecinos intransigentes, lá ignorancia rampante!

Cuando se aproximaba la Semana Santa, casi me ponía a

temblar: ayunos, rezos interminables, privaciones, sometimiento absoluto, no mover una pierna para tratar de dar un paso aprisa, caminar con la cabeza gacha, estar en la iglesia a mañana y tarde, *sentirse pecador*. ¡Y mi único pecado era amar a Dios y no aceptar, por nada y por nadie, que tenía que temerle!

No me arrepiento. Como jamás aprendí a temer a Dios, jamás aprendí a odiarlo. Salvé mi amor, a *pesar* de todos los sacerdotes de mis días de infancia.

Pueblo Yaqui. El ejido colectivo, floreciente. El dinero que se compartía y se repartía a raudales. Los "troques" que, sin costo para nadie, empezaban desde el lunes tres viajes cotidianos a Los Médanos, ida y vuelta, para llevar a la gente a las playas.

Un día, sin avisar a nadie, me subí a un camión, *para conocer el mar*. Si hubiera pedido permiso, no me habrían dejado. Nada más me subí. Y, junto con mucha gente, llegué a Los Médanos. Anduve por la playa, feliz nada más de ver cómo la gente cambia cuando se pone en contacto con la naturaleza. Me metí al mar aunque no llevaba traje de baño, gracias a que un chico amigo me lo prestó. Sentí, por vez primera, la caricia del agua salada y tibia. Nunca voy a olvidarlo. Jugué, reí, sentí que la vida no era nada más obedecer porque sí. Ese día me sentí, por vez primera, enteramente libre. Pero, como toda enseñanza tiene un precio, llegó la noche. ¡Y yo no había llevado nada más que mi cuerpo! Me habían dado de comer, sí, algunos amigos compadecidos, pero ellos apenas alcanzaron a apretujarse en un pedacito que habilitaron como "tienda de campaña" entre dos "troques"... y yo no cabía. Pero recordé que alguien me había dicho que, enterrándose en la arena, se duerme como con calentón. Hice un hoyo en la arena, me acosté, me cubrí hasta el cuello y me dispuse a dormir. Me mintieron. No puede uno moverse, por principio de cuentas. Luego, la arena empezó a enfriarse, a enfriarse. Salté, como pude, del agujero. Y me dí a caminar sobre la playa. Allá, a lo lejos, había una luz de hoguera. Llegué. Me miraron con extrañeza, con coraje. Eran tres viejos y dos jóvenes que estaban -guitarra en ristre- alrededor de una fogata y con una botella dando vueltas. Uno de ellos me dijo un "¡Qué diablos buscas aquí!", pero otro me reconoció y les dijo: "Quietos: es el *okeicito*. Yo creo que viene solo. Dejémosle que nos acompañe". Me senté a un lado. Me echó su cobija, me acosté, me quedé dormido.

A la mañana siguiente, en mi corazón había una lección aprendida: la bondad, la generosidad, el sacrificio de entregar lo propio al inerte.

Cuando pude regresar a casa, más tarde, no me importaron -ni me dolieron- los tres cintarazos que me dio uno de mis hermanos. Yo había conocido el mar y, además, algo muy alto.

Y agradecí, entonces, haberme cobijado con la arena fría y deshumanizada.

Era Semana Santa. Y no ayuné, ni bajé la cabeza, ni tuve que ponerme triste a la fuerza. No. Reí, jugué, canté, y aprendí a amar, más, a Dios. Que me perdonen -si quieren- los ortodoxos. Yo no creo, ni puedo creer, de ninguna manera, que haya que temer a Dios. Creo -sé- que hay que amarlo. Y ¡con eso basta!

Semana Santa.

Y que perdonen los señores teólogos, pero a veces se me ocurre que, de allá *de arriba*, no terminaron con su misión hace 1969 años, sino que, más que nunca, siguen viendo -con tristeza, desde luego- que no acabamos de aprender la lección más alta que se haya dado al género humano.

Ni modo. Jesús debe estar sonriendo (¿Acaso no ríen los grandes maestros cuando los alumnos son torpes y no saben interpretar las enseñanzas?).

Ni modo.

(¡Qué bueno que, en esta semana que se ha querido hacer de luto, la recordación del Avatar mayor de los siglos sea alegre, dulce, limpia, alborozada!)

Adiós, ayunos.

Adiós, solemnidad.

Adiós, tristeza.

1º de abril de 1969

¡DÍGALO!

Hace muchos años, a Domingo -Domingo Saldívar Alcalá, padre de mi esposa- se le ocurrió plantar unos treinta o cuarenta nopales alrededor de la pequeña casa en la que vive su único trabajador de planta, en su *latifundio* (Oh, sí: es un *latifundio* de 22 hectáreas).

Y como los nopales crecieron y además se fueron de paso, ahora alrededor de la vivienda -madera y lámina, pues, que así es de suntuosa- hay un cerco de espinas... y de nopalitos tiernos.

Ah, pero no pasa lo mismo que hace unos cuantos años, cuando mi señor suegro venía con un saco de nopales y los repartía entre sus hijos y algunos amigos (Y no dejo de recordar a un invariable y maravilloso amigo de casa, a quien invariablemente llevábamos su ración de nopalitos tiernos: Cutberto Llamas Sandoval, el abogado limpiísimo que nos honró siempre con su afecto).

Pero, este año, Domingo no ha traído nopales a casa. Mi esposa tiene que pagar diez pesos -¡DIEZ PESOS!- por una bolsita, en el *súper*.

Por pura curiosidad -que jamás he recibido de mi señor suegro medio centavo, porque me basto yo solo para los míos- pregunté:

—¿Es que no quiere tomarse el trabajo de cortarlos, o ha decidido que la nopalera se haga más densa?

No.

No.

La razón es otra: todos los días, muchas mujeres que viven cerca de su campo -ni tan cerca: algunos viven hasta más allá de cinco kilómetros- llegan y piden, *por favor, unos nopalitos*.

Y los nopalitos son para esas familias campesinas con hambre terrible y sin trabajo probable. Domingo se muerde los labios de pura impotencia... y yo sé que, gracias a esos nopales que él plantó hace muchos años, hay algunas familias que están comiendo algo.

Y no, señor millonario que me lee: no dramatizo media sílaba: si ríe leyendo esto, tráguese su risa y vaya a ver cómo están los campesinos de los alrededores de su campo y vea cuánta es el hambre que tienen.

En fin, hay cosas que yo no me explico. Y no tanto porque pueda ser tarado, sino porque no entiendo la estupidez humana.

Por ejemplo:

¿Qué pasaría si en los bordes de los canales y los drenes de todo el Valle plantáramos nopales, naranjos, limoneros, plátanos, toronjos, ciruelos, granados, lo que se nos pegara la gana? ¿Y qué pasaría si además aprèvecháramos la misma tierra para sembrar regularmente papas, por ejemplo, y quelites y acelgas

y ajo y cebolla? ¿Qué pasaría? ¡Que el Valle del Yaqui se convertiría, SIN COSTO ALGUNO PARA NADIE -bueno, cualquier cosa, en los cultivos especiales, de temporada- en un paraíso, en un vergel, en una tierra de promisión en la que los miserables no tendrían que morir de hambre porque cuando menos tendrían, al alcance de la mano, lo necesario para sobrevivir.

Ah, pero gritarían los traficantes y los intermediarios, y hasta habría bribones que se dedicarían a cosechar por su cuenta y algunos hasta buscarían *concesiones* para hacer, ellos solos, el negocio de aprovechar lo de todos en beneficio personal.

Pero no importaría. No.

La presencia de los ladrones en potencia no debería asustar, jamás, a nadie. A los ladrones se les trata a puntapiés y se les lanza de la heredad. Y ya.

Pero, ni modo: Los genios de la SAG, de RH, de las uniones, de todo el distrito de riego, están tan ocupados haciendo que el Valle responda a los imperativos del trigo y del algodón que nadie quiere saber que los hombres y la mujeres y los niños del Valle del Yaqui cuando menos quisieran tener, al alcance de su hambre, UNOS NOPALITOS.

(Ah, Pancho Ayala, que empezaste a plantar naranjos en bordes de canal: ¿por qué no seguiste?)

Mejor me callo. Total, los genios de la SAG, de RH y los que manejan el distrito de riego no me van a hacer caso. ¿Y cómo, si ellos no tienen hambre?

Y luego, ni modo que recurra a don Manuel Bernardo Aguirre. El pobre -¿pobre, pobre, pobre de cuáles?- no sabe nada de nada. Por eso mortifica tan formidablemente. Si insisto, es capaz de ordenar que siembren girasol ruso en los bordes de los canales y los drenes. ¡Ya se vieran los campesinos haciendo una sopa de girasol!

8 de abril de 1973

UN MONUMENTO FORMIDABLE

Había, entre los ejidatarios del Valle del Yaqui, un ambiente de fiesta vocinglera.

Y tenían razón.

Iban a celebrar, como todos los años de las últimas décadas, la dotación de tierras que permitió a millares de campesinos liberarse y contribuir, con su Sesfuerzo, a hacer realidad una de las más altas aspiraciones de la justicia social en México. Pero, además, iban a recibir la visita, en tales fiestas, del hombre que hizo posible la liberación tan luminosa y gesto de tanta raigambre.

Iban a tener, como invitado de honor, al General de División Lázaro Cárdenas, el hombre que desde la Presidencia de la República repartió los latifundios y rescató, para la Patria, la dignidad de los campesinos desheredados

DE LA FIESTA AL LLANTO

No habrá fiestas.

No habrá celebración vocinglera.

Las bandas de música no pondrán la nota jubilosa en los bailes de Quechhueca, Pueblo Yaqui, Providencia, Campo 6, Campo 16, de los poblados ejidales que surgieron al progreso y a la acción comunal gracias al reparto fecundo de la Revolución hecha Justicia.

Porque no estará el invitado de honor.

Porque no podrá venir.

Porque hay millares de ejidatarios, millares de campesinos, millares de yaquis que están derramando lágrimas de verdad - lágrimas con sabor a salitres, a sudor y a trabajo-

Porque Lázaro Cárdenas está muerto. Porque el dador de la tierra murió cuando se preparaba para venir a convivir con los campesinos y con los yaquis a quienes sentía tan cercanos a su corazón y a sus preocupaciones.

EL RECUERDO INDESTRUCTIBLE

Lázaro Cárdenas fue reacio, desde siempre, a permitir que se le rindiese homenaje, a que se impusiera su nombre a las obras públicas cuya actividad infatigable hizo posible.

Pero, en el Valle del Yaqui, su presencia espiritual es de tal modo poderosa, de tal modo determinante, de tal modo justa, que el dolor auténtico de los ejidatarios habrá de convertirse en un recuerdo indestructible, digno de tal adalid que ya reposa en el monumento a la Revolución Mexicana, de la cual fue parte indisoluble.

Estamos seguros de que los ejidatarios del Valle del Yaqui, que han hecho callar toda manifestación de alegría, para dejar paso al dolor y a las lágrimas, harán que el bronce plasme el recuerdo del gran estadista y del gran visionario precisamente en el sitio donde más se agiganta su acendrado amor por los humildes y donde más se comprenden los frutos de su esfuerzo.

Justo que no haya fiestas. Y más justo, aún, que lo que se había reunido para la celebración legítima se destine para perpetuar, en un monumento formidable -mediante concurso nacional, si se quiere- la imagen, la presencia y la vigencia de Lázaro Cárdenas en el corazón y en las tierras de los ejidatarios.

24 de octubre de 1970



El redactor del Heraldo del Yaqui, Mario Vázquez Jiménez; el gobernador del Estado, Alvaro Obregón; Bartolomé Delgado de León y René Gándara, presidente municipal de Cajeme.



Al fondo, Mario Arreola, subjefe de la Policía Municipal; enseguida Arturo Merino, jefe de la Policía Municipal de Cajeme, y Encarnación Chávez. Revisan archivos en los momentos álgidos del movimiento contrerista.

CAPITULO VI

¡Arriba Contreras! Prensa y democracia en el Valle del Yaqui 1958-1959

IMPONENTES MITINES REALIZO EL PARTIDO DEMOCRATICO AYER

OX MAS POTENCIA AS ADICIONAS AS VENTAS. \$500 Watts.

Heraldo del Yaque

Publicado los días martes y jueves en la ciudad de San Juan, P.R. por el Sr. J. M. RUISEÑOR.

EL PISO QUE ESTABA BUSCANDO LO ENCONTRARA EN El Ruiseñor

NO. 1000 SAN JUAN, P.R. Tel. 231-1111. Distribución en las principales ciudades de P.R. y en los Estados Unidos.

Gases contra Mujeres y Niños de Pecho

BOMBAS Y BAYONETAS CONTRA LA UGOCM

Nuestro Criterio

¡ASI NO SE ARREGLA NADA!

Discrepancia abismalmente al líder de los terratenientes de Puerto Rico, por el actual que amasó su fortuna en el extranjero al través de un representativo líder del PDC. Diversas intervenciones para tratar de poner el pueblo en su estado. Pero al fin se volvió de tal abrumadora mayoría que se le dio la palabra a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Brutalidad de la Judicial- Detenidos- El Gobernador Defiende Todo- Desaparecidos

Un día que he leído un artículo, me acordé de un artículo que leí en un periódico de San Juan, P.R. que decía que el gobernador había defendido a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

¡VOTAR EN LAS ELECCIONES SIN GOBERNADOR

PARA ser un ciudadano responsable, el elector debe votar en las elecciones. Sin embargo, el gobernador ha defendido a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Reagente una Bandera se Inició la Aproximación Ciudad Obregón, Otra Vez en Estado de Sitio- La Primera Bomba, en el Local de la UGOCM- Hay Tremenda Psicosis

En la noche de la conferencia se presentó el primer bombardeo histórico en este estado, como resultado de la aproximación de las fuerzas de la UGOCM, que han hecho el voto al movimiento de liberación de los terratenientes de Puerto Rico. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

El señor de la tierra, por el momento, se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

EL GOBIERNO DE LOS TERRATENIENTOS

El gobierno de los terratenientes se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

¡Cd. Tiene ya Lineas Directas a la Metrópoli!

El Cd. Tiene ya Lineas Directas a la Metrópoli. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Grupos de Mujeres

Grupos de Mujeres se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Los Ferrocarrileros Betaron al Gobierno

Los ferrocarrileros betaron al gobierno. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

DIEZ MILLONES HACEN FALTA

Diez millones hacen falta. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Noche Oscura del 'Pollock'

Noche oscura del Pollock. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Los Estudiantes de México Interpretan a Todo el País

Los estudiantes de México interpretan a todo el país. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes. En su discurso se le dio la bienvenida a los terratenientes.

Arturo Merino Molina ha sido el mejor policía que ha tenido el estado de Sonora. Por desgracia para todos, un gobernante abusó tanto de su sentido inquebrantable de la lealtad, que lo expuso al rencor y al odio del pueblo.

Recordábamos, alguna vez, los acontecimientos que nos tocó vivir en trincheras distintas. Y terminamos reiterándonos el respeto mutuo de siempre.

-Usted prefirió enfrentarse al odio del pueblo antes que ser desleal al gobierno al que servía.

—Tuve que hacerlo. Lo haría otra vez. Un hombre sin lealtad a las instituciones a las que sirve no puede llamarse hombre. Y estoy seguro de que usted haría de nuevo lo mismo que hizo.

-Sí, señor Merino.

—¿Sabe? Yo aprendí a admirar su valentía.

-No soy Valiente, señor Merino, no. Yo soy, simplemente, suicida. No estoy dispuesto a matar pero, en ciertos casos y circunstancias, no me importa que me maten. Si vale la pena...

31 de marzo de 1970

RESPALDO DE LA PRENSA NACIONAL PARA HERALDO DEL YAQUI

MEJOR POTENCIA AS AUDITORIO AS VERFAS.

5,600 Watts

Heraldo del Yaqui

ORGANO DE INFORMACION, EDUCACION Y CULTURA DEL PUEBLO DEL VALLE DEL YAQUI

Publicado los días martes y viernes de cada semana, en el número 100 de la calle de la Libertad, en la ciudad de Culiacán, Sinaloa, México.

EL DISCO QUE DEBE ENCONTRAR EN EL RUISEÑOR

ANO XXXI | NUMERO 3 | MAYAGA 1954 | CIUDAD DE CULIACAN, SINALOA, MEXICO | FUNDADO EN 1923 | DISTRIBUCION GRATUITA POR LA CARRERA DE LA LIBERTAD, NO. 100 | PAGO ANUAL \$ 1.00 | No. 8,292

Los Sucesos de Cajeme a los Conductores de la Opinión Pública del País

LOS PERIODISTAS DE MEXICO CONDENAN!

“Estamos aquí por el HERALDO”

Poza Rica y Cajeme.- Le Da Respuesta Rodríguez Suárez a los Colegas.- Aclaración

Por ARMANDO BARRAGAN GARCIA

Quiero en primer lugar saludar a los compañeros periodistas que en estos días se encuentran en Culiacán, Sinaloa, México, y a los que se encuentran en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México.

Después de haber leído en el Heraldo del Yaqui, el artículo que el Sr. Rodríguez Suárez publicó en el número 100 de la calle de la Libertad, en Culiacán, Sinaloa, México, el día 25 de mayo de 1954, me permito decir que estoy muy satisfecho de haber leído en él una clara y precisa explicación de los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

Yo, como periodista, estoy muy satisfecho de haber leído en el Heraldo del Yaqui, el artículo que el Sr. Rodríguez Suárez publicó en el número 100 de la calle de la Libertad, en Culiacán, Sinaloa, México, el día 25 de mayo de 1954, porque en él se expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

ASI

Señalado sin Tránsito

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

Declaro al Señor del Poder

La Revolución Traicionada.- Toda la Prensa Nacional Está Progrida.- Pan y Justicia

Por ARMANDO BARRAGAN GARCIA

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

Rosales: “El Nuevo Carrido de Cuauhtémoc”

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

Desempeño por los Artificiosos

Bespotismo y Avorazamiento de Riqueza.- Golpes.- Cómo Aceptar la Salvaje Agresión?

Por ARMANDO BARRAGAN GARCIA

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

El día Otro de las Delicias

Impresionante Relato Sobre Algunas de las Barbaridades Cometidas en Ciudad Obregón

Por ARMANDO BARRAGAN GARCIA

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

Entendamos Reconciliados a Los Periodistas de la Capital

HERALDO DEL YAQUI reconoce y agradece profundamente el esfuerzo de valentía y el coraje de los periodistas que en estos días se encuentran en Culiacán, Sinaloa, México, y a los que se encuentran en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México.

El Sr. Rodríguez Suárez

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

Me es Píbilis que Explicado este Situación

Elvira Vargas Truena Contra la Injusticia Social en el Valle del Yaqui.- Entrevista

Por ARMANDO BARRAGAN GARCIA

El Sr. Rodríguez Suárez, en su artículo publicado en el Heraldo del Yaqui, el día 25 de mayo de 1954, expone claramente y con precisión los hechos que se produjeron en Poza Rica y Cajeme, Tamaulipas, México, el día 25 de mayo de 1954.

CARTA ATREVIDA AL GENERAL OBREGON

Por JOSÉ RAFAEL BARRAGAN

Querido Sr. General Obregón:

Yo, como periodista, estoy muy satisfecho de haber leído en el Heraldo del Yaqui, el artículo que el Sr. Rodríguez Suárez publicó en el número 100 de la calle de la Libertad, en Culiacán, Sinaloa, México, el día 25 de mayo de 1954.

LA ÚNICA LIBERTAD

Prácticamente se ha resuelto ya el caso de la sucesión presidencial. Se ha resuelto, mucho antes de que se convoque al pueblo a elecciones, porque desgraciadamente ésta es la realidad mexicana. Los grandes electores se han puesto de acuerdo y lo que sigue no es otra cosa que un simple formulismo. Esa es nuestra realidad.

Pero es de esperarse que, cuando menos, se deje una libertad al pueblo: la de elegir a sus presidentes municipales. Que se le deje esta libertad, cuando menos para que pueda sentir que no todo es engaño y conveniencias; que se le deje, porque de otra manera cada día que pase se ahondará más el descontento y cada día que transcurra será un paso más hacia la pérdida total de la dignidad ciudadana.

Porque puede pasarse que se elija al Presidente de la República, al Gobernador, a los Senadores y a los Diputados. Pero lo que más se siente en carne viva es que también se pretenda elegir al alcalde. Y en este caso sí hay que luchar, sí hay que salir a la palestra, sí hay que dar un ejemplo de responsabilidad.

Porque, por más paradójico que sea, al pueblo le importa más quién es su alcalde, porque lo tiene más cerca.

Esto no es otra cosa que un grito a tiempo, porque al parecer en Cajeme ya se ha hecho lo mismo que en el país: se ha escogido, entre unos cuantos, al futuro alcalde.

1º de noviembre de 1957

TARTUFOS

1) Lector: hemos llegado a tal grado de degeneración y desvergüenza, a tal grado de infamia y cinismo, que ahora podemos ver que un individuo, a la vista de todo el público, y con la mayor naturalidad del mundo, se pone a decir que es un eunuco, que es un borrego -mejor dicho: una bestia-, que la cabeza se le dio para que se pudiera poner sombrero y nada más. Así, Lector, sin exagerar un ápice, hemos descendido tanto en materia de DIGNIDAD, que hay periodistas capaces de

hacer -por paga, naturalmente- un ocho con el espinazo y hay politicastro y logreros que si muchos los presionan son capaces de convertir la inocente columna vertebral en un sube y baja. Abra usted los ojos, Lector, pero cuando se fije y empiece a ver toda la podredumbre de quienes dentro de tres días van a ser portavoces de los candidatos del PRI, no nos culpe de haber visto. Nosotros ya sabemos que es un espectáculo asqueroso, no apto para ojos dignos y espíritus decentes.

2) Tanto hemos descendido que hay tipos que no tienen empacho en proclamar que lo que el pueblo necesita es la bota militar y que además piden a gritos más chicotazos; tanto hemos degenerado, que hay tipos que tienen pavor de una explosión del pueblo, porque saben que esas explosiones cuando ocurren no pueden ser detenidas con lloriqueos o con admoniciones cobardes y melindrosas; tanto nos hemos prostituido que hay ganapanes que a voz en cuello pregonan su calaña y que al hecho de renunciar a sus atributos de sexo le llaman "disciplinarse".

3) Tanto se ha descendido durante los últimos años de cacicazgo, que los cortesanos se cuentan por docenas; en cualquier actividad, Lector, usted puede observar a uno de esos remedos de hombres que se revuelcan en su propia miseria humana y que aún tienen la desvergüenza enorme de sonreír y decirle a usted que son políticos y que así es la política. Tanta es la purulencia que se ha creado a la sombra del poder, que hay cínicos que se llaman periodistas cuando no pueden tener otro título que el de marionetas; hay Tartufos y tartufitos que hace tiempo se quedaron sin razón alguna de vestir el atuendo masculino y que no tienen empacho alguno en proclamar a los cuatro vientos que si el PRI o el Comité Ejecutivo de su central les ordenan mutilarse, se mutilan. Hay tanta inmundicia, que hay tipos asquerosos -por más que algunos presuman de respetables- que un día antes adulaban al señor Gallegos -a quien se le hizo una traición que ningún hombre bien nacido merece- y que al día siguiente y hoy juran y vuelven a jurar lealtad y respaldo a Gilberto Oroz.

4) Y hacemos referencia al caso del señor Gallegos y del

señor Oroz no porque ellos sean culpables, no. Después de todo, a los dos se les ha engañado con el mismo argumento y con el mismo cinismo. El señor Oroz debe saber que se le ha engañado, porque los únicos que le siguen son los tartufos, los que no tienen empacho en gritar a los cuatro vientos que saben "disciplinarse", los que son la mejor justificación de que se les haya concedido el voto a las mujeres. El señor Oroz sabe que no cuenta con otra cosa, porque ni siquiera pudo ver, ante el anuncio de su instantánea candidatura, la chispa más incipiente de la más insípida manifestación de apoyo popular. La única diferencia entre el señor Gallegos y el señor Oroz sería nada más una: al señor Gallegos lo engañaron dándole una puñalada traperera cuando ni siquiera temía una mala sonrisa; el señor Oroz sabe y acepta que lo estén engañando. La mejor prueba de ello es que los verdaderos "galleguistas", los hombres de mérito, no han ido a acercársele.

5) Y para terminar, Lector, habrá que decirle una cosa: nuestros políticos priístas son de tantos recursos, de tanta altura, de tanta categoría, que uno de ellos, en una cantina - aunque a las cantinas no entran las mujeres, lector- no tuvo empacho en dar la clave de la forma en que se "elegirá" al señor Oroz como Presidente Municipal. Quitándole palabras y muchas rrrrr tenemos esto: "Los contreristas no saben lo que les espera. Ellos tienen a toda la gente, pero no van a ganarnos, porque hay más viejas que hombres. Y como las viejas no salen de sus casas, el día de las elecciones van a aparecer boletas en favor de Oroz a más no poder. El padrón nos va a venir flojo. Vamos a hacer que aparezcan como electoras hasta mi Tía Fabiana y mi Tía la difunta Liberata". ¡Son unos genios, Lector! Y dígalos, que yo lo dije...

LA LUCHA EMPIEZA EL 6 DE JULIO

1) Los últimos acontecimientos políticos registrados en el municipio de Cajeme son de tanta importancia, que prácticamente toda la opinión pública nacional está pendiente de lo que ocurra en esta campaña que se ha convertido en la más formidable demostración de

civismo y dignidad ciudadana que se haya dado en Sonora desde la revolución de 1910.

El espectáculo, para quienes anhelamos un México más limpio y más nuestro, más alto y más digno, es realmente halagador, realmente satisfactorio. Es simple y sencillamente la esperanza de llegar pronto a la meta gracias al despertar cívico del pueblo, porque aquí el pueblo entero se ha unido en torno a un ideal de justicia: rescatar el poder público de las manos de sus conculcadores y sus explotadores; rescatar la dignidad ciudadana, arrebatando legalmente el poder a quienes para proteger sus intereses o satisfacer sus caprichos no han vacilado en atropellar los más elementales derechos humanos.

2) En tal circunstancia, todo lo que se haga contra el pueblo del municipio de Cajeme, al amparo del poder público es, más que un abuso de autoridad, una verdadera salvajada y un verdadero crimen.

3) Concretamente: cometer un atentado contra el pueblo y urdir una maniobra rastrera para luego acusarlo de violencia y de instigador del desorden es intolerable porque en el municipio de Cajeme hasta los niños que están aprendiendo a hablar conocen la realidad política imperante. Los únicos que la desconocen -y por eso son los errores garrafales, las asnadas de fenómeno y las excelsitudes de la estulticia- son precisamente quienes balbuceantemente tratan de dirigir esta campaña -de algún modo habrá que llamarle- del candidato del Partido Revolucionario Institucional. Salta a la vista que lo menos que podría hacer el PRI nacional -que tantos y tan magníficos valores tiene- sería enviar a uno o dos de esos valores para que aquí se dejara de atropellar al pueblo y se dejara de insultarlo. Con uno o dos de ellos, tal vez el PRI hasta podría justificar el enorme ridículo que está haciendo en la política municipal.

Tales son los hechos, que se refuerzan con la peor crisis gubernamental que ha sufrido el actual gobierno del Estado, por culpa de su tozudez y de su inconcebible capricho.

4) Para terminar: aquí en el municipio no se espera el 6 de julio para ver si triunfa la candidatura independiente, apoyada por el pueblo. No. Se espera esa fecha para ver si el PRI y el

gobierno del Estado se atreven a reírse del pueblo. Es posible que así sea pero, en todo caso, ya lo dijo claramente el Lic. Herminio Ahumada: La lucha empieza el 6 de julio.

5) Y con ella, el fallo de la historia para los ineptos y para los soberbios que le están dando la espalda al pueblo y que con ello están labrando su tumba política y su tumba social... Y dígalo, que yo lo dije...

24 de junio de 1958

PENSAR ALTO Y HABLAR CLARO

1) A bombo y platillo, el PRI está haciendo circular la información de que ganará las elecciones. Tanta desvergüenza da risa. Porque mientras el presidente del PRI afirma lo anterior, el señor Presidente Municipal -por órdenes superiores, suponemos- se hace de la vista gorda y viola la ley orgánica electoral (suponemos que le ordenaron violar la ley porque ya para él no es ningún trabajo) con un solo objeto, que a lo mejor los deshojadores de tímidos pétalos nos representan enseguida un acto constructivo hasta la hartura: instalar las casillas de sorpresa, en zonas previamente escogidas y empezar las elecciones subrepticionalmente; de manera que cuando los contreristas se den cuenta, ya el arroz esté cocido; es decir, las ánforas repletas por millares de boletas del PRI. De esas mismas boletas que se están haciendo en el motel San Jorge, ahí donde el General Manuel Jasso ha establecido su cuartel de operaciones por considerar que las oficinas del PRI son impropias, porque de ahí se escurren algunas cosillas.

2) Un lector nuestro nos hizo una pregunta: "¿Por qué frecuentemente emplea usted términos tan duros que a veces hasta groseros parecen, pudiendo decir las cosas en otra forma menos drástica?" Por una sola razón: esta columna la hemos hecho para todo el pueblo, para todos los intelectos, para todas las preparaciones individuales. Y además, por esto: porque creemos que los eufemismos salen sobrando cuando se están jugando los destinos del municipio. Y entonces, debe ser al

revés: en lugar de ironías sutiles o con apariencia de tales, la verdad descarnada y dura, por más que duela a los ojos y a veces al pudoroso buen gusto literario. La verdad cruda, dura y difícil, pero fácil de entender, porque aquí no estamos ya para bañarnos en el agua perfumada que sugieren los que han vendido al pueblo y que hoy tienen pavor de la reacción que han ayudado a provocar.

3) Consideramos, pues, que nuestro papel es hablar claro. Pensar -como dice el lema de la Asociación de Periodistas Obregonenses-, pensar alto y hablar claro. Nada más. Allá los comerciantes de la palabra impresa que se revuelcan en su propio pánico o se inciensan con el mismo fervor con que rinden culto a Mammón. Allá ellos que hablen de sutilezas y que cuando habla de sus angustias una gente del pueblo, un trabajador, se decepcionen y trinen porque no oyeron un prólogo de Castro Leal o uno de los capítulos de las memorias de cualquiera de los Académicos de la Lengua. Allá ellos, que bien saben lo que hacen. Que lo único que pretenden lograr es engañarse a sí mismos, para ocultarse que están traicionando al pueblo, al que los ha hecho, al que alguna vez confió en ellos. Pero no pueden engañar a nadie, aun cuando se engañen ellos solos y crean y digan que lo más digno del mundo es perder la razón de usar pantalones y proclamarse borrego a los cuatro vientos.

4) Esa es la razón, Lector. La única razón para escribir en tal forma. Después de todo, para quien no quiere leer en voz baja y a media luz, todavía tenemos el recurso de escribir en una plana literaria. Nada más.

5) Pero, siempre sí, algo más: dentro de tres días, usted y yo tendremos en la mano una doble responsabilidad: la de votar por quien nos garantiza UN REGIMEN DE DIGNIDAD CIUDADANA y no la bota cobarde y poderosa; por quien nos garantiza la LIBERTAD y no la oprobiosa humillación que ha sido y es norma del grupo en el poder; por quien nos trate como a hombres y no como a infelices peones que tienen acasillados en sus haciendas feudales; por quien nos respete nuestros derechos, en lugar de atropellar nuestras más ínfimas esperanzas de justicia.

Lector: usted y yo debemos votar, el domingo próximo, por Rafael M. Contreras. Y después, tenemos que exigir que nuestro voto sea respetado. Pero antes, a toda costa debemos evitar que las ánforas se lleven llenas de antemano con "votos" del PRI. Debemos hacerlo, lector, porque al hacerlo luchamos por la justicia que nos niega el PRI y que nos niega el Gobernador del Estado... Y dígalo, que yo lo dije...

3 de julio de 1958

LOS CULPABLES

No puede señalarse a más responsables de los sucesos sangrientos registrados ayer, que a quienes siempre dijimos, desde hace tiempo. Al pueblo que se le estaba cansando con las injusticias.

Con bastante tiempo, con la conciente responsabilidad que implica nuestra profesión y con la mira saludable de que no se llegará a este extremo de sangre y luto, insistimos públicamente para que cambiaran las cosas.

La ceguera para comprender la realidad, la vanidad de mando y quizá la creencia en el sentido de que se soportaría un atentado más, hizo derramar el vaso de la paciencia popular. Y el pueblo explotó ante la burla que se quiso hacer con unas elecciones fraudulentas que no llegaron a realizarse para imponer a un elemento que no encaja en las aspiraciones de este puñado de mexicanos.

Es triste y lamentable que haya sido el Ejército, que es gloria y baluarte de nuestra nacionalidad, el instrumento para asesinar. Los verdaderos culpables de la tragedia, ya los ha señalado el pueblo.

7 de julio de 1958

**Se Ha Empezado a Despejar
el Panorama Político**

**CAEN OROZ Y GÁNDARA:
SE FORMARÁ UN CONCEJO**

**DE CONFIRMARSE LA NOTICIA
EL PDC SALDRÁ TRIUNFANTE**

¡Y el pueblo maravillosamente digno y maravillosamente firme del Municipio de Cajeme hizo el milagro!
¡La ciudadanía Cajemense ha obtenido un triunfo rotundo, claro, definitivo, vibrante y dignísimo por todos conceptos!

Las campanas de la dignidad pueden tocar a rebato. Estamos en condiciones de servir a nuestros lectores la noticia que aún contra toda esperanza esperaban los espíritus limpios del Municipio de Cajeme: no se consumará el atropello; es decir, no se impondrá a Gilberto Oroz Valenzuela en la Presidencia Municipal de Cajeme.

A punto de consumarse lo que hubiese sido una burla sangrienta, de nefastas e insospechadas consecuencias, se espera justicia gracias a la intervención directa del señor Presidente de la República, quien preocupado por conocer la verdad de los sucesos ha pedido informes y pruebas fidedignas, mismas que le fueron aportadas no sólo por agentes especiales de Gobernación que se enviaron en vísperas de los sucesos, sino también por destacados sonorenses que actúan en la vida nacional. El señor Presidente de la República hará justicia.

Las elecciones en el Municipio de Cajeme serán declaradas nulas, porque el pueblo no votó. El señor Gilberto Oroz, repetimos, no será impuesto en la Presidencia Municipal de Cajeme.

Una vez declaradas nulas las elecciones, se nombrará un Concejo Municipal, cuyo presidente será escogido entre personas de gran arraigo, acrisolada honradez y altos méritos.

¡NINGUNA DETENCIÓN!

Pero la justicia que se ha hecho en el Municipio de Cajeme va más allá todavía: no se ejercerán represalias de ninguna clase contra nadie, porque ha quedado plenamente demostrado que el movimiento en su mayor parte ha sido directamente del pueblo y que éste, en varias ocasiones, ni siquiera oyó a sus líderes que le pedían que se contuviera. Así las cosas, no puede culparse a nadie.

Y nadie será detenido ni nadie será objeto de represalias.

Lo anterior es otro acierto rotundo, porque el encarcelamiento de los líderes del Partido Democrático de Cajeme hubiera sido, además de injusto, la chispa que hubiese provocado quizá hechos más sangrientos.

GÁNDARA SE RETIRA

Por otra parte, en fuentes dignas de todo crédito se nos ha informado que el señor René Gándara, Presidente Municipal de Cajeme, solicitará una licencia para separarse de su puesto, por considerar que ya está realizada su obra y para atender su quebrantada salud.

En tales condiciones, es probable que termine el período el primer regidor, Antonio Valdez, quien en las veces en que ha actuado en cortos interinatos ha demostrado mucha comprensión de los problemas populares además de un gran sentido político. El señor Valdez goza de plenas simpatías.

CONTRERAS EL UNIFICADOR

Este nuevo aspecto que ha tomado la situación local es a todas luces tranquilizador y por lo tanto es de preverse que pronto la ciudad ya dejará de tener el espectáculo que deprime. Mientras, el pueblo permanece unido como desde la iniciación de este movimiento. Rafael M. Contreras, con su firmeza y su decisión ha hecho posible esta total unificación que fructificó tan generosamente hasta lograr el despertar cívico del pueblo, la gratitud de todos los sectores cajemenses que están con él,

porque ha sabido ser digno de toda confianza y ha sabido ser una bandera digna, como lo prometió en uno de sus fogosos discursos.

Por nuestra parte, HERALDO DEL YAQUI se ha mantenido incólume en su postura limpia de exigir justicia para el pueblo. Lo anterior representa además de un triunfo grande, esplendoroso, magnífico, una satisfacción profunda y noble: la de haber servido con todos sus hombres y toda su trayectoria, al pueblo de Cajeme. Así, pues, repetimos: se ha hecho justicia en el Municipio de Cajeme. Verdadera justicia. Y las campanas de la dignidad ya pueden tocar a rebato.

10 de julio de 1958

DE HERODES A PILATOS

1) Lector: ¿No le ha tocado a usted darse cuenta de un fenómeno que pinta de cuerpo entero a muchos tipos que en la reciente campaña electoral anduvieron de un lado para el otro, tratando de hacerse aparecer como fervientes priistas en el PRI -RIP-, como contreristas en el PDC y como fieles seguidores del Doctor Ramos en el PP? Pues mire usted, Lector: cuando después de las fallidas elecciones los voceros oficiales empezaron a decir que el candidato priista había conquistado un triunfo abrumador (¡con lo cual causaron una carcajada general!) y que el candidato del señor Gobernador tomaría posesión de la presidencia (¡lo dijeron un día antes, Lector!), esos mismos tipos se fueron directamente al PRI y no hubo fuerza humana capaz de sacarlos.

2) Lo malo para ellos es que los voceros oficiales no sabían -ni saben todavía- de qué color tiñe el verde. Entró el Concejo Municipal y por recato (?) o por pudor (?) se abstuvieron de jugarle al Maquiavelo, al Fouché o al simple lambiscón de quinta categoría. Y dejaron pasar unos días, pensando, pensando. Pero luego, cuando los mismos voceros (¿por qué diablos nunca les informan bien o les dictan bien sus pregones?) empezaron a insistir en que el Concejo era para tres años, entonces los mismos tipos adoptaron como catecismo aquella estupidez de:

"estoy trabajando y no tengo tiempo de molestarme por la puñalada que me están dando por la espalda".

3) Y enseguida recordaron que son poseedores de cualidades por demás meritorias; de virtudes tan altas como el espíritu de trabajo, la honestidad y la justicia; que son amados por el pueblo y que tienen unos enormes deseos de servir a la comunidad. Tanto espíritu de sacrificio no les cabía en el cuerpo y -quien más, quien menos- se buscaron a su regidor y fueron directamente con el mandamás del Concejo o buscaron la recomendación del poder tras el trono y lo que usted quiera y guste. Algunos llegaron a exclamar: "¡Aunque sea de jefe de cualquier departamento!" Desde luego, insistieron una y otra vez en que sólo buscan dar a la región algo de lo que ésta les ha dado. Vaya usted a creérselo. Total, la feria del hueso en pleno auge.

4) Nada más que estos tipos no contaban con una cosa, ni podían imaginársela: que el Presidente del Concejo no procedería a realizar una degollina general sino que para esperar cualquier cambio se procedería a ver trabajar a los titulares, a estudiar su trayectoria, a medir sus facultades. Y puede usted jurar que a los aspirantes esa medida les cayó peor que un puntapié en ayunas y en salva sea la parte. Los cambios que se han ordenado han sido justos y más o menos se ha escogido bien a los nuevos titulares. Sin embargo, eso no obsta para que todavía hace unos días los mismos tipos de siempre se sintieran con cuerpo de comandante de policía, con figura de jefe de tránsito, con empaque de alcalde -no anda bien el chato Alatorre, al parecer-, con genio de tesorero y hasta con paso de secretario.

5) Pero ahora, Lector, está ocurriendo lo más formidable: ante el solo anuncio de que habrá elecciones extraordinarias en el Municipio de Cajeme, se ha provocado una desbandada de los mismos tipos que usted ya conoce: ya no quieren nada con el Concejo, no quieren cooperar con la región y prefieren callar sus cualidades y virtudes hasta que puedan ser aprovechadas o aprovechables plenamente por el pueblo, en un régimen estable. ¡Y esos mismos tipos andan de nuevo de Herodes a Pilatos, haciendo algo que desde hace tiempo los distingue: el ridículo!

Y dígalo que yo lo dije...

21 de octubre de 1958

LA CARCAJADA DE LA OPINIÓN PÚBLICA

1) Lector: con un empecinamiento digno de mejor causa, elementos oficiales se han encargado de propalar la versión de que no habría elecciones extraordinarias en el Municipio de Cajeme, después de la lección digna y viril que el pueblo propinó a todos los oportunistas de todas las calañas y a los soberbios de todas las categorías. La intención era por demás visible y por demás interesada: creyeron -¡no han aprendido nada todavía a pesar de sus fracasos!- que bastaría con que se dijera que el Gobierno del Estado no quiere nuevas elecciones para que el pueblo del Municipio se callara sus exigencias y doblara la espalda sumisamente.

2) Y no fue así, Lector. No podía ser así: el Municipio de Cajeme ya no está habitado exclusivamente por bestias de carga y por líderes y por pastores a sueldo; hay ciudadanos dignos que están conscientes de sus obligaciones (¿cómo no van a estarlo, si por todo se les cobra, si por todo se les cargan nuevos impuestos y nuevas tributaciones, muchas veces a título de cooperación forzosa?) y que están, asimismo, plenamente conscientes de sus derechos. La prueba máxima es que los elementos oficiales que recibieron la orden de apaciguar, de convencer al pueblo de que el Concejo era para tres años, se han encontrado con una realidad que no esperaban (¿cómo iban a esperarla, si ellos están acostumbrados a obedecer cualquier sugerencia oficial y hasta ahora el pueblo no había dado señales de preocuparse por la cosa política?): el pueblo no habla de otra cosa que de las elecciones extraordinarias.

3) Y eso, Lector, es como para que los pregoneros oficiales -líderes comprados, "inspectores" oficiales, tipos a sueldo, ma-labaristas de documentos con aval oficial, etc., etc.- sufran un patatús. Ni más ni menos. O cuando menos, un ataque de apoplejía: ¡la gente no cree en sus sabias afirmaciones! ¿Cómo es posible tal aberración?... Y sin embargo, Lector, esa es la

realidad: el pueblo de Cajeme no comulga ya más con los célebres molinos de viento. Y ahí tiene usted a los pobres tipos esos, que tratan a toda costa de cumplir con la consigna oficial y que se desgañitan gritando a todo pulmón: "¡estamos trabajando y no tenemos tiempo de pensar en política!", sólo para que les responda la carcajada abierta del pueblo. Y fijese usted, Lector, que al decir PUEBLO, no nos referimos únicamente al intelectual, al alto empleado, al empleado medio, al profesional modesto, sino aun al obrero y al campesino, a los humildes, que son y forman la masa poderosa que tanto pavor ha despertado en la maquinaria oficial.

4) Esa masa poderosa, Lector, es la que más ha asustado a los pregoneros oficiales, porque ya no desconocen que hasta en el último ejido o en la última comisaría del municipio se habla de la necesidad urgente de que se convoque a elecciones extraordinarias. Los ejidatarios, los colonos, los campesinos de todas clases, los obreros, han dejado de ser elementos indiferentes para convertirse en ciudadanos activos y en ciudadanos que exigen sus derechos. ¿No es ése el despertar cívico que tanto ha buscado provocar el Presidente electo de México?

5) Por eso, la carcajada abierta de la opinión pública, cuando hay quién se atreva a tomar su nombre para decir que el pueblo de Cajeme está entregado en cuerpo y alma al trabajo y que no quiere saber nada de "agitación": el pueblo de Cajeme trabaja - porque nunca ha dejado ni dejará de hacerlo- pero eso no quiere decir, de ninguna manera, que sea una BESTIA DE CARGA: trabaja, y trabaja mucho, sí, pero EXIGE QUE SE LE RESPETE y sabe que como ciudadano tiene tiempo para cumplir con sus obligaciones y para exponer sus derechos. Sólo las bestias de carga soportan únicamente trabajo y ni siquiera piden un puñado de hierba de la mano del capataz... Y dígallo, que yo lo dije...

22 de octubre de 1958

PÁNICO DE PRIVILEGIADOS

Inútilmente, elementos a sueldo de los círculos oficiales han

tratado de crear un clima de desorientación ciudadana en el municipio de Cajeme, con el objeto de provocar la confusión y la apatía hacia las cuestiones cívicas. Inútilmente se ha tratado de hacer aparecer -a falta de recursos cuando menos más cuerdos- que el señor Rafael M. Contreras se retira de la lucha porque espera que los mismos círculos oficiales le concedan la oportunidad de que les sirva y les obedezca.

Pero los derechos del pueblo no son concesiones graciosas de ningún gobierno. La postura de la ciudadanía no la limitan ni la determinan versiones más o menos bien pagadas. El pueblo se levantó exigiendo sus derechos, sostuvo su postura en un viril ejemplo cívico y se ha mantenido firme en su exigencia, dispuesto a rescatar la dignidad del poder público.

Ante el solo anuncio de que se procederá a convocar elecciones extraordinarias, la ciudadanía ha tenido una reacción que desde luego se esperaba: júbilo, porque con su postura ha conquistado el respeto que merece; alegría, porque pone su libertad por encima de cualquier tendencia y maniobra; responsabilidad, porque no renuncia ni habrá de renunciar a su legítimo e inculcable derecho de nombrar a sus gobernantes.

El pueblo de Cajeme tendrá elecciones extraordinarias a pesar de todas las maniobras y a pesar de todas las ambiciones de una minoría privilegiada que a toda costa trata de seguir usufructuando el poder público en su personal beneficio y que se ha convertido en una casta que parecía intocable. Tal casta, además, ha dado una tremenda demostración de debilidad y falta de cohesión, al grado de que luchan unos contra otros los mismos elementos que en un principio fueron nombrados como candidatos del propio gobernador del Estado.

Y mientras en los frentes populares hay júbilo, en los reducidísimos círculos de la casta privilegiada hay una desbandada que se antoja ridícula y una gran demostración de pánico, lo cual constituye un signo saludable.

5 de noviembre de 1958

YA BASTA, SEÑOR GOBERNADOR

Rafael M. Contreras dijo anoche una verdad que debe

doler no sólo en la consciencia sino en el alma, en el corazón y en la dignidad; una verdad de esas que tienen tal fuerza que hacen enrojecer la cara aun a los tartufos que por infamante soldada venden hasta la lengua al poderoso: **AQUI EN SONORANO TIENEN NADA QUE ENSEÑAR LOS DICTADORES DE OTRAS PARTES.**

Una verdad, por más que duela. Una verdad, por más que la sangre se indigne y por más que hierva. El señor Gobernador del Estado ha hecho posible que así sea. El señor Gobernador Alvaro Obregón puede adjudicarse, por ello, todo el mérito que la acción revista.

Ciudad Obregón y el Municipio todo de Cajeme son, actualmente, un enorme campo de concentración. Aquí, sin justificación legal de ninguna clase, sin argumento válido alguno, sin otro pretexto que una soberbia tremenda, se están pisoteando los *Derechos Humanos*, se están haciendo pedazos las garantías individuales y se está haciendo mofa de la Constitución General de los Estados Unidos Mexicanos. De ahí la pregunta del pueblo, de ese pueblo que aún no sale de su sorpresa, de su asombro, de su desilusión: ¿en qué época y en qué país estamos viviendo?

De ahí que el hombre de la calle, al ver el despliegue de poderío, al observar el despliegue de las ametralladoras y las bombas por toda la ciudad, al mirar las bayonetas por todo el municipio, al sentir la humillación de los gendarmes en cada esquina, al prohibírsele que transite libremente, al ser golpeado cuando se detiene a conversar con alguien -¡al sentirse esclavo, en un palabra!-, de ahí, repetimos, que el hombre de la calle se pregunte, en un palabra, cómo el Gobierno Federal puede permitir tal atropello y tal infamia.

¿Cómo es posible que se estén registrando hechos tan monstruosamente indignos, cuando el señor Presidente de la República (Adolfo López Mateos), al tomar posesión de su puesto, declaró, enfática y terminantemente, que no se permitirá ningún acto ni al margen, ni fuera, ni en contra de la ley?

¿Cómo es posible que se estén efectuando aprehensiones con todo lujo de fuerza, por parte de elementos de la Policía Judicial del Estado, pasando aún sobre los amparos mismos de la Justicia Federal? ¿Cómo es posible que el Gobernador del

Estado esté tan obcecado que haya decidido proceder contra el pueblo en una forma tan absurda, tan indigna, tan terriblemente bárbara?

En las condiciones en que estamos viviendo actualmente, ningún habitante del Municipio de Cajeme puede estar seguro de nada: el Gobierno del Estado ha suprimido totalmente las garantías individuales y ha cometido delitos contra el orden Federal y puede disponer de la libertad de cualquier ciudadano a su antojo y a su capricho. Para ello cuenta con toda la maquinaria oficial y tiene a su disposición elementos que acusen, que juzguen, que encierren, que castiguen y atormenten. Todos estamos a su disposición y por ello estos momentos deben de ser de prueba para un pueblo tan maravilloso como el nuestro, que ha demostrado en todo momento una enorme responsabilidad ciudadana y que en ningún momento ha recurrido a la violencia, sino que ha seguido los senderos de la ley para enfocar todas sus gestiones. De prueba, sí, para seguir demostrando al Gobierno de la República que sigue a la Ley, ¡aunque el Gobierno del Estado la pisotee!

El terror está a la orden del día.

9 de enero de 1959

ANTE LOS ATROPELLOS, HEMOS PEDIDO GARANTÍAS AL PRESIDENTE DE MÉXICO

Por acuerdo general de esta empresa periodística y las personas que en ella laboran, ayer se envió un mensaje urgente al señor Presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos, con el fin de solicitarle garantías.

Esta determinación nacida de la redacción vino como consecuencia de los momentos de sobresalto en que vive la comunidad y por ser este periódico el verdadero vocero popular, los redactores temen ser causa de atentados, en virtud de las amenazas que en forma directa y personal han hecho individuos identificados como elementos asesinos.

El telegrama que se mandó dice textualmente: "C. Lic. Adolfo López Mateos, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, México, D.F.- Con motivo de inconcebibles atropellos sufre estos momentos ciudadanía de Cajeme, demanda-

mos de usted protección a nuestras vidas virtud tememos atentados parte Gobernador Alvaro Obregón y su régimen oficial en general.

"Nuestras labores periodísticas hanse acogido a libertades y obligaciones expresa nuestra Constitución y al condenar inauditas violaciones y atropellos cométense en Sonora, hemos sido amenazados de muerte por pistoleros Gobernador Estado.

"Cárcel encuéntrase llena reos políticos no obstante han exhibido algunos amparos concedidos por Juez Distrito Hermosillo. Esperamos su oportuna intervención en calidad respetuoso mexicano y como único capaz de reintegrar la paz para trabajar por México conforme su ideario. Respetuosamente, Diario HERALDO DEL YAQUI: Bartolomé Delgado de León, director.- Rosenda R. Vda. de Zavala, editora propietaria.- Juan Eduardo León, gerente.- Francisco C. Gil Gálvez, jefe de información.- Mario Vázquez Jiménez, redactor.- Manuel Sánchez Hidalgo Jr., redactor.

OTRAS DEPENDENCIAS Y LA PRENSA, ESTÁN AVISADAS

El mensaje en cuestión fue enviado también a la Secretaría de Gobernación, a la Agencia Mexicana de Información, a la Agencia Periodistas Unidos de América a las que pertenece HERALDO DEL YAQUI, a la Asociación Interamericana de Prensa -a la que también pertenece este periódico-, al Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa, al Bloque Periodístico de Sonora y en forma particular a los más destacados periodistas independientes como Roberto Blanco Moheno, Renato Leduc, José Alvarado, Armando Rodríguez Suárez, Francisco Martínez de la Vega, Vicente Ortega Colunga, José Pagés Llergo y otros.

9 de enero de 1959

AMENAZAS DEL SEÑOR GOBERNADOR

1) Algunos reporteros que son maestros en eso de quebrarse el espinazo para recoger las migajas y lamer las botas del

poderoso; algunos de esos que por ver su nombre en letras de molde y por contar con la paternal sonrisa del gobernante miran con los ojos atravesados y escupen por un colmillo desde la ventanilla del automóvil regalado; algunos de esos que inclusive llegan a la desvergüenza máxima de hablar en nombre de una opinión pública que si pudiera los pisotearía; algunos de esos que no sólo descienden al fango sino que gozan de él; algunos de esos, Lector, han venido a ver los desmanes y el salvajismo implantado aquí por órdenes del Gobernador (Alvaro Obregón Tapia) y luego han publicado que todo es normal, que se trataba de tres agitadores y que la policía judicial ejerce la patria potestad.

2) ¡Imposible que hablen de aprehensiones sin orden y sin razón legal alguna; imposible que escriban sobre el encarcelamiento de elementos que gozaban del amparo de la Justicia Federal; imposible que hablen sobre los atropellos bárbaros y salvajes cometidos por la policía con los humildes que se atreven a pedir más decencia y más sentido de la responsabilidad; imposible que publiquen que por órdenes de exclusiva responsabilidad del Gobernador aquí se ha implantado un estado de sitio, donde no hay garantías de ninguna naturaleza! Eso, lector, es imposible para ellos: imposible porque no pueden hacer otra cosa que romperse el espinazo para limpiar las botas del poderoso.

3) Quienes trabajamos en esta casa no padecemos delirio persecución ni nos asustamos frente a las balandronadas de ningún esbirro del gobierno. Pero, cuando a las amenazas constantes se suceden las provocaciones contra nuestros elementos; frente a las declaraciones casi públicas de agentes del Gobernador, en el sentido de que se nos hará pedazos; frente a los empistolados que molestan los hogares de nuestros elementos; frente a los abusos y ante el hecho de que ni siquiera se respeta el amparo, entonces hemos pedido garantías al Presidente de la República. Y nuestros lectores saben que es la primera vez que recurrimos a tal extremo para proteger nuestro derecho de seguir publicando la VERDAD.

4) Denunciamos las amenazas porque existen, porque en

cualquier momento podríamos probarlo, porque inclusive se han proferido delante de testigos, porque no se podía hacer otra cosa. ¡Pero nunca para tratar de impresionar a ningún tráfuga del periodismo, ni mucho menos a reporteros que por haber visto su nombre en letras de molde no pueden ya ni soportar su propia pedantería! Por ejemplo, Enguerrando Tapia escribe con todo el tono autoritario del mundo en un periódico incondicional del Gobernador que "sorprendió a todos la denuncia de los muchachos del Heraldo del Yaqui de que temen por sus vidas; vaya, parece película de vaqueros".

5) Hicimos la denuncia para que el Presidente de la República, los periodistas dignos de todo el país sepan, de antemano, a quién o quiénes señalar como responsables de los atentados que se nos anunciaron. ¡Pero nunca para quejarnos, porque consideramos que quien abraza esta profesión tan hermosa y tan digna debe saber que en sus manos se le entrega la confianza del pueblo para que luche por él, a costa de lo que sea. Si no puede hacerlo, o si por no hacerlo se vende, entonces no merece ni siquiera la sonrisa de un niño, la mirada de un anciano o el escupitajo de un hombre!... Y dígallo, que yo lo dije...

14 de enero de 1959

La Policía Arrolló al Pueblo Inerme

INFAME AGRESIÓN AL PUEBLO DE CAJEME

**AMENAZAS DIRECTAS DE MERINO CONTRA
NUESTRO PERSONAL.- HIRIERON
SERIAMENTE AL PERIODISTA DE LA
CAPITAL ALBERTO DOMINGO.- TERROR.-
SAQUEO EN EL PDC.- ALVARO OBREGÓN
ORDENÓ QUE ATACARAN**

Quando el destacado periodista metropolitano Armando

Rodríguez Suárez invitaba a la policía a que obrara con cordura y no agrediera al pueblo, reunido en forma absolutamente pacífica frente al local del Partido Democrático de Cajeme, estallaron las primeras bombas de gases lacrimógenos. Y se inició la agresión más infamante de que se tenga memoria en el Municipio de Cajeme. La policía se ensañó contra el pueblo indefenso, sin importarle la presencia de mujeres y niños, y sin respeto alguno para los periodistas que, de diversos periódicos y revistas de México, habían venido a observar la situación reinante. Uno de ellos, el famoso escritor y redactor de "Impacto" y de la AML, Alberto Domingo, recibió una granada de lleno en el bajo vientre que le causó graves lesiones. Otro de ellos, como informamos aparte, fue detenido.

Rodríguez Suárez había hecho hincapié, en un vibrante discurso, en las condiciones de vida que él, personalmente, ha observado en el Valle del Yaqui. El discurso debe estar grabado en poder de la policía.

EL TERROR DESATADO POR LA POLICÍA

Lo que sucedió es inenarrable. La policía arremetió con gases y macanas contra el pueblo, al grado de lanzar bombas inclusive contra casas particulares, por lo que hubo muchos intoxicados. Hubo también numerosos lesionados que, sin consideración de ninguna clase, fueron empujados a macanazos a las patrullas y llevados a la cárcel. El propio Rafael M. Contreras fue objeto de vejaciones. Inclusive se llegó al grado de detener varias mujeres, cuyas súplicas y ruegos se respondieron con brutalidad.

DESTRUYERON LOS BIENES DEL PARTIDO

Después de que se consumió la salvaje agresión -que culminó inclusive con el acto de lanzar bombas frente a la Cruz Roja, para dispersar a la gente que buscaba a sus familiares- frente al Partido Democrático de Cajeme había un panorama impresionante: sombreros, zapatos, frutas, etc., regados en el suelo. Y en el interior del local, la cosa era peor: Los policías, obrando con saña inaudita, destruyeron -o recogieron- dos máquinas de

escribir, un mimeógrafo, dos equipos de sonido completos, sillas, bancas, cuadros, retratos de López Mateos y diversos objetos de valor. Además se apoderaron, violando el escritorio, de toda la documentación del Partido.

SALEN LOS INVASORES DE TIERRAS

Ante la imposibilidad de dar cabida a los detenidos que llegaban por docenas, se procedió a poner en libertad, sin cobrar multa, a 48 de los invasores de Yucuribampo. Además, se dejó en libertad a los miembros del PDC Arturo Lamadrid Moreno, Jesús Pérez Ochoa y José Mena Félix, quienes mañana cumplirían su sanción de diez días de cárcel.

INDIGNACIÓN EN TODO EL MUNICIPIO

Mientras hoy al mediodía el señor Gobernador del Estado se encontraba brindando un banquete al General Juan José Gastélum en calidad de despedida, el descontento y la indignación popular no tienen límite. Las críticas contra el propio Gobernador son unánimes en todos los campos, en todos los sectores, en todas las actividades.

AMENAZAS DIRECTAS CONTRA EL HERALDO

Anoche, al ser entrevistado el jefe de la Policía por nuestro reportero Antonio Castellanos Olmos, el funcionario de referencia le indicó que lo mejor que él podía hacer es "sacarse a tiempo", ya que a nuestro reportero de lo más que lo pueden acusar es de injurias. Pero, refiriéndose en términos impublicables a nuestros compañeros Bartolomé Delgado de León y Mario Vázquez Jiménez, indicó que no habrá nada que pueda salvarlos, porque "el machete está desenvainado" y no podrán escapar.

EL GOBERNADOR ORDENÓ POR RADIO LA AGRESIÓN

La censura de la policía pudo violarse por parte de nuestros reporteros hasta el grado de conocer textualmente la orden que el Gobernador Alvaro Obregón giró por radio para la agresión de anoche, desde Hermosillo.

Sirvió de enlace para dar esta disposición el capitán Carlos Brunett, jefe de ayudantes del ejecutivo. La orden fue mediante un radiograma a Merino. "Debe suspenderse "el baile" aunque hayan solicitado permiso. Si las personas oradoras insisten en hacerlo e insultan a la autoridad, deben detenerlos para que sientan el peso de la autoridad, sin miramientos, por orden del Gobernador".

La disposición fue ejecutada por Merino Molina (jefe de la Policía Municipal), cuando todo estaba en completo orden y sin que se pronunciaran ataques ni a instituciones ni a personas. Por el contrario los oradores hicieron esfuerzos inauditos por evitar la agresión policíaca al hacerles un llamado a los agentes a la cordura, pero todo fue en vano y la brutalidad vino.

EL BOMBAZO A ALBERTO DOMINGO

1) La granada lacrimógena que le estalló en pleno vientre a Alberto Domingo fue dirigida a Rafael Contreras, quien estaba a su lado. Fue la primera que se lanzó contra el pueblo que asistía a una reunión pacífica del Partido Democrático de Cajeme. Lo que pasó *después no lo olvidamos nadie. NO LO VAMOS A OLVIDAR*. Después, los cafres de uniforme repartieron bombas a todo lo largo y a todo lo ancho de la calle Chihuahua, frente al local del PDC. Y, como una gran parte de los asistentes buscara refugio contra los gases en el interior del edificio, pusieron cerrojo, por fuera, a la cortina de acero que daba acceso al callejón. ¡Y empezaron a lanzar bombas al interior del local!

2) Querían, pues, que nadie escapara a la furia implacable del gobernador de triste memoria. Pero la desesperación da fuerzas enormes, Lector. Cuando los refugiados en el local se

dieron cuenta de la maniobra, alzaron la cortina tan fuertemente ¡que rompieron el cerrojo puesto por los polizontes! Así empezamos a salir por el callejón, despacio, caminando, para encontrarnos con algunos gloriosísimos "agentes de investigaciones" que esculcaban, preguntaban, registraban a uno en busca de armas. ¡Y ninguno, Lector, ninguno de los millares que asistíamos a la reunión, ninguno tenía siquiera un alfiler! Así salimos de allí. El compañero Juan Eduardo León y el que esto escribe tuvimos la fortuna de que los genizaros no nos reconocieran. Salimos del cerco para ver con impotencia enorme cómo a macanazo limpio, a puntapiés y a puñetazos, los gloriosos lacayos de uniforme llenaban las "pericas" y éstas hacían dos, tres, cuatro "viajes" a la cárcel.

3) Al día siguiente, HERALDO DEL YAQUI fue escrito, en su primera plana, por Alberto Domingo, Nikito Nipongo, Elvira Vargas, J. Natividad Rosales, Vicente Ortega Colunga, Rodrigo Moya, Armando Rodríguez Suárez y Mario Vázquez Jiménez. El que esto escribe, director del HERALDO, hizo la presentación y las explicaciones -brevisimas- del caso. Ese ejemplar es de oro, porque muy pocas veces se ha dado en un solo periódico, en una sola edición, una solidaridad tan grande de tantos valores auténticos del Periodismo que se escribe con mayúscula.

4) Huelga decir que Alberto Domingo escribió su artículo desde su lecho, porque estaba seriamente herido. Pero no flaqueó, en ningún momento (¿Sabe usted, Lector, lo que dijo cuando en la Cruz Roja los médicos le explicaron dónde, exactamente, había recibido la explosión de la bomba de gas? Dijo, sonriendo: "Menos mal, porque eso de hacerle la competencia a Rosario Sansores estaría de la tristeza").

5) Pero ya que hablamos de la Cruz Roja, Lector, ¿recuerda usted lo que sucedió allí, después de que los esbirros del "gandarato" se cubrieron de gloria gaseando y macaneando al pueblo? Sucedió que la Cruz Roja empezó a atender, de emergencia, a niños que se morían, víctimas de los gases, a ciudadanos con la cabeza partida por los golpes brutales de los polizontes, a decenas de lesionados, hombres y mujeres, ¡que no habían cometido más delito que asistir, con pleno derecho, a

una reunión ciudadana! Los médicos y los ambulantes de la mil veces benemérita institución no conocieron, esa noche, un solo momento de descanso. Y había algo ominoso en el ambiente: dentro del edificio que ocupaba entonces el puesto de socorros, casi no se podía respirar: tan impregnadas de gas estaban las ropas de quienes seguían acudiendo en demanda de auxilio. No se podía respirar, casi, pero minutos después fue de veras imposible hacerlo. Como además de los heridos empezaron a llegar muchas personas que buscaban a sus familiares, se llenó el interior del local y mucha gente, afuera, esperaba turno para atenderse o para indagar por los suyos. Entonces, Lector, hicieron su aparición los gloriosos granaderos ¡y empezaron a disparar sus granadas al interior de la Cruz Roja! Sí, Lector, así como suena. Así: ¡al interior de la Cruz Roja! Y, por segunda vez en la noche, nuestros visitantes conocieron la efectividad rotunda de las bombas lacrimógenas norteamericanas que se complacía en utilizar el gobernador de aquellos tiempos. Pero falta decir muchas cosas y recordar -decíamos- aquel episodio espantoso de Yucuribampo, ¡a ver si a ciertos líderes les queda una pizca de rubor y les sale a la cara!... Y ni modo, Lector: dígalo que yo lo dije...

16 de enero de 1959

SI ESO ES EL PRECIO DEL SACRIFICIO, LO ACEPTAMOS

Anoche, cuando la multitud que a despecho de la policía se reunió frente al Partido Democrático de Cajeme tributó una ovación prolongada a los compañeros periodistas de México, se estaba palpando en el ambiente, respirándose y sintiéndose, la enorme confianza que el pueblo -tan escarnecido, tan traicionado, tan humillado- tiene en la prensa libre, en la que no recibe iguales ni se arrastra ante el poderoso para recoger las migajas del festín oficial.

Esa ovación y esa confianza la recibieron los brillantes periodistas y, con ellos, la sintieron también aquellos otros que pueden llamarse verdaderos representantes de esta profesión tan enlodada por los mercenarios.

Pero luego, esos mismos periodistas -y con ellos todos los demás dignos de la República entera- recibieron la agresión directa, infamante, injustificable, indigna y bárbara de la policía local, por órdenes directas del Gobernador del Estado.

Y, a decir verdad, tal actitud nos sorprendió por completo, porque una agresión de tal naturaleza es una agresión a la opinión pública de todo el país; porque una agresión tal sólo ha servido para demostrar ante el periodismo y la conciencia pública nacional que el Municipio de Cajeme está viviendo una etapa en la que las garantías individuales no son otra cosa que letra muerta de una pisoteada Constitución.

A decir verdad, nunca creímos que se llegara a tal extremo. Y una vez que se ha llegado, no podemos dudar ya, de ninguna manera, que se consumen las amenazas directas que contra nuestros elementos se han lanzado. Parece ser que quienes tienen la responsabilidad de dirigir los destinos del Estado de Sonora han perdido la noción de la realidad. Lo único que nos satisface, lo único que nos alienta, es que ahora están a nuestro lado los mejores, los más dignos, los más brillantes periodistas de México. Y México entero conocerá todo lo que aquí suceda. Ya no estamos solos. Ahora sí, las quejas, las angustias y las protestas del pueblo habrán de escucharse -¡tendrán que escucharse!- en la Secretaría de Gobernación y en la propia Presidencia de la República. Y ya no habrá murallas que impidan que llegue al Primer Magistrado la verdad sobre lo que en Cajeme y en Sonora acontece.

Y ello, después de todo, bien vale el precio del sacrificio.

16 de enero de 1959

EMOCIONADO RECONOCIMIENTO A LOS PERIODISTAS DE LA CAPITAL

HERALDO DEL YAQUI reconoce y agradece profundamente el aliento, el estímulo y el respaldo que le han dado los brillantes periodistas mexicanos que, aceptando nuestra invitación, han venido a darse cuenta de los acontecimientos regionales. A ellos -Elvira Vargas, Vicente Ortega Colunga, J. Natividad Rosales, Alberto Domingo, Armando Rodríguez Suárez, Raúl

Bartolomé Delgado de León

Prieto y Rodrigo Moya- nuestra gratitud, que hemos correspondido dejando en sus manos la presente edición de HERALDO DEL YAQUI, que -podemos asegurarlo- no tiene antecedentes en el diarismo actual. Además de ellos, colaboran hoy -criterio y presencia espiritual- Roberto Blanco Moheno y Renato Leduc, quienes también están con nosotros.

Nuestra gratitud, nuestro reconocimiento y nuestra promesa de continuar en la lucha.

Bartolomé Delgado de León,
Director de HERALDO DEL YAQUI

17 de enero de 1959

YO ACUSO

La opinión pública de toda la Nación deberá conocer no sólo lo referente al peligro que se cierne sobre todos los que laboramos en HERALDO DEL YAQUI, sino también la advertencia firme y única de que, cualquier percance que suceda en nuestro perjuicio, se deberá a las órdenes dictadas por el señor Alvaro Obregón, Gobernador del Estado de Sonora.

Sobrados motivos existen para presumir que el mandatario sonorense está urdiendo planes para eliminarnos.

Esta actitud decidida nos está obligando a que lo hagamos único responsable de las vidas de quienes aquí escribimos. Pero también demandamos a los tribunales supremos del país, para que, de llegarse a perpetrar un crimen contra nosotros o nuestra familia, quede como prueba legal nuestro angustioso "yo acuso" que le lanzamos públicamente al Gobernador Alvaro Obregón.

Hacemos otro llamado a los mismos supremos tribunales para que, en adecuada interpretación a la justicia, no se culpe más a los autores materiales como al que en verdad sería el único responsable.

19 de enero de 1959

GRACIAS POR LA VIGILANCIA

En virtud de que en los últimos días hemos sido objeto de una vigilancia estrecha por parte de la policía local, agradecemos a las autoridades locales y estatales su preocupación por nosotros. También agradecemos infinitamente las escoltas que nos han acompañado cada vez que nos retiramos del local de HERALDO DEL YAQUI. ¡Gracias, cumplidas autoridades, gracias!

19 de enero de 1959

EPÍLOGO INFAME: CIUDAD OBREGÓN SITIADA

1) Lector: Por aquellos días -los primeros de enero de hace ocho años- se podía cortar en pedazos el aire mismo que se respiraba. En todos los corrillos, en las calles, en la ciudad entera, se palpaba un *no se qué* ominoso, negro, difícil, indefinible pero definitivo. Los ánimos estaban templados para la lucha. Los *tirabichis* encabezando al pueblo todo, sabían que estaba por llegar algo que se había esperado durante meses: la confrontación con un gobernador soberbio, altanero, despótico, que desilusionó a sus amigos y pateó a su propio pueblo. En reuniones familiares, en alguna cantina de algún amigo de confianza -¡que los cantineros y los meseros eran "orejas", en su mayoría!- en cualquier lado, la dirigencia virtual del contrerismo preveía el peligro, ¡pero no se le temía! Cada vez que se reunían Rafael Contreras, Matías Méndez, Saturnino Saldivar, Gilberto Borrego, Severiano P. Quintero, José L. Guerra, Miguel Salcido Plascencia, Ignacio Pinto Anguiano, Raúl Juárez López, Chichí Rendón, Miguel Mexía Alvarado, José Romano, Rodolfo

Echeagaray, Rafael Beltrán, Antonio Parra Mares y algunos otros que de alguna manera influían en las decisiones del PDC, se especulaba acerca de lo que iría a hacer el entonces Gobernador para tratar de aplastar un movimiento que estaba respaldado, ya, por todo el pueblo (Desde luego, la encarnación pública de aquella dirigencia era el HERALDO, periódico de enorme arraigo popular).

2) Había, pues, algo extraño, amenazador, en el aire mismo que se respiraba. Pero no había agitación. No había el más mínimo signo de violencia (¡que el contrerismo llegó a tener a toda la ciudad en sus manos, durante las elecciones, y no se rompió siquiera un vidrio de ventana!). No había nada que pudiera dar margen al gobernador de entonces para llamar al ejército y enfrentarlo al pueblo. Nada había. ¡Pero se inventó! ¡Se inventó, Lector! Se inventó, con el mayor descaro y con la más sucia traición a los campesinos que, a ciegas, creen en "dirigentes" que desde hace veinte años vienen viviendo -y bien- del mito que, "de un momento a otro", van a "invadir los latifundios" del Valle del Yaqui.

3) Nadie supo cómo pero, de pronto, centenares de hombres, mujeres y niños, todos ellos con muchas banderas mexicanas, de todos los tamaños, se plantaron en un erial donde no había más que piedras, arena, huizaches y tierra seca ¡que ni siquiera podría alimentar a un puñado de cabras! Pero, eso sí, A LA ORILLA DE LA CARRETERA INTERNACIONAL. ¡Había una "invasión" de "latifundios"! Todo el mundo se quedó observando, incrédulo, estupefacto. ¿La UGOCM-PPS lanzaba a su gente a la lucha, en momentos en que el pueblo de Cajeme defendía su dignidad y su derecho?... En la dirección de HERALDO DEL YAQUI empezamos a recibir la visita constante y las declaraciones tronantes del lidercito que sirvió de instrumento para la pantomima. Las publicamos, pero con reservas. Algo olía mal. Algo andaba mal. Algo ESTABA mal. ¿Por qué diablos se habían ido a la ORILLA DE LA CARRETERA, con muchas banderas pero en tierra que en cincuenta años no tendrá agua, en lugar de tomar por asalto, por ejemplo, tierras EN CULTIVO de primera calidad, cerca de ahí, propiedad de latifundistas, pero QUE NO ESTABAN A LA ORILLA DE LA CARRETERA? Algo

andaba mal.

4) De pronto, apareció el peine. Los "latifundistas" propietarios del terreno "invadido" -Yucuribampo- pusieron el grito ante el gobierno del Estado y ante el juez del distrito. ¡Invasión, invasión, invasión! Y el señor gobernador de entonces, *para evitar que las chusmas atropellaran la ley* (¡así lo dijo entonces "Diario del Yaqui", Lector!), llamó en su auxilio al ejército nacional. ¡Y se puso a la cabeza de la fuerza armada, contra aquellos peligrosísimos alteradores del orden público y violadores de la ley! Hombres, mujeres y niños fueron gaseados, macaneados, pateados, atropellados sin misericordia alguna... ¡y el señor gobernador de entonces aprovechó el viaje para meter a la cárcel a un puñado de dirigentes contreristas que, generosamente, limpiamente, dignamente, habían visto con impotencia que los líderes de la UGOCM-PPS ni siquiera se habían preocupado por llevar pan y agua a los "invasores" y que, para tratar de calmar el hambre y la sed de aquellos infelices, les había llevado, personalmente, agua y pan.

5) HERALDO DEL YAQUI vio su edificio rodeado, invadido por centenares de hombres y mujeres que habían escapado de la sagrada "furia" del entonces gobernador. Las mujeres hablaban de sus hijos heridos, los hombres gritaban su rabia, los niños lloraban a pulmón pleno. Se hablaba, inclusive, de niños muertos en la "batalla". Todo publicamos. Todo. ¡No podíamos desoír a una parte del pueblo que iba a nosotros en demanda de ayuda y que no podía oír a nadie más! Todo publicamos, Lector. Pero cuando empezamos a sacar cuentas, y a exigirles a los "líderes" de aquella "invasión", ¡entonces los líderes desaparecieron de nuestra vista! Y se acabó la "invasión" y se acabaron las protestas. Los heridos se quedaron con sus cabezas partidas y los muertos -sí los hubo- con sus tumbas tal vez clandestinas. Cuando fuimos más allá, cuando públicamente exigimos explicaciones a los líderes ugocemistas-pepiscopalistas, hubo una sola respuesta: ¡fue expulsado de la UGOCM-PPS el pobre lidercito al que se le había hecho encabezar la "invasión"! Pero eso, Lector, esa expulsión se produjo *después de que los genzaros se cubrieron de gloria gaseando, macaneando y encarcelando al pueblo de Cajeme.*

Bartolomé Delgado de León

Después, porque la "invasión" de Yucuribampo no fue más que una maniobra del entonces gobernador para OBLIGAR al ejército nacional a intervenir en CIUDAD OBREGON, ciudad maravillosa y dignísima a la que tenebrosamente se le puso sitio. En otras palabras, sin la intervención de los "invasores" de la UGOCM-PPS a Yucuribampo, ¡jamás hubiera podido el gobernador de entonces disponer del ejército para respaldar a su jauría de granaderos y de lacayos de macana! Pero que conste: esa no ha sido la única vez en que ciertos *patriarcas* de la UGOCM-PPS han dado la espalda al pueblo de Cajeme, aliándose, precisamente, a los enemigos del pueblo de Cajeme... Y dígalo que yo lo dije...

23 de enero de 1967

NOTA:

Guillermo Arce González, encabezó la invasión a los eriales de Yucuribampo el 31 de diciembre de 1958. Una semana más tarde el gobernador Alvaro Obregón dirigía el desalojo, con ejército y policías locales, de más de tres mil solicitantes de tierra que corrían desesperados ante los disparos. Arce González abandonó las filas de la UGOCM para sumarse a las de la CNC al año siguiente (N. del C.).

CLARIDAD DE LAS COSAS DEFENDIDAS

1) Lector: muchas son las amenazas de muerte, los retos, las calumnias, las injurias, los dicterios, los ataques y los atentados que hemos recibido desde el día en que llegamos a la Dirección de HERALDO DEL YAQUI. Desde entonces, también, hemos tenido que recibir la dolorosa puñalada de muchos que habiendo logrado nuestra confianza a base de simular el sentimiento limpio de la amistad verdadera, no vacilaron en traicionarnos cuando así convino a sus intereses.

2) Pero eso -esos tragos amargos, ese palpase el corazón para sentirlo entero después de cada puñalada-, eso no ha sido otra cosa que la paja, lo inútil, lo que no merece ni rencor ni recuerdo. Cuando se está en la vida, se está para aprender. Y no siempre pueden escogerse los métodos más agradables para hacerlo. A veces nos enseña más una injuria que una caricia. Y más -mucho más- la baba sucia de los calumniadores que el elogio -desmesurado a fuerza de cariño- de los allegados.

3) Muchas amenazas, muchos retos, mucho angustiarse el alma y mucho quebrarse los sueños. Pero, también, ¡qué de luz en los ojos de los humildes inermes, de los ejidatarios explotados, de los ciudadanos enteros! ¡Qué de claridad en el alma de las cosas defendidas! ¡Qué de paz en la consciencia!... Y bien: ¿hemos creado enemigos? Posiblemente. Todo el que alguna vez se ha decidido a defender a los desheredados y a los que piden justicia sabe que al hacerlo tiene que tocar a muchos bribones y a muchos léperos. Es inevitable. No se puede estar bien, al mismo tiempo, con el golpeador y con el golpeado, con el ladrón y con su víctima, con el sátrapa y con el desvalido. Y cada hombre, si aspira a dignidad tan alta, debe necesariamente definirse.

4) Muchas intrigas ratoneras salieron a nuestro paso. ¿Pero qué podían hacernos si teníamos la confianza grande, maravillosa, limpiísima del pueblo? ¿Qué, si en la experiencia inolvidable de haber encabezado la lucha cívica de toda una comunidad, nos queda en los labios un sabor de triunfo reiterado, y en el alma

la convicción honda de haber servido, la satisfacción inefable de contar con el alto reconocimiento del pueblo?... Muchas, y muy frecuentes, nuestras luchas. Pero nunca quisimos ni pudimos refugiarnos en la amargura, porque por cada insulto o por cada obstáculo, encontramos siempre mil palabras de aliento y mil demostraciones de confianza. Y porque, actuando, en esta cloaca hedionda que es el periodismo de nuestros días, pudimos y podemos mantenernos con la frente en alto y la mirada al porvenir.

5) Lector: hoy es nuestro último día en la Dirección de HERALDO DEL YAQUI. Y hemos querido despedirnos, y agradecerle su mano de amigo y su confianza irrestricta. Nada más. Y por lo que toca a quienes nos han amenazado, injuriado, calumniado y traicionado, también queremos darles las gracias. Después de todo, nos enseñaron a conocer, en la entraña viva, el altísimo valor de este pueblo generoso y digno que -¡a pesar de todos los bribones y todos los sinvergüenzas del mundo!- está llamado a conquistas luminosas. Gracias, pues... Y dígalo que yo lo dije...

28 de septiembre de 1963

CAPITULO VII

Lo que revuelve el estómago



Abrazo a puño cerrado. El gobernador de Sonora, Alvaro Obregón, y Satumino Saldívar, líder cajemense, en el ejido El Bacame. Atrás Manuel R. Bobadilla, líder estatal de la CTM, y Román Arguelles, comisariado ejidal.

LO QUE HACE UNA CARTA

Desempolvandó papeles, cosa que raras veces hago, me encontré con una carta que le envié al poeta Alonso Vidal, con motivo de la muerte del brillante periodista Bartolomé Delgado de León -el último romántico, como lo llamó el escritor Carlos Moncada-. Describo este pasaje por dos razones: primero, porque trae lecciones impercederas del periodismo romántico de hace algunos años, y porque demuestra que la honradez profesional por aquellos tiempos era el escudo inviolable de respetabilidad y de indiscutibles méritos con los que el periodista se protegía. La carta, y espero que el lector lo entenderá así, tiene lecciones lúcidas y verdaderas. Considero que este documento es uno de los más valiosos y firmes de mi vida profesional. Cuando Alonso me pidió la colaboración para el justo homenaje a Bartolomé, me encontraba solo, aislado prácticamente, con el ánimo desecho y turbio.

En esta misiva que envié en ese tiempo a Alonso Vidal, se deja entrever mi estado de ánimo que, aunque dispuesto a la lucha ya que nunca he arriado mi bandera, era en esos días algo así como un torbellino mental que falto de ajuste se arrojaba, caótico y anarquizado, en busca de su propio destino. He aquí, pues, la carta:

No. No creas Alonso que he dejado de pensar un solo momento en Bartolomé. El fue un gran hombre, un periodista ejemplar, un ciudadano para forjar una Patria. Pero heme aquí rendido ante la realidad; ante la realidad de la vida que a veces es áspera y se antoja desafortunada. Ante el mismo cuadro de todos los tiempos y de todas las épocas: los hombres generosos, sublimes, que han entregado su existencia toda para redimir, mueren olvidados, sin recursos, tremendamente incomprendidos. Bartolomé Delgado de León fue un hombre puro, limpio, vertical. ¿Qué esperaba a cambio de su interminable sacrificio? Solamente el olvido. Porque ante la intransigencia de la época, a veces debe uno de preguntarse si es que vale la pena esta lucha, siendo ésta tan inútil. Porque, ante la estampa y presencia de un ciudadano tan ejemplar, yo pregunto ahora: ¿qué se le dio a cambio? Calumnias y amarguras, denuestos y

frases hirientes contra su incorruptible personalidad. Porque un espíritu tan sensitivo, tan generador de ideas, tan productor de entusiasmos, tan fecundo y tan cristiano, no puede cambiar, ¡nunca!, ante un medio tan corrupto y tan mediocre.

¿El periodismo? Siempre fue su pasión y su vida. Pero él era un periodista limpio, tan diferente a tanto simulador y a tanta proxeneta de la pluma. Recibió a través de su combate testarudo, idealístico, casi imposible, el estigma de los simuladores y los falsos, el denuedo de los necios y el aparente olvido de los que, viviendo físicamente, se encuentran ciegos del alma y del espíritu... Pobre mundo éste que se revuelca en el cieno de su propia ignominia. Porque: ¿qué es la vida, sino miseria y simulación? Y el que escoge la blancura entre la eterna noche, no es mas que un predestinado. ¡Dios!, ¡Vida eterna! ¡Refugio de los que no pueden vivir mar abajo! ¡Fe! Que no es con frecuencia mas que la falta de fe en la vida, falta de fe en el porvenir, falta de fe en sí mismo, falta de valor y falta de alegría. Por eso amé y sigo amando a Bartolomé y a los que siguen su ejemplo. Por eso los admiro, y me avergüenzo terriblemente al no poder proseguir ese camino que me propuse concluir un día. Porque detesto a los que, como yo, rehuyen lo más hermoso y digno del combate. Porque aborrezco la tremenda hipocresía de esos ricos miserables que invocan diariamente a Cristo al que constantemente clavan en la cruz. Porque esta época está llena de cobardes que tiemblan frente al dolor y reivindicán ruidosamente el derecho a la felicidad, que no se es a menudo mas que el derecho a la desdicha de los demás.

¿Qué puedo decirte ahora de Bartolomé? Ahora que está muerto y diseminadas las cenizas de su cuerpo en átomos que enriquecen el Universo ilimitado ¿Qué de su lucha interminable, de su melancolía creadora, de su amargura crónica al ser tan incomprendido? ¿Qué decirte, Alonso? Que fue un filósofo, un trabajador pujante y nunca fatigado, un poeta, un batallador incansable que vivió entre nosotros en medio de tormentas, luchas, rencillas y diferencias propias de toda época y comunes a todas las grandes fallas de esta doliente y necia Humanidad. Vida breve, pero de saludable ejemplaridad porque despojada de anécdotas dudosas, nos revela la disciplina interior, la voluntad diligente, la pasión desbordante y pasional ¡Pero Bartolomé está muerto ahora.....!

La madrugada que salí a Ciudad Obregón lleno de una loca y extraña euforia, la mente infatigable matizando toda clase de ideas creadoras, era fresca. Olía a tierra reseca embalsamada por el rocío. Creía y sigo creyendo aún que iba a cambiar el rumbo del periodismo, editando, a costa de gran sacrificio, un semanario de gran circulación. Me había propuesto reunir a los mejores escritores de Sonora para que colaboraran con la publicación que estaba próxima a ver la luz. Llegué a Obregón casi con el sol en la frente y me dirigí a la casa de Pedro Márquez Carrillo para que me enseñara el domicilio de Bartolomé, quien aparte de un amigo, mi hermano, había sido en mi carrera periodística el acicate para seguir luchando cuando muchas veces quise desfallecer de pura angustia y de amarga decepción. Lo encontré en su pequeña casa del callejón Cuba. Todo un templo. Pintadas sus paredes con frescos extraños y multicolores creados por el mismo poeta. El encuentro fue una fiesta, una cascada limpia de nuestras almas. Un puro optimismo. Un solo destello de felicidad. Su risa seguía siendo, como siempre, abierta, juvenil, fresca como un manantial en donde no se asomaba ni el más mínimo vestigio de amargura por tanto golpe y por tanta incompreensión.

Le dije que era mi hermano y que antes que nada quería su promesa de que estaría acompañándome en mi nueva aventura periodística. Me dijo con su cascada que era su sonrisa, que estaba loco de remate, pero como él siempre lo había estado, aceptaba mi propuesta; pero:

-"Hermano -me dijo-, es muy penoso y menos contigo: ¿sabes que estoy cesante?"

Lo adiviné casi al entrar a la pequeña casa digna, olorosa a limpio y a felicidad, jubilosa por dentro. La esposa adorándolo ejemplarmente y compartiendo sus problemas. Sus hijos, Rosalín, la más pequeña, abrevando en el ejemplo vivificante de su padre. ¡Y me acordé de las mansiones que yo he conocido, corrompidas por dentro, llenas de oropeles y mármoles! Sí ¡pero salpicadas por la fatalidad del egoísmo y la desesperación! Nos brindó, a Pedro y a mí, con su conversación interminable que caía fresca y cristalina como el manantial se desliza por las rocas. Y un café reconfortante.

- "¿Te acuerdas, Jesús, de aquellas tremendas campañas a nivel nacional que generaron nuestros dos Heraldos?"

¡Vaya que si me acuerdo! Arremetimos inconscientemente en fabuloso y romántico equipo contra toda la injusticia, contra la simulación, la hipocresía, y defendimos con vehemencia a los pobres, a los justos, a los desheredados que eran nuestra misión fundamental. Y tiramos muchas veces a la cara misma de tres o cuatro impostores que todavía andan medrando por ahí, los billetes sucios con los que querían mancillar nuestro honor de periodistas. Pero el Bartolomé que yo vi entonces seguía siendo, muy a pesar de la adversidad, el mismo de siempre: sin prisas, incisivo, lleno de fe en sí mismo. Le di allí mismo el único y el más efusivo de los abrazos.

Dos meses después volví a Cajeme. Lo busqué en su casa y ya no estaba. El presentimiento aquel de que Bartolomé me necesitaba era acertado. Traté de encontrarlo con la ayuda de varios amigos obregonenses y no di con su paradero. Su esposa estaba atribulada, casi al borde del colapso. Mi amigo entrañable había buscado la puerta falsa del alcohol para frenar su tremenda frustración. Yo me vine a Hermosillo desolado, con un grave desgano y con ganas de aventar todo al demonio. ¡No era para menos! La mejor pluma, el mejor pensamiento dentro del periodismo ya no digamos estatal, sino nacional, iba a estar ausente de mis proyectos. Sentí no haber estado con él en esos instantes, porque quizá, en esos momentos, unas palabras de aliento, de comprensión y de apoyo hubieran bastado para calmar su tremenda ansiedad. Pero la vida es así, y ni quien trate de cambiarla.

Jesús Tapia Avilés

Hermosillo, Sonora. Octubre de 1974

Nota:

La carta aludida fue escrita el 4 de octubre de 1974. Una de tantas experiencias que vivieron estos periodistas Bartolomé Delgado de León la narra en el capítulo XI (Pág. 302) de esta obra (N. del C).

EL CULTO AL BECERRO DE ORO

Anteayer, Lector, celebramos el Día del Periodista. Y nos causó una satisfacción realmente íntima haber podido comprobar que los representativos de todas las actividades, los representativos del pueblo auténtico, estuvieron con nosotros.

Naturalmente, ahí se habló de periodismo. Y se habló mucho, bien y mal. Y ahí mismo, en la celebración, dijimos lo que siempre hemos creído: que el periodismo no es sólo información, no es sólo reseña, sino además es lucha. Lucha constante, incesante, limpia.

Y lucha, decimos, porque mientras los postulados de justicia social sigan siendo un mito; mientras las clases trabajadoras sigan siendo el pasto que alimenta a los buitres; mientras los atropellos sean el pan amargo de los humildes; mientras la explotación siga siendo la actividad preponderante de nuestra región, de nuestro Estado y de nuestro País; mientras la fortuna siga llenando los bolsillos de los potentados y burlándose de los que sueñan con un pedazo de pan; mientras continúa la desigualdad tremenda que nos llena de oprobio, por más que duela decirlo; mientras así continúen las cosas, Lector, el periodismo tendrá que ser y tendrá que seguir siendo una lucha incesante, una lucha continua. A pesar de que haya elementos que claudiquen y se dediquen a practicar el culto al becerro de oro... Y dígalos que yo lo dije...

6 de enero de 1958



Abrazo fraternal
de periodistas.
Día de la Libertad
de Prensa (1 de
junio) de 1956.
Jesús Tapia
Avilés, Rafael
Vidales Tamayo,
Bartolomé Delga-
do de León y
Miguel Angel
(Mam) Cota.

PARA DECIRLE A USTED LO QUE PASA

1) Esto de la política, Lector, es un juego que a veces da asco. Pero de veras. Por ejemplo: tiene usted a individuos que nunca se atreven a abrir la boca para protestar por atropellos o para defender al pueblo; a individuos que se doblegan como mansas ovejas y que lo único que buscan es ponerse bien con el poderoso en turno; a individuos que son una negación de la civilidad. Y de pronto, Lector, cuando usted que ha estado luchando logró abrir brecha y logró que se aclarara el ambiente, dando oportunidad para que surjan nuevas ideas y nuevos procedimientos, se encuentra con que aquellos que no abrieron la boca se desbocan.

2) Se desbocan en todos los sentidos. Hablan más y más mal -admitase el barbarismo- que nadie. Y se desbocan buscando, desde ya, acomodarse. Es más: in mente se reparten departamentos, puestos, canonjías, etc., y DAN ASCO. Palabra. De veras palabra. Y usted lo sabe, Lector. Nosotros vamos mucho más allá porque nunca nos han interesado los puestos públicos ni los ambicionamos. Lo único que nos importa es que a usted, que no toma parte en las deliberaciones previas, ni en los "enjuagues", no se le dé atole con el dedo; que no se le envuelva, que no se le engañe.

3) Es decir: nos interesa ver la verdad, para decirle a usted lo que pasa. Para ponerlo al tanto de lo que sucede. Para advertirle de las maniobras que tratan de poner en marcha para aprovecharse de que usted no estuvo ahí, en la reunión de aprendices de sabios y de aprendices de políticos. Y por ello, nada más por ello, tenemos que asistir y ver cosas que nos revuelven el estómago. Para hablar más concretamente: nosotros vamos a ver las cosas y vamos a luchar públicamente para que se haga lo que se quiera, pero que de ninguna manera se le vuelva a usted la espalda... Y dígalo que yo lo dije...

10 de marzo de 1958

NOS AFECTA QUE SE ATAQUE A LOS HUMILDES Y A LOS INERMES

1) Lector: no una, sino decenas de veces hemos externado nuestra admiración y nuestro aplauso por la labor que ha venido desarrollando el licenciado Adolfo López Mateos, al frente de los destinos de México. Una y otra vez, hemos hecho público nuestro modesto reconocimiento de mexicanos, porque -como otros millares de compatriotas, y al margen de cualquier tendencia ideológica, QUE NO TENEMOS NINGUNA, SINO LA DE LA DIGNIDAD Y LA JUSTICIA- hemos estado esperando un régimen que haga posibles los altos postulados de justicia social que dan vida y grandeza a nuestra carta magna.

2) Así, Lector, hemos aplaudido sin reservas casi todas las disposiciones del gobierno federal. ¿Cómo no aplaudir que se haya dejado en libertad a los presos políticos, cuando la mera enunciación de esta última frase era casi una vergüenza nacional? ¿Cómo no aplaudir la energía señera que echó por tierra los cacicazgos de Margarito Ramírez, de Jaime J. Merino, de Gonzalo N. Santos y algunos cacicuelos de menor importancia? ¿Cómo no aplaudir la magnífica, la brillante, la patriótica labor que está realizando el régimen lopezmateísta en el problema agrario? ¿Cómo no aplaudir la solución que dio el mismo Presidente de la República al conflicto de los Ferrocarriles Nacionales de México, cuando el problema se le presentó por vez primera? ¿Cómo no admirar, entonces, su alta calidad de mexicano?

3) Sin embargo -sí, ya sabemos que Vallejo es comunista-, no podemos aplaudir lo que se ha hecho en el nuevo conflicto ferrocarrilero. Traicionaríamos nuestra línea de conducta y nuestra condición de demócratas actuantes si tal hiciéramos. Por eso, nos consideramos obligados a exponer nuestro modestísimo criterio, con una aclaración previa: nada nos importa que a nosotros, en lo personal, se nos ataque o se trate de ridiculizarnos o de exhibirnos en cualquier forma que sea; después de todo, estamos en la lucha y expuestos, por tanto, a los dardos envenenados de enemigos sinceros o gratuitos. Pero

nos afecta -y mucho, porque no tenemos otra razón de vivir- que se proceda contra los humildes y contra los inermes, ¡por más que estúpidamente haya por ahí algún tartufo que pretenda colocarnos el sambenito de moda: comunista!

4) Y al grano: consideramos que la forma en que se pretende resolver ahora el recrudescido conflicto ferrocarrilero no es la que el país necesita para cimentarse como democracia directora de Hispanoamérica. Porque -para decirlo aprisa- simplemente creemos que se ha engañado al Presidente de la República. Y el empleo de la fuerza y de la violencia no encaja dentro de su régimen, que se ha venido perfilando como uno de los más limpios y más justicieros dentro de la historia nacional. Lo que se ha hecho en el caso de los Ferrocarriles no es otra cosa que una regresión al nefasto "charrismo", o sea, al sistema de maniatar a los trabajadores en su lucha digna y justa, imponiéndoles - como en el caso doloroso de los maestros de nuestra entidad- a líderes que no son otra cosa que instrumentos del poder público.

5) Porque, ¿cómo es posible que cuando un pueblo entero grita y protesta contra caciques corrompidos y contra sistemas bárbaros no se le hace justicia con la premura que se requiere y en cambio el propio gobierno impone a cuatro pseudotrabajadores y les reconoce una categoría de dirigentes que nadie les ha conferido? El sistema es negativo y las consecuencias están a la vista: se ha pretendido frenar la agitación, y en realidad es ahora cuando va a iniciarse, ante el júbilo de los verdaderos comunistas y de los reaccionarios enemigos de México. Y en esta hora de prueba, Lector, usted y yo debemos tener fe en que aún no ha dicho la última palabra el señor licenciado Adolfo López Mateos. Debemos tenerla a costa de lo que sea, porque de otra manera tendremos que renunciar a muchas libertades y a muchos afanes. Porque de otra manera, Lector, no tendrá ningún caso luchar por los humildes, por los desamparados, por los inermes; ¿para qué, si toda lucha estaría condenada al fracaso desde el momento mismo de iniciarla? ¿Para qué, si luchar limpiamente por la masa sería tanto como estrellarse contra un muro insensible y agorero? No tenemos otro camino que esperar la

última palabra del mexicano que ostenta hoy la representación del pueblo todo de la República... Y dígame que yo lo dije...

31 de marzo de 1959

AVESTRUCES ELEGANTES, RESPETABLES Y DINÁMICOS

1) Lector: habrá que volver al tema, una y otra vez, aunque nos duela y aunque cale hondo en el ánimo de algunos privilegiados que se niegan a reconocer el signo de los tiempos y que consideran que, después de todo, los avestruces son los seres más sabios sobre el planeta. Ni modo. No es metiendo la cabeza en la arena como vamos a arreglar nada. Mucho menos el desempleo. Mucho menos, Lector, el hambre ominosa de nuestros pobres, de nuestros desamparados, de nuestros humildes, de nuestros sonorenses que, teniendo dos brazos fuertes y dignos, tienen que cruzarlos uno sobre otro, de rabia y de impotencia, ¡porque no hay trabajo y porque en la casa hay llanto de angustia y porque en los hijos hay miradas profundas de extrañeza y de asombro lastimero! Repitamos, pues, que en el Valle del Yaqui, zona privilegiada del país, hay hambre porque hay desempleo.

2) Pero las palabras no alcanzan a decir todo. Las palabras, de tanto usarlas, se gastan al grado de que se quedan huecas, vacías y sin alma, sin decir nada. *Desempleo*. Y lo que menos se ocurre es esta pregunta: ¿y dónde no lo hay...? Una vez formulada tal pregunta, el latifundista puede dormir su siesta, con la consciencia más alba que una casulla dominguera. ¿Dónde no hay desempleo? Ni modo: se ha dicho todo. Si hay hambre en otras partes del planeta, ¿por qué no va a haberla en el Valle del Yaqui, en Sonora? Todo. Todo, de una buena vez y para que se entienda.

3) ¡Pero no! Aquí no estamos para lavar consciencias en seco, mediante una frase de tintorería. Aquí y ahora, en el Valle del Yaqui, ¡no tiene por qué haber desempleo y no tiene por qué haber hambre, porque ni desempleo ni hambre -vistos a la luz de las realidades- se justifican! Vayamos, pues, despacio. Y vea-

mos a nuestro alrededor. Veamos -porque habrá que empezar por alguna parte- nuestra ciudad. Observemos. Analicemos. Despacio, porque vamos de prisa. *Desempleo*. ¿Qué hacen los jóvenes y los no tan jóvenes de la clase millonaria, esa que hasta hace unos años aún convivía con los demás sectores de la actividad regional, al grado de que podía mostrársele como un ejemplo para el mundo? Las chicas no trabajan ni siquiera en los negocios de sus papás, porque sus papás no quieren nada con los negocios. Los chicos se emborrachan a "gogó" en las *boites* de lujo y se hinchan como pavorreales cuando La Nena les cobra una copa de agua teñida a veinte pesos. Al día siguiente hacen una visita al campo de Papá y, después de una larguísima estancia de ochenta minutos, regresan sudorosos y sedientos al Wakakari... Algunos, más inteligentes o más inquietos, aprovechan los recursos familiares para hacer una carrera en el Tecnológico de Monterrey o en la UNAM -las chicas se van a Estados Unidos o a Europa- pero al terminar se encuentran con su mismo mundo reducido y estrecho de siempre: SU mundito pequeño, que los obliga a asfixiarse y a tomar una decisión radical: volar con alas propias y tratar de abrirse camino por su cuenta, en un medio más amplio, o callarse y disfrutar de la fortuna de la familia, tranquilamente, sosegadamente. Es más fácil lo segundo. Y duele decirlo, pero la verdad es que de los jóvenes de la clase millonaria no podemos esperar más que una sola cosa: que -más preparados que sus padres- utilicen sus recursos y su preparación para hacer más odiosa, por voraz y por millonaria (nadie ama a los ricos, pues) a su clase.

4) Hablemos, pues, de clases, ahora que se han infantilizado algunos de nuestros prohombres (Hace diez años, el millonario se sentaba a la mesa del empleado, en el Centro Social Olímpico, y aprendía. Hoy, desde que los chicos se gradúan en Monterrey o en Europa, ya no pueden convivir más que entre ellos mismos, por aburrido que les parezca. Pobres. Pobres). Hablemos de la clase media, esa clase todo nervio, todo afán, todo trabajo. Esa clase que no pregunta ni cómo ni para qué, sino que simplemente proyecta, realiza, concibe y ejecuta. Esa clase que produce lo mismo estadistas que mártires y que tiene, a la mano, redentores y redimibles, profesionistas y sin oficio, políticos y carneros de plaza pública. Hablemos de la clase media.

Y digamos, de una vez: padece un espantoso, increíble, tremendo desempleo. Las chicas estudian comercio y, después de tres años de angustias económicas de los padres, se "reciben" ¡sólo para encontrar que nadie les da trabajo! ¿Y cómo les va a dar trabajo, nadie, si la capacidad de nuestro comercio y de nuestra incipientísima industria no alcanza a absorber ni siquiera la décima parte de las generaciones de "contadores privados" y secretarías que producen nuestras abundantísimas "academias"? Los jóvenes, por su parte, se esfuerzan en forma encomiable: llenan la secundaria "José Rafael Campoy" y la Secundaria Técnica, proyectan más allá de sus metas al Instituto Tecnológico de Sonora, se van a Hermosillo, a Guadalajara y a México; estudian, se hacen, se reciben y regresan a la ciudad a servir a los demás y a hacer -sí, es lo de siempre- una fortuna que les permita escalar las posiciones sociales. Muchos destripan, pero de todos modos no regresan con las manos vacías. Traen la inquietud de cosas más altas. Y luego, están los jóvenes que, no pudiendo estudiar por falta de recursos económicos, con su nervio y con su esfuerzo hacen el progreso y el bienestar económico de muchas empresas; están los empleados de confianza, los dependientes, los burócratas, los muchachos que, con los pies en la tierra, tratan de conquistar una posición, de una vez, para que sus hijos no tengan los mismos obstáculos que ellos. Y están los no tan jóvenes que, dando el ejemplo, se sacrificaron para hacer profesionales o capaces a sus hijos, en la medida de sus fuerzas. Del dependiente al profesional; del comerciante mínimo al comerciante próspero; del aprendiz al burócrata. ¡Y hay millares de empleadas sin trabajo y millares de jóvenes sin oficio y millares de hombres sin empleo! ...En tales circunstancias, solamente los timoratos pueden asustarse de lo que vamos a decir: así como la clase media produce a los gobernantes, a los sabios y a los estadistas, ¡así produce también, *por desempleo*, a los asaltantes y a las protitutas! (¿Lee usted los periódicos? ¿Se ha dado cuenta de que, de tres años a la fecha, los asaltos a mano armada se han convertido en cosa común y corriente? Por lo demás, la zona de *tolerancia* ha tenido que alargar su horario para satisfacer a la *clientela*.)

5) No hablemos pues, de la clase humilde. No hablemos del obrero con hambre crónica ni del campesino con hambre

secular. Se podrían asustar muchos señores. No hablemos. Escondamos la cabeza en la arena. Total, los avestruces, en esa postura, no se dan cuenta de nada. Ni siquiera de que, en un momento dado, de un escopetazo les vuelan el resto del cuerpo. No hablemos de nada, porque tenemos cardíacos en casa. Cantemos la palinodia. Hagamos coro a los cronistas de sociales. Digamos que todos los señores son *elegantes, respetables y dinámicos*; que todas las señoras son *altruistas, distinguidas y dedicadas al bien social*; que todos los jóvenes son *alegres, esforzados y entusiastas, además de apuestos*; que todas las chicas son *bellas, simpáticas y dulces* y que los recién nacidos son *robustos bebés o preciosas muñecas*. No hablemos, no comentemos. Metamos la cabeza en la arena. Después de todo, siempre tendremos la oportunidad de despertar a la realidad por un segundo, cuando el escopetazo de las clases olvidadas nos vuele la mitad -o más- del cuerpo. Cantemos la palinodia. ¡Mientras el hambre atiza hogueras y mientras el desempleo arma consciencias! Imitemos, Lector, a los avestruces... ¡Y dígalo que yo lo dije!...

Post scriptum.- Un joven hombre de empresa, llamado a pronunciar un discurso ante un auditorio integrado por señores con recursos de sobra, tuvo una frase medular: "Señores, si ustedes analizan lo expuesto, aceptarán esta verdad: el mejor seguro que podamos comprar para nuestras actividades es crear nuevas fuentes de trabajo, industrializando al Valle del Yaqui. Si no lo hacemos, no hay seguro posible". Desgraciadamente, la frase no llegó a pronunciarse. Pero allí está, con su verdad entera, para que la entiendan los que deben entenderla. Los tiempos que hay y los que vienen, señores, son y serán muy difíciles... para ustedes. Entre más pronto lo entiendan será mejor para todos. Y basta.

Sin fecha

¿QUIÉN ES EL QUE NO ATACA?

Cuando en todo el Estado de Sonora no había un solo periodista que se preocupara por la situación de los maestros,

hace varios años, iniciamos nosotros una lucha difícil, amarga, en la que nadie quiso ayudarnos. Una y otra vez pedimos a los colegas se nos uniesen. Nadie quiso oírnos. Nadie.

Ha sido revelador que ahora, al producirse el conflicto magisterial, hayan surgido tantos periódicos "defensores" de los maestros. Revelador en grado sumo, porque se demuestra, nada más, que no es la voz de la razón la que se atiende, sino la orden, el úkase que parte de Hermosillo

Por esa lucha larga, por esa lucha que nadie, sino nosotros, ha sostenido en el estadio de la entidad, conocemos el problema del Magisterio, desde sus raíces, con todos sus hombres y con todos sus traidores; con todos sus apóstoles y con todos sus judas. Por eso no nos hemos equivocado, ni un solo momento, en el desarrollo del actual conflicto. No podemos equivocarnos. Sabemos lo que va a suceder a cada paso, porque cada uno de ellos lo hemos meditado muchas veces, durante varios años.

Así, cuando el Gobierno de Sonora adopta una medida demagógica, pretendiendo engañar a los maestros, *que nunca antes habían luchado*, advertimos el engaño y cumplimos con nuestra obligación de pregonarlo. Así, cuando los voceros oficiales dieron por terminado el conflicto, analizamos las circunstancias y dijimos que, en caso de una ruptura de pláticas, ahora podrá decirse que si no se llega a un acuerdo es porque los maestros insisten en un movimiento injusto. Los periódicos oficiales quemarán más incienso ante el Gobernador y se presentará a los maestros como un grupo de intransigentes que sólo buscan la "intranquilidad" de los "sonorenses".

Más aún: dimos la clave de todo lo que seguía:

"Es deber de la prensa independiente decir, desde hoy, el por qué de la actitud magisterial. De no firmarse un acuerdo, la ola de mentiras y de calumnias va a redoblar su fuerza. Debe decirse que los maestros no aceptaron el convenio propuesto por el señor Gobernador porque hacerlo equivaldría a decretar la muerte de la sección 55. Si los maestros aceptasen la facultad del Gobernador de reconocer "en lo futuro" a un organismo magisterial "en exclusiva", aceptarían, simplemente, que las maniobras femsistas tuviesen su aplicación dentro de uno o dos meses, ante la imposibilidad de hacerlo en estos momentos. No hay tal libertad garantizada en dicho anteproyecto de convenio.

"En pocas palabras: lo que se propuso a los maestros, como

resolución del conflicto, no fue otra cosa que una trampa mortal. No han caído en ella y, por lo contrario, han elaborado su propio anteproyecto, que llevarán esta tarde ante el Gobernador de Sonora. Si éste acepta, demostrará realmente su buena fe. Si no lo hace, no hará otra cosa que empeorar la situación, de por sí delicada.

“Y seguirá el paro con todas sus consecuencias. ¡Pero no hay ninguna razón para obligar a los maestros a entregarse en manos del verdugo!”

Eso dijimos ayer. Hoy, al conocer la ruptura de las pláticas, ¿para qué vamos a añadir nada?

Se trata, nada más, de una agresión que advirtieron, por fortuna, los maestros. Para calificar la postura del Gobierno de Sonora, bastan dos de sus decisiones: no reconoce a los maestros que están luchando -sino a la FEMS que bebe sus pisadas- ni está dispuesto a dar un solo centavo más de aumento. Y si la lucha fue por la nivelación de salarios y por el reconocimiento, ¿cuál será el primer jilguero oficial que salte, “indignadísimo”, a la defensa de la “buena voluntad del Gobernador”? Los habitantes de Sonora ya no estamos para engaños de kindergarden, aunque se enojen los “sonorenses” incapaces de urdir cosas más inteligentes.

4 de octubre de 1960

CESE YA LA PANTOMIMA

Desde que se inició el conflicto magisterial, HERALDO DEL YAQUI y otros cuantos periódicos libres de Sonora denunciaron las maniobras, las amenazas, las presiones y los atropellos autorizados por el Gobierno del Estado para hacer firmar a los maestros su *adhesión* a la FEMS. Los esbirros oficiales llegaron a grados casi inconcebibles, como estamos denunciando en otra sección de esta misma página. Pero no era bastante, porque ni aún así podían reunir firmas -¡que no maestros!- suficientes para montar la pantomima que hoy se está escenificando y que no engaña a nadie, excepto al propio régimen y a sus corifeos. Hacía falta más: y entonces llamaron a servicio a los “maestros” expulsados desde hace años por

intrigas, por ladrones o por degenerados. No importaban razones morales. Y se hizo a los maestros particulares, y aun a los *maestros de las escuelas sostenidas por la Iglesia*, firmar su adhesión a una FEMS que ni siquiera de oídas conocían. Y se obligó a los muchachos que salían de la Normal a firmar a la FEMS, Y SE RECLUTARON ESQUIROLES DE TODOS LOS GRADOS DE IGNORANCIA PARA SUPLIR A LOS MAESTROS DIGNOS, pero eso sí: firmando su "adhesión" a la FEMS.

Por eso, Lector, la FEMS tiene mayoría: todos los ladrones, todos los sinvergüenzas, todos los degenerados y todos los ladrones del magisterio; todos los maestros que descansaban gracias a una jubilación misérrima que han visto en peligro al advertírseles que, a menos de que volvieresen a filas a "hacer fuerte a la FEMS", se les suspendería; todos los maestros particulares incluyendo a los de todas las escuelas confesionales; todos los recién salidos de la Normal, y centenares de mozalbetes y jovencitas y viejos y viejas sin noción alguna de la pedagogía pero con una enorme necesidad de trabajar, aunque el puesto -proporcionado por el Gobierno de Sonora- sea de esquiro! (¡Y los Bobadillas aplauden!).

¿Mayoría? ¿Plebiscito?

¿Hasta cuándo se va a convencer al señor Gobernador de Sonora de que el pueblo -al que, por lo visto, él no conoce ni entiende- no comulga con molinos de viento? ¿Hasta cuándo se va a dar cuenta de que a pesar de todos los *jilgueros*, de todos los bribones a sueldo, la verdad del movimiento magisterial está en la consciencia de TODOS los padres de familia?

¿Hasta cuándo se va a convencer de que no va a poder engañar a nadie, y mucho menos haciendo que se informe que los pobres, deleznable, serviles y sucios líderes femsistas están "indignados" pidiendo también aumento de sueldo?

¡Ya basta de pantomimas! El problema magisterial exige una resolución urgente y justa.

10 de octubre de 1960

NOTA:

A fines de octubre de 1960, los integrantes de la Federación Estatal de Maestros de Sonora, FEMS, solicitaban su ingreso a la Confederación de Trabajadores de México, CTM, cuyo dirigente estatal, Manuel R. Bobadilla,

BELLO TRIUNFO

Queden en el tintero, por hoy, las angustias vivas que reclaman atención y lucha. Olvidemos, por un instante, que pueblan el ambiente incontables gritos de protesta. Permítasenos, hoy, disfrutar a pulmón lleno del aire limpio y de la victoria merecida. Permítasenos sentir, a consciencia plena, saborear con labios gustadores y paladear con delectación el triunfo dignísimo de los maestros de Sonora.

No hace falta decir que ese triunfo es, por méritos propios y por reconocimiento general, un triunfo de HERALDO DEL YAQUI. Es decir: un triunfo del pueblo.

No hace falta decir que hace años, cuando esperábamos con ansiedad que surgiera un grupo de maestros dignos que encabezara la lucha, HERALDO DEL YAQUI fue, en todo el territorio sonorense, el único periódico que levantó su voz y exigió justicia para el magisterio, denunciando y condenando todos los abusos y todos los atropellos solapados por la Dirección General de Educación, y perpetrados por líderes corruptos y viciosos.

HERALDO DEL YAQUI empezó la gran lucha sin tener a su lado más que a los maestros desorganizados e inermes. Pero nunca dudó del resultado. Sabía que tarde o temprano habría de imponerse la justicia. Luego, cuando un grupo de maestros limpios y valientes enarboló la bandera de la lucha, cuando defendió la dignidad magisterial por encima de todo, Heraldo del Yaqui fue el baluarte de sus aspiraciones y de sus anhelos, la defensa contra el ataque cobarde y contra la calumnia abierta. Fue satisfactorio, entonces, ver cómo los periódicos independientes de Sonora se sumaron a nosotros.

Y hoy, cuando los maestros reciben justicia, cuando conquis-

finalmente les negó. Todo ese año los maestros sonorenses fueron presionados por el gobierno de Alvaro Obregón para que no se manifestaran públicamente exigiendo aumento de salarios (50 por ciento). Los disidentes José María Ruiz, Manuel Ríos, Lázaro Félix y Francisco Galaviz, se afiliaron con un numeroso grupo de maestros al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, SNTE. El gobernador respondió con violencia el 12 de septiembre de 1960 gaseando con lacrimógeno y encarcelando a cientos de maestros que protestaban en la escuela Alberto Gutiérrez, justo frente a la Universidad de Sonora. El ejército intervino para calmar los ánimos. Para 1972, la FEMS prácticamente ya no existía (N. del C.).

tan el triunfo, cuando están felices saboreando el dulzor de la victoria, HERALDO DEL YAQUI se siente hondamente satisfecho porque fructifica la batalla y porque florecen los afanes.

Hemos servido, una vez más, al pueblo. Hemos demostrado que la verdad se abre paso al través de todas las intrigas y todas las dobleces. Nuestro triunfo -que es el triunfo de los maestros y el reconocimiento a una actitud justiciera del Gobierno del Estado- lo estamos poniendo en manos del pueblo, del que somos voceros y servidores, porque si el pueblo no estuviera con nosotros, no tendríamos triunfos de los cuales alegrarnos.

Y a los maestros, con quienes hemos estado en la lucha palmo a palmo, ¡el abrazo de hermanos y de amigos y de hombres dignos!

12 de octubre de 1960

TENDRÁN HAMBRE Y FRÍO, ESTA NOCHE

¿POR QUÉ NO PEDIR QUE HAGAN JUSTICIA A LOS INDEMNIZADOS?

A raíz de los acontecimientos de 1959, como era de las infanterías, inermes y engañadas, no fue a la cárcel; pero tampoco le permitieron regresar al trabajo. Le dieron, como indemnización por más de quince años de servir al país, menos de ocho mil pesos. Y hubo, en la esposa, frases de estímulo y de ánimo ("Con esto viviremos hasta que consigas que te reinstalen, o hasta que consigas otro trabajo"). Para los cinco hijos del matrimonio, las cosas no tenían nada extraño. Si acaso, que papá estuviera más tiempo -casi todo el tiempo, a medida que fueron avanzando los meses- en el hogar. Pero se acabó la indemnización y empezaron las penalidades grandes. El diario salir y el diario regresar con las manos vacías y el corazón estrujado de angustia. Si acaso, un medio kilo de frijol, regalo de un amigo. Y unos pedazos de pan.

Llegó la noticia: *para que él vuelva a la trinchera del trabajo,*

es necesario que antes muera alguno de los que trabajan. Necesario que desee (¿no habrá algunos que se abran camino por propia mano?) la muerte de los demás.

Y esta noche, en muchos -¡muchos, muchos!- hogares de Empalme hay hambre, lágrimas, impotencia y miseria. Porque no se trata de un solo indemnizado, no. Es el mismo drama que se repite, con algunas variantes, hasta provocar angustia y tristeza honda.

Es nochebuena. En medio de la alegría, ¿por qué no pedir, en un segundo, justicia para los ferrocarrileros indemnizados?

24 de diciembre de 1962

VIVIR DE LAS IGUALILLAS

1) Lector: usted y yo sabemos que, por estos rumbos, hay líderes. Cierto: sucede que durante uno o dos años usted cree que se los traga la tierra, pero no es cierto, no: en cuanto está por llegar la *polaca* sacan la cabeza de la arena y les entra un amor de todos los diablos por sus representados y hasta por sus NO representados. Y entonces gritan, protestan, se paran de pestañas, se revuelcan, vociferan, se encabritan y hasta les da angina de pecho nomás *porque se explota a los humildes*.

2) Echan espuma por los ojos, aseguran que barrerán con todos los culpables de la explotación -de arriba a abajo y de abajo a todos los lados-, porque para eso está la fuerza tremenda e invencible del glorioso proletariado, de la invicta clase campesina o de los anhelos populares organizados. Como usted guste y ellos quieran.

3) Pero si no es tiempo de *polaca*, si a la vuelta de la esquina no hay ninguna chanza de agarrar escaño, curul -grande o chiquita-, ministerio o departamento, hueso en fin, entonces se proclama a todo carrillo que el partido en el poder es el gobierno y que, por lo tanto, no hay que crearle problemas al gobierno, porque ello significa creárselos al partido y, consecuentemente, ALTERAR EL RITMO DE TRABAJO. Y eso -ALTERAR EL RITMO DE TRABAJO- es algo terrible, espantoso, un delito formidable, mayúsculo, tremendo y abracadabrante. Así que los

líderes se ponen quietecitos, quietecitos, se dedican a vivir de sus *igualillas* (conseguidas en la última polaca) y pacientemente, gracias a los desayunos, a las comidas y a las cenas a que los invitan o se hacen invitar, *se preparan para la otra*, máxime si se trata *de la grande*.

4) Pero, desde luego, usted dirá que no todos los líderes son del PRI, que hay otras centrales que nada tienen que ver con el Invencible y que -como la UGOCM- pertenecen al PPS. Y usted hará muy bien en recordarlo, porque resulta que la gente hace rato que tiene la creencia de que el PRI tiene jurisdicción sobre todos los líderes, de cualquier color que resulten. Sabe por qué será.

5) En otras palabras. Lector: ¿le parece justo a usted que a los trabajadores de todas las categorías, de todas las clases y de todas las centrales se les esté explotando en forma inmisericorde con los precios de los artículos de primera necesidad; esto es, con la carne, las tortillas, el frijol, la manteca, el azúcar, el aceite, el gas, el hielo, los mariscos, los refrescos y lo que usted quiera y guste, sin que los señores "líderes", que reciben y gastan las cuotas de los obreros y de los campesinos, hagan nada por tratar de remediar la situación? Desde luego, los señores líderes tienen el recurso de decir que ellos no mandan en la SIC, sino que para eso está un delegado en Sonora. Y son tan desvergonzados, que más de uno puede decirlo, Lector. Así que usted y yo, junto con todos los sectores laborantes, debemos reconocer que los señores líderes no tienen por qué andar pidiendo a nadie, en estos momentos, porque si lo hicieran a lo mejor *alterarían el ritmo de trabajo*. Hay que dejarlos hasta que se aproxime la polaca, para que entonces se vuelvan auténticos basiliscos contra todos los explotadores. ¿Que ya para entonces habrán pasado dos años? Bueno, bueno. Después de todo, vale más tarde que nunca. ¿No le parece, Lector? Si no le parece y si pertenece a alguna central, pues el camino es bien fácil: dar el puntapié en salva sea la parte al líder, pero ¿y qué se hace con la cláusula de exclusión? Aguante, pues, que a lo mejor *la polaca* se viene antes de tiempo... Y dígalo que yo lo dije...

AMOR

Les ha entrado, de pronto, un amor irrefrenable por los campesinos. Tanto, tan grande, que no les importa ya si rentan su parcela o si los roba el Banjidal. Simplemente están saturados, temblorosos y palpitantes de amor. Dispuestos a clavarse en cualquier cruz para redimirlos.

Como para ponerse a llorar, de pura gratitud: ¡Mira que tocarnos la suerte fantástica de haber nacido en México, donde los líderes de la CTM, de la CNC y hasta de la CTS-CROC, no mastican un bocado de alimento si antes no redimen cuando menos a mil campesinos!

Gloria a Dios en las alturas y en la Tierra paz a...

Lástima.

Después de todo, en ninguna de las centrales falta alguien con inteligencia. Deberían oírlo, cuando menos para aprender que eso de haber olvidado desde siempre al campesino, dejando que lo patearan, lo robaran y lo escarnecieran, para ostentarlo ahora como bandera de lucha, no es más que una burla sangrienta, sucia y deleznable ¡que no van a permitir los campesinos y que, tampoco, se va a convertir en curules! ¿Hasta cuándo van a aprender algo nuestros lidercitos, además de doblar el espinazo y traicionar a sus representados?

De todos modos, quienquiera que se asome al campo puede escuchar un grito, dirigido por igual a todos los líderes de todas las centrales:

—¡No nos defiendan...!

Así están las cosas.

Pregunto, pues, a todos: ¿serviría de algo escribir una palabra más?

8 de julio de 1965

ERA, ÉL SOLO, UNA FUERZA

Se cumple, hoy, el tercer aniversario del fallecimiento de uno de *los Grandes* de Sonora: don Rodolfo Elías Calles. Ante su tumba, en el panteón civil de Hermosillo, habrá de efectuarse una ceremonia luctuosa, organizada por el Gobierno del

Estado, misma a la que habrán de concurrir muchos y muy destacados sonorenses que tuvieron el honor de cultivar su amistad.

El homenaje es, más que justo, imprescindible, necesario. Don Rodolfo trabajó, vivió y murió por Sonora en una forma tan intensa que aún no acabamos de entenderlo.

EL HOMBRE, EL POLÍTICO, EL AGRICULTOR

Era, él solo, una fuerza. Después de haber actuado con dignidad amplia en el desempeño de una carrera ministerial, y después de haber ocupado con singular acierto y dedicación el Gobierno del Estado, se retiró de la vida pública y vino al Valle del Yaqui a entregarse, de lleno, a cultivar la tierra. Se alejó de toda actividad política y ni siquiera en reunión con sus amigos personales permitía que se tocara el tema. Una y otra vez insistía en que él no quería más que dedicarse a trabajar la tierra, dedicarse a producir, dedicarse a los suyos. Y no, no es que estuviese cansado, ni que alguna vez se hubiese cansado en lo más mínimo. Simple y sencillamente consideraba que ya había hecho lo que las circunstancias y los momentos estelares de sus días demandaron de él, de su persona, de su alta preparación política y humana., Pero, desde luego, no pudo cumplir sus deseos. No podía descansar. Cajeme, su tierra, vivía momentos difíciles. El poder público venía dando tumbos, de mano en mano (pero no las más preparadas ni las más honestas, salvo alguna excepción) y no se vislumbraba otra cosa que una continuación de la indiferencia anárquica y atropellada. De no rescatar el poder público, arrebatándose a las facciones que jugaban con él como si se tratase de un botín del que nadie tenía por qué rendir cuentas, Ciudad Obregón y todo el municipio no tenían esperanza alguna de progreso (La ciudad era, en tiempos de lluvia, una sola charca de lodo; en verano, una gigantesca barbaridad. No había agua potable, no había drenaje, no había, realmente, alumbrado, no había responsabilidad oficial. El pueblo no vivía: subsistía en medio del lodo, la sed, el vicio, la anarquía y los atropellos policíacos; cada quien construía donde y como le parecía mejor; cada quien hacía lo que se le pegaba la gana, aunque con ello lesionara a otros; cada quien decidía por su cuenta sin

considerar, para nada, el interés ajeno).

Fueron a verlo. El era la única fuerza capaz de contener el desastre. No quería. No quería regresar a la vida pública. Pero tuvo que hacerlo. Por su pueblo, por su comunidad. Tuvo que hacerlo. Cuando aceptó su postulación, hubo en el ambiente político -que, como siempre, estaba encendido y listo para estallar- un impacto tremendo. Todos, por sí solos, callaron. Todos -tirios y trollanos- suspendieron su agitación y fueron a darle su apoyo. Así nació el progreso de Cajeme. Así empezó nuestra ciudad a ser, de veras, una ciudad.

Era, él solo, una fuerza.

LO QUE LE DEBEMOS TODOS

Gobernó a Cajeme durante un solo año. Pero en ese único año construyó los cimientos de lo que hoy nos llena de satisfacción y orgullo. Se rodeó de un equipo humano tan capaz, tan brillante, tan eficiente, que cuando decidió volver a su retiro se conservó la misma tónica y se realizaron todos los proyectos que iban a transformar no sólo nuestra ciudad sino, medularmente, a toda la administración. Faustino Félix Serna, en su calidad de primer regidor, tomó el mando del Cabildo... y nació la nueva Ciudad Obregón.

Nunca, después, quiso retornar a ninguna actividad política. Pero nunca, tampoco, negó consejo alguno a los amigos que fueron a solicitarlo. Se dedicó a trabajar, a ver cómo la tierra y el trabajo fructifican sin dobleces. Jamás se quejó de nadie, aunque en sus últimos años muchos de los que le debían todo no vacilaron en traicionarlo.

Era, él solo, una fuerza. Uno de los Grandes de Sonora.

Está descansando.

24 de junio de 1968

RAMÓN

Está en la cárcel, otra vez, Ramón Danzós Palomino.

Otra vez. ¡Y palabra que me da muina, porque en última

instancia Ramón pelea lo suyo, de frente, vigilado día y noche, mientras que otros -los que financian, los que ordenan- siguen emboscados y no conocen siquiera el olor de las cárceles!

Desde siempre, he creído y he sabido que la mejor manera de contrarrestar a un enemigo es conocer sus pasos. ¿Y qué se va a conocer de un movimiento al que se considera enemigo de nuestras instituciones, si se encarcela a sus guías nada más porque sí, o a título de celo retroactivo? En otras palabras: si a los que dentro del movimiento comunista dan la cara se les mete a las cárceles, irremediablemente habrá que obligárseles a irse a la clandestinidad. Y la clandestinidad -lo estamos comprobando- hace más daño que cualquier brote de oposición a campo abierto.

Yo respeto, de veras, a Ramón. Porque no actúa por paga, sino por convicciones. Porque no es payaso, porque no juega al mártir de pacotilla, porque piensa, porque lucha por lo que cree justo.

Ya he dicho, pues, que respeto a los *rojos*. Ramón es uno de ellos. Y abomino, en cambio, de los rojillos. La diferencia entre unos y otros es como la que existe entre un cardenal y un sinarquista (Y hay veces en que se me ocurre, oyendo y viendo a los rojos llorar por los humildes, *con sinceridad plena*, que son algo así como ángeles a los que les quitaron las alas y les pusieron una venda en los ojos, nada más para que, aferrados a una sola idea, luchen por los humildes, que al fin y al cabo su lucha tendrá que converger, un día, con la de los místicos y la de los iluminados, por extraño que parezca).

Me parece absurdo, pues, que Ramón esté, de nuevo, en la cárcel. Porque da la cara, porque lo estimo... y porque en última instancia causa más agitación estando preso que fuera de las rejas (Hasta podría jurar, de veras, que está dando gracias a quienes ordenaron su aprehensión).

Ramón es mi amigo. Desde hace muchos, muchos años. Desde que empecé a verlo cuando gritaba en el Banco Agrícola o en el Banco Ejidal, en las barbas mismas de los ladrones y en defensa de los campesinos. Y debo decir esto: jamás he sabido que haya robado a ninguna sociedad ni a ningún grupo de los hombres a los que defiende. Por lo contrario (O sea, esto: por deleznable que sea una doctrina, un hombre limpio la eleva. El marxismo es una trasnochada histórica, pero la acción redento-

ra -sí, dije *redentora*- de hombres como Danzós Palomino es la que hace que el pueblo llegue a creer que ser comunista es ser limpio, digno y bienintencionado. Tal es la lección que deberían conocer y practicar los capitalistas de todos los niveles).

Pero siga usted, Lector. Un día me metí con ANDSA, donde la corrupción ha florecido como en primavera interminable. Y atacué, de frente y a la luz del día, desde mi periódico, al agente local. Porque se estaba robando en la recepción. Porque se estaba lesionando, gravemente, a nuestros campesinos. Porque el pobre diablo, dirigido por su esposa -así de pobre diablo era-, estaba robando a manos llenas. Y me atreví a decir la verdad: que detrás de ellos tenía que estar el señor subgerente de entonces, por *casualidad* paisano de la no muy santa señora.

Se me cayó el mundo, como insinué alguna vez.

A las tres o cuatro semanas llegaron, a casa, tres tipos: un licenciado -¡nada menos que el Jefe del Departamento Jurídico de ANDSA!- y dos de sus ayudantes. Y, sin más ni más, a las primeras de cambio, el señor licenciado me informó que por instrucciones del señor subgerente YA me había demandado por la vía penal y que tendría que probar los cargos enderezados contra ANDSA.

Ni modo. Me imaginé tras las rejas. Por una sola razón: yo había defendido a los agricultores y a los campesinos sin más pruebas que la palabra de algunos dirigentes. Y el señor licenciado -a quien debo agradecer que haya procedido en la forma más civilizada del mundo- me presionaba: "Nada más dígame quiénes son los que le dieron los datos para la información". Imposible.

Imposible.

No. No publiqué nada, aunque podía haberme presentado como un mártir de la Libertad de Expresión (¿Cómo, para qué publicar nada, si por esos días estaba haciendo circo un payaso que utilizaba tal argumento para implorar la conmiseración pública?). No publiqué nada. Me fui a rendir declaración ante el licenciado Hernando Flores y Flores, a quien le dije exactamente lo mismo: que el único responsable de todo era yo y que por ningún motivo revelaría la fuente de mis informaciones. Firmé el acta y salí. Me esperaban el licenciado -el que a su vez era agente del Ministerio Público en la metrópoli- y sus dos ayudantes. Me vieron como con sorna, con un destello de "¡Para que

aprendas a no meterte con nosotros!" Sonreí. Y les pedí, sonriente, que ya que me iban a meter a la cárcel, cuando menos me llevaran a casa para disfrutar, con plenitud, mis últimos días de libertad esplendorosa. Como que se les cayó el ánimo. A las pocas cuadras, sin embargo, les dí un *alegrón*: los invité a tomar algo, antes de comer. Aceptaron. ¡Y si las palabras del antiguo Candilejas hablaran, dirían que allí estuvimos *doce horas*!

Doce, sí. Porque llegaron dos personas a engrosar el grupo. Dos personas que -todavía no conozco bien su sistema de detección, casi infalible- se dieron cuenta de lo que me estaba pasando.

Diré, pues: no habíamos tomado tres cervezas cuando llegaron Ramiro Valdez... y Ramón Danzós Palomino. Con un mazo de boletas y de pruebas en sus manos. Y, hechas las presentaciones, llenaron la mesa, *estibadamente* de boletas que no eran otra cosa que demostraciones palpables de bribonería.

Fue una de las más grandes satisfacciones que he recibido en mi vida: yo no podría haber revelado, jamás, mi fuente de información; ¡pero ellos fueron a respaldarme y a dar la cara, con un valor cívico que ya lo quisieran muchos redentores de nuevo cuño para los días de fiesta!

Al día siguiente, el señor Jefe del Departamento Jurídico de ANDSAlegó a casa a notificarme que había retirado la demanda en mi contra. Y le invité una botella de ginebra, para remediar los *perjuicios* de la noche anterior. ¡Y luego resultó que sus dos ayudantes -oh, lo que hace la necesidad de salir adelante- eran dos grandes artistas. Sí: un maravilloso pianista y un guitarrista de fábula. De allí nació aquel concierto de piano y guitarra que todavía recuerdan todos los amantes de la música en Cajeme.

Y no se me olvida lo que Bonorat le dijo al Licenciado: "Oiga usted, vinimos a meter a Bartolomé a la cárcel y si esto dura más va a terminar en..." No lo dejaron seguir. Era una leperada.

Iba a ir, pues, a la cárcel. Ramón lo impidió. ¡Y esa es otra de las razones por las que me da rabia que él esté, *de nuevo*, tras las rejas!

26 de abril de 1969

MUERTO

1) Lector: ¿que si dolió, acá en los que soñamos por un México cada vez más libre y cada vez más grande? Como si le hubieran apretado a uno, nada más porque sí, el corazón. Como si le hubieran dado un puntapié en la nuca. Como si lo hubiesen abofeteado delante de lo que se ama. Y más, más que eso: como si le hubieran partido, a uno, un pedazo de sueños y de vergüenza entera. Y más, aún: como si de pronto nos hubieran tumbado al sol del firmamento, para llenarnos de sombras. Como si nos hubieran arrebatado las bridas de nuestro corcel no para detenemos, sino para despeñarnos. ¿De allá de arriba, de aquí de abajo? En los primeros momentos no hubo más que consternación dolorosa y la confusión inevitable. ¿Accidente, crimen?

2) Cuando los compañeros -admirables y esforzados compañeros- de TRIBUNA DEL YAQUI me hablaron para darme la noticia, ya no tenía tiempo de escribir. Y no lo habría hecho, de ninguna manera. Pareció como si alguien me hubiera encendido, en el pecho, una lumbré terrible. Como si la garganta se me ahogara sola. Como si, de pronto, las esperanzas y los sueños se me hubieran desplomado sobre las espaldas. Como si me hubieran hecho comprender, en un minuto, cuán inermes y cuán impotentes estamos sobre la tierra (¡Y qué enormes deseos, allá dentro, de ser niño para soltar el llanto!). La frustración. La duda. El derrumbamiento de muchas esperanzas. La luz negra de la Historia. La sombra -ominosa y terrible- palpando ya nuestras espaldas.

3) No. Yo nunca fui *madracista*. Nunca. Porque hace mucho dejé el biberón político y porque sabía -sé- que los caminos de la transformación empiezan en los caminos de la evolución. Porque, en última instancia, sé que en México sólo es posible una revolución desde arriba, con el poder en las manos. Carlos Madrazo -como me decía Alberto Domingo hace unas dos o tres semanas, según le consta al Lector- era demasiado tropical, demasiado vehemente, megalómano. No iba a llegar. No tenía la menor oportunidad de llegar, si por *llegar* se entiende la

Presidencia de la República (Recuerdo: hace más de un año, los muchachos del PRI, en conferencia, me preguntaron acerca de las posibilidades del Lic. Madrazo. Y les dije exactamente lo mismo: aunque se trate de un mexicano muy valioso, ¿qué se va a hacer en la política mexicana si no tienen cuadros, centrales y organización a nivel nacional?).

4) Carlos Madrazo no iba a la Presidencia de la República, por ningún camino. Y él lo sabía. Pero iba a otra cosa: a obligar al PRI a cambiar sistemas, a modificar actitudes y a abrir -o cerrar, según el caso- puertas. Iba a ser factor importante de una transformación en la vida cívica de México. No iba a conquistar para nadie la Presidencia de la República, pero sí estaba poniendo las bases para una experiencia que preparase a las fuerzas liberales y de izquierda, con miras a tiempos más propicios.

5) Carlos Madrazo está, ya, muerto. Y su muerte significa, para México, una tragedia: él representaba, en modo, la evolución y la esperanza de transformación. Una *tragedia*, sí, porque siempre es trágico ver caer a los que luchan por el bien social, no importa de qué tendencias sean. Yo no fui, nunca, *madracista*. Pero me duele profundamente su muerte por más que haya buitres que en esta hora se estén refocilando. Yo no. Yo pienso en México, en sus angustias, en sus horizontes que a toda costa le quieren ensombrecer. Y pienso, también, en el hombre más calumniado y más solitario de México. Ahora me explico, a plenitud, su cabeza casi blanca. Y su patriotismo sin mácula. Su responsabilidad terrible: llevar a México a su más alto desarrollo mientras se reciben puñaladas por la espalda y agresiones de frente, de fuera y de dentro, con la calumnia por escudo. Y no sé si me duele más la muerte de Madrazo o lo que están haciendo, con ella, las hienas de la política de México. ¡Y dígalo que yo lo dije!

6 de junio de 1969

LA HORA

Me informan que en México, en el Centro Médico Nacional, ha muerto Jacinto López.

Lo siento. Después de todo, Jacinto era el último líder que le quedaba a Sonora. A ver si no se trata de hacer un festín con su cadáver, ya que en vida no supieron respaldarlo. Desgraciadamente, a Jacinto lo rodeó siempre un grupo integrado por ignorantes, por logreros y por entreguistas. Por eso es que cada paso que daba era conocido desde mucho antes por todo el mundo.

¿Que tuvo errores? Desde luego. Y creo que el principal de todos fue el haberse considerado más fuerte que su amigo y guía de siempre -Vicente Lombardo Toledano-. Eso lo llevó a intentar un golpe contra el líder continental y lo único que se produjo fue otro desmembramiento de la izquierda. Si hubiera esperado un poco, la muerte de Lombardo lo habría dejado como heredero indiscutido del PPS y algo se podría haber hecho.

La muerte de Jacinto López sí que deja un vacío enorme, que no llenará nadie. Nadie. No hay líderes. Ni en la UGOCM ni en ninguna parte. Cada quien trabaja para sí mismo, no para los demás.

Cuando Alvaro Obregón Tapia metió a Jacinto López a la cárcel, porque Jacinto invadió las tierras de Cuitaca, fui el único periodista que alzó su voz en defensa de Jacinto. Y en realidad no lo defendía a él, sino a la justicia de su movimiento. Invadir, tratar de destruir el nefasto monopolio de los Greene era, más que una hombrada, un acto de patriotismo. Otros periodistas -allá ellos- condenaron a Jacinto por aquello de la "sagrada pequeña propiedad".

Cuando, años después, salió de la cárcel, Jacinto tuvo la deferencia de ir a mi oficinita de "Heraldo del Yaqui" -donde yo era Director- a darme las gracias. Chárlamos como viejos amigos...

Y su amistad me sirvió para que un compadre mío, quien por cierto tiene un periódico, me dedicara toda la primera plana llamándome comunista.

¡Ah, bárbaro...!

Ahora habrá muchas palabras, muchos discursos, muchas

declaraciones. Pero la verdad es que el movimiento obrero de México -para no hablar del movimiento campesino- se está quedando al garete, al capricho de los poderosos, a la limosna de los explotadores de campesinos y de obreros.

La verdad es que Jacinto López era el último líder en lo que cabe la significación exacta del término.

La verdad es que, ahora, ha llegado el tiempo de los aprovechados, de los logreros, de los entreguistas, de los sinvergüenzas que rodeaban a Jacinto para ver qué hacía y para sentirse, también, un poco redentores.

Ha llegado la hora de los mediocres.

Cierta vez, me dijo un líder auténtico:

—Mira, Bartolomé: si se quiere ser líder de veras, hay que tener dinero. Sin dinero salen sobrando todos los demás atributos.

Tal vez.

Pero si es cierto, Jacinto López cometió el error garrafal de mantenerse pobre, mientras otros se enriquecían nada más explotando su nombre.

Y más de una vez Jacinto ha de haberse sentido impotente, a punto de derramársele las lágrimas, cuando quería ayudar a algún campesino y no llevaba dinero para sus propias necesidades.

Se ha ido Jacinto. Y la hora de los mediocres empieza a caer, inexorable, sobre el movimiento obrero mexicano. Los campesinos han perdido a su último verdadero guía. (Aunque duele reconocer que en verdad ya lo habían perdido desde hace largo tiempo, porque los años de privaciones, de carencias, de cárcel y de desarreglos minaron tan profundamente la salud de Jacinto que desde hace mucho, mucho, no tenía los arrestos físicos para emprender nuevas cruzadas y nuevos sacrificios. Y sin sacrificios, ¿cómo va a haber líderes?)

Es la hora oscura. La hora de las muchas palabras. La hora del entreguismo. La hora de los mediocres pero avorazados.

Jacinto se ha ido para no verla.

Y ha hecho, tal vez, lo mejor que cabía.

5 de mayo de 1971

EL ORIGEN TURBIO Y LA ACCIÓN LIMPIA

Si Fidel Castro llegó al poder, en Cuba, no fue porque hubiera derrotado, jamás, a un solo regimiento del dictador Batista, sino porque el general Eisenhower consideró que, para el prestigio de los Estados Unidos, no era conveniente mantener dictaduras militares en América Latina. A Fulgencio Batista se le notificó que debería abandonar el país y a Fidel Castro se le notificó que podía entrar, con sus barbudos, a La Habana. Así de fácil. Nada más que el héroe de la segunda guerra mundial cometió un error, gravísimo: no sabía que Fidel Castro (como lo confesó tiempo después, cuando se supo dueño de la situación) estaba al servicio del comunismo internacional. Y entonces fue el crujir de dientes.

Pero Eisenhower no podía, de la noche a la mañana, invalidar con la fuerza de los *marines* lo que había hecho al través del Departamento de Estado. De ninguna manera. Se hubiese producido una algarabía que no hubiese dejado un solo rincón del mundo sin escándalo.

¿Cómo actuar contra Cuba? De una sola manera: obteniendo el silencio de los demás países de Hispanoamérica. Por eso, un buen día, anunció un programa especial de ayuda de quinientos millones de dólares... y la América Latina, como un solo hombre, tuvo la misma reacción: Eisenhower quería sobornar ¡y con una migaja! mientras preparaba, en lo militar, una jugada que más o menos pudiese tragar -a fuerzas- el mundo libre: la invasión de la Bahía de Cochinos, *por cubanos*.

Todo estaba dentro de la estrategia, bien. Pero Eisenhower olvidó que no estaba actuando en un medio militar, sino en un ambiente político, en el cual se producen *imponderables* que sorprenden, frecuentemente, a los más experimentados. El estaba seguro de que su Vicepresidente Richard Nixon habría de ganar las elecciones, para sucederle y para continuar su plan con respecto a Cuba. Pero John F. Kennedy se interpuso. Y Cuba no fue aplastada porque John F. Kennedy no lo quiso. Y la limosna de quinientos millones de dólares, para toda la América Latina, se transformó en algo lleno de luz: la Alianza para el Progreso.

...Y LUEGO DE DALLAS, SOMBRAS

Aquellos proyectiles, disparados en Dallas, no mataron nada más a John F. Kennedy. No. Mataron, además, a la Alianza para el Progreso. Lyndon B. Johnson no se atrevió a destruir de nombre lo que de hecho no le gustaba, y el membrete se conservó durante largos años.

Un vocero de la Casa Blanca ha anticipado que, con respecto a la Alianza para el Progreso, hay dos perspectivas: su reforma total o su desaparición.

Lástima que se haya molestado en anunciarlo. En Hispanoamérica hace mucho tiempo que la Alianza para el Progreso no nos llama a otra cosa que a un *requiem*. Mucho tiempo: desde el Magnicidio, en Dallas.

27 de abril de 1969

CLISÉS

Lo más fácil del mundo es, simplemente, hacer un clisé de la gente. Un clisé de quienes amamos, otros de quienes odiamos, uno más de quienes nos son indiferentes, alguno de alguien que nos interesa o puede llegar a interesarnos, y ya.

Operamos, los hombres, a base de clisés. Porque así podemos resolver cualquier interrogante en un santamién: ¿Fulano aspira a la gerencia de la fábrica en que trabaja? ¡Es un tarado que sólo piensa en masticar chicle! ¿Zutano fue cambiado a Los Mochis? ¡Sus jefes son unas bestias peludas sin media pizca de frente, mira que se trata de un joven inteligentísimo! (Naturalmente, nada tiene que ver que es un muchacho que nos llenó de elogios el otro día.) ¿Mengano fue ascendido? ¡Pero cómo, si es un ostión con patas que ni siquiera es capaz de comerse solo porque no le ponen salsa!

Clisés, y nada más. Y ni quién nos saque de allí, ni quien nos baje de nuestra mula.

¿Hitler? Un loco.

¿Churchill? Un borracho.

¿Aleman? Un ladrón.

¿Kennedy? Un mártir.

¿Nixon? Un cuáquero ciego.

- ¿Stalin? Un carnicero.
- ¿Truman? Un genocida.
- ¿Cárdenas? México.
- ¿López Mateos? Una víctima.
- ¿Acosta Romo? Firmes a tu regreso.
- ¿Franco? Un dictador.
- ¿Perón? Un cobarde.
- ¿Fidel? Un barbón.
- ¿El PPS y el PARM? Paleros.
- ¿El PAN? Reaccionarios.

Así actuamos con respecto a las figuras de la Historia y así actuamos con respecto a quienes nos rodean. A base de clisés. A cada quien lo ponemos en SU lugar, y nosotros, desde luego, en el nuestro. ¿Cuál es el nuestro? El de la perfección, naturalmente.

Y no.

Cada hombre es, en sí mismo, un conjunto de valores, una mezcla de afirmaciones y de negociaciones, de dudas y de audacia, de ignorancia y de conocimientos. Más, aún: cada hombre es un cúmulo de potencialidades en tal forma cambiante que ni siquiera puede afirmarse que el amigo de hace diez años sea el hombre que vemos hoy.

En los clisés de los hombres públicos hay una trascendencia muchas veces lesiva: quedan para la Historia. Así, por ejemplo, Nerón quemó a Roma, y nada más. Galileo dijo que la tierra gira, y nada más. El clisé permanece, a fuerza de convertirlo en sitio común de referencias y lucubraciones.

Veamos un caso.

Francisco Franco. El dictador de España. Cuando decimos esas cuatro palabras -el dictador de España- ya lo dijimos todo. Es eso y no es ni puede ser nada más. *Porque ya lo dijimos.* Pero, ¿de veras no es otra cosa?

¿Sabía usted que Franco fue el único gobernante que no sólo se opuso a la matanza de judíos ordenada por Hitler sino que logró que éste le entregara o perdonara a decenas de millares de judíos, salvándolos así de una muerte segura? ¿Lo sabía?

“Tengo pruebas absolutas de que Franco salvó a más de 60 mil judíos durante la Segunda Guerra Mundial”, afirma el Rabino Chaim Lipschitz, del seminario de la Torah Vodaath y Mesivta, de Brooklyn, después de entrevistar decenas de líderes judíos

españoles y de consultar numerosos expedientes y archivos de la última conflagración mundial. "La forma en que Franco logró sacar a los judíos de los campos de concentración es fantástica" -agrega el Rabino. Y cuenta algunos casos.

Como el de la llamada telefónica que Franco hizo a Hitler el 8 de enero de 1944. El español demandó que 1,242 judíos que habían de ser llevados al campo de exterminación de Bergen-Belsen fuesen liberados y enviados a España. Un mes después, los 1,242 judíos -muchos de ellos procedentes de Grecia- cruzaron la frontera española y Franco los recibió personalmente. "Cuando le dijeron a Franco que los nazis los habían despojado de sus pertenencias -dice Lipschitz- otra vez llamó por teléfono a Hitler y arregló que todo les fuese devuelto".

Lipschitz está escribiendo un libro sobre Franco y los judíos, considerando que ya es hora de que alguien, en el mundo, dé las gracias al dictador. Tal vez no le falte razón. Porque, dictador y todo, ¿quién puede restarle méritos a su intervención decidida, que se tradujo en la salvación para multitud de seres humanos?

He ahí algo que no sabíamos de Franco, y que no encaja dentro del clisé que habíamos hecho.

¿Qué tantos otros aspectos del mismo Franco desconocemos? Casi todos. Porque simple y sencillamente nos hemos conformado con un clisé, harto simplista y sobradamente primitivo.

Lo más injusto y lo más absurdo del mundo es juzgar a los hombres desde la cima de nuestra perfección y guiados por un clisé.

A eso se le debe llamar, sin clisé alguno, simplemente estupidez.

19 de marzo de 1970

PLANETA

Y no era cosa, por cierto, de dudarse. Era cosa de creer que el mundo podía ser, de veras, igual para todos, un día.

Muchas veces, lo escuché con la atención más concentrada del mundo. En otras, no me gustó -y así se lo dije- lo que exponía desde la cátedra. El era mi maestro de Historia del Pensamiento Filosófico, allá en la Universidad de Guadalajara.

Era el Lic. José Montes de Oca y Silva, a quien llamábamos "Pepito". Hace unos quince días lo asesinaron, horriblemente,

en su casa.

Y si algo recuerdo de él, de veras, es la vehemencia con que sostenía que todos los hombres tenemos idéntico derecho a disfrutar de las cosas del planeta.

Era un rojo. Un rojo (hasta el alma de la que renegaba y que hoy debe resplandecer, de puro júbilo de enseñarle y de enseñarse).

(Yo, Lector, no puedo ser un marxista, nunca. En primer lugar, porque no estoy dispuesto a endiosar y a creer infalible a un tipo, por más barbas que haya tenido. En segundo lugar, porque yo creo que todo hombre, sobre la Tierra, tiene el inalienable derecho de tomar lo que de la Tierra -heredad que Dios nos ha dado- le corresponda. En otras palabras: si alguien estudia, se esfuerza más que los demás, trabaja hasta el agobio, lucha por sobresalir, es absolutamente legítimo que tenga una casa, un auto, comida suficiente y buena, vestido abundante, ausencia total de carencias materiales. Y si alguien no trabaja, no se esfuerza, no lucha, no contribuye a nada y sólo quiere ser un parásito social, es absolutamente justo que tenga techo, comida y vestido magros y tristes. A cada quien -como dicen- según su trabajo. Pero, ¿qué creo del que se va de paso y empieza a atesorar, primero para sus hijos, luego para sus nietos, enseguida para sus bisnietos y finalmente para dar "lustre" a su apellido? Eso, en una sociedad civilizada, no debe permitirse más. El Estado debería tener una intervención -socialista, le llamarían algunos- que dictaminara cuándo un hombre tiene ya todo lo necesario. Y, luego de eso, impedir la acumulación de riquezas. Seguirá habiendo la diferencia entre el que trabaja y el que es un zángano, pero esa diferencia seguirá siendo saludable para todos. En el mundo jamás dejará de haber categorías. Cada quien debe tomar, del planeta, la parte que le corresponde. Y esa parte es, exactamente, la que representa el pago a los esfuerzos de cada quien. Un día, Lector, un día se va a establecer ese sistema. Un día. Y sin necesidad de gritones de plaza pública, ni nada. Un día. Y usted y yo vamos a verlo. Sobre el planeta no debe haber unos cuantos que acumulen para hartarse ellos y hartar a sus tataranietos, mientras otros necesitan un mendrugo para sobrevivir un día más. Sobre el planeta, debe darse en abundancia a quien trabaja, pero no más allá de su propia generación, porque los hijos deberán trabajar por su sustento, los nietos por el suyo, los bisnietos igual. ¿O creen los multimillonarios de hoy que, por descendientes, van a tener un

Bartolomé Delgado de León

cúmulo de tarados a quienes hay que asegurar la pitanza, porque hasta de mantenerse van a ser incapaces?).

El Señor Lic. José Montes de Oca y Silva, Maestro a nivel profesional de la Universidad de Guadalajara, está muerto. Me duele, porque aprendí mucho de él: quiso hacer, de mí, un marxista. Y al enseñarme el marxismo me obligó a voltear a ver a Dios.

24 de diciembre de 1973

NOTA:

Este es el último trabajo periodístico que su hijo Daniel recopiló de entre un millar de manuscritos que Bartolomé Delgado de León guardara en su casa de Ciudad Obregón, Sonora.

Su muerte ocurrió en Guadalajara, Jalisco, un 26 de septiembre de 1974 (N. del C.).

CAPITULO VIII

Del “Castillo del Odio” al “Callejón del Diablo”

Si me muero, ¡muerto y bien!

~~Me moriré~~ ~~con~~ con recato,
que al cabo la Luna llena
es Luna alegre de gato.

Si me muero ¡muerto y bien!

me tocarán a rebato
las campanas del silencio
que gritan cuando me mato

Si me muero, ¡muerto y bien!

pensarán que me delato
porque siempre dije, sí,
que tu desamor retrato.

Si me muero ¡muerto y bien!

van a decir que desato
tu cordel de madreperlas,
tu corazón en mi rato
y ~~tu~~ arcos de ilusión

~~con~~ con que te apunto y me mato.

125

Delgado
13/11/72

No sé, de veras, cómo escribo. A fuerza. Porque sí. Pero me sucede que apenas he puesto el primer dedo sobre una tecla, pasa un fulano a unos metros de mí -ventana de por medio- y grita un "¡camarooooones!" que ya lo quisieran los tenores para un estreno.

Cuando ha terminado el estremecimiento, y acometo de nuevo la tarea, en un instante me quedo frío: "¡Hay verduraaaaa!" Y como mi esposa, Rosa Amelia, le compra verdura al santo señor, pues él grita, grita y grita hasta que ella lo escucha. A veces, cuando me canso de oírlo, prefiero dejar todo lo que estoy haciendo, para ir a buscarla. Y pasa el carro de sonido, vendiendo periódicos, y el otro, anunciando las "especiales" de una tienda. Y los chicos. Y las señoras que encuentran placer en comunicarse a grito abierto.

No sé ni cómo escribo. Es algo espantoso. Bueno, ni tanto: cuando me colman el plato, simplemente tomo mi tocadiscos, pongo a Sibelius y abro el volumen. Entonces no oigo más que lo mío. Y ya no me molesta nadie. Bendita la música.

OSTIMURI, DON MIGUEL, LA ESCUELA, HÉCTOR... Y VILLA

Hace unos quince años.

Se dice pronto y se recuerda como si hubiese sido ayer.

Iba a haber, en Magdalena, una convención del Bloque Periodístico de Sonora. Y queríamos ir, porque teníamos la curiosidad de conocer a los demás periodistas del Estado; porque queríamos hablar, discutir, saber quiénes eran, realmente, los individuos que se abrogaban el derecho de hablar en nombre de los sonorenses.

Pero no teníamos en qué ir. En tren, imposible. En camión, un sueño.

Fue entonces cuando se apareció, en la Redacción del periódico, don Miguel Sainz López Negrete.

EL NACIMIENTO DE OSTIMURI Y EL "DON"

Héctor Mass Conant tenía una muy prestigiada oficina contable. Sus clientes eran, todos, serios, responsables, de gran iniciativa. Y sus empleados también (Pero, aquí, debemos revelar una debilidad de Mass Conant: siempre ha preferido a las secretarías muy bonitas. Y eso, que alegra hasta al aire acondicionado, a veces hacía que no rindiera uno todo lo posible).

Estaba yo, de vacaciones. Era maestro de planta y subdirector en funciones de la Escuela Secundaria; pero como me puse a acaudillar una insurrección sanísima, para hacer que nos quitaran al director zángano, había decidido salir yo también del Magisterio para que nadie pudiese afirmar que había encabezado la lucha con el fin de conseguir posiciones personales. Así de idiota es uno cuando es joven e inexperto.

Total, aproveché las vacaciones para buscar horizontes nuevos. Y llegué a la oficina de Héctor Mass Conant, sin saber nada de Contabilidad. Pero dos meses después yo estaba, inclusive, abriendo libros de nuevas empresas. Así de buen maestro es Héctor. Lástima que ni él podía pagar ni yo podía vivir sin paga. Lástima.

Pero allí, en la oficina de Héctor Mass Conant, conocí a

Miguel Sainz López Negrete. Mejor dicho: a DON Miguel Sainz López Negrete.

(Aparte, pues, y entre paréntesis: eso del DON no sé de dónde salió. DON Miguel tenía, en aquel tiempo, unos treinta años, o sea unos cinco más que nosotros. Pero joven y todo -y joven en demasía- su presencia, su estampa, su *categoría* - como él afirmaba, cuando estaba de vena- llevaba a todo el mundo a decirle DON.)

Llegaba por las tardes, a ver cómo andaba la contabilidad de su negocio. Y revisaba, analizaba, aportaba datos y documentos, discutía, estaba al tanto, empezamos a platicar.

Al rato, las pláticas no fueron en la oficina de Héctor Mass Conant, sino en el "Castillo del Odio" de Don Miguel. Era, Don Miguel, gerente de una empresa aceitera. Y vivía en el segundo piso del edificio que albergaba las oficinas del negocio. A ese segundo piso le empezamos a llamar el "Castillo del Odio", no tanto por la novela, sino por la sencilla razón de que empezamos a reunirnos un grupo de bárbaros que hacíamos cera y pabilo del prójimo. Recordamos, por ejemplo, a Carlos Moncada, a Jesús Grijalva ("ujvari", le decía Don Miguel), a Manuel Burrola, a Fausto Flores, a Alberto Santana, a Tiburcio Ibarra Morales, al ingeniero de la H., a...

Y nos divertíamos, en grande. Inventamos el agua tibia, entonces. Es decir, los *toritos*. Empezamos con el juego de la competencia abierta y despiadada: cada quien podía hacer la pregunta que se le pegase la gana, sobre cualquier tema: quien respondiese acertadamente, tenía un punto a favor; quien se equivocara, en contra. Ronda completa, y al final a ver quién era el más salsa. Algo criminal, porque todo el mundo tiraba a partir (Una vez invitamos al director de un periódico y le ocurrió que no pudo responder a una sola pregunta y, en cambio, todos acertaron a responder a la que él formuló. No regresó ni por el saludo). De ese tira-tira nació Ostimuri. Y, naturalmente, hicimos que Don Miguel fuese el Presidente. Yo fui su Secretario. Y estuvimos algunos años. Hicimos una revista, algunos recitales, llamamos a muchos valores... y desgraciadamente alguien dejó que se nos confundiera con los siete sabios de Grecia y Ostimuri se fue por la borda. Pero antes, como queda dicho, rindió muchos frutos. Individuales, inclusive.

Queríamos ir a Magdalena, a la convención del Bloque Periodístico de Sonora. Pero no teníamos en qué ir. Todavía no llegaba la inspiración que luego se tradujo en maquinaria, en autos, en abundancia formidable. El periódico en el que yo trabajaba era, todavía, un periódico pobre.

Pero llegó Don Miguel a la redacción. Platicamos acerca de todos los chismes y, cuando ya se iba, oyó una lamentación de uno de nosotros. Se devolvió, preguntó y soltó un

—¡No faltaba más! Acabo de comprar un Fiat, coño, y ni modo que lo pruebe en la calle. Así que a alistarse, porque salimos en la mañana.

Y ni modo. Ni hablar. Salimos en la mañana. Don Miguel llegó por nosotros y, sin más ni más, emprendimos el viaje hacia Magdalena.

¿Que si me arrepentí? ¡Claro! Don Miguel era un tipo que manejaba a ciento cuarenta por hora. O sea más de lo que daba su Fiat. Cuando a esa velocidad agarrábamos puentes y curvas, nada más nos hacíamos bolita, porque no quedaba otra cosa. Es una fiera al volante. La carretera debe haber quedado llena de chorros de sudor frío.

Pero llegamos, sin novedad, a Magdalena.

Me admitieron como miembro de número en el Bloque. Tal vez para compensar la expulsión dictada y aprobada contra Jorgito, el de "El Imparcial". Total, dos horas de hablar de papel, de trámites y de tonterías. Reelección de Pomposo Salazar. Y *buffet* (éste es un barbarismo asqueroso, que están empezando a usar los señores que creen que el dinero puede comprar un amparo contra la Real Academia de la Lengua).

Y Don Miguel Sainz López Negrete conoció, allí, al señor Profesor e Historiador Eduardo W. Villa, quien era miembro del bloque, porque colaboraba regularmente en varios periódicos del Estado.

Se conocieron, pues.

Y mientras nosotros tomábamos una cerveza, ellos dos, solos, ni siquiera probaban el café que les servían porque estaban demasiado ocupados hablando de lo ocurrido hace cien, doscientos o quinientos años.

Cuando terminó el agasajo, los periodistas del Estado empezaron a regresar a sus lugares de origen. Pero ni Don Miguel ni el profesor Villa se daban cuenta de nada. Hablaban, hablaban,

hablaban.

Al obscurecer, sin embargo, el Profesor Villa salió del trance, indagó por sus amigos... y se dio cuenta de que lo habían dejado solo. ¿Cómo regresar a Hermosillo? Don Miguel sonrió de oreja a oreja: él lo llevaría.

Y regresamos, de Magdalena a Hermosillo, a QUINCE KILOMETROS POR HORA. Porque Don Miguel no quería dejar de hablar con el Profesor Villa, porque ambos querían prolongar, lo más posible, aquel contacto inicial y firme.

De ida, rezando casi para no morir en una volcadura: de regreso, rezando para llegar pronto a Hermosillo y luego esperar el regreso a Obregón.

Todo se concedió: después de un largo, largo, largo trayecto, llegamos a Hermosillo, dejamos al Profesor Villa en su casa ¡y-luego-salimos-a-Obregón-volados-y-llegamos-a-ciento-cuarenta-por-hora!

“Ostimuri” vivió durante largos años. Pero, desgraciadamente, se cometió el error de volverlo *solemne*. Se hicieron estatutos, se fijaron reglas, se establecieron sanciones... y “Ostimuri” se acartonó. Se volvió un grupito de siete sabios, al que se miraba con recelo y con desconfianza -para no decir otra cosa- y lógicamente murió en el ánimo de la gente. Después de todo, a nadie le caen bien los *muy salsas*.

Pero, antes de que tal ocurriera, el Círculo Cultural “Ostimuri” tuvo logros muy hermosos, triunfos meritorios y distinciones señaladas. Barrimos en unos juegos florales; barrimos en otros, en Guaymas; don Miguel Sainz López Negrete conquistó un premio internacional de novela compitiendo contra cincuenta novelistas de toda Hispanoamérica y de España (“Cruces sobre el Teocali” nació, de hecho, a bordo de aquel Fiat de don Miguel, cuando él y yo hicimos un viaje a México, por los días de Navidad, en 1952. Para entonces, ya no me asustaba de verlo manejar a ciento cuarenta por hora. Yo estaba convencido -yo, que él lo estuvo desde siempre- de que era un conductor de polendas).

“Ostimuri” sesionaba cada semana -y sus sesiones, por imperativo categórico kantiano, eran húmedas-, pero sólo tenía una celebración anual, pública y notoria: la de aniversario. Entonces, hacíamos un banquete en algún lugar de tronío,

invitábamos a nuestros amigos y de sobremesa presentábamos trabajos valiosos: las pinturas del doctor Gabriel Amézaga, los dibujos de Alberto Santana, los relatos de Don Miguel, las humoradas de Don Jorge Lara Castellanos, los poemas de Héctor Navarrete Dondé y del Dr. Jorge García Sánchez, la crítica mordaz o el cuento luminoso de Carlos Moncada, la orientación profesional del Dr. Manuel Macías Parra, las canciones del Lic. Tiburcio Ibarra Morales, las inquietudes vibrantes del Profr. José L. Guerra, los versos de su hermano el Lic. Juan Eulogio, las puntadas de Carlos Enciso, el cuento costumbrista de Raúl Prieto... y hasta los relatos abracadabrantés del "Hermano Gorila", como le decíamos a Eduardo Ganime, el gerente de la Sear's Roebuck, aquella tienda que en el primer año vendió varios millones de pesos y luego *ahuecó* el ala en vista de la *calidad* de su mercancía.

En aquellos banquetes especiales, de aniversario, nos acompañaban nuestros amigos, así como algunos invitados especiales: el Presidente Municipal, algunos intelectuales del resto del Estado, el Rector de la Universidad (así conocimos al Lic. Luis Encinas, por cierto, ¡y a mucha honra!), algunos educadores distinguidos...

Había discursos, poemas, exposición de pintura y hasta cante jondo.

Pero lo mejor se quedaba, casi siempre, para la sobremesa. Se iban los invitados, uno a uno, y nos quedábamos los de casa, los de confianza, generalmente alrededor de una botella... o de dos (Lo que nunca pudimos entender era cómo Don Miguel, sin probar una gota de vino, era capaz de gozar, de convivir, de activarse emocionalmente hasta sentir la alegría del momento con la misma intensidad de los que sí seguíamos el ejemplo de Noé).

Desde aquella convención del Bloque Periodístico de Sonora, el Profesor Don Eduardo W. Villa jamás dejó de acompañarnos en los aniversarios de "Ostimuri"; como invitado especial del Círculo y como invitado personal de Don Miguel. Siempre se quedaba a la sobremesa.

Sucedió, pues, en una sobremesa. Había declamado algo suyo Héctor Navarrete Dondé, Don Miguel había contado algunas anécdotas, Enrique Islas había salido por peteneras. El Profesor Villa no quiso quedarse atrás. Así que declamó unos

versos que, según explicó, había escrito hacía largos años a una bugambilia que hubo en su casa. Y como eran versos simpáticos, bien medidos, bien hechos, se le dio un aplauso. Y alguien le dijo:

—¡Caramba, Profesor, no sabíamos que usted fuera poeta, además de Historiador!

El Profesor Villa sonrió, con su luminosa e inocente sonrisa, y contestó jovialmente:

—¿Poeta yo? ¡No, por Dios! Yo nada más soy un ensartador de consonantes.

Soy -nunca lo he puesto en tela de duda- un ser privilegiado. Por muchas razones. Pero, sobre todo, porque tengo amigos muy altos, muy valiosos, muy señores de sí mismos.

Me habló, ayer, Don Luis Gambustón. Creo que ya he dicho que él, del señorío, hace una práctica cotidiana.

Don Luis -investigador, culto, intelectual de veras- tiene un *hobby*. Pero la palabra no le gusta. El prefiere llamarse, a sí mismo, un "cazador de fechas". Yo añadiría algo al título: "cazador de fechas... y de fichas".

Se refirió Don Luis, al hablarme, sobre el nacimiento de "Ostimuri". Y me dijo:

—Me ha llenado de satisfacción la forma en que usted se ha referido a nuestro querido amigo don Miguel Sainz López Negrete. Y quiero decirle, al respecto, que tiene usted muy buen ojo para calcular la edad de las personas. Dice usted que por aquel entonces, en julio de 1952, Don Miguel tenía unos 30 años. No andaba usted mal. ¿Quiere usted saber dónde y cuándo nació Don Miguel?

Seguro que quería.

—Nació en Córdoba, Veracruz, el 18 de agosto de 1922. O sea que en la fecha de que usted habla él estaba por cumplir treinta años. No se equivocó mucho. Fue, usted, certero.

Si Don Miguel llega a leer esto, le va a sorprender que Don Luis esté tan enterado. Qué bueno. Verá que Don Luis está informado acerca de la gente a la que quiere (Y hasta de la que no quiere, supongo).

El tenía, pues, 29 años. Yo tenía 24. Y -¡seguro!- queríamos revolucionar el mundo. Pero por dentro. Desde la cultura y por la cultura. En el aula y en la conferencia. En el pensar y en el

hacer. Seguro. Yo inventé un método casi musical para hacer que mis alumnos de Literatura aprendieran a hacer versos, y él se quemaba las pestañas y se incendiaba las yemas de los dedos para investigar y escribir. Lo llevé -tenía que hacerlo- a escribir en la página literaria que yo hacía, los domingos, en el "Diario del Yaqui". Y, con ello, dí cauce a sus enormes facultades. Nadamás que Don Miguel es un lingüista, un tipo celoso de la corrección -aunque sin llegar a lo puntilloso-. Cuando su colaboración salía con erratas, iba al periódico y nos ponía de azul y oro, porque nunca ha tenido pelos en la lengua para partir -en forma elegante- a quien quiere partir. Un día, mi compadre Manuel Burrola le hizo una apuesta: su siguiente colaboración saldría impecable. Don Miguel aceptó la apuesta. Mi compadre -al que yo había llevado al Diario para cubrir la fuente policiaca, nada más porque recordé que en nuestros años de secundarios siempre andaba investigando lo que no le importaba- se esmeró: corrigió el artículo de Don Miguel SEIS veces, pidiendo a mi compadre Villalba, el linotipista, pruebas y contrapruebas. Hubiera corregido algunas más, si mi compadre Villalba no le hubiese recordado sus tiempos de boxeador y no le hubiese advertido lo que iba a suceder si insistía en estar *moliendo*. De todos modos, mi compadre quedó satisfecho, feliz. Iba a ganarle, a Don Miguel, ¡cincuenta pesos! El sueldo de dos días. Nunca he visto mayor seguridad en nadie. Pero al día siguiente llegó Don Miguel. Mi compadre estaba esperándolo. Por la apuesta. Y Don Miguel, parsimoniosamente, sacó su pluma, tomó un periódico y empezó a corregir. Cuatro erratas. Sí: erratas. Mi compadre protestó. No era posible. Se pidió el original, al departamento de linotipos (bueno, eso de *departamento* era un *bluff*: no había más que una máquina). Cuatro erratas, contra original. Mi compadre se *jalaba* los cabellos. Y no porque tenía que pagar los cincuenta pesos -que nunca los pagó- sino porque dejó de ganarlos.

Hubo, allá en el "Castillo del Odio", en la gestación de "Ostimuri", alguien más, aparte de los que ya mencioné: mi compadre Alfonso Castañeda Sandoval y mi compadre Enrique Islas. Mi compadre Castañeda no sólo tenía preparación para los *toritos* intelectuales con los que jugábamos sino, además, facilidad enorme para la crítica, sobre todo la irónica. Mi compadre Islas era un desastre. Escribía algo y, al leérselo, a veces

nos dejaba con la boca abierta -así era de buen actor-. Pero, cuando podíamos ver el original, lo escrito, entonces había que echarle rayos y centellas, porque no había ni comas, ni puntos, ni nada. ¿Cómo leía aquello, cómo hacía pausas donde no estaban señaladas, cómo leía las admiraciones e interrogaciones? Quién sabe. Es uno de los misterios que no he podido, jamás, explicarme (Mi compadre Castañeda, por lo contrario, siempre ha sabido escribir, quizá por exceso de celo gramatical). Ellos estuvieron con nosotros cuando -sin nosotros saberlo- se fraguaba el parto de "Ostimuri".

Decíamos que "Ostimuri" estaba, luego, en el "El Callejón del Diablo". Ni luz eléctrica, ni nada. Era como entrar a una boca de lobo. Pero la casa tenía un patio amplio (¿cómo no, si no había construidos más que dos cuartos?) y un cercado hecho con alambre de púas. No recuerdo cuánto nos cobraban de renta, pero no importa. De todos modos la pagó Don Miguel (Ni modo: era su sino: pagar por dar cultura. Así les ha pasado a todos los Mecenas del mundo. Además, si él no pagaba, ¿quién iba a hacerlo?).

"Ostimuri" empezó a crecer, a tomar cuerpo, a valer. Cuando el Doctor Gabriel Amézaga Irazoqui llegó a mostrarnos sus cuadros, comprendí que ya no estábamos jugando. El doctor Amézaga es, como profesional, de lo más profesional. Y, como pintor, excelente. Cuando vi sus pinturas supe que estábamos actuando en serio.

Nos reuníamos en aquel patio, semana a semana. En invierno, como es obvio, nos metíamos. Mandamos construir dos o tres bancas y además -cuando era imprescindible, para atender a invitados- llevábamos sillas. "Ostimuri" empezó a ser.

¿Qué hacíamos, cada semana?

Habría que decirlo, aunque duela un poco, por lo solemne: pasábamos lista, como si estuviéramos en la escuela. Y fijábamos a cada quien la obligación de presentar un trabajo -poesía, ensayo, cuento, pintura, lo que fuese- en una fecha determinada, de acuerdo con un calendario hecho al vapor. Me avergüenzo de ello. Nos estábamos solemnizando. Pero algo nos salvaba, y por ello peleé a veces con todos: la libertad de que cada quien, en las sesiones semanales, bebiese lo que llevara o le que le pegara la gana. Y fue curioso ver cómo, algunos que no se distinguían por sus hábitos de abstermia, se oponían al culto a

Baco, mientras que Don Miguel, abstemio, hasta pagaba de su bolsa los cartones de "Tecate" para que todo saliese bien, cada semana. Eso fue lo que salvó, por algunos años, a "Ostimuri". Cuando se trató de convertir a "Ostimuri" en una especie de *Real Academia de la Solemnidad*, se murió. Hizo bien. No podía hacer nada mejor (Para mí, hablar de "Ostimuri" es como hablar de un niño, casi de un hijo. Porque "Ostimuri" llegó a tener existencia real, propia, bonita).

Cada semana, pues, a cielo abierto. Las estrellas, arriba, parecían querer bajar, nada más para oírnos. Eramos jóvenes y buscábamos la belleza, teniéndola en las manos y en los ojos. Así nació "Ostimuri".

Hacíamos lo nuestro, lo leíamos, escuchábamos la crítica (feroz, muchas veces), peleábamos, discutíamos, abríamos caminos de luz a la cultura.

Pero aún estábamos encerrados. Aún no podíamos comunicarnos con los demás. Por eso decidimos crear una revista. Para comunicarnos. Para que el resto del mundo se diera cuenta de que estábamos haciendo una revolución.

Fue una revista muy bella, aunque duró -bueno, pues, tenía que ser- muy poco. "Ostimuri" sigue siendo, para mí, el niño pequeño al que no debí haber abandonado.

Quería acordarme de algunas de las cosas que hicimos en la fundación de "Ostimuri". Pero no me dejaban. Hasta el teléfono se puso de mal talante.

Quería acordarme de cuando llegaron a "Ostimuri" Carlos Enciso, Eduardo Ganime, el Lic. Cabello Moreno y su esposa, el Lic. Juan E. Guerra Aguiluz. Eso fue después. Cuando ya "Ostimuri" estaba caminando con pies propios.

Pasó algo grave: Don Miguel tuvo que irse a vivir a Guadalajara y yo, como estaba diciendo algunas verdades no muy digeribles por ciertas personas, preferí dejar de asistir a "Ostimuri" para que nadie lo involucrase con mis actividades *subversivas*. Nada más que, un buen día, me dieron una *desconocida* de muy padre y alcalde mío. Pero no importaba. De todos modos, "Ostimuri" se estaba muriendo de solemnidad. Ya no podía criticarse, ya había que limitarse a una sola vez en el uso de la palabra. Ya no se podía reír. Ya había que ser *solemne*. ¡Qué bueno que no me tocó asistir a los funerales! (Tampoco estaban, para tan faustas

exequias, Carlos Moncada, Jesús Grijalva, Jorge Lara Castellanos, Fausto Flores, Manuel Burrola, Tiburcio Ybarra Morales y algunos más que, por diversas razones, habían tenido que ausentarse o habían decidido separarse. Al Profesor Guerra le tocó el trance amargo de enterrar a "Ostimuri". Pero no podía hacer nada más. "Ostimuri", cuando llegó a sus manos, era ya un cadáver. Y a los cadáveres hay que enterrarlos, o incinerarlos).

Pero, mientras duró, fue bueno e hizo bien.

No sé en qué condiciones estará, pero en el archivo de "Ostimuri" -si aún existe- debe haber muchos cuentos, ensayos, poemas y hasta canciones inéditos (Nos ocurría, a muchos, que hacíamos un trabajo para presentarlo en la fecha que se nos había fijado y, como casi ninguno dejábamos copia y como el original había que entregarlo a la secretaría, después nos quedamos sin nada. Yo, cuando menos, perdí allí unos treinta o cuarenta poemas y algunos cuentos. Y, como yo no me sé de memoria nada de lo que escribo, la pérdida es definitiva. Lo siento por el mundo).

¿Qué hicimos? Muchas cosas buenas. Por ejemplo, una serie de doce recitales poéticos y programas especiales que, con duración de una hora, se transmitieron semanalmente a través de XEAP. No nos pagaban un centavo, pero no nos cobraban. Ellos ponían su tiempo y nosotros nuestro entusiasmo.

Hicimos recitales públicos de poesía en el auditorio de la Unión Cajeme. Me tocó presentar al Dr. Jorge García Sánchez y al Lic. Eulogio Guerra Aguiluz, y cada uno, en su recital, obtuvo aplausos y elogios. Hicimos una mesa redonda, con producción de unos diez de nosotros, y aquello fue un éxito memorable. Pero el que se llevó esas jornadas fue don Jorge Lara Castellanos quien -con aspecto tímido y todo- hizo que los asistentes a su presentación se desternillaran de la risa nada más de oírlo leer los cuentos sobre su tío.

Dimos algunas becas a chicos brillantes de primaria para sus gastos en la secundaria. La primera beca, por cierto, la ganó esa chica inteligente y talentosa que se llama Tere Gil.

Dictamos algunas conferencias (Recuerdo una, particularmente: la que sobre Magallanes dictó don Miguel Sainz López Negrete en una reunión con invitados que tuvo lugar en la casa

de mi compadre Severiano P. Quintero, actual Comisario -y el mejor posible- de Vícam. No hubo quién no se sorprendiera ante la memoria fulgurante de Don Miguel, ante la amenidad de su relato, ante su erudición pasmosa).

Auspiciamos una larga serie de conciertos y de presentaciones teatrales. Fue muy grato hacerlo, pero aquello se constituyó en una de las causas principales del debilitamiento de "Ostimuri": había que vender cada quien un número determinado de boletos, o pagarlos del propio bolsillo. Cuando vender boletos se convirtió en una odiosa práctica, muchos desertaron.

Hicimos -ya lo dije- nuestra revista. Fue hermosa, aunque de existencia breve. Nos cobraban cerca de tres mil pesos por edición de mil ejemplares. Y eso, en aquel tiempo -¡y también en éste!- era mucho dinero. Resultado: en cada número había déficit. Don Miguel -otra vez- tuvo que pagar la mayor parte.

Dejamos el "Callejón del Diablo" (y no, no se crea que el local de "Ostimuri" estaba perdido por algún rumbo ominoso. Qué va: estaba a espaldas de la escuela Dworak. Pero le decíamos "del Diablo" porque no tenía un solo foco de punta a punta de la cuadra. Creo que todavía no lo tiene. Y, a propósito, me he preguntado siempre por qué se considera que los habitantes de los callejones son ciudadanos de segunda, o algo por el estilo; el alumbrado es, por ejemplo, nada más parte de las calles. Pero eso es materia de otro artículo). Y nos fuimos a los altos de la Botica Nueva, ante la insistencia y ante la generosidad del profesor Guerra que nos proporcionó un local amplio, con una renta muy baja. Pero el experimento no tuvo resultado. Se perdió el ingrediente más precioso que tenía "Ostimuri": la espontaneidad que hacía de reunimos como anduviésemos, en torno a una botella de vino, o de un cartón de cerveza, allá en nuestra casa del callejón. Como en aquel segundo piso estaba la Casa de la Asegurada, pues había que acicalarse, para no dar mala impresión a las señoras y a las señoritas que asistían a los cursos que allí se dictaban; había que saludar solemnemente a mucha gente, porque nos la encontrábamos antes de subir a nuestro local; había que ser muy discretos para subir un cartón de cerveza y luego había que medirse mucho para que, por culpa de alguna cucharada de más, no se fuera a dar un mal paso en las escaleras. Fue un error.

Ya lo dije. Cada año, en cada ocasión del aniversario de

"Ostimuri", hacíamos un banquete. Con señoras y todo. Y salían muy interesantes. Presentábamos pinturas, poemas, ensayos, de sobremesa, y más de alguna vez hubo *cante* del bueno. De Hermsillo, nos acompañaban el profesor Eduardo W. Villa y el rector de la Universidad, Lic. Luis Encinas, entre otros; de aquí, el alcalde, los más destacados dirigentes de algunos organismos de servicio social. Era la única vez, en el año, que buscábamos contacto con las autoridades o con otros organismos.

¿Qué más hizo "Ostimuri"? Una biblioteca pública que desgraciadamente se clausuró cuando más servicios estaba rindiendo a millares de niños (El programa de estudios vigente - contra lo que ocurría antes- obliga a los niños a la labor de consulta. ¿Y dónde va a consultar el niño que no tiene siquiera para comprar el cuaderno? Es tan serio este problema que se lo expuse a Don Angel López Gutiérrez cuando él, siendo Alcalde, a veces iba por mí, en las noches, para juntos recorrer las obras y cambiar impresiones. El estaba decidido a aceptar la idea y a construir, en las barriadas citadinas, en terrenos de cada escuela, de ser posible, pequeños kioscos-biblioteca en los que hubiera una enciclopedia, una colección de todos los libros de texto y una dotación adecuada de libros de consulta. Inclusive pensamos en pedir la colaboración del Magisterio, para que fuese un maestro quien se encargara de atender la biblioteca. Habría bancas para los concurrentes. Algo así como si se tratara de un pequeño *drive inn* de la educación. Pero no pudo hacerse. La agitación política acabó con el proyecto). Lástima. Los libros de la Biblioteca Popular "Ostimuri" -unos tres mil- han sido llevados a la biblioteca del ITSON. Bueno. Pero no del todo justo. Hubiera sido mejor que se hubieran entregado a la incipiente biblioteca de la Escuela Secundaria porque los secundarios están necesitando de veras, mientras que los muchachos del Tectienenlo suyo. Desde luego, alguien dirá que los muchachos de la Secundaria no tienen más que atravesar la calle para ir a consultar lo que se les pegue la gana. Pues no han ido. No van. No irán. Si ello resulta inexplicable para quien no está empapado de la mentalidad de nuestros muchachos, en cambio para cualquier maestro de la Secundaria y muchos del ITSON no necesitan explicación alguna. El ITSON es OTRA escuela. ¿Se entiende?

Debo decir, en honor estricto a la verdad, que si "Ostimuri"

duró tantos años se debió, fundamentalmente, a dos personas: primero, a Don Miguel Sainz López Negrete, que fue el alma y el pivote, el sostén y el soñador de los tiempos iniciales. Y, luego, al Profesor José L. Guerra. ¡Con decir que el Profesor -cuando nos salimos de los altos de la Botica Nueva- hacía las sesiones en su casa, y de su bolsa pagaba vino, cerveza y bocadillos, sólo para mantener vivo a "Ostimuri"...!

Entre Don Miguel y el Profesor hubo otros Presidentes: el Dr. Jorge García Sánchez, Carlos Enciso, Eduardo Ganime. ¿Alguno más? Lo recordaré mañana. Hoy, por hoy, estoy cansado.

24 de enero de 1969

EDUARDO W. VILLA

1) Lector: nos referíamos hace unos días, a los círculos de elogios mutuos que en todas partes funcionan y que, en nuestra región, han alcanzado categoría de cenáculo infalible, fuera del cual no se puede hacer nada. Los valores auténticos, así, prefieren prescindir del oropel y encerrarse en sí mismos, produciendo para tiempos mejores, antes que obligarse a prodigar elogios que no se sienten y a elementos que en realidad no lo merecen.

2) En Sonora hay muchos elementos de éstos, que trabajan en la oscuridad aparente, pero que habrán de significar, en un futuro no muy lejano, la luz auténtica del arte, del conocimiento, de las disciplinas del espíritu. Hay de estos valores, y en un número superior al que puedan imaginar quienes del halago han hecho un verdadero *modus vivendi*.

NOTA:

Entre los fundadores de "Ostimuri" destaca también el ingeniero Humberto Rodríguez Durán. Asistían a sus reuniones semanales como invitados a conferencias hombres de letras, periodistas, profesionistas y seguidores de las bellas artes como: Eduardo W. Villa, Jesús Alfonso Cadena, Jesús Corral Ruiz, Herón Padilla Mejía, Luis Farfán Arias, Héctor Mass Conant, Sócrates Almirudis, José Antonio Rodríguez, Rafael Vidales Tamayo, Arnulfo Palma Cárdenas, Mario Vázquez Jiménez, Alfonso Castañeda Sandoval, Francisco García Blanco, entre otros (N. del C.).

3) Valor alto y limpio, el señor Profesor don Eduardo W. Villa, primer historiador de Sonora e intelectual de quilates auténticos. Espíritu universal, discípulo del Humanismo que salva y de las disciplinas que enaltecen. Trabajó en la obscuridad de su modestia y con el buril de su dedicación, para darnos los frutos de sus investigaciones y la flor de sus anhelos.

4) Vertical, señor de sí mismo, el maestro W. Villa, nunca se cansó de prodigar semillas de luz a todos los horizontes. Lo mismo desde la cátedra luminosa que desde el artículo periodístico; igual desde la aridez aparente de la Historia que en el placer limpio de la anécdota didáctica. Labró senderos de conocimiento y expuso ideales de luz.

5) El profesor Eduardo W. Villa, amigo entrañable, que supo darnos aliento en los instantes más críticos de esta profesión dolorosa que es el Periodismo Honesto, acaba de morir. Su transición, que pone dolor en todos los corazones dignos, es una pérdida irreparable para Sonora y para México... Hoy, Lector, nos hemos puesto a revisar algunas de sus cartas y en ellas hemos encontrado, siempre igual, al afán crador de su espíritu. En una de ellas, de las últimas, nos decía: "Muy estimado amigo y compañero: sólo unas cuantas líneas para repetirte mi agradecimiento por el envío de HERALDO DEL YAQUI, cuyos artículos leo con agrado. Me complace altamente su trayectoria de valentía y honradez periodística. Como te habrás fijado, hace mucho que no escribo en la prensa, pero me veo obligado a colaborar con el periódico del Colegio Regis mensualmente, en una sección que denomino "Sonora histórico y anecdótico". Te acompaño la próxima colaboración para que, si lo estimas conveniente, la des a luz pública un "Sábado Literario". A Pomposo también se la remito hoy"... Y nosotros, Lector, reflexionamos que el verdadero hombre superior, el que no asume poses ni busca elogios de capilla, crea incansablemente por todos los medios a su alcance, sin despreciar siquiera los periódicos estudiantiles, donde se forjan valores del mañana... Un valor alto y digno y limpio y luminoso ha muerto... Descanse en paz el hombre callado y el espíritu superior que labró caminos de conocimiento y forjó senderos de luz... Y dígalo que yo lo dije...

1º de noviembre de 1960

CAPITULO IX

Aulas llenas de luz en Cajeme

Inauguración de la escuela secundaria J. Rafael Campoy en Cajeme (Septiembre de 1955). Se puede reconocer a José Ma. Ocegüera (segundo de izq. a der.), presidente del Supremo Tribunal de Justicia; Francisco Obregón (cuarto); enseguida a Ignacio Soto, gobernador del Estado de Sonora; Faustino Félix Serna, presidente municipal, y J. Encarnación Chávez (penúltimo). Foto: Archivo Guillermo Moreno Ruiz.



A UN MAESTRO SALOMONICO

TRES BARTOLOMÉS DISTINTOS Y UN SOLO HOMBRE VERDADERO

Quizá los recuerdos y los sueños sean las manifestaciones interiores que el ser humano sienta como más excluyentemente propias, íntimas y atesorables, porque... porque podremos compartir con quienes hayamos elegido para ello, pero al final, ése seguirá siendo un territorio que nadie puede visitar sin nuestro consentimiento y nuestra guía. Sin embargo, hay veces en que los recuerdos de los demás pueden actuar como detonantes de los nuestros y nos desatan, desentierran o sacan a flote sueños y memorias que ya habíamos olvidado que olvidamos.

Eso es lo que me ha venido sucediendo desde que Mayo Murrieta y Martín Delgado empezaron a removerme la evocación de un singular maestro que tuve durante la primera adolescencia.

Porque parece que, según esto, cada quien tiene en cada etapa de su proceso educativo un maestro clave; un mentor decisivo; un enseñante "quid" que jamás podrá olvidar porque lo ha influenciado para toda la vida. Y parece también que cada uno encuentra el momento más propicio para recordarlo. Es por eso que no pude evitar el invocar aquí a mis maestros inolvidables con todo y el distintivo maldoso de los apodosos que les indilgó nuestra malicia adolescente y de los cuales probablemente no se libraron en el resto de sus días. Y al retroceder en la memoria hasta la primerísima letra aprendida con sudor y polvo, recobro la borrosa figura de Consuelo, que con heroísmo ejemplar se las arregló para enseñar a leer y escribir (aunque muchos no terminemos de aprender todavía) a un grupo de rapaces cerriles bajo la sombra rala de un mezquite cenizo que resaltaba sobre los tupidos y espinosos breñales de lo que hoy es Villa Juárez.

Avanzo luego a la primaria formal y me salta la figura nerviosa, el pelo castaño y ondulado y el bigotito recortado de Héctor Tavera (el "Furias"), aquel michoacano trasterrado que se nos regresó al "México profundo" antes de darnos tiempo de

apreciar su invaluable contribución a nuestra primera instrucción.

Salto luego a la Escuela Secundaria No. 1 "José Rafael Campoy", del viejo Cajeme, que atrincherada detrás de la barda circular del antiguo estadio de beisbol fue escenario de nuestra condena final a llevar zapatos, a peinarse a diario y a mantener a raya el flujo de los mocos. Y en aquel duro trance civilizatorio, marcado por la desorientación, me levanta el índice y me mira por sobre sus gafas la figura enérgica y bajita de un intelectual prematuro (prematuro para aquel medio y aquel momento), que plantado sobre una seguridad en sí mismo que ninguno de los otros maestros pudo nunca proyectar, me hace una pregunta incisiva: es Bartolomé Delgado de León, el prestigiado "Tapitas", que todos respetamos pero que no hemos aprendido a valorar todavía. Por eso es que ahora me confabulo con el autor de este libro para invocar su recuerdo y compartirlo con quienes disfrutaban su lectura. Pero...

Ahora la memoria nos arrastra hasta las desportilladas aulas donde transcurrió nuestra inquietable adolescencia cuya taimería se ensañó siempre sobre los mentores menos enérgicos, al grado de que casi orillábamos a la locura a dos indefensas maestras. Y en quel ambiente de enfrentamientos entre la rebeldía y la misión instructora se impone sin aspavientos, sin estridencias verbales, sin amenazas de "mandamos a la Dirección", la mirada soñtenida de Bartolomé y la mano firme en el arma efectiva que se inventó para domarnos: la lista de asistencia.

Lo que pasó fue que su inteligencia se impuso sobre nuestra indisciplina por medio de un código secreto confeccionado a base de pequeños signos comunes (puntos, triángulos, cuadrados, rayas, comillas, círculos, asteriscos, letras griegas, etc.) a los que él supuestamente asignaba valores calificativos que ponía bajo nuestros nombres para medir nuestro comportamiento, nuestras respuestas a sus preguntas y nuestro cumplimiento a las tareas que nos encomendaba. Muchas veces tratamos de descifrar los significados de sus garabatos, pero jamás pudimos penetrar en sus claves.

Y es que él sabía bien que para los que veníamos de los pueblos del valle, una baja calificación o una reprobada, podían

ser más dolorosas que cualquier otro castigo porque teníamos la clara conciencia de depender del humilde sacrificio de nuestros padres campesinos.

Así que el temor al "sánscrito" aquel, ejercía sobre nosotros un poder domesticador más efectivo que todos los demás recursos disciplinarios juntos. Y luego estaba su severidad (más tarde me vine a dar cuenta de que era otro de sus recursos cuidadosamente actuados) que proyectaba con su levantamiento de ceja y su mirada clavada en el fondo del salón donde se refugiaban los menos corregibles.

Pero el primer acercamiento personal al Bartolomé "salomónico", se la debo al rápido y certero manejo de las piedras que había aprendido en mi pueblo a base de una práctica consuetudinaria.

Sucedió que una tarde de verano, cuando maestros y alumnos caminábamos plácidamente por la calle después de la última clase, a un odiado condiscípulo (que hacía días andaba pavoneándose con su bicicleta nueva y revolviendo la envidia de todos los de a pie) le dio por emprender la carrera desde muy atrás, por la terracería de la calle recién regada, y vino a salpicar de lodo a todos los que pudo alcanzar. Yo no lo vi a tiempo y eso le dio la irresistible oportunidad de soltar una mano y... y atizarme un "arrión" a mano abierta que me rasuró la cabeza al ras de los cabellos y me hizo hervir la sangre. Tentaleo entonces la grava del revestido con la rapidez que me da la ira, pepeno la primera piedra de buen tamaño y la zumbo por sobre las cabezas de los que van adelante. El tiro lo alcanza cuando ya va confiado en su lejanía y le pega en plena espalda. El dolor y la sorpresa le hacen levantar los brazos y olvidarse de los manubrios. Cuando reacciona, ya no puede recobrar el equilibrio y cabalgando sobre un ¡Aaaaaay...! va a estrellarse con todo su peso y su susto contra el grupito que va delante y luego a caer rayando el suelo con los codos, entre un desparpajo de cuadernos y de risas.

Cuando me doy cuenta de lo que he ocasionado, siento el impulso de correr a levantarlo pero no puedo dar paso y me quedo allí como clavado al suelo tratando de calcular el estropicio. Y entonces veo cómo una docena de vengadores ocasionales emprenden una marcha cerrada en mi contra con los puños

llenos de piedras.

Una mano en alto y una voz decidida, los para en seco.

Es Bartolomé que desde atrás ha visto todo y, cual padre salomónico, interpone su autoridad para detener el acto bíblico de mi lapidación.

Así me salvé de aquélla. Pero de lo que no me salvé fue de su reprimenda y de una tupida peroración contra la ira y contra la ceguera de la violencia. Y quedé a media calle regañado y contrito, pero eternamente agradecido.

Poco después, en un periódico que retorcíamos para colgarlo con un ganchito de la presilla del que se descuidara y luego prenderle fuego, descubrí su nombre en letras impresas y quedé hondamente impresionado. Debió ser alguno de los poemas que por entonces publicaba y de los cuales nosotros nada sabíamos. Claro que hubiera dado lo mismo que lo supiéramos porque veníamos de un medio donde ser poeta era una vergüenza familiar que había que ocultar y porque nuestra gozosa ignorancia adolescente jamás hubiera alcanzado a vislumbrar su talento.

Pero mi acercamiento personal a él no sucedería en las aulas sino en el callejón Pablo Sidar.

Porque sucedió que cuando llegamos a Cajeme, procedentes de la colonia Irrigación, nuestros padres vieron con información de que don Domingo Saldívar y doña Eulalia tenían desocupado un cuartito de pitahaya entretejida en el fondo del solar que daba al callejón y que estaba ni mandado hacer para alojar aquella cuarteta de mocetones azorados compuesta por mi hermano Trini, mi primo Héctor, mi amigo Ernesto y un servidor. Y allí fuimos a tender nuestros catres.

Durante las noches de calor, emergíamos embotados a respirar bajo los árboles de atrás de la casa. Era entonces cuando nuestra nostalgia se hacía más evidente y cuando Arturo Saldívar nos consolaba con pláticas y chistes frescos que traía de todos los rumbos del valle. "Los colonitos" nos apodó y nos cobijó bajo un afecto parecido al de hermano mayor. A su lado, saltaba siempre un rapaz medio desnudo que tal vez aguijoneado por los celos a la atención que Arturo nos brindaba aprovechaba cualquier ausencia nuestra para apedrear el cuarto dejando cacarizo el zarpeado de lodo. Le daba también por

esconder los calcetines que dejábamos secando sobre la cerca de carrizos y por meter lagartijas entre nuestras sábanas.

Por todas las que entonces nos hizo, y que todavía nos debe, le endilgamos el apodo de "El Tábano". Y hasta hoy, todavía no sé de quién de los nietos Murrieta de don Domingo se trataba.

Y así transcurría la vida, hasta que un buen día nos dimos cuenta de que la hija más bonita de los Saldívar se había casado de pronto con... ¡nada menos que con...! con el maestro Bartolomé, por quien desde entonces nos crecía una especie de celos de hermanos advenedizos y de envidia de menores de edad. Pero con todo y eso, tratábamos siempre de hacernos los encontrados con él mientras él intentaba lo contrario entrando por la puerta principal de la casa que daba a la calle Puebla. Al tratar de evitarnos, entrando por el callejón, lo pescábamos a boca de jarro y ya no podía negarse a darnos una mano con las tareas.

Bartolomé debió intuir aquella mezcla de envidia y admiración que le teníamos y debió también sentir que era porque se había llevado a la Rosa Amelia; porque ostentaba una gran seguridad en sí mismo; porque vestía con pulcritud y porque calzaba zapatos de tapitas con doble cinta. También debió adivinar que cuando se aventuraba por el callejón, nosotros lo seguíamos sin que nos viera, parodiando su modo de andar, su manera de cargar los libros y su modo de levantar la ceja.

Tuvimos todavía la suerte de que nos tocara como maestro durante el segundo año y cuando ya nuestra contumacia comenzaba a atenuarse, fuimos dándonos cuenta de que habíamos sido objeto de un singular privilegio.

Pero ya nos íbamos y no sería sino hasta que leyéramos sus textos por primera vez, ya en la preparatoria de la capital del Estado, cuando empezaríamos a descubrirnos sus influencias.

¿Maestros clave, mentores decisivos, instructores inolvidables? Uno nunca sabe. Lo cierto es que cuando nuestro ciclo vital hace avanzar nuestro proceso de aprendizaje, empezamos a valorar a esos enseñantes primicios; a recordarlos y, finalmente, amarlos desde la lejanía de nuestro tiempo. Y no es hasta entonces, cuando definitivamente los recuperamos.

Y de los tres Bartolomé (el periodista iracundo, el narrador-poeta nostálgico y el maestro concienzudo) sólo conocí, o casi,

a éste último. Por eso es que fui atrapado por la lectura de esta obra recuperadora que nos rescata, documentados, a los tres Delgado distintos y, con ello, al Bartolomé verdadero.

Gerardo Cornejo
Rector de El Colegio de Sonora.

Hermosillo, Sonora, noviembre de 1993.



Inaugurando el Hospital Civil de Cajeme (Septiembre de 1955). Francisco Obregón; Ignacio Soto, gobernador del Estado; Faustino Félix, presidente municipal, y Ramón Corral Delgado, secretario general de Gobierno. Foto: Archivo Guillermo Moreno Ruiz.

Era Manuel Islas uno de los hombres más callados que conozco. Pero, cuando daba su clase de Literatura, se transformaba. Y leía -nos leía- poemas admirables. A veces -de puro egoísta- llego a pensar que tuve los maestros que necesitaba. A él, Samuel Rentería, en la Secundaria. A Bernardo Guerra, en el tercero y cuarto de primaria. A Florencio Irineo, en el quinto año (Allá, en Pueblo Yaqui, cuando la luz me parecía muy alta. Allá, en la escuela pequeñita y llena de calor humano. Adolfo Schwarzbeck, Martín Antonio Contreras, David Stalkhoff, Miguel Kuraica, Ramón Cázares, Moisés Vásquez, qué sé yo. Muchas chicas bellas -y entre ellas escogí a mi esposa-). Florencio Irineo me hizo conocer a Manuel Gutiérrez Nájera, a Juan de Dios Peza, a Manuel Acuña ("¿No ves cómo el amor late y anida/ en todas las arterias de la vida,/ que se me escapa ya?"). Conocí al Duque Job. A Darío. Nunca acabaré de darle las gracias a Irineo, quien después fue mi compañero en la Secundaria, en el alto ejercicio de la docencia.

Había un hombre que amaba el Silencio. Tal vez por eso lo amamos -a él- millares de alumnos. Fui, yo, uno de los pocos que tuvo el privilegio de entrar a su alma. Hablábamos, a veces, largamente. Me quería como si hubiese sido mi padre. Me respetaba. Me aconsejaba. Me abría caminos de luz.

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo,
donde parezca un sueño la agonía
y el alma un ave que remonta el vuelo.

Gutiérrez Nájera. El poema favorito de él, de Lázaro Mercado. Yo creo que rio conmigo, por primera vez, cuando descubrió que yo me sabía, de memoria, su poema. Me lo había enseñado Irineo.

Debería, de veras, ponerme de rodillas. Dar gracias. En el camino de la vida he encontrado a muchos espíritus luminosos.

¡OTRA CONCENTRACION DEL PARTIDO DEMOCRATICO DE CAJEME!

OX
MÁS POTENCIA
AS AUDITORIO
AS VENTAS.
•5,000 Watts•

ESTADÍSTICA GENERAL
MEXICO
Heraldo del Yaque
DIARIO DE INFORMACION, MEMORIA DEL ALTO COMANDO EN JEFE DEL EJERCITO
ENTABALADA EN LA PUNTA DE PERDURACION UNICA EN AMERICA
ANUNCIOS EN EL VALLE DE CAJEME EN LA AVENIDA DEL VALLE DE CAJEME
CALLE DEL VALLE DE CAJEME Y CALLE DEL VALLE DE CAJEME

EL DISCO
QUE
USTED
BUSQUE
LO ENCONTRARA
EN:
El Ruiseñor

180 XXX () Edición MATEO J. LAVALA GARCIA () Edición ROBERTA E. VAL G. LAVALA () Ciudad Obregón, Son., Lunes 19 de Enero de 1959 () Edición BARTOLOME DELGADO DE LEÓN () Edición JUAN BARRAL LEÓN () No 8,293

"Diremos a México qué Pasa en Sonora"

¡IRACIONAL A LA REVOLUCION!

'romesa de Ortega Colunga "Nos Vamos Pero Nuestro Espiritu se Quedará Aquí"

El día de hoy hemos tenido el honor de recibir al Sr. Ortega Colunga, quien nos ha expresado su deseo de irse a vivir a los Estados Unidos, pero que su espíritu quedará aquí. Ortega Colunga es un hombre de gran capacidad y que ha sido un gran colaborador de la causa revolucionaria. Su partida es una pérdida para el movimiento, pero su espíritu quedará aquí para inspirar a los demás. Ortega Colunga nos ha expresado su deseo de irse a vivir a los Estados Unidos, pero que su espíritu quedará aquí. Ortega Colunga es un hombre de gran capacidad y que ha sido un gran colaborador de la causa revolucionaria. Su partida es una pérdida para el movimiento, pero su espíritu quedará aquí para inspirar a los demás.

Datos Contradictorios dan a Conocer a México

El Sr. de Madrid, México, nos ha expresado que los datos que se dan sobre México son contradictorios. Él nos ha expresado que los datos que se dan sobre México son contradictorios. Él nos ha expresado que los datos que se dan sobre México son contradictorios.

Nuestro Criterio YO ACUSO

La opinión pública de toda la Nación deberá conocer no sólo lo referente al primer que se cierra sus ojos, sino también la advertencia de HERRALDO DEL YACU, sino también la advertencia de HERRALDO DEL YACU, sino también la advertencia de HERRALDO DEL YACU.

ASI

Pro Mario Vargas Llosa
NOS PERSEGUEN
En esta fecha por la mañana, el Sr. de Madrid, México, nos ha expresado que los datos que se dan sobre México son contradictorios.

Habla J. Natividad Rosales Opiniones Encontradas: Pueblo Valiente y un Gobierno Brutal

El Sr. J. Natividad Rosales nos ha expresado que el pueblo es valiente y que el gobierno es brutal. Él nos ha expresado que el pueblo es valiente y que el gobierno es brutal. Él nos ha expresado que el pueblo es valiente y que el gobierno es brutal.

astima de Tinta Periodismo Loggerista: Billetes como "Fuentes" de Información

El Sr. de Madrid, México, nos ha expresado que el periodismo loggerista es una forma de corrupción. Él nos ha expresado que el periodismo loggerista es una forma de corrupción. Él nos ha expresado que el periodismo loggerista es una forma de corrupción.



Una fotografía tomada en el campamento de Alberto Fuentes, en el valle de Cajeme, en el Sonora. En ella se ve a los comandantes de la columna del Sr. Fuentes.



Una fotografía tomada en el campamento de Alberto Fuentes, en el valle de Cajeme, en el Sonora. En ella se ve a los comandantes de la columna del Sr. Fuentes.

Formal Prisión Para Contreras

El Sr. de Madrid, México, nos ha expresado que el Sr. Contreras ha sido formalmente prisionero. Él nos ha expresado que el Sr. Contreras ha sido formalmente prisionero. Él nos ha expresado que el Sr. Contreras ha sido formalmente prisionero.



Una fotografía tomada en el campamento de Alberto Fuentes, en el valle de Cajeme, en el Sonora. En ella se ve a los comandantes de la columna del Sr. Fuentes.



Una fotografía tomada en el campamento de Alberto Fuentes, en el valle de Cajeme, en el Sonora. En ella se ve a los comandantes de la columna del Sr. Fuentes.

Anhelos de Libertad Se Estudia la Fecha Para el Nuevo Mitin del Contrerismo

El Sr. de Madrid, México, nos ha expresado que se está estudiando la fecha para el nuevo mitin del contrerismo. Él nos ha expresado que se está estudiando la fecha para el nuevo mitin del contrerismo. Él nos ha expresado que se está estudiando la fecha para el nuevo mitin del contrerismo.

En esta fecha por la mañana, el Sr. de Madrid, México, nos ha expresado que los datos que se dan sobre México son contradictorios.

Responsables las Autoridades de lo que pasa a HERALDO DEL YACU

Por Armando Rodríguez Suárez
Caudillo de YACU
Especial para HERALDO DEL YACU
Que cada quien ocupe el sitio que le corresponde. Nosotros por nuestra parte, más concretamente en nuestro trabajo, hasta no ver que se haga justicia al pueblo de Cajeme. Demostremos todos los atropellos cometidos. Nos esforzaremos por procurar al país, mediante las publicaciones en que trabajamos, la verdadera situación que se vive en el Valle de Yaque.

De una cosa pueden estar seguros, amigos cajemenses: no daremos crédito a los malvados embigos que nos han agredido y despreciado a lo que los directores intelectuales de estos atropellos han cometido. Expresaremos nuestra verdad, nuestra decisión inquebrantable de servir a los intereses del pueblo de Sonora, contra las autoridades que se oponen a él.

LÁZARO MERCADO

1) Lector: para nosotros, no hay profesión más alta ni más digna que el ejercicio del Magisterio (Pero entendiendo por Magisterio no la rutina de pararse frente al grupo para recitar la lección aprendida el día anterior o -si ni siquiera se aprendió eso- "preguntar la clase". No). Entendemos el Magisterio como ejercicio constante de las ideas, de la orientación, del diálogo, de la consulta.

2) Durante largos, largos años, estuvimos en el aula llena de luz enseñando, orientando, platicando, orientando la vocación de millares de adolescentes. Durante largos años -lo mismo en la cátedra de Biología, de Español, Literatura, Historia y Civismo, Dibujo, Geografía, Matemáticas, Física, Etimologías ¡y hasta deportes!- estuvimos conviviendo, hora tras hora y día tras día, con muchachos limpios y admirables a quienes hoy contemplamos y saludamos con orgullo.

3) Lázaro Mercado, nuestro Maestro, nuestro Compañero, nuestro Director, nuestro Amigo, llegó muchas veces -siendo Inspector y luego Director General de Educación Pública ¡pero de veras!- a reiterarnos una pregunta: "¿Quieres una Dirección de Secundaria?" Y nos ofrecía TODAS las secundarias del sistema estatal, para escoger. Pero ya, por aquel tiempo, habíamos escogido, seguíamos en el aula, con algunas cátedras, pero nos dedicábamos fundamentalmente al Periodismo. ¿Por qué? ¿Por qué no aceptamos el ascenso ofrecido por el Maestro? Por un sueño: porque -como se lo dijimos- para nosotros el Periodismo no era cambiar de profesión sino AMPLIARLA: en lugar de grupos de 50 ó 60 alumnos, el Periodismo ofrecía -ofrece- muchos millares de lectores. *Un aula mayor. Más horizontes para el espíritu, más amplitud para el pensamiento.* Y seguimos, pues, en el Magisterio, hasta el día en que, por hacemos eco de la opinión pública del Estado y de los maestros, logramos desde la Prensa que un Gobernador *enemigo nuestro* destituyera a un Director General de Educación -uno, por cierto, de los anodinos que inútilmente han tratado de suplir al Maestro Mercado-. Pero, eso sí: antes de la destitución recibimos nuestro cese, fulminante. ¡Pero fructífero!

4) Mientras estuvimos en las aulas, tuvimos a orgullo contar

con grupos magníficos, con rendimientos altos y con aprovechamiento impecable. Nos identificamos siempre con los compañeros maestros -en nuestra escuela y en las sesiones del blanquísimo sindicato femsista- y sólo tuvimos una rebelión: encabezar un movimiento para cesar, como director (con minúscula) de nuestra Escuela Secundaria, a un individuo que era -y sigue siendo- una negación de lo que debe ser un maestro preocupado por la educación sonoreNSE. Ganamos el movimiento, con el respaldo pleno y absoluto de toda la planta docente de la Secundaria... Y, para que nadie nos acusase de ambiciosos o de prevaricadores -la juventud es limpia y desinteresada- preferimos renunciar y quedarnos sin trabajo de planta antes que asumir la dirección ofrecida y ser blanco de los murmuradores pequeñitos que -entonces nos preocupaban- dirían que habíamos encabezado una insurrección para aprovecharnos de ella (Por cierto que, tiempo después, el profesor Lázaro Mercado, Director General de Educación Pública, nos pidió que, por amistad, no hiciésemos ninguna manifestación de repudio ante la medida *piadosa* por él acordada: restituir al Magisterio al individuo tan *justamente* cesado. ¡Y era tan bueno, Lázaro Mercado, que no sólo lo restituyó sino que lo favoreció sin medida... y sin agradecimiento del beneficiado!).

5) No es historia, ni biografía. Apenas, un capítulo somero y accidental de nuestro peregrinaje por los caminos del conocimiento. Nada más. Y hemos escrito todo eso para decir, nada más, que en nuestros muchos años de maestros de instrucción superior ¡jamás conocimos a un director general de educación pública tan inepto, tan desleal y tan irresponsable como el actual, que al parecer sigue terco en sabotear la educación sonoreNSE!... Y dígalos que yo lo dije...

Aquel día, el Profesor Lázaro Mercado -que no era otro que el nuevo Director- se presentó a los muchachos de tercer año, charló con ellos unos minutos... e inició, solo, el ascenso por la escalera para llegar con los muchachos de segundo. Llegó al descanso intermedio ¡y no había dado tres pasos cuando le cayó sobre la cabeza, directamente, un baldazo de agua! Abrió los ojos más de lo acostumbrado, sin creer lo que ocurría; se vio el traje empapado y, sin sacar siquiera el pañuelo para limpiarse el

agua que le corría el rostro, siguió imperturbable su camino hasta llegar al fin de la escalera. Viró a su derecha y fue a sentarse frente al escritorio del maestro, que esa mañana no había asistido a clases. Y sin más ni más empezó a dar la clase que precisamente correspondía al programa de Historia. En los primeros minutos, hubo risitas mal disimuladas, sonrisas semiocultas y hasta desplantes de suficiencia en algunos muchachos. Enseguida, el silencio. Luego, la atención concentrada en la exposición, hasta el punto de que, cuando había terminado la hora, nadie quería levantarse del asiento. Lázaro Mercado suspendió la cátedra, recorrió con la vista al grupo y con la misma voz serena y ausente de segundas intenciones, se limitó a decir: "La clase ha terminado. Pueden salir". Tuvo que repetirlo, porque los muchachos no atinaban a reaccionar en la forma indicada. Por fin se fueron levantando, uno a uno y en silencio, y uno a uno descendieron por la escalera tratando de hacer el menor ruido posible.

Pero hubo uno que no se levantó. Esperó a que todos salieran para decirle a Lázaro Mercado:

—Profesor, yo fui el que le arrojó el agua.

Lázaro Mercado lo miró con sus grandes ojos limpios y sonrió:

—Sí. Ya lo sabía desde que te vi a los ojos. Puedes salir.

Y desde ese día, quien se metía con el profesor Lázaro Mercado se metía, automáticamente, con el más terrible del grupo y de la escuela.

Habían terminado los tiempos de convulsión. Nunca. Nunca más habría otra huelga. Lázaro Mercado llegaba a quedarse. A dar, a la enseñanza secundaria, las estructuras definitivas.

Y sucedió algo raro, extraño, no muy fácil de entender: aquel maestro de presencia insignificante, que parecía avergonzarse de sí mismo, traía *algo*. Sí: *algo*. Como una lumbrera interior que se le desbordaba por los ojos. Como una vibración interna que atraía y que interesaba. Como una luz quieta y oculta que proclamaba, donde estuviese, una presencia alta y respetable.

La presencia de Lázaro Mercado tenía algo de magia: al llegar a la dirección de la escuela, tomó a su cargo las cátedras sin maestro, para no molestar a ninguno de sus compañeros; y le bastaron unos cuantos días para demostrar, por ejemplo, que

era un brillantísimo maestro de Historia de América (materia que, lamentablemente, equivocadamente, absurdamente ha sido suprimida por los actuales programas de estudio), de Historia de México y de otras materias. Tendrían que pasar algunos años para que demostrase que él era el mejor maestro de matemáticas que se ha parado por este Valle y por este Estado.

Había que conocerlo muy íntimamente para entenderlo. Había que entender sus razones para comprenderlo. Había que comprenderlo para entrar a su mundo.

Era ajeno a la envidia y despreciaba el oropel. Respetaba a sus semejantes, sin doblez y sin hipocresía, con una naturalidad rayana en la entrega. Pero descontrolaba totalmente a casi todos los que le conocían por vez primera. Cuando de pronto veían sus ojos enormes de frente, viéndoles con una fijeza impresionante, se sentían mal. Tal vez porque se sentían desnudos. Lázaro Mercado -más de una vez lo intuimos- miraba fijamente a las almas.

No era tipo grandilocuente que con un discurso incendiaba los entusiasmos. No. Era la llama constante, pequeña y poderosa, capaz de ponerle fuego a los espíritus altos, a su paso. Pero todo a su tiempo. Con los pies sobre la tierra. Con el corazón hecho lumbre cautiva.

Los primeros en enterarnos fuimos, quizá, los muchachos. Después, los maestros. Más tarde, todo el mundo. Los muchachos siempre tienen un sentido especial que les revela las presencias altas. Los maestros de escuela quieren o prefieren atenerse a sus razonamientos y el mundo no entiende más que de hechos.

¿Que un *terrible* olvida todo lo nuevo y de pronto arrojaba un borrador de pizarrón contra la testa de un compañero? Ni modo: a la Dirección. Y no era un tanto aquel "Oye, muchacho, yo creo que tú estás engañando a tus papás", sino aquellos ojos grandes, fijos, directos, en los que se podía ver hasta el fondo, los que impresionaban más a los muchachos. Todo lo entendimos, sin necesidad de nada. Todos obedecimos. Y todos - ¡TODOS!- todos aprendimos a amar, entrañablemente, a Lázaro Mercado. Y que esto de *amar* no asuste a nadie, porque lo que los mil cachorros de Lázaro Mercado sentimos por él no pudo, de ninguna manera, llamarse aprecio, estimación, amistad o

cariño. No: fue amor: el más limpio amor de nuestras vidas. Algo como para empezar a entender a San Francisco de Asís, como para empezar a intuir qué tan alto debe haber sido el más alto Maestro que ha venido a la tierra (¿Y usted no ha visto a centenares de muchachos y muchachas de fibra, de nervio alto, verticales y fuertes? Nosotros sí: cuando Lázaro Mercado, siete años después, se paró frente a sus muchachos para despedirse. Pero eso es otra historia; para mañana o pasado mañana. Para toda la vida).

Pero una cosa era la escuela y otra, bien distinta, muy diferente, la sociedad. Sí, la gente veía a los secundarios muy seriecitos, desfilando correctamente, por ejemplo, pero ¿quién podía garantizar que no se trataba de una estratagema? Aquellos muchachos eran terribles, y en el momento menos pensado iban a iniciar una nueva huelga y a obligar al nuevo director a renunciar.

Se necesitó tiempo para que los profanos vieran lo que para nosotros fue evidente desde el primer día: Lázaro Mercado no venía a cumplir la comisión oficial de dirigir nuestra Escuela Secundaria. No. Venía a darle, a la enseñanza secundaria de Sonora, la estructura definitiva. Con el ejemplo, con la idea, con la acción; con los brazos y con el pensamiento.

Cada vez que alguien dejaba caer un borrador en el segundo piso, el eco retumbaba por toda la escuela. Y cada vez Lázaro Mercado empezaba a soñar el más alto y hermoso sueño de su vida. De su vida y de la nuestra.

Para los que allí nos hicimos y para los que la hicimos, la Escuela Secundaria ha sido -y es- algo así como un santuario especial, retirado, íntimo, dulce, espiritual, al que hay que ir cuando uno recuerda las cosas bellas. Cuando uno recuerda aquella presencia mágica y maravillosa de Lázaro Mercado. Cuando vuelve al recuerdo la presencia vigorosa de Samuel Rentería. Cuando regresa a la mente la dulce energía de María Mendivil.

Los chicos de hoy, de la Secundaria, no podrán entender esto. Sensiblerías. Ternezas absurdas o reblandecimientos mentales. Ellos empiezan a ser los jóvenes nuevos. Y, como los chicos del Tecnológico, empiezan a sentirse fuertes, poderosos, altivos, tremendos, formidables... exactamente como todos los jóvenes que en el mundo han sido, en su tiempo. Pero llegará un

día -el día del balance- en que entiendan que no todo se conquista por el solo hecho de estar aquí, de abrir la boca, de gritar o de exigir lo que no se ha ganado o que nada más ha ganado a medias. Llegará ese día.

A su tiempo.

Sucede, pues, que *nos dábamos cuenta*. Para nosotros - alumnos y maestros- no ocurría, simplemente, que estábamos asistiendo a una escuela, que ellos enseñaban y nosotros aprendíamos. No. *Sabíamos* que estábamos jugándonos el todo por el todo. Sabíamos que estábamos librando una lucha definitiva, tremenda, dura, de garra. Si fallábamos, todo se vendría abajo.

Sabíamos que Lázaro Mercado estaba intentando algo que estaba por encima de nuestros alcances: una escuela nueva, un edificio propio, un lugar nuestro.

Y sabíamos, también, que si no lo respaldábamos, si no nos hacíamos merecedores de la imagen pública que él estaba creando, ese sueño podía derrumbarse.

Sabíamos que él era la Escuela Secundaria número tres del Estado de Sonora. Y no podíamos dejarlo solo.

Eran sueños, sí. Pero sueños altos. Y había que ver y hablar a hombres de alto criterio. Lázaro Mercado, para fortuna de todos, encontró en su camino a uno de esos criterios, a uno de esos hombres.

Y jamás dejaron, a partir de tal encuentro, de actuar juntos en bien de la sociedad.

Jamás abandonaron un proyecto que pudiese ayudar a la Secundaria.

Jamás se amilanaron ante ninguna tarea que redundase en beneficio de la Escuela.

Lázaro Mercado y el señor licenciado Guillermo Acedo Romero hicieron mentalmente -pláticas, conversaciones, sueños intercambiados- lo que un día tendría que volverse concreto, ladrillo, mezcla, argamasa, mano de obra y presencia material.

Pero apenas empezaba el sueño.

Era el año de 1945.

Había que mover muchos hilos, recurrir a muchas influencias, tocar muchas voluntades. Porque ya se habían inscrito decenas más de adolescentes -muchachos y muchachas- y la

Escuela Secundaria estaba en camino de alcanzar una población escolar impresionante. ¡No cabíamos, ya, en aquella caja de resonancia de la calle Guerrero! ¿Cómo, si bastaba una carcajada para hacer temblar a toda la escuela?

Empezamos a contagiarnos, todos, del sueño grande de Lázaro Mercado: ¡teníamos que construir un edificio propio! ¡TENIAMOS que hacerlo...!

Y aquel hombre casi insignificante en lo físico, aquel ser humano de presencia física no muy notable y no muy notoria, empezó a desenvolverse. Nadie lo detendría, jamás.

Nadie.

Había llegado a Ciudad Obregón para salvar a muchas generaciones de adolescentes, al costo que fuera. Y no estaba dispuesto a irse sin hacerlo.

Cuando Lázaro Mercado -¡y no me explico por qué diablos nuestra Secundaria, *que es obra de él*, no lleva su nombre!- llegó a ocupar la más alta trinchera de la educación en Cajeme, también llegó, de Nayarit, un mocito hacendoso, modesto, servicial, a pedir trabajo.

El Profesor Mercado lo vio, habló con él, sonrió al saberlo digno y, como no había conserje, lo pidió para el puesto. Se lo autorizaron. Y allí empezó -en 1942, una odisea-. "El Güero" -así se le bautizó desde el primer día- no sabía leer. Por eso, la espantosa y terrible palomilla de entonces no lo dejaba respirar con sus bromas. Un día, Mercado se dio cuenta de cuánto sufría "El Güero" ante las bromas amargas de los muchachos. Lo llamó, y le anunció, simplemente, que le iba a enseñar a leer, a escribir, "a sacar cuentas".

No comprendimos, entonces, la magnitud del esfuerzo del Profesor Lázaro Mercado. Se nos hacía algo así como natural que pasáramos a las nueve de la noche frente a la secundaria y lo viéramos lápiz en mano, frente a una mesa, con "El Güero" azorado; y él hablando, explicando, diciendo... después de que había estado trabajando desde las siete de la mañana. Trabajando, sí -y hablo del Profesor Mercado-, dando clase, sustituyendo a algún maestro, haciendo informes, revisando libros, consiguiendo algo para pagar la papelería, por lo menos. Se nos hacía natural. Después de doce horas de trabajo se ponía a enseñar al "Güero". Pero éste no lo defraudó. Antes de tres meses, "El Güero" sabía leer y escribir. Y al rato sabía sumar,

restar, multiplicar, dividir. Era otro. Y no dejó, ya más, que ningún mozalbete se burlase de él. Para lograrlo, tuvo necesidad de recibir -y dar- algunos moquetes. Después de todo, él era un muchacho y, en aquellos tiempos, los chicos de secundaria no eran muy pollos que digamos. Aprendió a leer, a escribir, "a sacar cuentas". Y algo más: aprendió a querer y a estimar hondamente al hombre que sacrificó su tiempo para darle luz. Jamás lo defraudó, en ningún terreno.

"El Güero" siguió de conserje, en la Escuela Secundaria, durante muchos años. Inclusive después de los siete que Lázaro Mercado permaneció al frente de nuestra escuela. Bastante después. Pero ya nunca volvió a ser lo mismo. Recuerdo, por ejemplo, que -siendo yo maestro de la propia escuela- un día un señor "director" se robó mil pesos de las cuotas que había dado a guardar al "Güero", y luego hizo un escándalo, con policía y todo, para vengar el supuesto agravio de que "El Güero" no se hubiese dejado atropellar a grito abierto: iba a meterlo a la cárcel, después de birlarle los mil pesos que lo iban a exhibir como ladrón. Me sublevé. Nos sublevamos, todos los maestros. María Mendivil por aquí, el Profesor José L. Guerra por allá, Doña Consuelo de Carrillo, Marianita Vásquez, Margarita Lynn, Erasto Jiménez Mexía, Florencio Irineo -y otros más- simple y sencillamente decidimos que de nuestros sueldos raquíticos, podíamos y debíamos proteger al "Güero". Pagamos los mil pesos y el "señor director" se quedó corrido. Al año siguiente lo corrimos de veras. Pero lo hicimos porque todos nosotros, durante años y años, sabíamos algo muy importante, que jamás conoció el "director" venido del norte: "El Güero" podía morir antes que disponer de un cinco ajeno. Por eso lo hicimos.

Por desgracia, la experiencia marchitó algo dentro del "Güero". Tal vez su confianza en los demás. Se fue marchitando, poco a poco, hasta que un buen día habló de renunciar. Le quisimos dar ánimos, pero no reaccionaba. Y fue bueno que se atravesaran las vacaciones. Fue a su tierra y, en los últimos días de agosto, nos llegó con los ojos brillantes, alegres, diciéndonos que -¡por fin!- ya tenía novia. Una novia en Pericos. Fomentamos -todos- ese amor, hasta que pronto "El Güero" *rindió el equipo*. Pero, al rendirlo, vio que su sueldo de conserje no le alcanzaba para vivir (¿Cómo, si entonces un maestro de secundaria, de tiempo completo, con treinta horas a la semana, ganaba setecientos

pesos AL MES? ¿Cuánto podía ganar el conserje?).

Se fue a Guaymas, encontró trabajo en un club, de mesero, y allí se mantuvo por algunos años.

Un buen día, hace como cinco años, llegó a casa. Me dijo que estaba sin trabajo, que tenía aquí a su esposa y a sus retoños y que no sabía que hacer. Fui a hablar con Juanito Zayas, y al día siguiente estaba "El Güero" trabajando. Y trabajó durante años, hasta que Juanito se decidió a tirar el arpa en vista del NO éxito obtenido en su negocio.

Leal, firme, constante, trabajador, dedicado, respetuoso, "El Güero" llegó, anteayer, a casa. Yo estaba dormido. Me dejó un recado, de su puño y letra: "Sr. Profr. Bartolomé Delgado de León: deseo hablar con usted. Asunto: trabajo y que intervenga por mí. Gracias. Su amigo Miguel Espinoza".

(¿Vamos a darle trabajo, compañeros amigos? Este artículo es algo así como un anuncio económico. Pero hacía falta refrescar la memoria de muchos. "El Güero" está sin trabajo y su familia está sufriendo privaciones graves. No es justo. ¡Aunque sea por lo que aguantó a tantos millares y millares de secundarios! A ellos, a todos ellos les estoy hablando, ¡que no sólo a los de mi generación! "El Güero", digno como siempre, no pide limosna; únicamente, trabajo. Pero yo pienso que, si en su casa hay carencias graves, pues... ¿qué piensas tú, ex secundario?)

Fui maestro de planta de la Escuela Secundaria No. 1 del Estado a la que luego el Lic. Horacio Sobarzo le impuso el nombre del educador jesuita José Rafael Campoy (Por cierto que nunca he acabado de explicarme por qué lo hizo. Campoy nunca actuó en esta región, su labor no fue más que la de un sacerdote y maestro de pueblo empeñado en servir y jamás tuvo nada que ver, en la docencia, con la enseñanza media o superior. Creo que el único motivo de que su nombre se haya impuesto a nuestra Secundaria fue que el señor Licenciado -Gobernador interino, por entonces- era un estudioso de nuestra historia sonorensis. Y como a los historiadores les da por vivir en el pasado, simple y sencillamente se puso a escoger, *ad libitum*, un nombre. Y a José Rafael Campoy le tocó la lotería mental. Recuerdo la ceremonia, un mucho muy desairada: el señor

Gobernador Interino, frente a la escuela, de pie, acompañado de Ernesto Salazar Girón -Director, entonces, de Educación en Sonora- y de algunos otros funcionarios. Un discurso, dos. Y yo mismo, declamando un poema que acababa de escribir, dedicado a la juventud de México. Ahora me doy cuenta de que lo que se hizo entonces fue una tremenda, enorme injusticia. El nombre que debería haber llevado aquella escuela -que es la misma de hoy, aunque en edificio distinto- era el que todos sabemos: el de su verdadero creador e impulsor: Lázaro Mercado. Pero ¿cómo, si Lázaro Mercado era, entonces, el Director del plantel? Hay quienes se obstinan en honrar sólo a los muertos, porque sólo en ellos descubren virtudes. Yo no. Yo me alegro profundamente de que a la Escuela Secundaria de Esperanza se le haya impuesto el nombre del Profesor Robles Tovar, excelente maestro que, por fortuna, vive todavía. Me alegro de que se hagan homenajes, en vida, a quienes los merecen. Me alegro de que no se espere a que se harten los gusanos para decir una palabra de reconocimiento).

Era Maestro de planta. Y como tenía veinte años, me había dejado crecer el bigote. ¿Cómo no, si cuatro meses antes me había pasado algo que me hizo indignar? Llegó, un día, el profesor Salazar Girón, sin previo aviso. El Profesor Mercado había tenido que ir al correo a sacar algunos libros de texto. Llegó Salazar Girón, acompañado de un ayudante. Entró a la *dirección*-en la que no había nadie-, se puso a recorrer pasillos... y se encontró conmigo. Ni me conocía ni tenía por qué saber que yo, en aquel momento, andaba en plan de mantenedor del orden. Sin más ni más, me espetó: "Oye, muchacho, ¿no hay en esta escuela ningún maestro?" Me puse colorado y tuve que *confesarle* que yo era maestro. Se me quedó viendo medio extrañado. Y volteó a ver a otros muchachos, alumnos. Estábamos casi iguales. Es que yo tenía, en tercer año, alumnos de 17 y 18 años. Pero después de ese día me dejé crecer el bigote. Y me dio por ser *solemne*. ¡Ahora me río, jubilosamente: *mire* que tratar de disfrazar mi juventud alborozada!

Era, yo, maestro. Impartía todas las cátedras de Español y de Literatura. Además, Biología, Historia, Civismo ¡y hasta Modelado, Inglés, Dibujo y...! Me divertía enormemente. Porque cada clase me obligaba a estudiar, a investigar, a perfeccionarme. Jamás agradeceré bastante, a *Lo Alto*, ese tiempo. Porque

fue en ese tiempo, precisamente, cuando me dediqué -exclusiva e intensamente- a leer, a estudiar, a hacerme culto. En Español y en Literatura cambié programas sin consultar a nadie. Enseñé como creí que deberían haberme enseñado a mí. Erradiqué la conjugación de Bello, en primer año, por inservible y absurda. Metí a Robles Dégano; impulsé en segundo año a Salinas, por su maestría en la enseñanza de puntuación (y pienso: ¡cuántos universitarios darían mejor impresión de serlo si se aprendieran esos apuntes!), lo seguí por su forma de abordar las reglas de la sintaxis, así como por su análisis cuidadoso de hispanismos y barbarismos. En tercer año, en Literatura, me indignó ver que en realidad no se enseñaba -ni se enseña- Literatura, sino *Historia de la Literatura, que es bien distinto*. Así que, SIN permiso de doña Soledad Anaya de Solórzano, me puse a enseñar Literatura. Retórica. La forma de escribir. Con claves y procedimientos. ¡Y al rato hacíamos poemas enteros, en grupo, en el aula! Sí: sobre el pizarrón, un alumno escribía un verso de ocho sílabas; otro, el siguiente; otro más, el tercero... y así, hasta terminar un poema. Y eso se hacía con los versos de ocho, de nueve, de diez, de once, de todas las sílabas y en todas las combinaciones métricas. Escribí un pequeño texto de Preceptiva, para mis alumnos... y me salí de programa, jubilosamente. Y me preguntaba y ME PREGUNTO: ¿por qué diablos los maestros de LITERATURA no enseñan a escribir a sus alumnos? ¿De qué le sirve a un muchacho saber que Lope de Vega es el autor de incontables leyendas, que Cervantes no se limitó al Quijote, que García Lorca fue dramaturgo, además de poeta, que Darío fue el primero en demostrar a los europeos que Hispanoamérica tiene altos valores, que Gabriela Mistral ganó un premio Nóbel contra todo y contra todos, que Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón y Enrique González Martínez fueron los últimos grandes poetas de México? ¿De qué sirve saber QUIENES o QUIEN, si no se sabe *COMO*? ¿De qué le sirve enseñar un barniz de cultura -si es que logra fijar algo de la "clase"- si, en cambio, es incapaz de escribir un solo párrafo sin faltas de ortografía o de sintaxis, para no hablar de la concordancia, o del régimen, por ejemplo? ¿De qué? Lo que yo hice, en mi tiempo, fue bien sencillo: aceleré el programa normal a seis meses, para enseñar Historia de la Literatura, y en los tres meses restantes me dediqué a enseñar Preceptiva. Es decir, a enseñar a escribir.

Jamás me he arrepentido de ello. ¡Con decir que hubo un año en que me puse a enseñar *Latín* en primero de Secundaria...!

23 de septiembre de 1968

EL PASEO

Fue, anteayer, día del estudiante. Pero como si no hubiera sido. Ni los muchachos de la Secundaria ni los del "Teke" hicieron nada para celebrarlo, excepción hecha de haberse tomado el día libre.

Lástima.

En nuestros tiempos era diferente. Nosotros invertíamos casi todo lo que tenía en caja la Sociedad de Alumnos -la mitad de lo que reunía; la otra mitad la entregábamos a la escuela- para celebrar la fecha. Un baile ahora, una comida después, un paseo. Todo era bueno, si alcanzaba para todos. Pero como éramos tan pocos (cuando yo entré a primero entraron sólo otros once, junto conmigo, y eso que se hizo propaganda entre los padres de familia para que mandaran a sus muchachos a la secundaria), cualquier cosa alcanzaba.

Una vez se tomó el acuerdo de celebrar la fecha yendo a un paseo al río. A Limones. Así que se nombró una comisión para que se encargara de conseguir rentado o prestado un camión de redilas -que sólo de esos había disponibles, y en uno cabíamos todos-; se designó otra comisión encargada de preparar la comida, otra más para guardar el orden y todavía una más encargada de coordinar las actividades de las otras.

A las cinco de la mañana estábamos casi todos en la escuela, esperando la salida del camión. Pero como el Güero Espinoza -que era el conserje- se había ido de juerga para celebrar anticipadamente el Día del Estudiante, hubo que nombrar otra comisión para localizarlo a esas horas y quitarle la llave de la escuela, donde habíamos almacenado casi todo lo que íbamos a llevar. Y a las siete de la mañana, por fin, enfilamos rumbo hacia Limones. Las muchachas iban en la parte delantera de la plataforma y nosotros atrás, con el Profesor Samuel Rentería, que no abandonaba -por aquello de las dudas- su gesto adusto. Pero nosotros, muchachos y muchachas, íbamos felices. Allá, en el río, nos bañaríamos y habría oportunidad sobrada de

platicar unos con otros y hasta de ¿quién sabe? robar algún beso.

El Profesor iba preocupadísimo. Una de las chicas -precisamente la de físico más exuberante y la más traviesa de todas- vestía un vestido vaporoso y medio transparente, livianito. A la menor ráfaga de aire se levantaba la falda y dejaba ver pequeñas porciones de los muslos bellísimos. El Profesor no hallaba qué hacer. ¡Ni modo de ponerle, allí sobre la marcha, pantalones a la chica! ¡Ni modo de hacernos mirar hacia atrás o hacia otro lado! Y ella nos miraba, veía nuestro interés y la preocupación del Profesor y se reía de veras.

La travesía debe haberle parecido larguísima al Profesor Rentería. A nosotros no. Casi casi esperábamos cada tumbo del camión, cada ráfaga de viento, para abrir más los ojos. El Profesor empezaba a ponerse de mal humor.

Tal vez fue por eso. O tal vez fue, de veras, un accidente. Pero faltando unos kilómetros para llegar al sitio de nuestro paseo el camión dio un gran tumbo y la chica voló por el aire para ir a caer en el centro de la plataforma con las piernas hacia arriba y con toda su media humanidad más turbadora a la vista de todos. Ella se dolió al golpe, pero no se apresuró a cubrirse, ni mucho menos. Las otras chicas lo hicieron por ella. Y el Profesor por poco se sulfura. Nosotros nos quedamos sonriendo angelicalmente.

Las chicas se llevaron a la "herida" al frente del camión y la rodearon para que no volviese a pasarle nada. No volvimos a verle, de ida, ningún cabello.

El Profesor Lázaro Mercado nunca me regañó. Y yo creo que en más de alguna ocasión di motivo para que lo hiciera.

Aquella tarde, por ejemplo.

Antes de comer, nos dedicamos a correr por la orilla del río y a inventar toda clase de juegos. Luego, entrados en calor, uno a uno nos fuimos lanzando al agua. Las chicas permanecían un tanto tímidas, hasta que una de ellas -la misma del camión- sacó a relucir un minúsculo traje de baño y, ante la boca abierta de todos, se metió al agua. Pero como la pobrecita no sabía nadar, me pidió que la enseñara. Y yo, solícito, me dediqué a complacerla. Los muchachos me veían con envidia, las chicas con coraje y los profesores con enojo. Tanto, que el Profesor

Mercado me hizo una seña. Así que salí del agua y fui a verlo:

—Mira, muchacho: todavía no tenemos pensado poner ninguna escuela de natación. Cuando lo decidamos, te hablaremos. Por lo pronto, mantente alejado de tu discípula y no pongas el mal ejemplo. ¿Que no ves que...?

Lo que vi fue que, en cuanto me vieron con el Profesor, otros cuatro rodearon a mi discípula y se pusieron -¡imitadores!- a darle clases. Pero también los sacaron.

Así que, para evitar problemas, nos llamaron a comer. Luego, algunos nos pusimos a jugar baraja, otros a contar *charras*, algunos más a cantar. Al caer la tarde, prendimos una gran fogata y a su alrededor cantamos todos. Antes de que cayera la noche ya estábamos, todos, de regreso.

Limpios de cuerpo y limpios de corazón. Las ilusiones no ensucian a nadie.

Y hasta que cada quien salió hacia su casa empezó a descansar el Profesor Rentería.

Era hermoso ser adolescente y tener guías responsables.

Era hermoso poder celebrar el Día del Estudiante clavando estrellas en el firmamento y sembrando ilusiones en los sueños.

De veras.

23 de abril de 1971

VIENTO

Hubo una fiesta en la Plaza 18 de Marzo. Y la escuela, naturalmente (sí, hablo de la Escuela Secundaria de hace 25 años) tuvo que enviar a varios de sus artistas, de sus valores, de sus mejores exponentes. Y ni modo, allá nos fuimos: la escuela toda, para llenar la cancha de *basquet*. Tres chicas y Pancho Díaz Duarte y yo, para cumplir con la *actuación*.

(Cuando hablo de la cancha de basquet, estoy seguro de que Pancho Moncada ha de sentir hormigueo en las yemas de los dedos, nada más porque todas las mañanas, y durante mucho tiempo, llegábamos a su casa, atravesábamos la calle y empezábamos a jugar. Eramos, él y yo, los mejores *dribladores* del mundo. Cuando formábamos equipo, con volado y al azar, había siempre una exclamación de desaliento y coraje si nos tocaba,

a Pancho y a mí, quedar en el mismo bando. El era, realmente, formidable. Yo había aprendido el secreto de cómo hacer botar casi al ras del suelo la pelota, nada más con el juego de los dedos. Y había aprendido a encestar tirando al aro por encima de la cabeza, o sea tirar cuando en las muñecas se siente que se está a la distancia y en el ángulo debido. Pero, es obvio decirlo, nosotros éramos, nada más, aprendices. Esa cancha la recuerdan, hasta en cada borde, basquetbolistas formidables como Cliserio Avilés, como el Kiro Sobarzo, el Gúina, Poncho León, el Mocho Dávila, para no hablar sino de unos cuantos. Cuando venían los muchachos de Medicina, de la Universidad de Guadalajara y campeones de Jalisco, había unos encuentros que dejaban roncacos a todos. En estos casos, el problema era de los organizadores. *La cancha* no era más que una plancha de cemento y dos tableros. Lograron hacer graderías de madera y, para poder cobrar la entrada, levantaban un pequeño muro de petates. No daba mucho resultado, pero se jugaba, se hacía deporte... y se podía admirar a las chicas más preciosas de la ciudad. Tal vez por eso había policías celosísimos que vigilasen que ningún mozalbete se pusiese a buscar asiento desde el ángulo que le pegara la gana.)

Fuimos, pues, a la fiesta. Pancho Díaz Duarte -de quien tengo que escribir bastante y sabroso- pronunció un discurso de mucha enjundia, las chicas cantaron y yo declamé. Por los aplausos -y conste que los nuestros no iban en plan de paleros- dedujimos que habíamos triunfado. El mismo Profesor Lázaro Mercado lo consideró así y, por cuenta de la Dirección de la escuela, nos invitó un refresco. Estábamos felices, eufóricos, alegres. Luego -oh, eran ya las diez de la noche- la desbandada general. Cada quien a su casa.

Mi compadre Manuel Burrola y yo siempre hemos sido muy considerados. Y él ha sido, siempre, un pingo. Como andaba tratando de demostrarle a una chica de Hermosillo que en Ciudad Obregón la hospitalidad era muy bella, y como la chica -que acababa de entrar a la Secundaria, con nosotros- iba con una amiga, pues ¿quién mejor que yo, para acompañarlo a acompañarlas? Tuve que aceptar, porque ya casi se habían ido todos y porque, en los amigos que quedaban, yo no confiaba ni medio adarme. Fuimos, hablamos de la fiesta, reímos al cami-

nar, dimos la vuelta sobre la Colima y, a media cuadra, mi compadre -bueno, entonces todavía no lo éramos- dijo que se le había metido una *piedrita* en un pie. Nos paramos. Se puso el zapato. Luego, en rueda, empezamos los cuatro a platicar sobre lo mismo. No dimos importancia al hecho de que un policía llegó, nos dijo "Con permiso", pasó por en medio de nosotros y entró por la puerta en cuyo frente estábamos parados. Avanzamos unos pasos más. Mi querido compadre sacó otro tema de conversación de su alforja inagotable, y allí duramos, hablando, otros treinta minutos... y entonces fue cuando, por vez primera, se me derrumbó el mundo.

Llegaron dos policías, uno de ellos el que nos había "saludado" minutos antes. Tomaron a las chicas por la muñeca y caminamos unos treinta metros para llegar a la Jefatura de Policía. Y allí nos acusaron, ambos, de habernos parado en una banqueta, de noche, *sospechosamente*. "¿A media cuadra de la Jefatura?" -les preguntó el *Barandilla*. No contestaron. Pero allí nos pasó algo tremendo: los papás llegaron por ellas y les dieron de cintarazos en la calle misma, a nosotros nos tuvieron sentados hasta las dos de la mañana en la jefatura, nos regañaron y nos hicieron renegar del sentido común de *los viejos*... y, con un viento de los mil demonios, calándonos hasta los huesos, nos fuimos a comentar nuestra espantosa aventura a una de las bancas de la Plaza 18 de Marzo. ¡Qué espantosas horas, aquellas de pensar, nada más, en la forma en que nos iba a *destrozarla Prensa!* La Prensa, desde luego, nunca supo nada. Pero sí lo supieron -porque una de las chicas lo contó- los *gachís* de la escuela. Y desde entonces adquirimos, mi compadre y yo, fama de *tenorios*. Y desde entonces empezamos a comprobar que había chicas que nos guiñaban un ojo nada más para ver si éramos tan salsas como para que nos hubieran *encarcelado* por serio. ¿Para qué explicar que nunca fuimos encarcelados, que se nos trató como lo que éramos -muchachos limpios-, que aquel *Barandilla* era un hombre de amplio criterio que, mientras nos tenía enfrente, mirándonos de reojo, castigados, había momentos en que no aguantaba la risa y sacaba el pañuelo para taparse la boca y fingir que tosía? Pero no. Nadie nos creía. Eramos, de hecho, *expresidarios*. Por *enamorados*. Por andar persiguiendo a pobres chicas inocentes. Y entonces fue lo bueno: ¡hubo más de una chica *fea* que me largó tres o cuatro insultos! (Nunca tuve

problemas con las bonitas.)

Ahora pienso: el único responsable, el culpable de todo, ¿no fue acaso el viento; que dispersó a todos y que -nada más por nuestro buen corazón- nos hizo desafiar el duro cierzo invernal para reír limpiamente, aquella noche?

Pero, a esa edad y en un ambiente como aquél -bravo, de riposta y de retruécano-, ¿quién iba a dejar de aprovechar la oportunidad para reír y para intrigar a costillas de nosotros cuatro? Nadie.

Las habladurías crecieron a tal punto que, un día, me habló el Profesor Mercado y me pidió salir, con él, a dar la vuelta por la manzana, cosa totalmente desusada. Y, después de algunas fintas, se abrió de capa:

—Oye, muchacho, ¿es cierto que tú y Burrola fueron encarcelados?

Le expliqué todo, paso por paso. Soltó la carcajada y, casi al llegar a la puerta de la escuela, de nuevo, me dijo:

—Bueno, pues, no te apures por los fiscales, que yo seré tu defensor.

Y lo fue, toda la vida, en todos los terrenos.

25 de febrero de 1969

LA MISS

Han caído ya, sobre el sendero -jubiloso a veces, dolorido en ocasiones- muchas hojas y muchas esperanzas. Tal vez porque las hojas tienen que secarse o porque no se llega a saber, de veras, lo que realmente se busca.

La conocí el primer día que pisé la Escuela Secundaria. Joven, bullanguera, bonita, parecía vibrar a un ritmo acelerado, alegre, feliz. Parecía llevar dentro del pecho un motorcillo travieso.

En la Escuela Secundaria "José Rafael Campoy" sucede un fenómeno curioso: los muchachos llaman *Miss* a las maestras. Así, por ejemplo, cuando hablan de la señorita Directora dicen "la *Miss* Mendívil" y en igual forma se refieren a "la *Miss* Bórquez", a "la *Miss* Valenzuela", etc.

¿Saben, los muchachos, por qué llaman así a sus maestras?
Lo dudo.

Los secundarianos de mi tiempo sí lo sabemos.

Ella se había educado en los Estados Unidos, pero un buen día llegó con sus padres a quedarse entre nosotros. Sabía un inglés excelente, de colegio, y manejaba con suma facilidad la gramática sajona, aparte de que tenía, ya, práctica pedagógica. No fue más lógico que la Escuela Secundaria la invitase a formar parte de su cuerpo docente, como catedrática de inglés.

Hizo una gran labor. Aprender inglés dejó de ser una pantomima, para empezar a convertirse en una actividad seria. Ella se daba enteramente a su cátedra y no era extraño que a veces no hablase nada en español, a sabiendas de que sólo le entendíamos unas cuantas palabras. Hacía bien, porque teníamos el oído demasiado duro y teníamos que aprender a oír los nuevos sonidos.

Alguna vez, a las primeras de cambio, un estudiante levantó la mano y le preguntó:

—Señorita: ¿cómo pronunció usted esa palabra?

Y ella respondió:

—Estamos en clase de inglés y debemos utilizar al máximo las palabras que vamos aprendiendo. No me vuelvan a llamar *señorita*: llámenme *Miss*.

Y *Miss* se le llamó, siempre. Y, por extensión, *Miss* se empezó a llamar, también, a la señorita María Mendivil, a la señorita Alejandrina Contreras, a todas las maestras que fueron llegando a la Secundaria. Hasta nuestros días.

Vivía, ella, en Plano Oriente. Se nos hacía demasiado lejos. La escuela estaba por la calle Guerrero, esquina con el callejón Nayarit, a media cuadra de lo que después sería Avenida Alemán. Callejón de por medio, estaba el Hotel Palacio, que manejaban los Navarrete.

Ella no se cansaba de aprender. Así que se quedaba por las tardes, después de sus clases, a estudiar, para presentar exámenes a título de suficiencia y obtener, así, su certificado mexicano de enseñanza secundaria. El que tenía, estadounidense, no le podía ser revalidado y ella quería seguir adelante.

El problema era que a veces se olvidaba del tiempo y, cuando veía el reloj, ya estaba entrada la noche. Así que la acompañá-

bamos dos o tres de los muchachos que nos juntábamos a platicar con los Navarrete, o el profesor Mercado. Pero a veces no estaba el Profesor, ni nosotros íbamos a charlar. Entonces ella le pedía a Fausto, el mayor de los Navarrete, que la acompañara. Fausto estaba en tercer año; era bien largo, fuerte, bueno de veras para el moquete y la patada voladora. Tendría unos diez y ocho años.

Me fui a estudiar. Y un buen día Gaspar me dio, por carta, la noticia: Fausto y la Miss se habían casado. ¡Caracoles, que no lo creía! Pero sí. Se casaron. Y se fueron a México. Ella se puso a trabajar en la cátedra y él a estudiar con ahínco, trabajando además en sus horas libres. Hasta que se hizo ingeniero petrolero. Se fueron a Salamanca, a la refinería. Y él le dio el hogar dulce con el que siempre habían soñado. Llegaron los hijos y aquel motorcillo de duende, que ella parecía llevar en el pecho, se llenó de alborozo cotidiano.

El día de su santo, el 12 de este mes, el motorcillo le jugó la última travesura: se le detuvo, a la mitad del pecho.

Los muchachos de la Secundaria "José Rafael Campoy" no lo saben, pero cada vez que le dicen *Miss* a una de sus maestras, están recordando a aquella maestra-alumna que en secundaria se graduó junto conmigo: la inolvidable *Miss Zazueta*. La señorita María Guadalupe Zazueta. La señora doña María Guadalupe Zazueta de Navarrete.

¡Adiós, Miss!

18 de diciembre de 1969

¿CUÁNTOS?

No sé, de veras, por qué. Asociación de ideas; brote alborozado del recuerdo. Lo que se ocurra.

Había una nevería en el centro de la plaza 18 de Marzo. Al extremo norte, hasta la calle, estaba la cancha de basquetbol. Íbamos por allí todas las tardes -y en las madrugadas- a *ensayar*. Pero, por las tardes, nos ocurría que iban *casualmente* algunas chicas de la secundaria, de nuestra escuela.

Terminábamos de jugar, nos secábamos el sudor con una

toalla -o con lo que fuese, porque los vestidores y los baños del gimnasio los conocíamos sólo por revistas-, nos calábamos la ropa encima del "uniforme" y, para festejar el triunfo o para llorar la derrota, nos íbamos a la nevería, a unos pasos. ¡Y había que ver cuánto aguantaba un refresco...!

Una tarde, llegaron a vernos jugar algunas chicas de la escuela y otras que no eran de la escuela. Pancho Moncada y yo, como siempre, estábamos en plan de tigres. Echando el alma en cada jugada, como si en ello nos fuera la luz del mundo. De pronto, en un "doble", algo me hizo voltear hacia las tribunas. Eran dos ojos que parecían pozos de luz. Yo creo que me quedé encandilado porque Pancho, sin dificultad ninguna, luego me pasó por las barbas tres veces y tres veces encestó. Perdimos, yo y mis compañeros de equipo. Mejor dicho, yo solo. A llorar la derrota. Pero los vencedores se largaron ufanos, sin detenerse en la nevería. Los perdedores estaban furiosos conmigo. Ni adiós me dijeron.

Me fui, pues, solo. Y mi alma. ¡Mira que perder aquel partidazo por andar viendo pupilas almibaradas...!

Pedí mi refresco, tomé un sorbo y me puse a pasar revista a mis angustias (¿Y mañana? ¿Con qué cara voy a salir cuando me reclamen que no pude detenerle a Pancho aquella entrada tan alocada, que hizo nada más porque vio que yo andaba en las nubes?). Bueno, pues. Otro sorbo. Y otro. Y en eso, una voz.

—¡Hola...!

Y la voz sonaba a campanillas.

Ellas. Cinco de ellas. La de los ojos de luz, dos más que no conocía y dos condiscípulas. Una de éstas, la del "hola" tan largo.

—¿No invitas?

Me puse de todos los colores mientras -sin invitarlas- tomaban asiento alrededor de mi mesa solitaria.

Nieve. Refrescos. Galletas. Y vuelta.

Una hora.

¡Y yo que, con cincuenta centavos en la bolsa, sudaba más frío que la nieve, y volvía la cabeza a todos los rumbos, para ver si veía a alguno de mis amigos que -no eran muchos- pudiera pagar la cuenta...!

Nadie. Y como nadie daba trazas de irse, *otra tanda*. Yo estaba más pálido que la nieve de limón. El mesero empezaba

a verme con los ojos atravesados. Yo, por mi parte, había decidido que el mundo se hundiera conmigo, para ver qué pasaba después.

Pasó.

Llegó alguien, por detrás, me dio una palmada en el hombro y, al mismo tiempo, metió mano a una de las bolsas de mi pantalón. ¡Nomás eso faltaba!

—¡Quihubo, cuando menos invita!

Lo invité, no faltaba más. Si el mundo estaba hundiéndose, ¿por qué no hacerlo con caja llena?

Cuando terminó su refresco -después de chulear a la chica de los ojos aquellos, y a otras más, que para eso se sobraba y se bastaba- se levantó en actitud triunfal y les dijo:

—Bueno, mis bellas, me retiro. Es bueno tener siempre amigos como Bartolomé, dispuestos a darnos el disfrute de estos placeres dulces.

Lo miré con ojos de angustia y de coraje. Pero hizo como si se le hubiese desatado el cordón de los zapatos, se inclinó y me dijo al oído:

—Calma: tienes dinero en la bolsa derecha.

Se fue.

Vino el mesero.

Metí la mano a la bolsa derecha y saqué un billete de diez pesos. Pagué, en plan de mecenazas. Me dieron aún mucho cambio ¡y hasta dejé propina!

Francisco Díaz Duarte. Me había visto. Había adivinado mi angustia y había acudido a mi rescate.

Diez pesos.

Los había ganado en dos semanas de trabajo. En dos semanas tremendas de ayudar en la fundición rudimentaria en la que trabajaba, normalmente, su papá. Dí gracias al cielo cuando, al día siguiente, pude devolverle más de la mitad del dinero.

Francisco Díaz Duarte. Los ojos claros, la risa a flor de picaresca -o de corazón-, el cuerpo pequeño y el espíritu por todo lo alto, la inteligencia exasperante -para los mediocres-... y la nobleza que gritaba su presencia dondequiera que se parase.

Había muy pocos mediocres en aquella generación secundaria. Y los que había le llamaban con el único término

despectivo al alcance de los estudiantes mediocres: *machetero*. Los que valían, sin embargo -y esa fue una de las generaciones más brillantes que he conocido-, no le llamaban de ningún modo. Simple y sencillamente lo respetaban, lo reconocían como el mejor, como el más brillante, como lo que era. Y en esa generación -dicho sea de paso- estaban algunos que no me dejarán mentir: Gabriel Villegas, Raúl y Gaspar Juárez, Rodolfo León, Amparo Alvarez, Héctor Almirudis, Edgardo Fimbres, Marco Antonio Sobarzo, Fausto Navarrete...

El mejor en el aula... ¡y había que verlo en el campo de futbol, partiéndose, carcajada en ristre, por el gol para su equipo!

Francisco Díaz Duarte se llevó, a su casa, la primera medalla de oro que la Escuela Secundaria dio al alumno que, durante los tres años de instrucción, obtuviese el mejor promedio.

Graduación con todos los honores. Con fiesta llena de entusiasmo, aunque modesta. Con abrazos de maestros, de invitados y de compañeros.

Y hasta allí.

No sé, de veras, cómo pudo hacerlo. Pero quizás él tenía la dosis de atrevimiento que a mí me faltó por esos años. Yo -que iba un año abajo y que conseguí iguales o mayores galardones en las mismas pruebas- me doblegué ante los fracasos iniciales y traté de hacer una carrera sin recursos, sin ayuda, sin beca posible; él, sin nada más que su desfachatez simpática, pidió ayuda y reunió lo suficiente para irse a México y sostenerse allá mientras -no sé quién, ni cómo- le dieron una beca para la Escuela de Medicina que es honra y prez de nuestras fuerzas armadas.

Cuando lo volví a ver, hace unos años, era, ya, Médico Militar. Y Mayor del Ejército.

Pregunto: por cada uno que se salva, ¿cuántos Franciscos Díaz se pierden para México, por falta de recursos para estudiar?

¿...Cuántos, cuántos, cuántos, señores profesionistas de Ciudad Obregón?

Hablaba yo de *un Padrino* y *un Ahijado*.

Creo que es tiempo de intentar respuestas.

4 de febrero de 1969

PIEDRAS

No. Lo de Ixtlahuacán de los Membrillos no fue la primera vez en que tuve que salir con ligereza máxima del lugar, nada más *porque sí*, nada más porque a algunos tipos no les gustó que yo mirara tiernamente a alguna chica o bailara con ella o le platicase algo. No. Ni la última (También salí venturosamente raudito de Puente Grande, hice la carrera fantástica de doscientos metros en Tepatitlán, en Lagos por poco me dejan sin espinillas, en... Pero yo no tenía la culpa. ¡Palabra! Ahora que lo pienso, creo que estoy aprendiendo a conocer al señor Adán, aquél de la manzana. Yo iba a un pueblo, invitado por algún condiscípulo - y que conste: no quiero hablar de los días que pasé en Tecuala, Nayarit- y antes de que yo hiciera nada, ya me habían presentado a una chica, o a varias. Y ocurría, casi siempre, que alguien confundía mi cortesía con un irrefrenable deseo de hacer ejercicio).

La primera vez -hablando de mi adolescencia para acá (y a propósito: ¿quién dijo que los adolescentes no se enamoran también, intensamente?)- yo no tuve la culpa. Bueno, creo que no. Creo que la tuvieron mi compadre Manuel Burroia Santana y Rodolfo León Manzo. O tal vez los tres.

En 1943, por Semana Santa. Estábamos en la Secundaria Número 2 del Estado (Al año siguiente sería la número 1). Y a los más alborotadores se les ocurrió lanzar un reto a los secundarios de Guaymas para enfrentarnos en *beis*, *basquet* y *volibol*. Lo aceptaron. Yo no sé cómo se logró, pero faltando dos días para que empezaran las vacaciones de Semana Santa ya se había conseguido prestado un camión *sin redilas*, con el solo compromiso de pagarle sus gastos y su sueldo al chofer. Y se había conseguido el dinero suficiente para que, moderadamente, comiésemos unos veinticinco excursionistas durante tres días. Dormiríamos en una escuela. Como yo practicaba los tres deportes -aunque era malito en beisbol- me invitaron. Y nos fuimos *cuarenta y tantos*, porque no faltaron los que, aunque sólo jugaban *pool*, llegaban, suplicaban y enseñaban unos billetes para demostrar que ellos pagarían sus propios gastos. Es que en ese tiempo éramos tan pocos los secundarios que en realidad formábamos un solo grupo, sin importar quién

estaba en tercero, quién en segundo, quién en primero.

Nos fuimos, pues, todos los que cupimos en el camión. El Profesor Samuel Rentería -ah, cómo sabía infundir, desde entonces, respeto- encabezó la expedición inolvidable. Salimos en la madrugada, *a toda velocidad*. En la noche estábamos en Guaymas. Nos llevaron a nuestras "habitaciones": las aulas de una escuela de dos pisos cuya planta baja servía como primaria, mientras que la secundaria funcionaba arriba. Por cierto que, casi al entrar a la escuela, aprendí algo que me caló de veras y que, desgraciadamente, nunca me preocupé de comprobar. Un maestro que nos recibió me dijo, cuando le pregunté de quién era el busto que estaba en la entrada: "De un señor que se destacó mucho en..." y dijo algunas cosas que me dejaron perplejo. Me pregunté, pues, por qué a las escuelas se les ponen nombres a troche y moche, nada más porque se le ocurre a algún político.

Nos acomodamos en dos aulas: recorrimos los mesabancos hasta colocarlos contra una pared, sacamos nuestras cobijas y las tendimos sobre el piso. ¿Listos los dormitorios? Sí. Pues entonces había que ir a cenar. Y a cenar nos llevó el profesor Rentería. A un restaurante de chinos. Yo tenía una curiosidad enorme por conocer el chop suey.

Su aspecto me llamaba la atención, de veras. Y como había que escoger entre chop suey y nada, como plato principal (el segundo eran apenas unas cuantas docenas de frijoles, con dos tortillas), pues escogí chop suey.

¡Y que le pongo salsa en abundancia! Mi paladar esperaba, ansiosamente, un sabor exótico, delicioso, soñado. Por poco me ahogo. Entonces aprendí otra cosa: muchas veces, cuando se desea nada más comer porque sí, entre la realidad y los sueños hay un abismo. No pude comer. Pasé mi platillo a Goyín (¿se acuerdan de Goyín, muchachos?), le quitó el arroz que tenía exceso de aderezador -que no era salsa, desde luego- y, tranquilamente, lo devoró. Tal vez porque, como era el estrella del equipo de beisbol, necesitaba fuerzas para el día siguiente. Yo me conformé con los desamparados y desairados frijolillos. Y con un refresco, que compré con *mi dinero*. Pero ¿qué tanto afecta una tontería de éstas a quien tiene quince años? Nada. Reímos, hicimos planes "para mañana" -oh, teníamos que vencer en nuestra confrontación atlética- y, por órdenes del Profesor Rentería, regresamos a la Escuela. A nuestros domi-

torios. Teníamos que dormir temprano para dar una pelea digna al día siguiente.

¿Es muy difícil dormir en el piso, con una cobija por cama y una sábana, o la ropa, por cobija? No, cuando se tienen tan pocos años que uno se desespera porque el tiempo no pasa más aprisa "para ser grande".

Muy pocos fueron los que se quejaron, por la mañana, porque inclusive los que estaban acostumbrados a dormir en colchón mullido, con calentón, sonreían de puro gusto de que estábamos juntos. A desayunar. Y entonces me desquité. Y luego, de vuelta a la escuela. Teníamos que poner bien tensa la red para el *voli*, mientras llegaban los adversarios. Practicar un rato, para acostumbrarnos a la tierra con piedrecillas sueltas que no nos gustó ni tantito por aquello de que, a veces, uno tiene que caer con los codos o de rodillas. Fuimos, practicamos. Estábamos en forma cuando llegaron los rivales. Unos diez, cuando mucho. Y allí, sin más público que el aire oloroso a mar y el cielo azul, les dimos una paliza. Pero no podíamos cantar victoria: faltaba el *basquet*, faltaba el *beis*.

Por la tarde jugamos basquet. Yo no jugué más que unos minutos, porque me "piñaron" diciéndome: "Mira, mejor resérvate para el beisbol, mañana; tú fuiste el mejor, el que fabricó el triunfo en el voli; descansa". Y yo me tragué la píldora. Ni modo. Tal vez por eso estaba *muino* cuando terminó el partido, que ganamos también. Y tal vez porque estaba *muino* pudo acercárseme Satanás, metido en el cuerpo de mi compadre Manuel Burrola.

—Oye, éstos se van a ir a cenar. Luego, tienen que ir a la escuela a lavarse, a cambiarse, a qué sé yo. ¿Por qué no nos vamos a la plaza a ver chamacas? Total, tú ya te quitaste el uniforme y estás vestido. Ni siquiera sudaste. Vamos, que está bueno.

—Oye, no. ¿Qué va a decir el Profesor Rentería?

—Nada. Como nada más unos cuantos juegan basquet, los otros andan paseando, y ni modo que cuide a todos. Andale, vamos a ver qué hay.

—¿Tú y yo?

No. Había alguien más. Volteé a mi izquierda y allí estaba la sonrisa pícaro de Rodolfo.

—No: los tres.

Y nos fuimos a la plaza, mi compadre Burrola, Rodolfo León

Manzo y yo. A ver qué había. Hubo. Hubo mucho.

Tres chicas. Primorosas. Y solas. Solas daban vuelta a la plaza. ¿No era, aquello, un motivo de vergüenza? Había que salir en defensa de la caballerosidad. Y nosotros, muy caballerosos, pues fuimos a presentarnos solos y las acompañamos a dar vueltas. Y vueltas. Y vueltas. Unas dos horas después, nos informaron que tenían que regresar a sus hogares. Las acompañaríamos hasta la puerta de su casa, ¡no faltaba más!

Y a acompañarlas nos fuimos. Primero, se quedó una de ellas. Dos o tres cuadras adelante, las otras dos. Ya habíamos apuntado sus nombres, sus domicilios y hasta su sonrisa promisoras. Habíamos prometido escribirles. Cuando las dos últimas cerraron la puerta de su casa, nos quedamos mirando los tres, satisfechos y *castigadores*. ¡Habíamos hecho lo que ninguno otro de la expedición!

Fue entonces cuando, sobre la reja de la ventana, rebotó la primera piedra. Volvimos la cabeza, azorados. Y luego no supimos para dónde voltear, porque aquello parecía un diluvio de meteoritos. Nos cubrimos la nuca con las manos y echamos a correr, mientras las piedras nos daban en la espalda, en las piernas o en salva sea la parte. No recuerdo quién corrió más velozmente. De haber estado el Profesor Rentería -que también nos enseñaba Cultura Física-, nos habría cronometrado la exhibición obligada. Era, aquello, un concierto de piedras, paredes y ventanas. De gritos y de *resollar gordo*. ¡Y la cuadra que no tenía fin! Gritaba Rodolfo:

—Abusados, en la primera esquina vamos a torcer a la izquierda, para regresar.

Torcimos. Y, a los cincuenta pasos, se nos doblaron las piernas. ¡Ahora sí que estábamos torcidos! Frente a nosotros, en la bocacalle, había una muchedumbre de tipos, gritando y con los brazos listos a tirar la piedra. Entre dos fuegos. Nos iban a hacer papilla. Frenamos; nos quedamos quietos. Allá atrás, los apedreadores iniciales. Adelante, los que nos esperaban. Ni moverse. Nos miramos, desolados. Pero Rodolfo tenía mirada de águila.

—¡Córranle p'acá, que son los nuestros!

Y corrimos. Los de Guaymas se quedaron quietecitos, quietecitos, porque esperándonos estaban todos los miembros de la excursión y algunos más. Eramos más que ellos. Y todos

llevaban piedras en las manos. Se retiraron paso a paso, nadie pegó un grito, nadie arrojó una piedra, y aquello terminó. Pero no para nosotros. En cuanto nos rescataron, nos pusieron una regañiza de todos los colores:

—¡Idiotas! ¿Por qué no se dieron cuenta que desde que andaban dando vueltas en la plaza, con las muchachas, ya iban detrás de ustedes como quince?

—¡Mensos! ¿Por qué tenían que llevarlas a sus casas?

—¡Tarugos! ¿Pa qué se meten donde no saben?

Y así *ad infinitum*.

Tal vez por eso, a la mañana siguiente, también les pegamos, a los de Guaymas, una paliza en Beisbol. Yo, en la tercera base, estaba tan nervioso -no había dormido, porque me dolían las pedradas- que Raúl Juárez, en el *short*, casi cubría todo mi terreno, además del suyo. Me poncharon dos veces. Cuando fui por tercera vez a batear, con dos compañeros en bases, llamé a Raúl y le pregunté:

—Oye, ando mal: ¿qué hago para dar de hit?

Raúl -bueno, él jamás tuvo otra vocación que la de médico- me contestó de golpe:

—Simplemente párate y pega con la seguridad de que vas a darlo.

Le dí. Ganamos.

Manuel Burrola Santana y Rodolfo León Manzo me aplaudieron. Tal vez porque les dolía lo mismo que a mí.

Ah, mas lo habíamos hecho (Pero que conste: las piedras, contra las rejas, no suenan precisamente a campanas).

Me pregunto ahora, que recuerdo estas cosas: ¿valió la pena correr tanto, por el solo hecho de buscar una mujer?

Sí. Yo creo que la encontramos.

18 de marzo de 1969

ME DEBEN ESA MEDALLA

Convocaron, una vez, a un concurso poético, como medio de honrar a la Madre en su día. Yo estaba en la Secundaria, como estudiante, y se me ocurrió que podía escribir un poema y tomar parte en el certamen. Pero, cuando vi los nombres de los

señores del jurado, se me cayeron las alas de la esperanza: yo conocía a dos de ellos. Eran señores adustísimos que casi nunca hablaban y que pasaban por muy cultos y muy letrados. ¡Me iban a hacer pedazos! Y luego, cuando me enteré de que a dicho concurso había enviado sendos trabajos un profesor de Literatura, un médico y un ingeniero, ¡menos! ¿Qué tenía que hacer yo frente a los señorones aquellos, a los que daba trabajo mirar nada más por temor a descubrir que de tan perfectos ni siquiera respiraban?

Así que me eché el poema al bolsillo y allí se quedó, día tras día. El puro 10 de Mayo (y que conste: esto no es un recordatorio para nadie), el Profesor Lázaro Mercado me preguntó si yo no había participado en el concurso. Le dije la verdad. Había escrito, pero no había mandado nada. Por aquellos señores tan solemnes.

—¿Traes tu poema? -me preguntó.

Lo saqué, lo leyó, me agarró de la mano y, sin que yo supiera de qué se trataba, casi me llevó a rastras hasta el cine "Obregón", donde precisamente en aquellos momentos estaba dándose lectura final de los trabajos entre los que se discerniría el primer lugar. Entramos al cine, nos metimos por detrás del foro, me dijo un "Espérame aquí, tantito", fue y habló con uno de los señores solemnes del Jurado y luego volvió hacia donde yo estaba:

—Van a hacer una excepción y antes de dar su fallo van a permitirte que leas personalmente tu trabajo, frente al público.

El cine estaba a reventar y me temblaron las corvas, pero no era cosa de hacer quedar mal al Profesor Mercado. Así que me aventé al ruedo con mi obra de arte -¡ja!- y hasta yo mismo me asusté de lo que ocurrió enseguida: la gente aplaudía y aplaudía ¡y hasta los señores del jurado se mostraron satisfechos, aplaudiendo a su vez! Me hicieron repetir el poema, del que no sé cómo se me quedaron unos versos en la memoria:

Fuentes de gloria divina
que alumbráis al mundo enfermo
y que del paraje yermo
hacéis jardín sin espinas,
ved mi frente que se inclina
con temura a vuestra planta;
mi palabra se levanta
para cantaros, sublime,

con el amor que le imprime
vuestra vida sacrosanta.

Era un poema bien largo, dedicado a todas las madres del mundo. Cuando terminé de leerlo, otra vez la ovación. Y como ya habían leído los demás trabajos y como el público no había reaccionado con tanto calor como con el mío, allí me gané el primer premio: una medalla de plata, con valor de cincuenta pesos, donada por el patrocinador del concurso, la estación radiodifusora XEAP. Se fijó fecha especial para entregarme la presea. Y yo creo que ya dije, alguna vez, que pasaron cerca de dos años para que me dieran la famosa medalla, ¡que luego resultó ser un peso de plata, tallado y con mis iniciales grabadas por un lado, pero se les olvidó limar la frase *independencia y libertad!* (Insisto en que XEAP me debe, aún, esa medalla.)

Pero el verdadero triunfo que obtuve aquella mañana fue algo más que una medalla: empecé a conocer a los *solemnes* y a darme cuenta que, detrás de su porte impresionante, no hay ni genio ni luminosidad inmarcesible ni siquiera grande y legítima valía. El legítimo triunfo de aquella mañana fue perderles el respeto a los *solemnes* y saber que, casi siempre, la *solemnidad* no es otra cosa que una pantalla para esconder la ignorancia o la pequeñez del espíritu.

Salud, señores *solemnes*.

8 de abril de 1970

IRINEO

Cuando su cuerpo era bajado a la tumba, todas las estaciones de radio transmitieron, durante tres minutos, un mensaje de silencio impresionante.

Y él debió escucharlo, con el alma en un suspiro.

Creo que se hizo lo justo. Porque él, Florencio Irineo Sención, no sólo entregó más de la mitad de su vida a la radiodifusión sino que de hecho fue uno de los locutores que supieron enaltecer y dar lustre a su profesión y, con ello, pusieron los cimientos de las conquistas que desde hace algunos años se han venido logrando.

¿Quién no recuerda a "Don Lencho" y su "Fogata Norteña",

programa que sostuvo por más de diez y seis años, nada más en XEHX?

Su muerte ha dolido a todos. Yo podría jurar que en muchos rincones del Valle hay lágrimas y rezos por él.

Más que un locutor, era una institución. Y no sólo porque tuviera voz, presencia, conocimiento del idioma, profesionalismo, sino porque sabía transmitir su gusto de vivir.

Y luego, pues infortunadamente ha sido el primero de nuestros locutores identificados con el pueblo que cae en el cumplimiento del deber, desde hace décadas, lo que casi es decir desde que XEAP y XEOX abrieron el camino de la radiodifusión en nuestro medio.

Pero creo que, en realidad, murió como él lo hubiera querido: frente al micrófono, cumpliendo con lo que era su deber y su misión feliz: alegrar, hacer más fácil la vida de los demás.

(Sí, ya lo dije: cuando se desplomó en la cabina de trabajo, aún estaba con vida. Pero, en realidad, fue allí cuando murió. Los cinco días que siguieron no fueron más que inconsciencia, vida artificial, esperanza de los médicos de salvarlo. ¡Y qué no hicieron todos los médicos del IMSS, encabezados por el propio Rivera Olvera, Director del Hospital! Todos los recursos, el equipo más moderno -que ni se sueña en los sanatorios particulares-, todo se utilizó en el intento. Pero no era posible. El derrame cerebral había sido terrible, definitivo, tremendo.)

Pero pienso que, de no haber sido frente a un micrófono, le habría gustado morir en el aula, frente a un pizarrón y dictando cátedra.

Y lo lloramos todos los que fuimos sus alumnos, en alguna de las etapas de su vida fructífera y noble.

Por ejemplo, los que con él aprendimos, allá en quinto año de primaria, en Pueblo Yaqui. O los que con él aprendieron -¿verdad, Lic. Eduardo Estrella Acedo?- en la Escuela Secundaria de Esperanza, misma que se fundó debido en gran parte a su esfuerzo y a su tenacidad. O los que fueron sus discípulos en la Escuela Secundaria Número Uno, de Ciudad Obregón, donde él y yo volvimos a encontrarnos, pero como compañeros.

¿Por qué dejó las aulas y se dedicó, de lleno, sólo a la radio?

Porque un día llegó como director de nuestra Secundaria un tipo de esos que exigen que, por su "jerarquía", se les hagan caravanas.

Pues Florencio no se dignó hacerlas. Y entonces el tipo, sacando el cobre por donde pudo, estableció que nadie podría abandonar el plantel durante la jornada lectiva, ¡aunque se tratara de un maestro que sólo tenía dos horas de trabajo y todas las demás horas libres, por cosas del horario en vigor, tal o cual día de la semana!

Florencio pudo haber peleado, y habría ganado el pleito, porque se trataba de una injusticia tremenda. Pero no quiso. renunció, mejor, a la escuela. Y se dedicó a la radio, porque en la radio ganaba más y porque tenía una familia a la cual mantener.

De no haber sido por aquel tipo, tal vez Irineo habría seguido siendo maestro hasta el último día de su existencia bella y digna.

Yo -huelga decirlo- no estuve en el sepelio. ¿Cómo, si lo estimaba demasiado? Espero -como le reiteraré a mi compadre Castañeda Sandoval- no asistir ni siquiera a mis propios funerales. Y no es que me asuste la presencia de la muerte, sino que sé que la muerte no es más que una transición, y creo que no tiene caso llorar ante un cuerpo que al final de cuentas no es más que un traje: sirve, mientras se le lleva puesto. Pero hasta allí.

(Aunque, Lector, no me tome muy en serio. La verdad es que la muerte de los que quiero me afecta en demasía. Es como si me fuera quedando solo, cada vez más solo. Y, consecuentemente, cada vez más triste y más desanimado.)

Florencio Irineo era más -mucho más- que mi amigo: fue mi maestro, el que me enseñó los primeros versos; fue mi compañero, que me enseñó a no aceptar la careta de la solemnidad; fue el esposo dedicado y bueno de Lupe, hermana de mi esposa. Pero, sobre todo, fue un profesional entero y un hombre completo.

Fue una lección altísima haber compartido, con él, gran parte de mi vida.

Hasta luego, Florencio Irineo Sención, maestro.

16 de julio de 1973



CAPITULO X

**Jamás una amargura
con la vida**

Yo amaba mucho a mi padre. Cuando murió, casi no pude perdonárselo. Porque me obligó a ser hombre y hasta jefe de familia cuando debí ser niño y adolescente.

¿Puede culparme alguien, pues, si al quedarme solo busqué un padre poderosísimo, inmensamente bueno, que no me abandonara jamás? Por ese camino llegué a Cristo. Y lo he amado, toda mi vida, más que a nada o a nadie en el universo. Y hasta me acostumbré a sentirlo en mi corazón y a sostener con él, a veces, larguísimas conversaciones. Ah, desde luego: si a alguien le parece que estoy loco, ni modo. Yo digo lo mío y ya. Aspiro a ser intrínsecamente bueno, justo, recto y respetuoso de la vida y sus manifestaciones. No tengo recovecos mentales ni utilizo ideologías. Y si algo se opone a mi concepción de la vida, lo dejo pasar, pero no me arrastra.

14 de diciembre de 1972

INJUSTAMENTE LOS SOLDADOS RECIBEN HUMILLACION POPULAR

Cine: CAJEME

BARANA
ROY MONTY Y BERNI PIERRE
MAYOR Y MENOR EN UN COMEDIO
LA JUSTICIA DEL GAVILAN VERGADO
MONTY Y BERNI EN UN COMEDIO
MONTY Y BERNI EN UN COMEDIO

Heraldo del Yaguajay

SEMANA DE ENTRENAMIENTO DEL CUORPO VIGILANTE EN GENERAL DE LA FUERZA ARMADA BOLIVARIANA EN EL VEREDANO ESTADIO DE BARANA
Publicado los jueves de cada semana en el Edificio de la Prensa, No. 8, 2da. Calle, Barana, Estado de Barana, Venezuela, C. A. P. O. Box 1000. Teléfono No. 1000.

Cine: PITIC

PIERIC EN EL PLANO DE UNO
MAYOR Y MENOR EN UN COMEDIO
LA JUSTICIA DEL GAVILAN VERGADO
MONTY Y BERNI EN UN COMEDIO
MONTY Y BERNI EN UN COMEDIO

No. 8244 | BARANA A BARANA | No. 8244 | Ciudad Olegario, Bol., jueves 8 de Enero de 1959 | No. 8244 | No. 8244

A Toda Costa se Trata de Evitar el Mitin de Hoy

LA CARCEL ESTA LLENA DE REOS POLITICOS

SE Invasión, Callamo... Y OBREGONISMO

Una invasión de soldados bolivarianos a la ciudad de Barana, en el Estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, provocó una gran agitación popular. Los soldados, al ingresar a la ciudad, fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

Los soldados fueron recibidos con hostilidad por parte de la población. Se reportó que algunos soldados fueron golpeados y otros heridos. La invasión se produjo en el contexto de las manifestaciones populares que se están desarrollando en el país.

ESTALLARA LA HUELGA

1. Persecución

2. Censura

3. Persecución

4. Censura

5. Persecución

6. Censura

7. Persecución

8. Censura

9. Persecución

10. Censura

NINGUN ARREGLO DE FERROCARRILES Y EXPRESA HASTA HOY

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Después de haber estado en el estado de Barana, Venezuela, el día 7 de enero de 1959, se reportó que no se había logrado ningún arreglo de los ferrocarriles y la expresas hasta hoy. La situación se mantiene estancada, lo que afecta gravemente a la economía y a la vida de la población.

Tras la Agresión de Ayer, Ahora Procede el Gobierno a Detener a los Líderes del PDC, Clausurar el Local de la UGCH

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Después de la agresión sufrida por los miembros del Partido Democrático Cristiano (PDC) y la Unión General de Campesinos y Huelguistas (UGCH) el día 7 de enero de 1959, el gobierno ha tomado medidas para detener a los líderes de estas organizaciones y clausurar sus locales. Se reportó que los líderes fueron detenidos y llevados a prisión, lo que ha generado una gran indignación popular.

Reserva Clases la Escuela de Teatro

Se ha reservado un espacio en la escuela de teatro para la realización de actividades culturales y artísticas. Esto permitirá a los estudiantes desarrollar sus habilidades y talentos en el campo del teatro.

Por un León Bombas por Otro Bombas

Se ha expresado el deseo de cambiar el tipo de bombas utilizadas en las actividades militares. Se busca un tipo de bomba que sea más eficiente y segura.

Posible Intervención para Libertar a un Periodista

Se ha especulado con la posibilidad de una intervención internacional para liberar a un periodista que ha sido detenido. Esto dependerá de las acciones que tomen los países involucrados.

Per Error Iba a Ser Aprehendido

Un individuo fue detenido por error al intentar ser arrestado. Se descubrió que no era el sujeto buscado por las autoridades.

Brillante Universitario Recibirá su Título de IE

Un estudiante universitario ha recibido su título de Ingeniería. Fue un brillante estudiante que se graduó con honores.

Se Trabajo ya en S.I.P. y Tacacá

Se ha iniciado el trabajo en el Sistema de Inversión Productiva (S.I.P.) y en Tacacá. Esto representa un paso importante en el desarrollo económico del país.

Definición Programas y Cambiará Textos

Se han definido los programas y se cambiarán los textos de los documentos oficiales. Esto se hace para mejorar la claridad y la precisión de la información.

Quince Calmas en el PP por los Suicidios de Ayer

Se reportó un período de quince días de calma en el Partido Popular (PP) tras los suicidios ocurridos el día anterior. Esto refleja el impacto emocional de los hechos.

Agresión de los Recruitados

Se reportó una agresión contra los recruitados. Los agresores intentaron atacar a los miembros de la fuerza de seguridad.

Vuelven ya los Recruitados

Los recruitados han regresado a sus hogares. Se reportó que fueron recibidos con cariño por sus familias.

Per Error Iba a Ser Aprehendido

Un individuo fue detenido por error al intentar ser arrestado. Se descubrió que no era el sujeto buscado por las autoridades.

Brillante Universitario Recibirá su Título de IE

Un estudiante universitario ha recibido su título de Ingeniería. Fue un brillante estudiante que se graduó con honores.

Quince Calmas en el PP por los Suicidios de Ayer

Se reportó un período de quince días de calma en el Partido Popular (PP) tras los suicidios ocurridos el día anterior. Esto refleja el impacto emocional de los hechos.

Agresión de los Recruitados

Se reportó una agresión contra los recruitados. Los agresores intentaron atacar a los miembros de la fuerza de seguridad.

Vuelven ya los Recruitados

Los recruitados han regresado a sus hogares. Se reportó que fueron recibidos con cariño por sus familias.

¿PROFETAS?, “GURU”, LAS HORAS, ALSOP

El poeta y el periodista, aunque parezca extraño, tienen mucho en común. Me refiero, desde luego, al periodista que otea, que estudia, que se preocupa por lo que ocurre en el fondo de las cosas, en todas partes. Me refiero al poeta que lo es de veras, no al chulito que hace coros de mano derrumbada.

Intuyen.

Adivinan.

Tienen chispazos de luz y llegan a ver el futuro, aunque no se den cuenta de ello.

Empiezo a leer las revistas que, gentilmente, me apartan en la papelería “El Radio”. Me encuentro con un “Post” de hace mes y medio y me tropiezo con una estupidez como reportaje principal: un dizque “guru”, un yogi que se pone a meditar, en la India, a los Beatles, a Mia Farrow, a un reportero del propio “Post” y a otros primos. ¡Cómo se ha de estar carcajeando el señor “guru”! (Pero, ¿cómo van a entender estos señores que los verdaderos Maestros jamás se han prestado, jamás se prestan y jamás han de prestarse a payasadas? ¿Cómo van a entender que el desarrollo espiritual no puede lograrse de la noche a la mañana? ¿Cómo van a entender que el Maestro aparece sólo cuando está preparado el discípulo? ¿Cómo van a entender que eso de estar *preparado* significa estar avanzado, en todos los aspectos? No tienen remedio. Pero no importa: todos -con todo y su “guru”- tienen hambre de publicidad).

Intermedio: ¡qué maravilloso, qué fantástico es el Maestro que todos -queramos o no- llevamos en el corazón!

Tengo que explicarme:

He estado trabajando desde las diez de la mañana del miércoles y ya son las cinco de la mañana del jueves. Pero ya tengo tres columnas adelantadas y un editorial. Necesito hacerlo, porque el trabajo se me ha acumulado en forma terrible con la visita de mis hermanos. Dejo una columna a medias cuando me doy cuenta de que he estado dormido por unos minutos frente a la máquina de escribir. Releo las últimas líneas ¡y me asusto! Había empezado a escribir lo que, quizás, estaba empezando a soñar. Hora de irme a dormir. Caigo en la cama como muerto. A las nueve y media estoy en pie. Ha pasado el

señor que vende verduras y después de cinco estenióreos gritos -que no ha atendido mi esposa porque debe estar en el patio, lavando- abro los ojos y me despabilo. Sí, parece que tengo arenilla en las pupilas, pero no importa. Me lavo -imposible bañarme, porque el agua alcanza a salir nada más, a duras penas, por la llave del lavabo-, me visto, me pongo mis pantunflas de batalla y me voy a terminar el escrito pendiente. Necesito entregar mi material más temprano. En TRIBUNA me han aguantado mucho en estos últimos días. Es necesario que yo corresponda. Por fortuna, la idea ya está allí, a medias. Y ya tengo columna. Corrijo lo hecho, tachando, haciendo cambios, cortando párrafos enteros. Quien no se corrige a sí mismo, jamás puede nombrarse escritor. Termino. Creo que ahora no haré renegar a los muchachos de TRIBUNA. Son apenas las doce y media. Y sigo de frente, nada más porque es imprescindible. Tengo que terminar un estudio que debo presentar al Ing. Marco Antonio Salazar Aínza; pero calculo que podré hacer, antes, la investigación bibliográfica y exposición de argumentos que me ha pedido un amigo. Me dedico a ello, por completo. Siento que si no lo hago ahora, cuando tengo la chispa, después será muy difícil. Ya me ha ocurrido otras veces (Cuando me he creído *muy salsa* y he pensado: "Total, lo hago mañana, al cabo es fácil", me ha resultado que luego he batallado diez días sin que me llegue la idea que necesito). Así es esto. Leo, escribo, investigo, escribo. Las cosas salen bien. Me siento satisfecho. Son las cinco y media de la tarde. Me levanto, camino un poco, frente a mi biblioteca. Veo mis pobres libros, muchos de ellos despastados. Pero ya los vestiré bien. Los amo. Y me da gusto ver que ya son algunos centenares (¿diez centenares, quince, veinte? No sé. Nunca he tenido tiempo para contarlos. Pero todos los he leído). Siento cansado el cerebro, un poco. Mi esposa me trae un vaso de cerveza helada. Me cae muy bien, de veras. Pero yo preferiría tomarme un jaibol, sólo que no es posible: ni tengo whisky ni sería conveniente: necesito seguir de frente, con la mente lúcida. La euforia del alcohol es tan breve que no puedo fiarme. Debo trabajar. Los chicos están viendo la televisión. Empiezan las telenovelas y corren, espantados, a jugar (y todavía hay quien les recomiende que vayan a *hacer la tarea*). Mi esposa se queda frente al televisor. No la culpo. Yo estoy ya, otra vez, frente a la máquina. Ella no tiene con quien

platicar. ¿Qué más da ponerse a sufrir un poco? Llega el chico de la imprenta. Me trae unas pruebas. Las corrijo, despacio. Las devuelvo. Me dice que Benjamín quiere más formas para seguir trabajando. Ni modo. Hay que hacerlas. Tomo mi bastidor de dibujo, mi regla "T", escuadras, lápices blandos... y a dibujar. Termino el formato de cuatro páginas. Lo envío. Son las siete. Hay tiempo, aún, de avanzar un poco en el estudio para el Ing. Salazar Aínza. Hago cálculos, hablo por teléfono, escribo, adquiero lo más importante: la idea completa de lo que quiero hacer. Me alegro. Descanso un momento. Me habla el señor Lara. Le he prometido que haremos un memorándum completo y rotundo, para enviarlo a México, sobre las tiendas de CONASUPO, que tan bien hacen al pueblo. Analizamos algunos aspectos importantes y le digo que mañana podremos hablar largamente. Me siento cansado. Volteo a ver el televisor. Me horrorizo: está esa estupidez cúbica y fenomenal que dizque es "La Luciérnaga". Y al acordarme de que es jueves, me acabo de horrorizar, hasta el último poro: hoy es cuando dan esa porquería ridícula, sucia, que llaman "La Bruja Maldita". Y pienso que los únicos malditos son los que, porque alguien paga, corrompen todo y a todos. No es justo. Estoy muy cansado. Me recuesto en una cama, frente al televisor, pero a distancia prudente. No quiero oír. Descanso... y me quedo dormido. No sé si duermo dos horas o más, pero de pronto algo me despierta. Empieza, ahora, la última novela de la noche. Me gusta ver a Maricruz Olivier, de quien alguna vez Roberto Blanco Moheno me contó algunas anécdotas picantes. Tiene clase, tiene sensibilidad, tiene categoría. La veo, con mi esposa. Tomo otra cerveza. Me pongo a leer las revistas que me han apartado en "El Radio". Me da rabia con lo del "guru", pero me encuentro un artículo de Stewart Alsop, el mejor comentarista político del "Saturday Evening Post" y de muchas otras publicaciones. Y leo:

"El senador Robert F. Kennedy, en campaña electoral en Los Angeles, dijo: "Es obvio... que necesitamos cambiar esta desastrosa política (en Vietnam) y movernos hábilmente hacia un arreglo justo en la mesa de conferencias... y si se me elige *Presidente de los Estados Unidos es lo que pienso hacer*".

"Pandemonium. Carteles y letreros agitándose, un rugido de excitación en voz aguda, de la multitud, un gran mar de caras jóvenes que miran en éxtasis al joven senador.

“Esta escena tuvo lugar en una noche de domingo, durante la campaña preelectoral de Kennedy en California. Pero, casi sin variantes, esa misma escena se ha repetido una y otra vez a lo largo de la campaña de Kennedy. Y las palabras en *itálicas* representan el terrible riesgo que Kennedy está tomando. El riesgo es que puede crear una revolución de la que él podrá ser la primera víctima”.

Me sacuden las palabras. Cuando Alsop escribió eso Bobby Kennedy estaba vivo y actuante.

Intuyó.

La primera víctima.

Por eso hablo de poetas y de periodistas.

BOBBY

El horror de los primeros instantes se ha transformado en desconsuelo, en tristeza, en desaliento profundo. Como si la humanidad se hubiera asomado, de pronto, a un pozo en que no brilla una luz de mínima esperanza.

(Y es extraño: en toda la costa del Pacífico se ha soltado un viento raro, fuerte, continuo. Desde que Robert F. Kennedy expiró. Como si el cielo quisiera limpiar la mancha inaudita. La sangre de los justos no se derrama, jamás, en vano. Pero hay luto en el aire. Se respira tristeza. Las lágrimas y la rabia están a flor de piel y de angustia.)

Tomo mi radio de onda corta, y empiezo a recorrer el mundo. De Londres a Buenos Aires hay una sola noticia y un solo dolor. Ante la magnitud de la tragedia del Hotel Ambassador, de Los Angeles, la BBC de Londres dedica apenas unas frases a la muerte de Randolph Churchill, hijo que fuera de Sir Winston Churchill. Cambio a Los Angeles, para saber qué pasa. Y hay noticias que golpean el corazón: la salida del avión oficial, con el cadáver de Bobby, se ha retrasado porque la autopsia del cuerpo -obligatoria, en California- ha durado más de lo que se imaginaba. ¿Habrán encontrado, los médicos, más de dos impactos de bala en el cuerpo del que iba a ser Presidente de los Estados Unidos? Sam Yorthy, Presidente Municipal de Los Angeles, convoca a otra conferencia de prensa y anuncia que se ha dado la orden de alarma para detener a una mujer como de

25 años que fue vista en compañía de Sirhan Sirhan momentos antes del atentado. No se sabe qué papel desempeñó. Pero el cronista de la *Mutual News and Special Events* dice, minutos más tarde, que hay testigos que le oyeron decir a esa mujer: "HEMOS matado al Senador Kennedy". Y luego, algo que eriza la piel: al lado del féretro de Bobby, acompañándolo en el avión oficial a Nueva York, y luego en tren a Washington, hasta el Cementerio Nacional de Arlington, irán tres mujeres: Ethel, la viuda de Robert F. Kennedy; Jacqueline, la viuda de John F. Kennedy, y Coretta, la viuda de Martin Luther King.

Se crispan los dedos y el corazón late de rabia: tres hombres de luz, que vivieron para la humanidad y a quienes los asesinos han derribado, uno a uno, ¡como si las balas pudiesen hacer pedazos las ideas!

En la AFRTS, un locutor está informando que, durante el mes de mayo, fueron muertos en Vietnam 1,709 norteamericanos. Y pienso: si esas son las cifras oficiales, ¿qué tan pavorosas no serán las reales?

Dean Rusk, Secretario de Estado, habla. Y oigo que dice que la gente de los Estados Unidos es buena, decente, generosa, noble, que busca el establecimiento de la paz en todo el mundo. Y Dean Rusk suelta, entonces, una frase tremendamente reveladora, refiriéndose a los asesinatos que han conmovido a los Estados Unidos y a todo el mundo: "Lo que sucede es que aún tenemos *algunos negocios sin terminar*". Y dice que Lyndon B. Johnson está entregado en cuerpo y alma a la tarea de cobrar esas cuentas desde que asesinaron a John.

Es de noche. No quiero prender la luz. Sintonizo al tacto, buscando comentarios, noticias, el palpitar del mundo. Alguien, en inglés excelente, lanza una tremenda requisitoria contra el gobierno y las instituciones norteamericanas. Hay palabras incendiarias. Y casi me asusto: ¿quién, en los Estados Unidos, se atreve a hablar así? En dos minutos más, tengo la respuesta: es Radio Moscú, transmitiendo en inglés. Y lo que transmite es una declaración grabada del secretario general del partido comunista de los Estados Unidos.

A Los Angeles, de nuevo. Se informa que, al llegar el cadáver a Nueva York, se ofrecerá una misa de cuerpo presente en la catedral de San Patricio. De allí -como decíamos- en tren a Washington. Y Robert F. Kennedy será inhumado, el sábado en

la tarde, en el Cementerio Nacional de Arlington, a un lado de su hermano John F. Kennedy. Y la historia temblará ante la tumba de esos dos hermanos. Temblará, porque la libertad está sollozando. Uno, Presidente, asesinado de dos tiros a la cabeza; otro, aspirante a la Presidencia, asesinado de dos tiros a la cabeza. Y entre un crimen y el otro, una breve pausa: el asesinato de Martin Luther King. Del 22 de noviembre de 1963 al 5 de junio de 1968.

Todos los precandidatos, republicanos y demócratas, suspenden hasta nuevo aviso toda clase de actividades políticas. En la Casa Blanca se insiste en que Lyndon B. Johnson ha ordenado que los agentes secretos los custodien.

La Mutual News and Special Events empieza a transmitir un programa acongojador. Habla de los principios de Bobby. De cómo, cuando tenía nueve hijos, regresó a la Universidad de Virginia a terminar su carrera de abogado. Hoy son diez, y Ethel espera al undécimo vástago. La breve asociación con Joseph McCarthy, su rechazo a éste, la dirección de la campaña de su hermano, en 1960, la forma en que se opuso a que Lyndon B. Johnson fuese designado candidato a la vicepresidencia. Hay breves grabaciones de Bobby. Voz de joven, sin poses, sin engolamiento, natural y vibrante. Su nombramiento obligado de Procurador General de Justicia. Cómo le llamaban el segundo hombre más poderoso de la Casa Blanca (Con razón Dean Rusk acaba de decir que Bobby fue el motor de muchas y muy importantes decisiones del gobierno, en materia de política exterior). La amargura espantosa por el asesinato de John. Su renuncia. Su elección como senador de los Neoyorkinos. Su decisión de entrar a la lucha presidencial, no por oposición a ningún precandidato, sino por oposición a la política equivocada que se está siguiendo. Porque el país está estancado y su prestigio se mina cada vez más. Porque cree reunir todos los atributos necesarios para la tarea. Y su voz suena fuerte, limpia, entusiasta. Las preelecciones demócratas iniciales, su anuncio de que si no gana en California se retirará de la lucha. Su triunfo, el mismo día, en Dakota del sur... y en California. Su triunfo abrumador, gracias a los norteamericanos de ascendencia mexicana, a los negros, a los trabajadores, a los pobres, a los necesitados, a quienes ha dicho que luchará por mejor vivienda, por empleo seguro y salario justo, por seguridad social. El

trunfo... y la visita al salón de celebraciones del hotel Ambassador, en el Wilshire Boulevard, de los Angeles, para proclamar su victoria. Hay júbilo en el ambiente, risas, ovaciones, vivas. Robert F. Kennedy pronuncia su último discurso: "Gracias a todos ustedes, gracias; y ahora, a Chicago". Sale por un pasillo, por la cocina, para abreviar el trayecto. Andy West, cronista radial de la Mutual News and Special Events, retrata fielmente el júbilo de la hora. De fondo, los aplausos, las ovaciones, las vivas... y los disparos. La voz de Andy se crispa, se llena de horror. Hay alaridos, gritos, confusión, todo el mundo grita órdenes, decenas de voces claman: "¡Quítenle la pistola!", el locutor es encañonado, sigue hablando, atropellado, lleno de estupor. ¿Cómo creer lo que está viendo? Por fin, le arrebatan la pistola al agresor. Pero ya ha disparado toda la carga completa. En el suelo hay dos cuerpos sangrantes. Uno de ellos, el de Robert F. Kennedy. West voltea a ver a Ethel Kennedy, la esposa del Senador, y se asusta de verla serena y calmada ante la tragedia. Ella ve a su esposo, se inclina a hablarle al oído, dulcemente; luego, se pone de pie y alza las manos para calmar a la muchedumbre. Se ha llamado a la ambulancia. El agresor ha sido detenido. Los gritos son, ahora, de furia y rabia, los gritos...

Bobby no va a decir, ya, una sola palabra. Ha terminado su misión en la vida. Una bala le ha hecho pedazos el cerebro.

La espera, la agonía, la impotencia, la rabia, la indignación, la ira, el dolor de todo el mundo.

Está muerto.

Y uno está temblando, desde lo más hondo de las entrañas. Temblando de angustia y de tristeza.

Mañana, en Arlington, a la luz de la misma lámpara votiva, habrá dos cadáveres, uno al lado del otro. Dos hermanos que siguieron la misma senda y se encontraron con las mismas, terribles, pavorosas, asquerosas fuerzas del mal.

En Memphis, otro cadáver tal vez se revuelva de dolor y de tristeza, en su tumba: el de Martin Luther King.

Como si estuviésemos asomándonos a un pozo muy hondo, muy hondo, en el que no brilla ni siquiera una luz de mínima esperanza.

Como si alguien estuviera arrancando, del cielo, los luceros.
Como si alguien quisiera acabar con las lágrimas...

Está muerto.
Lloremos.

7 de junio de 1968

ESTO DE ESCRIBIR

Esto de escribir para vivir es un desastre. Hay veces en que a las ocho de la mañana me estoy levantando... y hay veces en que a esa misma hora me dejo caer en la cama. Todo depende, dicho sea con perdón de los muy "salsas", de lo que pase en la región, en el Estado, en el País, en el mundo. Todo. Hay días en que la "chispa" -eso que lo hace a uno escribir- no aparece por ningún lado. Se revisan los periódicos de punta a punta. Nada que valga un comino. Se habla por teléfono a los medios locales. No hay novedad. Se sufre. Y, mirando el teclado de la maquinilla, se pasan las horas, infructuosamente. Pero hay veces en que, al levantarse y ver el periódico, ahí está el discurso terrible de Gustavo Díaz Ordaz. Hay tema para Editorial. Y se esculca un poco y se encuentra tema -o temas- para el comentario. Ese día habrá tiempo que dedicar a otras cosas que reclaman atención inmediata.

Pero esto viene a cuento porque tengo un vecino con ambición de triunfar en la vida.

Hace tiempo, el hombre iba a su trabajo -o a sus trabajos, porque es muy *luchón*- a pie. Y un buen día pasó por el callejón luciendo una sonrisa de oreja a oreja, a bordo de una flamante, maravillosa bicicleta. Había progresado. Me alegré de veras, de veras. No participo de la angurria que les coge a ciertos tipos que no pueden ver el éxito ajeno. Jamás lo he hecho.

Pero mi vecino, como de veras es ambicioso, siguió trabajando con más ganas y con mayor éxito... hasta que hace unas semanas resultó en el callejón con una motocicleta flamante y atronadora. Y, para demostrar su éxito, le abrió el escape cada diez metros, como para que todos supieran *de qué color tiñe el verde*.

Ahora, sin embargo, creo que mi vecino se ha estancado. Han pasado ocho semanas y aún no sale de su motocicleta. Yo anhelo, con el alma, que cambie a carro, aunque sea de segunda y sin Registro Federal.

Pero no lo hago por *malage* sino porque deseo su progreso.

Y que nadie crea, por favor, que eso tiene algo que ver con el hecho de que todos los días, a las siete y media de la mañana, mi vecino sale de su casa, pone su moto a un lado de la banqueta, la prende con trabajos y luego la deja tronar, tronar, tronar, tronar, tronar, tronar, tronar, tronar, tronar, tronar, hasta que el motor se calienta. Entonces, con una acelerada triunfal, pasa frente a la recámara en que dízque duermo.

¡Que Dios lo ayude, pero muy pronto!

YA NO ESCRIBO, EL GRUPO, EL CANJE... Y MI COMPADRE

Mi compadre Jesús Soto Luna, luchador infatigable que ha dado a Pueblo Yaqui lo mejor de su esfuerzo -aunque no siempre se le ha comprendido-, llegó a casa. A saludar, a charlar un poco. Y tal vez a picar la cresta, para levantarse el ánimo. Lo trae un poco decaído porque al parecer confió demasiado en su gente, al invertir todo lo que tenía en su "MiniCentro" y ahora cree que tal vez se fue de paso, que tal vez no han sabido apreciar su esfuerzo. Le hemos dicho que debe tener un poco de paciencia. Que Pueblo Yaqui, inevitablemente, enfila rumbo al progreso. Que todos los principios son difíciles. Que todo saldrá bien.

Y de pronto nos soltó una pregunta que seguramente oyó por allí, en los corrillos obregonenses -bancos, comercios, círculos agrícolas y ganaderos- que él frecuenta:

—Oye, compadre, ¿y por qué ya no escribes?

Y pegué un brinco. Y le solté una letanía.

—Bueno, es que se piensa que lo que estás escribiendo no es precisamente *tu línea*.

—¡Pues qué bueno, y me alegro!

O sea, nada más, que es el cuento que me han inventado algunos *amigos entrañables*: *YA ME COMPRARON. COMO NO ATACO, PUES...*

Y volteo para todos lados: ¿a quién debo atacar, y por qué? ¿A quién debo hacer cuadrícula, y por qué? ¿A quién debo fustigar, y por qué? Se lo pregunto a mi compadre y sonrío:

—Pues sí. Tienes razón. Pero así dicen.

Ni modo: hace mucho rato que conozco la opinión de un grupito al que sólo le importa que se ataque, furibundamente, lo que a ellos no les gusta pero que ellos no tienen un adarme de dignidad para señalar mínimamente, siquiera. Gritan, protestan, ridiculizan a quien no ataca a Don Fulano, pero cuando ellos están frente a Don Fulano se vuelven sonrisa, caravana y ojo de temera en celo.

Mi compadre sonrío, nada más porque he levantado la voz. Se está divirtiendo.

—Bueno, supongo que lo que escribes ahora es más fácil...

—¿AHORA? ¿Porque no ataco a alguien que le cae gordo a un tipo de lengua larga o porque no me presto a payasadas? Lo que escribo, AHORA, me cuesta diez veces más trabajo que atacar, que soltar la bilis (¡CUANDO ES MIA, PORQUE YO NO TENGO POR QUE HACERLE CASO A LA BILIS DE NINGUN DISIMULADO!), que pegar, que gritar en nombre del pueblo. Hoy tengo que estudiar, investigar, profundizar; hoy tengo que leer treinta periódicos, veinte revistas por semana, dos libros por decena, folletos, ¡la Enciclopedia Británica!... Hoy trabajo día y noche para encontrar temas adecuados para sostener dos artículos diarios, para mantener nuestro suplemento cultural y para, además, vivir. ¿Por qué diablos no...?

Mi compadre sonrío más. Ya se ha reconfortado. Ya se le levanta el ánimo.

—¡Caray, compadre, deberías trabajar menos! Si sigues con ese ritmo de trabajo, un día de estos nos puedes dar una sorpresa mala; por ejemplo, te puedes amargar la vida...

Y mi compadre, feliz, emprende el viaje a su MiniCentro.

Y yo me quedo hecho un basilisco. En el escritorio me espera el canje de ayer -cuarenta periódicos- y tengo dos libros por terminar. Por cierto que sobre uno de ellos -"El Tiempo Vivo, y la Integración de la Vida", de Mauricio Nicoll- tendremos oportunidad de hacer algunas apreciaciones de interés levantado.

Dicen que no hay compadre que no haga daño.

Y yo me voy a tomar una pequeña libertad: mi compadre tiene, en Pueblo Yaqui, el teléfono número 22. Háblele una tarde de éstas, por favor, para levantarle el ánimo.

8 de junio de 1968

GIL GÁLVEZ

Me entrega, el cartero, un sobre de lino, realizado con una tipografía de altura: en blanco, un alhelí y un trébol; en oro, dos anillos enlazados. Veo el sello de Correos: viene de Veracruz. Y, como yo prácticamente no conozco a nadie en Veracruz, vuelvo a leer el rótulo. Sí: es para mí, sin lugar a dudas. Abro el sobre, pues, y leo una participación: "José Carlos Ruiz, Ofelia Sastré de Ruiz, Enrique Gil Moreno y Ofelia Gálvez de Gil participan el enlace de sus hijos *Alba* y *Francisco*, que se llevará a efecto el sábado 14 del presente a las 19 horas en la parroquia de San Cristóbal, dignándose impartir la bendición nupcial el Exmo. Sr. Cura Luis Rodríguez Y.- Alvarado, Veracruz, Septiembre de 1968".

Pasa el tiempo, de veras. He leído la participación y me he preguntado tres veces quién pudo habérmela enviado. *Alba... Francisco...* hasta que empiezo a comparar los apellidos: ¡*Francisco Gil Gálvez!* o, como se firmaba en los periódicos y revistas, *Francisco C. Gil*.

Pasa el tiempo, de veras.

Recuerdo aún el día en que, siendo yo director de "Heraldo del Yaqui", lo rescaté de un periódico en el que no lo dejaban escribir ni su nombre y lo nombré reportero y redactor. Y resultó uno de los mejores que he visto, o que he formado. Bueno, intuitivo, inteligente, chispa viva y al punto, en todo... Pero, un buen día -no recuerdo si ya habían pasado tres años, o más-, me esperó a cerrar la edición para hacerme una pregunta:

—Profesor: voy a terminar, ya, mi Preparatoria Nocturna en el Tecnológico; dígame, sinceramente: ¿debo abandonar mi trabajo y arriesgarme a seguir estudiando, yéndome a México, o sigo trabajando y me olvido de todo?

No tuve que pensarlo mucho. Le contesté algo así como esto -que él recordará mejor que yo, posiblemente-:

—Váyase a estudiar, sin pensarlo dos veces. Sí, usted ya está ganando mil quinientos pesos al mes, después de largo tiempo de partirse el alma... pero es muy difícil que, como reportero, llegue usted a ganar lo suficiente para mantenerse el día que se case. Mire, fijese bien en lo que sucede: para ser periodista de veras hay que aprenderse de memoria hasta la

Enciclopedia Británica. Hay que saber de Agricultura, de Economía, de Jurisprudencia, de Contabilidad, de Historia, de Arte, de Literatura, de Filosofía... aparte de meterse en la cabeza todos los nombres de todas las personas que, en una forma u otra, figuran en el mundo de los negocios, de la política, de la sociedad. Eso, Gil, lleva años y años. Y cuando usted lo logra ¡a lo mejor está sin chamba! Pero, si tiene empleo seguro y consigue que medio le paguen por lo que usted y muy pocos saben (y la prueba es que le sobran dedos de la mano para contar a quienes pueden igualarse a usted) un día se le ocurre comprar un auto *chueco* y de tercera ¡y entonces todo el mundo se le viene encima!: ¿quién lo compró a usted?, ¿a quién se vendió usted para poder comprar coche? ¿Quién...? ¡Váyase, Gil, váyase! ¿O no se ha fijado en que llega un abogadillo del montón -de México, generalmente- o un medicucho, o un ingeniebro, y nadie se sorprende porque antes de un año cada uno tiene casa, carro y cuenta en el banco? ¡Nadie, nadie! Porque tienen un *título* (o lo han inventado o lo han comprado)... y porque el título, a los ojos de la gente, *da impunidad*. ¡Y hasta patente de *culto*, aunque haya tantos *titulados* que no saben escribir tres renglones sin enseñar el cobre! Si usted insiste en ser Periodista, tendrá que hacerse un *hombre culto*. Y eso cuesta años y años de desvelo, de preocupación, de investigación... para que cuando usted estrene una camisa no falte un lépero que le pregunte quién le dio para comprarla. Es la carrera más hermosa, por el bien que hace a los demás, pero, también, es la más vilipendiada, la más triste. Si usted tiene madera de apóstol, si está decidido a pasar hambres y a obligar a su familia a que las pase junto con usted, ¡siga en la profesión, que tiene la mejor madera que he visto en muchos y largos años! Pero, si quiere vivir en la abundancia, tranquilo, respetado, sin que nadie lo critique y sin que nadie lo moleste (¡aunque usted se vaya todos los días sobre el dinero de los demás, legítima o ilegítimamente, que todo puede disfrazarse!), olvídense del Periodismo y lárguese, cuanto antes, a México. Estudie, haga una carrera, libérese ahora, de una vez, cuando todavía está soltero y cuando todavía tiene tiempo.

Y como algo por el estilo le dijo Alberto Zazueta Nieblas -amigo que siempre lo ha ayudado y que siempre lo ha cuidado-; como algo del mismo caletre escuchó de sus demás

amigos, Gil Gálvez se fue a México, al Poli, a estudiar. Dejó el Periodismo (aunque, por allá en 1961, con pretexto de mi revista "Enlace" lo hice volver a escribir, corregir, corretear a Alberto Domingo, Natividad Rosales, Rius, Vadillo, Nikito Nipongo, Leduc y demás gente) y se puso a estudiar de veras. De lleno. Y -esto es lo extraño- se puso a estudiar una carrera totalmente ajena al Periodismo. Contabilidad.

Ya es Contador Público Titulado.

Y, como sucede siempre -en las películas y en la vida real- va a casarse.

Bueno.

¡Qué bueno!

Gil: desde Ciudad Obregón hasta Alvarado, Veracruz, el abrazo más limpio y más jubiloso del mundo (Y una pregunta indiscreta: si su primer hijo nace en Alvarado y con vocación de Periodista, ¿lo va a dejar usted *ejercer?*).

¡Felicidades, Gil! ¡Felicidades, Alba!

6 de septiembre de 1968

HOY NO

Hay tipos que -palabra que no sé por qué!- están que se mueren porque yo deje ¡ya! de escribir. No sé por qué, pero estoy con ellos, hasta el tuétano: yo también quisiera no escribir. Ni media palabra. Nada. Ni hoy ni mañana ni nunca ni jamás como se me pegue la gana y a la hora que se me pegue la gana sin que me llamen ni exijan ni me pregunten a qué horas estará listo mi material sin que me...

Nada. *Relax*. Hay que poner comas, puntos y comas, puntos, paréntesis, guiones, puntos suspensivos. Hay que ser civilizado. Es decir, *solemne*.

Pero yo quiero, nada más, gritar que ésta -precisamente ésta- es la hora de los que en el mundo soñamos. Que la humanidad nueva está a la vuelta de la esquina. Que los jardines de luz no están al alcance de los granaderos.

Nada más.

O sea que hoy, de veras, no quiero escribir (Tal vez porque lo que iba a escribir lo dije -lo grité casi- anoche, en casa de Jorge

Sáenz Félix, en Villa Juárez, alegre de ver que cumple su primer año de amar a su esposa, feliz de ver una conjunción tan alta de valores en torno suyo).

No se me pega la gana, hoy.

No escribo hoy.

¡Aunque me paguen!

PÁJAROS

Y si no escribes de política, ¿de qué otra cosa que tenga interés?

—Pues del crepúsculo, de los arroyos, de las flores...

—¡Estás vacilando!

—No.

Me vio, anteayer. Había en sus ojos un brillo extraño.

—Tenías razón. Sí se puede escribir sobre eso.

Seguro que se puede. Sólo que cansa mucho. Como si cada artículo equivaliese a un corto circuito, en el corazón y el cerebro. Cuando se escribe la última letra dan ganas de tirarse a dormir. (Un día de éstos voy a escribir, además, de los pájaros, de los sueños, del amor, de las montañas, de las sombras de los árboles, de los ojos de los niños. Un día de éstos).

MI PEQUEÑA OLIVETTI...

Y en un mundo tan materializado como el de hoy, muchos pensarán que cada vez que hablo de ella alguien me paga, a título de publicidad. Que lo piensen. Hace mucho rato dejé de preocuparme el *qué dirán*. Hablo de ella porque ha sido, para mí, más que un mero instrumento: la prolongación de mis manos, la concreción de mis ideas, el medio limpio de hacer mi vida, durante largos años.

Recuerdo: Ovidio Flores -hombre entero, amigo leal y dignísimo, luchador por experiencia- era Gerente de "Salinas y Rocha". Un día, me habló: "Oye, compadre, hemos recibido una máquina de escribir portátil. ¿Te interesaría?" Seguro. Seguro. Estaba escribiendo yo en una Remington de escritorio, vieja, que alguna vez me había vendido Pancho Burgos ¡y me cansaba

horriblemente! Setecientos pesos. Casi nueva. Mi pequeña Olivetti. Y desde hace casi siete años la aporreo a mañana, tarde y noche ¡y sigue fiel, a pesar de que las teclas ya están deformes nada más de tanto contacto con mis dedos!

No hago publicidad, porque no me dedico a eso. Pero me parece que sería injusto si no rindiera este pequeño tributo a mi pequeña Olivetti.

Porque la pobre está cansada. Porque no quiero que protesten los linotipistas, porque ya los renglones no le salen rectos. Porque está cansada.

Le he hablado a Pepe Llamas Sandoval, el hombre de Olivetti. Y -casi me da vergüenza decirlo- hemos reemplazado mi maquinilla maravillosa, por otra del mismo tipo, nueva. Con enganche modesto y mensualidades sin problema.

Pero no, no he dejado que ella vaya a manos que tal vez no la traten como debe hacerse, no. Se la he dado a Daniel, mi hijo, para que ahora le ayude a él a escribir sus cosas.

Es como si hubiera cambiado un pedazo de mi piel (¿Quién es el que se atreve a afirmar que hay objetos inanimados?).

Sí: hasta podría decir que soy el pobre más rico del mundo.

6 de noviembre de 1968

INSPECTOR

Me había tenido que pelear con mucha gente -y poderosa, por añadidura- porque las campañas políticas no se hacen con pétalos de rosa. Y, al final de un año y medio de angustias, desvelos y agotamiento, hice un balance terrible: me había endeudado, muchos de los que se decían "leales" me habían dejado solo en cuanto no vieron dinero, los operarios amenazaban con huelga y sabotearan toda labor, mis "amigos" amigos me llenaban de lodo, mis enemigos se refocilaban, recibía telefonemas y anónimos insultantes, me amenazaban y me calumniaban y, mientras "amigos" y enemigos juraban que yo estaba recibiendo tanto dinero que ya no encontraba sacos en qué almacenarlo, los chicos estaban sin ropa y, ante el fantasma de las carencias extremas, empezaba a agrietarse la armonía

familiar.

No era, pues, cosa de pensarlo mucho: cerré definitivamente mi periódico, devolví la maquinaria que me habían fiado y me dije que no volvería, nunca más, al Periodismo. Total, no me faltaría un trabajo mejor remunerado. ¡Tantos amigos me habían ofrecido tantas cosas, tantas veces!

Antes de un mes, llegó un señor Inspector. Muy fiero. Tenía tres días para pagar una multa en Hacienda y para entregar el balance final. De nada sirvió que le mostrara los recibos de pago sobre el impuesto de la renta, pagados hasta el último día. De nada sirvió que le dijera que no tenía ningún caso un balance que no iba a mostrar más que pérdidas enormes y sin necesidad alguna, porque los periódicos, exentos del pago sobre ingresos mercantiles, de hecho no pagan a Hacienda más que el impuesto sobre sueldos, que deben descontar a los trabajadores. Y luego, ¿de dónde sacaba yo tal balance, si quien debió hacerlo porque para eso ganaba sueldo jamás lo hizo?

Algo andaba mal, podridamente mal. Parece que el señor Jefe de aquellos días era muy amigo de alguien que quería partirme. Empecé a explicarme por qué en cuatro o cinco ocasiones me había multado con más de setecientos pesos cada vez que quien decía llevar la contabilidad dejaba pasar un día o dos para pagar lo del impuesto sobre sueldos.

No fui a pagar la multa. Porque no tenía para pagarla. Así que me embargaron. Pero al día siguiente llegó otro requerimiento, por lo mismo, y a los tres días otro embargo. Luego, otro requerimiento y otro embargo... y así, durante muchos meses. ¡Día hubo en que llegaron TRES inspectores con tres requerimientos, por lo mismo! El señor encargado, en Hacienda, NECESITABA mi balance. ¡Y un contador me cobraba TRES MIL PESOS por hacerlo! Y si yo no tenía para pagar las multas interminables, menos iba a tener para pagar porque me hicieran el dichoso balance. ¡Y no tenía trabajo, ni tenía donde escribir media palabra! Y como no escribía, pues estaba liquidado (Cuando otros "amigos" empezaron a acosarme, a amenazarme, a volverme la espalda -unos porque les debía unos pesos, otros porque les había hecho algún favor-, pude entender plenamente lo que sucede al árbol caído).

Jamás he podido explicarme tanta ferocidad, tanta saña, tanta inquina, tanta decisión de aniquilarme. Fue, aquello, una

pesadilla. Y cuando empezaron a llegar los inspectores del IMSS a cobrar bimestres de todo un año -que un año pasado había, como dice el poema- porque tampoco se había dado de baja a ciertos ex empleados, aquello se sublimó. ¿Y los tantos amigos que me habían prometido tantas cosas, tantas veces? Simplemente, se volvieron amnésicos. De no haber sido por algunos enemigos leales y algunos amigos a los que yo NO les había hecho un solo favor y ni un solo servicio, me habrían hecho trizas.

Un buen día, decidí que ya estaba bien de estar poniendo las dos mejillas. Lo decidí porque, invitado más que insistentemente a una celebracioncilla familiar, un mequetrefe insignificante creyó que, con dos o tres "argumentos" estúpidos, podía polemizar conmigo. Y recordé lo que me dijo, cierta vez, un líder muy respetado: "Mira, Bartolomé: si quieres que te respeten y que te sigan, necesitas dos cosas: ser más fuerte que ellos y, además, tener dinero suficiente como para no pedirles nada. Una cosa es pedir a los iguales, o a los de muy arriba, y otra bien distinta permitir que los de abajo te compadezcan. Si lo permites, estás perdido".

Sí.

Había que volver. Y aunque jamás he utilizado las columnas de un periódico -mío, o ajeno- para satisfacer o resolver asuntos personales, ¡aquello de Hacienda sí que lo iba yo a volver al revés, llegase a donde llegase!

Y volví al diarismo. Pero no escribí nada, porque había que dedicar todo el tiempo disponible a la campaña durísima. Ya habría tiempo para arreglar cuentas. Y luego, Rafael Angel Rentería hizo aquel balance en su despacho contable, sin cobrarme prácticamente nada. ¿Y sabe usted para qué querían tan urgentemente dicho balance? Para esto, que hicieron a los cuantos minutos de haber sido entregado: para arrojarlo entre los papeles inservibles. El mismo Rafael Angel arregló lo del IMSS -que siempre ha tenido más tacto, más comprensión, más sentido de la equidad- y poco a poco empezaron a volver las cosas a su nivel ¡Con decir que muchos de mis "amigos" se curaron de la amnesia! Y luego, algunos pequeños acreedores se volvieron "tolerantes" y "con mucho gusto" me permitieron que les fuera pagando, uno a uno, cada semana. Me quedé,

nada más, con una sola cuenta que, por fortuna, debo a un señor al que no le he hecho favores.

Y nada dije del señor de Hacienda, porque se fue de aquí y luego de este mundo. Y no quise tampoco decir nada de otros. ¿Para qué?

Ah, los señores inspectores celosísimos, implacables, terribles, inmisericordes y tonantes que esgrimen el rayo tremebundo de la ley para hacer pedazos al que sueña con levantar un mínimo patrimonio, pero que cuando llegan a atreverse a entrar a un negocio de millonarios entran con la espalda encorvada, la sonrisa perruna y la mano extendida en busca de migajas...

Me falta hablar de lo que pasa en esas cuevas de Alí Babá que se llaman Juntas de Conciliación, en las que hay conciliábulos de léperos que destrozan más pequeños negocios que la falta de crédito bancario.

¿Y los inspectores de Salubridad y los inspectores de Caminos y los inspectores de la Forestal y los inspectores de la Fiscal y los inspectores de Aduanas y los inspectores de inspectores y los inspectores de inspectores de inspectores y...? ¿Usted no es inspector de nada? (Un día, no hace muchos meses, de la Fiscal me mandaron a un inspector, con un requerimiento de pago por más de seis mil pesos, dizque por impuestos que debería haber pagado por mi tallercito de imprenta, donde voy a reanudar mi viacrucis. Solté la carcajada. En SEIS AÑOS no he ganado esos seis mil pesos. Mejor dicho: en SEIS AÑOS no he ganado un solo centavo. Antes, por lo contrario: pierdo de cien a trescientos pesos por semana. Lo mantengo abierto en espera de lo que voy a hacer y porque cuando menos viven de ahí dos familias. En lugar de cobrarme deberían SUBSIDIARME. ¡Palabra!)

Y ya, que estoy muy cansado. Además, no sé por qué diablos me he metido a hablar de estas cosas que en última instancia no tienen por qué importarle a nadie, fuera de mí mismo. Tal vez lo he hecho porque, cuarentenado en mi cuarto, desde hace un mes, todavía no puedo sacudirme una entusiasta fiebre tifoidea y una jubilosa hepatitis que -hay que reconocerlo- se han portado conmigo de lo mejor: me dejan en paz toda la mañana y parte del mediodía. Sólo a eso de las dos o tres de

la tarde me obligan a quedar tirado en la cama. Sospecho, pues, que he escrito todo esto en plan de venganza. Pero no porque el mundo exterior empiece a agrietarse. No me importa. Mi mundo interior está entero y firme. Aunque mi pobre humanidad esté sirviendo de alfilerero a las chicas admirables de la Cruz Roja que se encargan de llenar de antibióticos mi torrente sanguíneo.

Es divertido vivir (Y se me ocurre *-malaje* que soy- un pensamiento maquiavélico: pasar a mi cuarto, sin advertencia alguna, al primer inspector que llegue; saludarlo de mano, darle café en una taza que yo haya utilizado, despedirme de abrazo y...).

16 de diciembre de 1969

¡BESOS!

—¿Ya sabes que un compadre tuyo te está atacando en un periódico?

No. No lo sabía. Mejor dicho, no lo sé. Ni leo ese periódico ni me molestaría en responder. Me he pasado tantos años dándole de comer, buscándole qué comer a quien me ataca, que sería ridículo ponerme ahora a demostrar que estaba totalmente equivocado al considerarlo persona decente.

Por lo demás, me parece francamente de mal gusto que alguien pierda su tiempo atacándome, cuando hay tantas cosas de las que se puede hablar para elevar el pensamiento o el sentimiento de los lectores. Se necesita estarse pudriendo de envidia, de impotencia o de odio para perder el tiempo tan miserablemente. Pero no seré yo quien se oponga a que nadie haga el payaso frente al corrillo rebajante y sucio. Cada quien en lo suyo. Y no tengo la culpa si hay gente empeñada en practicar la escatofagia.

Por mí, cuando se cansen de aporrear una mejilla que sigan con la otra. Después de todo, han de estar inconmensurablemente necesitados de lástima, de piedad o de vergüenza.

Y basta, que es mucho hablar al respecto. Jamás volveré a hacerlo. Sería tanto como traicionar las cosas luminosas que tiene la vida, los dones bellos que ofrece la existencia, las

dulzuras que brinda el convivir.

Dijo Araujo que todos, en TRIBUNA, estaban ya listos para venir a visitarme, a darme el abrazo de Año Nuevo y a desearme restablecimiento. Creo que mi esposa los disuadió de hacerlo, porque aún no puedo hablar mucho, porque el hecho de abandonar la cama me debilita considerablemente.

Pero, ¿cómo no voy a agradecer, profundamente, tal muestra de estimación y compañerismo?

Cuando regresé de Guadalajara, y antes de recaer, invitamos un día a comer a casa a todas las bellas chicas de TRIBUNA. Por cierto que Rosalín, mi princesa de siete años, se portó con ellas extrañamente. Ni las atendió, ni platicó con ellas, ni siquiera lució algunas de sus cosas. Anduvo seria, agria, enojada durante la dulce estancia de las muchachas.

Cuando se fueron, me puse a leer un poco y luego me recosté, a ver televisión.

Llegó Rosalín, a mi lado, me abrazó y me besó:

—Viejito lindo...

Y ese "viejito" le sonaba a campanillas. Pero, luego, la voz se le apagó y, al voltear a verla, me dí cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué le pasa a mi reina?

—Nada, nada -y me siguió besando en las mejillas. Luego, no aguantó más y, levantando la voz con fuerza, casi gritó:

—¡Pero al cabo que nadie me va a quitar a mi viejito! ¡Nadie, nadie, nadie! ¡La que quiera quitármelo le pego, le pego! -y se me prendió del pecho, en un abrazo desesperado.

Entonces me preocupé. ¿Qué había pasado?

Nada. Que le habían hecho una mala jugada. Alguno de los muchachos le había dicho a Rosalín, mi niña, que vendrían algunas muchachas muy bonitas a verme, y que me cuidara mucho, porque me podrían -ah, mis tiempos de galán- robar. Y ella se lo había tomado a pecho. De allí que haya estado sufriendo toda la tarde.

¿Qué es lo que hay en el corazón de la mujer, que las hace actuar desconcertadoramente a cualquier edad?

No lo sé. Pero, ¡cómo me alegro de que haya eso, porque, cuando Rosalín me encierra en el pequeño y maravilloso dogal

de sus brazos, lo único que me importa es dar gracias a Dios porque ella vino a poner el toque dulce en mi familia de retoños varones!

Ante las cosas definitivamente buenas, ¿qué importa algún zarpazo recibido *porque sí*, porque alguien tiene envidia?

Nada.

Definitivamente nada.

No permitiré que nadie agríe mi vino, silencie mi risa o me ciegue a las cosas dulces de la vida.

Después de todo, juro que yo no tengo la culpa de que haya quienes se alimentan de odio y viven para amargar el pan de los demás.

4 de enero de 1971

LOS IGUALADOS

Cualquiera puede hacer, con su dinero, lo que se le pegue la gana. De acuerdo. Pero, el que tiene dinero ¿tiene además el derecho de restregárselo en la cara al que nada tiene, sólo para hacerle morderse su impotencia o su pobreza? Yo digo que no.

Tal vez por ello casi no leo ni las revistas ni las secciones *de sociales*. Y hasta me divierte que se practique el elogio diciendo que todos los señores que aparecen son *caballeros*, todos son *apuestos*, todos son *distinguidos* y todos merecen que se les trate de *don*. Por lo que toca a las señoras, todas son *bellas* y *distinguidas*, a todas las envuelve un *gentil donaire* y todas, sin excepción, levantan oleadas de respetuosa admiración a su paso. Por lo que toca a los jóvenes, pues ellos son inteligentes, *dinámicos*, *apuestos*, *apolíneos* y verdaderos genios de las finanzas, mientras que las chicas son *bellísimas*, *guapísimas*, *despampanantes*, *archicontemplables*, *superlatirrecontrabárbaramente hermosas* y, desde luego, a su inenarrable atractivo añan las más caras virtudes (Ah, y no se crea que los mocositos se quedan atrás: los recién nacidos resultan ser, siempre, *robustos bebés*, *sanos varoncitos*, *dignos exponentes de la dinastía* y *graciosos dictadores del hogar*, en cuanto a las recién

nacidas, pues no hay una que no resulte ser *fascinadora muñequita, tierno botón de rosa o pedacito de cielo*, para decir lo menos). Y ni quien se enoje. Los cronistas son recibidos en las fiestas más postineras a todo jaibol, los chicos "popis" les hacen confidencias de esas de mucho "romance" -pronúnciese a *la gabacha*-, las chicas se desviven por atenderlos y contarles otras cosillas y los muy pingos se divierten sin desembolso alguno y hasta se dan el lujo de cambiarles el apellido a los señores casados ¡sin que ninguno proteste! (Así, por ejemplo, si usted se llama Juan Pérez y su novia Juanita López, en cuanto se case se llamará Juan LOPEZ DE PEREZ, por obra y gracia de los cronistas. Desde luego, no sé si también tenga usted que darles las gracias o algo por el estilo).

Leí casualmente el otro día, que dos muchachos se van a continuar sus estudios -¿secundaria, preparatoria?- A LONDRES.

Insisto: cada quien es libre de hacer, con su dinero, lo que se le pegue la gana. Pero si los señores agricultores están lllore y lllore ante el Gobierno Federal para que se les pague más por el frijol soya y más por el trigo, porque con lo que sacan actualmente están al borde de la miseria, ¿no les parece que lo menos que deberían hacer sería NO publicar esas notitas, aunque con ello se perdieran el divino placer de picarle la cresta a fulanita y a fulanita, que se las pelan porque abran un colegio en la Luna, para mandar allá a uno de sus retoños?

Eso, por una parte. Por la otra, ¡pues piensen en los centenares de muchachos brillantes pero pobres que sueñan con un milagro que les llegue a permitir estudiar preparatoria AQUÍ, así sea en las más pobres condiciones del mundo! Esos muchachos saben leer más allá de las letras y saben indignarse.

El que quiera entender, que entienda.

¡MILLÓN!

Se me ocurrió, de pronto, que con un millón de pesos yo podría resolver todos mis problemas. Con una mínima parte pagaría lo que debo y, con los puros intereses del resto, tendría lo suficiente para cumplir el sueño viejo de dedicarme, exclusivamente, a escribir lo mío, a publicar los cuatro o cinco libros que

ya puedo entregar a los linotipos; a escribir uno más, maravilloso, con cartas alucinantes que me ha prestado Ramón Iñiguez Franco; a publicarle a Daniel un tomo de poesías y otro de cuentos; a acabar de escribir la novela -o novelas, que no sé si serán dos en lugar de una- de mis experiencias con periodistas y periodiqueros. A escribir lo mío, y nada más, sin horarios ni rutinas de ninguna clase. Estarme dos o tres semanas en alguna playa, en la casa de algún amigo o en algún *bungalow* de renta; pasar un mes o dos en Aguascalientes o en Tepatitlán, escribiendo y paseando por las plazas y por las calles, a pie, disfrutando hasta del olor del aire. Escribir en donde se me pegase la gana o donde me sintiese mejor, más a gusto. En tiempos de vacaciones, con todos mis chicos. En tiempos de clases, acompañado por mi esposa y mi niño más niño. A veces, solo. Luego, aquí, la mayor parte del tiempo, pero rentando una casa amplia, con prados y jardín amplio, donde pudiera tener un cuarto de trabajo aislado, para mí solo. Comprar una grabadora impecable, un tocadiscos de alta fidelidad, una dotación generosa de buena música, más libros para enriquecer mi biblioteca y para completar las necesidades de consulta de mis chicos, que ya van haciendo, también, su propia colección de libros. Desde luego, comprarles a ellos su equipo de *stereo* y darles para una colección de música abominable que yo no alcanzase a escuchar desde mi refugio. Tal vez comprarle un auto modesto a Martín Alberto, para el traslado de todos a la escuela. Otro más para mí y para mi esposa. Y ya. Todo lo demás depositado a largo plazo, de tal manera que los intereses mensuales alcanzasen para vivir (Y, desde luego, vendería la maquinaria de imprenta que tengo y que lejos de darme algún centavo me cuesta mantenerla trabajando, pero con la satisfacción de que con ella viven dos familias. Pensándolo bien, no la vendería: la regalaría a los muchachos, con el compromiso de que hicieran una sociedad organizada de tal manera que les permitiese formar un patrimonio, pero no malbaratar para quedarse sin nada).

Total, un millón de pesos. Libre de polvo y paja. Un millón que me permitiría dedicarme a lo mío, por lo que me falta de vivir. Tengo cuarenta y dos años. Si me dan diez más, de allá arriba, pues en diez años, con lo que ya tengo hecho, bien podría editar veinte libros o más. Y leer, y componer y llenarme de música y

de belleza, además del enorme placer de ver crecer, de educar, de formar a mis hijos.

Decidido, pues. Y como no era cosa de esperar mucho, en cuanto decidí que valía la pena tener ese millón de pesos, llamé a Daniel, le puse en la mano ciento veinticinco pesos y le dí una sola orden:

—Ve al centro y cómpramelos de un solo número de la Lotería, terminado en ocho, para el próximo sorteo.

Era el lunes en la tarde, como a las 6. Daniel tomó el dinero y, para evitar la caminata, le pidió a su distinguida progenitora que lo llevase en nuestra carcacha. Se fueron. Al rato estaban de vuelta. Me entregaron un billete de lotería. Seis cachitos del número 31,736.

—Fue todo lo que hubo para hoy. No había más.

¿Para el mismo lunes? Yo creí que no alcanzarían ya nada y que comprarían para el miércoles. En fin, si le pegaba al gordo no le llegaría al millón de pesos, pero qué caray, no era cosa de andarse poniendo moños. Serían 900 mil, menos el 15 por ciento: total, 765 mil buenísimos pesos.

Me puse las pijamas, me tendí en la cama -;esta calentura de todas las tardes y todas las noches que me tumba a fuerza!- y, mansamente, dejé que los señores de la televisión hicieran de las suyas. Por allá, en la noche, el canal 2 dio los resultados de la Lotería: ¡ni un reintegro! No me había acordado para nada del sorteo, pero me caló aquello. ¿Cómo que nada, si yo había decidido que le pegaría al gordo? En fin...

Ayer, a las cuatro de la mañana, mientras escribía, sentí que el repartidor de TRIBUNA echaba mis dos ejemplares cotidianos por debajo de la puerta. Fui por ellos en busca de tema para mi columna. Y lo primero que leí fue que el premio gordo de la Lotería, del *miércoles*, había caído en la ciudad. Y era el 17,138. ¡Caracoles, si me hubieran hecho caso a lo mejor el millón hubiese sido mío! (Y más del millón, porque el premio fue de millón y cuarto; así que después de pagar los impuestos todavía me quedaría un millón y sesenta y dos mil quinientos pesos.) Ni modo. Total, sonreí y hasta me reproché haber deseado, realmente, sacarme la Lotería. Tal vez no había hecho muy bien, que digamos.

Acabé de leer el periódico, escribí el editorial y empezaba a desarrollar un tema insulso en mi columna, cuando mi esposa

me dijo, preocupada:

—Te voy a contar algo, pero no te enojés.

Y me lo contó. Y no me enojé. Palabra.

Total, lo único que pasó es que ya habían comprado precisamente el número del millón y cuarto pero, cuando regresaban a casa con él, enterito, recordaron que yo había dicho "para el próximo sorteo"; y como el *próximo* era el del mismo lunes ¡pues se devolvieron y lo cambiaron por los seis cachitos!

Así como así.

Mi millón, que iba a estar libre de polvo y paja. Parece mentira que me lo hayan quitado tan fácilmente. Debería enojarme.

En realidad, es verdaderamente estupendo que así haya sido. Total, ¿cómo llorar lo que no se ha tenido? Tal vez el dinero me haría daño, en alguna forma. Tal vez vale más seguir así, en el trabajo cotidiano y limpio, que me permite mantener a los míos sin demasiados apuros. A nadie le vienen mal unas cuantas carencias. Y si se tuviera todo, tal vez faltaría el ánimo de soñar.

(En lugar del millón, recibí un aviso de la CFE: tenía que pagar *nada más* trescientos cincuenta y tantos pesos dizque por consumo eléctrico. Yo creo que al haber decidido sacarme la Lotería fundí algún transformador.)

Lo siento por mis noventa pesos.

Y nada más.

Aviso: ya no me interesa rentar casa con prados y jardines.
Item más: no tengo pen\$ado salir ni siquiera a Los Mochis.

A mis acreedores, *un millón* de gracias por comprenderme.

Viernes 10 de abril de 1970

¿DÓNDE?

Pan, vestido y techo para los míos. Y un pedazo de cielo.

En realidad, yo me conformo con un pedazo de cielo: una ventana, un patio, un claro desde el que pueda mirar el paso de los nimbos bajo la comba del planeta.

Y nada más.

Después de todo, ¿no son las penas y las angustias, los dolores y los fracasos, los sueños y los esperanzas, las caricias y las alegrías, como esos nimbos cambiantes y fugaces que cruzan por nuestra vida sin alcanzar jamás la comba siempre azul y siempre hermosa de la realidad?

Yo tengo con un pedazo de cielo.

Conocí a Carlitos el día en que dejé el Barrio de La Capilla en Guadalajara, y me cambié a los Apartamentos "Liberación", frente a la bellísima Plaza del mismo nombre, a unos pasos del teatro Degollado, de Catedral, de Palacio, de los portales, del Correo. Yo me ahogaba tratando de acarrear paquetes escaleras arriba, cuando salió sabe de dónde.

—¿Le ayudo?

Seguro. Apenas llegué al apartamento, resollando como desesperado, y me dejé caer sobre una silla. Carlitos echó tres o cuatro viajes para ayudar a mi esposa y a Felipe.

Cuando terminó, le pedí que esperara un poco. Quería hacer un trato con él. Así que se sentó, serio y con los ojos bien abiertos, listo a tratar el asunto más serio del mundo. Para algo le sirven sus once años. Bien. Mi esposa y mis hijos saldrían a Obregón al día siguiente y yo me quedaría solo. ¿Podría llevarme por la mañana "El Informador" y "El Occidental" y luego ir a comprarme un litro de leche, pan y algo más para prepararme mi comida? ¿Podría volver a las doce para llevar al correo lo que escribiera? Sí. Seguro. ¿Me parecía bien a las nueve de la mañana? El tenía que estar tempranito en el Mercado Corona, pero como a las nueve se daría una escapada para hacer mis mandados. Y luego, al salir del mercado, a las 12, vendría antes de ir a su casa para comer, arreglarse e ir a la escuela. ¿Qué hacía en el Mercado Corona? ¡Pues trabajaba!

Trato hecho. Le dí unos pesos por su ayuda en el acarreo y agregué dos pesos más, para los periódicos del día siguiente. Se puso muy serio, muy solemne, con la cara rígida:

—No, señor. Yo le traeré los periódicos y mañana usted me los paga. No me dé el dinero ahora, para que no desconfíe.

Sonreí.

—No, Carlitos, no desconfío. Tómallo.

—No, señor, mañana.

Y ni modo. El tiene su forma de hacer las cosas y en ese

terreno es inflexible. Al día siguiente volvió con los periódicos y entonces le pagué.

Mi esposa se quedó con el equipaje hecho y casi con los boletos comprados. Aquella misma tarde volvió, más celosa que nunca, la fiebre. Mi esposa se alarmó, justamente. Han sido quince días verdaderamente terribles (Levantarme, escribir a duras penas y caer, derrumbado, en cama. Amanecer con temperaturas de 37 grados y medio y ver cómo el termómetro se va más allá de 39 y medio por la noche cuando el sueño, espantado, me llena de incertidumbre y pesimismo. Pero, venturosamente, parece que ¡al fin, al fin!, voy a volver a saber qué se siente estar bien. Por vez primera en más de un año -*un año, ya*- empiezo a levantarme sin fiebre. No quiero anticiparme, pero estoy más optimista. Sin fiebre podré trabajar más intensamente, sin tener que caer derrotado en la cama. Tengo mucha confianza en el Dr. Rodríguez y Mota Velasco, que me atiende). Mi esposa y mis niños más chicos han permanecido conmigo. Y Carlitos sigue viniendo por las mañanas.

Hace tres días llegó hecho un desastre. Fue un triunfo sacarle algunas palabras:

—No se angustie, señor. Cosas del trabajo. Agarré un mandado de más de cinco pesos de propina. Fue todo.

—¿Todo?

—Bueno, es que a nosotros nomás nos dejan “chicharear” pero nos tienen prohibido llevar mandados a gente que paga más.

—¿Prohibido? ¿Quién?

—Los más grandes.

—¿Te pegaron?

—Entre tres. Y *me la sentenciaron* para la otra.

—¿No te quejaste?

—Resulta peor, señor.

No lo dudo. Cada mercado es un feudo manejado a capricho por un “señor administrador” al que se rinde pleitesía cotidiana; al que hay que llevarle regalitos -la “cuota” es aparte- y al que hay que tener siempre contento. A la sombra de cada administrador hay un grupito de explotadores de todo lo imaginable.

Al día siguiente, Carlitos llegó muy feliz:

—Fíjese que el señor administrador nos citó a todos los que ayudamos con el mandado a la gente y de aquí en adelante

vamos a pagar nuestro impuesto diario para tener derechos.

¡Impuesto diario...! ¡Derechos...! ¡Explotación brutal de los niños misérrimos, sólo porque se es "influyente" de novena clase...! ¡Hijos...!

Carlitos tiene once años. Su padre no trabaja pero sí toma. Son ocho de familia. Una de sus hermanas es secretaria, pero le pagan muy poco. Entre los dos mantienen la casa.

¿Dónde está el pedazo de cielo que le corresponde a Carlitos?

Llevan, a una televisora, a dos chiquillos harapientos. Se niegan a decir quiénes son sus padres, pero la policía ha decidido que si se les televisa, habrán de ir a recogerlos. El mayorcito -unos diez años- permanece inflexible. El menor, de unos 7, suelta al fin la lengua.

—Mi apá te pega mucho a Pepe. ¿Verdad, Pepe? Y toma mucho alcohol con refresco. Nos subió a un camión y nos dijo que no volviéramos. Queremos ir al Hospicio.

Sí. Querían ir al Hospicio, pero allí no los admiten, porque está lleno de niños sin padres. Y el padre de estos chiquillos trabaja, según dice el pequeño, "en el carretón de la basura". Imagino, con rabia, la golpiza que va a darles por haber dicho, en televisión, que toma alcohol puro revuelto con refresco.

¿Dónde está su pedazo de cielo?

¿Dónde?

BOLERO

Cuando le dije que no, que no quería que diera grasa a mis zapatos, se puso triste. En la carilla regordeta apareció un rictus de angustia.

—Mire, patrón: si no le quedan a su gusto no me paga.

Negué, con la cabeza, y él se llevó una mano a los ojos para enjugarse una lágrima.

—¿Y vas a llorar porque no me das bola?

—Es que ya son las once de la noche y no he ganado ni para el camión. Me van a pegar. El otro día también me tuve que ir a pie y llegué a la casa a la una y media de la mañana. Mi jefe se

puso rete enojado y me dio unos cintarazos.

—Y ¿dónde vives?

—Por el panteón nuevo.

—¿Y no te da miedo llegar tan de noche?

—Es que no vivo en el puro panteón, sino enfrente. Y luego, pos yo nunca he visto ningún muerto.

—¿Vas a la escuela?

—No. El año pasado fui dos meses, a primero, pero mi papá dijo que el maestro no sabía nada y que él lo conocía muy bien, de modo que mejor me sacó.

—¿Sabes leer y escribir?

—No. Pero no crea que no saco bien las cuentas de lo que gano.

—¿Cuántos años tienes?

—Once

—Mira: vamos a hacer una cosa: te voy a dar para tu camión y algo más, con tal de que no llegues con las manos vacías, pero mañana como a las nueve nos vemos aquí mismo y entonces sí me das una boleada.

—¡Juega!

Saqué cinco pesos y se los dí. Se me quedó viendo un rato, con incredulidad, y luego se los echó a la bolsa. Salió corriendo.

—¡Nos vemos mañana, patrón! --y yo, simplemente, me quedé sonriendo. Desde luego, no creí que volvería a verlo. Tal vez se trataba de uno de tantos chicos que inventan cuentos para obtener algunos centavos. ¡Es tan dura la vida, en una gran ciudad...!

Por curiosidad pura, regresé al mismo restaurante al día siguiente. Llegué a las ocho, me tomé un refresco y empezaba a estudiar el menú cuando el pequeño regordete se me plantó por delante, con una sonrisa en los labios:

—A ver, pues, jefe: ponga el pie en el cajón, para darle bola. Con esta boleada empezaré a pagarle. Fíjese que mi papá estaba medio jalado cuando llegué anoche y si no hubiera llevado dinero me suena, porque necesitaba echarse otro alipuz. Así que me escapé de que me sonara.

—¿Trabaja, tu papá?

—Sí, pero no gana mucho. Es que sale tarde a trabajar y regresa temprano a la casa. Y luego, pos se echa sus petróleos y casi no le queda nada.

—¿En qué trabaja?

Y aunque parece increíble, al pequeño se le ilumina la cara, cuando me contesta:

—Es bolero, *como yo*.

¡Dios! ¿Y qué hará con su inocente orgullo de hoy, cuando más tarde se dé cuenta de que, por analfabeta, le espera un camino terrible de sumisión y de atropellos? ¿No va a abominar de un padre que, con tal de trabajar menos, le impidió conocer hasta las primeras letras?

Por lo pronto, mete manos a la obra. Y me deja los zapatos brillantes, impecables. Luego, con una sonrisa de satisfacción, me pregunta:

—¿Qué le parece? ¿Verdad que soy bueno?

—Sí, eres bueno. Ojálá siempre lo sigas siendo.

(Y él, naturalmente, no entiende el significado de mis palabras. Guarda los utensilios de trabajo, acaricia su caja de grasa y limpia el piso, aunque no lo ha ensuciado, y vuelve a mirarme de frente, puesto ya de pie, con todos sus once años.)

—Entonces, ¿vengo otra vez mañana, para seguirle pagando?

—No. Los cinco pesos te los regalé, porque no quise que llegaras tarde a tu casa, y mucho menos que no te fueras en camión. Toma.

Le pagaba la *boleada*. ¡Pero qué esperanzas que quisiera recibir el dinero!

—No, jefe, no: usted me prestó aquel dinero y yo debo pagárselo con mi trabajo. ¿Cómo me va a dar más, y sin haberle pagado? ¡Nos vemos mañana!

Y salió rápidamente, dejándome las monedas sobre la mesa.

Pobre y digno. ¿Hasta cuándo podrá seguir siéndolo, en un medio tan hostil y tan bárbaro?

9 de octubre de 1970

BESTIA

A veces creo que nos vendría muy bien tener un alma que, de cuando en cuando, pudiese sacarse para lavarla, para plancharla o, cuando menos, para exprimirla cuando el llanto

interior la moja.

Hay días en que hace falta sacarse -y secarse- el alma. Aunque sólo sea para no sentir, para no saber, para no darse cuenta de nada. El precio de *ser* sigue siendo muy doloroso.

Escribí el día primero, una columna -"¡VENTA!"- en que denunciaba que en Ciudad Obregón se viene registrando un fenómeno tristísimo, espantoso e indignante: la venta de niños, sobre todo de niños recién nacidos. Y decía que, así como hay madres que lo son por animalidad pero no por responsabilidad, también hay compradores que no quieren saber nada, con tal de tener un niño, al costo que sea. Citaba un ejemplo REAL: el de una señora que acudió ante un amigo mío para pedirle que la pusiera en contacto con algún rico que, a cambio de un hijo, le diera algunas hectáreas de terreno. Y citaba también el caso de una pareja de ricos que pidió al mismo amigo que, si sabía de alguien que vendiera un niño, se lo hiciera saber.

Cuando escribí aquello, lo hice con rabia, con impotencia, con dolor y hasta con incredulidad. Pero no podía dudar de la palabra de mi amigo, de ninguna manera. El no miente.

Anteayer, por la mañana, llegó a mi casa una señora que, según mi hijo Daniel, iba maquillada con exceso. Preguntó por mí, y dijo que la enviaba un amigo mío. Dijo algo más: que iba a verme en relación con el "anuncio" que yo había publicado en el periódico. Y le dio el ejemplar de TRIBUNA, del día primero, con mi columna enmarcada en tinta. Daniel se limitó a decirle que estaba dormido, que fuera o llamara más tarde.

Habló como a las nueve y media, o diez. Daniel volvió a contestar y le dijo que yo no estaba, aún, levantado (¿Cómo, si me había ido a la cama a las tres y media de la mañana, porque tenía que terminar un poema que traía entre ceja y ceja?). Me hablaría, pues, a las doce y media, desde el despacho de mi amigo.

Pedí a mis muchachos que ninguno utilizara el teléfono y que, si los llamaba alguna chica -oh, el teléfono suena cada media hora en busca de alguno de ellos y suena en cuanto lo acaban de colgar-, cortaran rápidamente y me dejaran la línea disponible.

Antes de las doce y media, el timbrazo. Contesté. Una voz femenina preguntó por mí. Y me dijo que hablaba conmigo por recomendación de mi amigo, el ingeniero, "que ya conoce mi

problema". ¡Y me habló para pedirme el nombre de los amigos ricos que querían un niño porque "¿sabe usted? Yo tengo muchos problemas, como ya los conoce el ingeniero, y tengo un niño recién nacido y estoy embarazada de cuatro meses. Si de verdad son ricos yo les entrego al niño recién nacido si me resuelven mi problema".

Usualmente no pronuncio palabrotas, ni *mentadas*. Me parece, además de vulgar, innecesario. Pero ¡tuve deseos inauditos de ser demasiado vulgar y haberle gritado un cúmulo de frases impublicables! En lugar de hacerlo, me mordí el alma y le respondí que yo no dije, jamás, que conocía a nadie que estuviese dispuesto a comprar niños. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Tratar de convencerla de que vender a un hijo es un acto bestial? Las bestias no entienden razones.

Se me amargó, espantosamente, todo el día. Y toda el alma. Me pregunto qué llegará a decir, ese niño, de aquí a quince años, si alguna vez llega a saber que su madre estuvo -¡está!- deseosa de venderlo. ¡De venderlo, como si se tratara de un marrano!

El viento se puso frío y las nubes, negras, se alzaron sobre el horizonte. La lluvia empezó a precipitarse, monótona y triste. Como si quisiera lavar las porquerías del mundo. O como si el Cielo se hubiese puesto a llorar.

Hay días en que hace falta sacarse el alma, cuando menos para ponerla al sol, a ver si así puede secarse el llanto que uno tiene que beberse, a la fuerza, para que nadie lo vea llorar.

Hay días en que uno jamás quisiera saber nada de lo que pasa, de lo que sucede, de lo que ocurre, de lo que muerde el corazón y cercena los sueños. Hay días en que a uno le gustaría renunciar a la calidad de integrante del género humano.

Hay días en que las bestias del camino cierran el paso y nublan los horizontes.

Hay días tristes, en fin, como éste que me ha traído, a casa, a una mujer que tiene mucha prisa por vender -¡VENDER!- a su hijo pequeñito y desamparado. ¡Más desamparado que las flores del campo y los arroyos!

¡Ah, si uno pudiera sacarse el alma, para exprimirla un poco...!

7 de diciembre de 1971

3 AÑOS

Tennessee Williams, el gran dramaturgo de los Estados Unidos, cumplió años la semana antepasada (Pero, antes de seguir, voy a preguntar algo que traigo entre ceja y ceja quién sabe desde cuándo: ¿cómo es posible que a un pueblo tan lozano, tan admirable, tan creador de arte limpio, tan generoso con sus valores, tan espléndido con sus artistas, sea capaz de producir a políticos tan sórdidos y a militares tan voraces? La distancia que hay de Washington y el Pentágono a Tennessee Williams, Oppenheimer, Saroyan, Shapiro, Schlessinger, Lloyd, Wayne, ¡etcétera! es, simplemente, de abismo. Tengo la impresión de que el Pentágono y la Casa Blanca siguen creyendo que los Estados Unidos son nada más las garras del águila que simboliza, mientras que sus científicos, sus humanistas, sus literatos, sus músicos y sus artistas desde hace largo rato se treparon a las alas y echaron a volar. Creo que los separa casi un siglo, y de allí arrancan todos los conflictos, que se resumen en uno sólo: la lucha entre dos mentalidades: la libérrima, generadora de arte y de progreso, y la castrense que se niega a renunciar a su papel tristísimo de policía del mundo).

Pero yo hablaba del cumpleaños de Tennessee Williams, quien *no* es por cierto uno de los literatos más dulces del parnaso norteamericano, sino más bien al revés: es un viviseccionista inmisericorde, que da la impresión de solazarse mostrando la violenta rudeza del hombre hacia sus semejantes y hacia sí mismo, o exhibiendo a la bestia humana en sus pasiones más descarnadas y más terribles.

El 26 de marzo, sus amigos y vecinos de Cayo Hueso (traducción espantosa: *Key West*) en Florida, le dieron una fiesta y, como regalo, le dieron el título de "conch" -"concho"- reservado únicamente a los nativos de los *cayos* floridanos. Tal título implica privilegios tales como devorar un filete de tortuga verde, o una tarta de lima, o algo más trascendente, como meter los dedos gordos de los pies en la arena caliente, dejando que el resto del mundo se pare de pestañas, si así lo quiere. Pero Williams (cuyo verdadero nombre, dicho sea de paso, es el de *Thomas Lanier*), respondió a la sorpresa de sus amigos con otra, muy suya: confesó que cumplía 59 años y no 56. Sus amigos le

problema". ¡Y me habló para pedirme el nombre de los amigos ricos que querían un niño porque "¿sabe usted? Yo tengo muchos problemas, como ya los conoce el ingeniero, y tengo un niño recién nacido y estoy embarazada de cuatro meses. Si de verdad son ricos yo les entrego al niño recién nacido si me resuelven mi problema".

Usualmente no pronuncio palabrotas, ni *mentadas*. Me parece, además de vulgar, innecesario. Pero ¡tuve deseos inauditos de ser demasiado vulgar y haberle gritado un cúmulo de frases impublicables! En lugar de hacerlo, me mordí el alma y le respondí que yo no dije, jamás, que conocía a nadie que estuviese dispuesto a comprar niños. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Tratar de convencerla de que vender a un hijo es un acto bestial? Las bestias no entienden razones.

Se me amargó, espantosamente, todo el día. Y toda el alma. Me pregunto qué llegará a decir, ese niño, de aquí a quince años, si alguna vez llega a saber que su madre estuvo -¡está!- deseosa de venderlo. ¡De venderlo, como si se tratara de un marrano!

El viento se puso frío y las nubes, negras, se alzaron sobre el horizonte. La lluvia empezó a precipitarse, monótona y triste. Como si quisiera lavar las porquerías del mundo. O como si el Cielo se hubiese puesto a llorar.

Hay días en que hace falta sacarse el alma, cuando menos para ponerla al sol, a ver si así puede secarse el llanto que uno tiene que beberse, a la fuerza, para que nadie lo vea llorar.

Hay días en que uno jamás quisiera saber nada de lo que pasa, de lo que sucede, de lo que ocurre, de lo que muerde el corazón y cercena los sueños. Hay días en que a uno le gustaría renunciar a la calidad de integrante del género humano.

Hay días en que las bestias del camino cierran el paso y nublan los horizontes.

Hay días tristes, en fin, como éste que me ha traído, a casa, a una mujer que tiene mucha prisa por vender -¡VENDER!- a su hijo pequeñito y desamparado. ¡Más desamparado que las flores del campo y los arroyos!

¡Ah, si uno pudiera sacarse el alma, para exprimirla un poco...!

7 de diciembre de 1971

3 AÑOS

Tennessee Williams, el gran dramaturgo de los Estados Unidos, cumplió años la semana antepasada (Pero, antes de seguir, voy a preguntar algo que traigo entre ceja y ceja quién sabe desde cuándo: ¿cómo es posible que a un pueblo tan lozano, tan admirable, tan creador de arte limpio, tan generoso con sus valores, tan espléndido con sus artistas, sea capaz de producir a políticos tan sórdidos y a militares tan voraces? La distancia que hay de Washington y el Pentágono a Tennessee Williams, Oppenheimer, Saroyan, Shapiro, Schlessinger, Lloyd, Wayne, ¡etcétera! es, simplemente, de abismo. Tengo la impresión de que el Pentágono y la Casa Blanca siguen creyendo que los Estados Unidos son nada más las garras del águila que simboliza, mientras que sus científicos, sus humanistas, sus literatos, sus músicos y sus artistas desde hace largo rato se treparon a las alas y echaron a volar. Creo que los separa casi un siglo, y de allí arrancan todos los conflictos, que se resumen en uno sólo: la lucha entre dos mentalidades: la libérrima, generadora de arte y de progreso, y la castrense que se niega a renunciar a su papel tristísimo de policía del mundo).

Pero yo hablaba del cumpleaños de Tennessee Williams, quien *no* es por cierto uno de los literatos más dulces del parnaso norteamericano, sino más bien al revés: es un viviseccionista inmisericorde, que da la impresión de solazarse mostrando la violenta rudeza del hombre hacia sus semejantes y hacia sí mismo, o exhibiendo a la bestia humana en sus pasiones más descarnadas y más terribles.

El 26 de marzo, sus amigos y vecinos de Cayo Hueso (traducción espantosa: *Key West*) en Florida, le dieron una fiesta y, como regalo, le dieron el título de "conch" -"concho"- reservado únicamente a los nativos de los cayos floridanos. Tal título implica privilegios tales como devorar un filete de tortuga verde, o una tarta de lima, o algo más trascendente, como meter los dedos gordos de los pies en la arena caliente, dejando que el resto del mundo se pare de pestañas, si así lo quiere. Pero Williams (cuyo verdadero nombre, dicho sea de paso, es el de *Thomas Lanier*), respondió a la sorpresa de sus amigos con otra, muy suya: confesó que cumplía 59 años y no 56. Sus amigos le

quisieron refutar afirmando que la guía "Quién es Quién" no se equivoca, pero Tennessee Williams explicó la razón de la discrepancia entre "Quién es Quién" y la realidad, con estas palabras: "Lo que pasa es que deduje de mi vida los tres años que pasé trabajando para la Compañía Internacional de Calzado".

Y sus amigos se quedaron peor que antes. ¿Qué fue lo que ocurrió a Tennessee Williams en esos tres años, que lo llevó a borrarlos de su vida? Posiblemente lo que sucedió fue que no sucedió absolutamente nada: es decir, que el dramaturgo sólo vegetó, sin llegar a vivir. O tal vez no. Tal vez le pasó algo que galvanizó sus fibras últimas. Vaya usted a saber. El caso es que no sólo "Quién es Quién" se tragó la falsa fecha de nacimiento, sino inclusive la muy adusta, muy respetable ¡y muy solemne! *Enciclopedia Britannica*, que le dedica tres párrafos, con *un total* de 24 líneas, y que pomposamente afirma que nació en 1914, en Columbus, Miss. O sea que el autor de "Un Tranvía Llamado Deseo" y "Un Gato en el Tejado Caliente" (cuya verdadera traducción debería ser "Gato en un techo caliente de lámina", porque el original es "Cat on a Hot Tin Roof") no nació en 1914, sino en 1911.

Pero las palabras de Lanier, Williams o como se quiera, me han puesto a pensar. Si uno pudiera borrar de su vida los años amargos o incoloros, ¿cuántos le quedarían? ¿No se daría el caso de que alguien muriese de diez años, aunque cronológicamente hubiera nacido en 1910, pongamos por caso? ¡Y hasta quizá habría alguien que dispusiera que en su epitafio se inscribiese, como año de su muerte, el mismo de su nacimiento, aunque en realidad entre uno y otra hubiesen transcurrido sesenta!

Ah, si con recurso tan fácil se pudieran borrar los años amargos...

Y me detengo a recordar, a hacer memoria. ¿Borraría yo aquellos años de mi infancia dolorida que me tocó vivir, cuando mi padre pasó de la opulencia que parecía interminable al accidente espantoso y su secuela triste de enfermedad y pobreza angustiada? No. No. Me habría privado de aprender algunas lecciones tremendas que, sin embargo, tanto y tan profundamente me han servido después (Aquel carecer de un solo juguete, aquel mirar con ojos de asombro, de arrobamiento

¡y de envidia! a los niños ricos vestidos regiamente, paseando en automóviles elegantísimos o en sus bicicletas centelleantes de puro nuevas, en la zona residencial de Guadalajara, a donde escapaba yo algunas tardes, sólo para martirizarme a solas; aquel deseo atenaceante de un dulce bueno ¡o barato, inclusive!; ver aquel desfile de pasteles, de helados, de golosinas, sin poder tocar una sola; aquella hambre que parecía inacabable y que, luego, nunca se sacia, no importa qué tanto pueda comerse, porque era el hambre de entonces, no la comida de hoy; aquel desear un traje de casimir nuevo, nuevecito, para ir a misa, o a la plaza del pueblo, o al cine y a luneta, alguna vez. Carecí de tanto, que me vi obligado a ir deseando tantas cosas y envidiando a tantos, que un buen día no tuve dónde almacenar más deseos ni más envidias. Así que decidí tomar mi morral y vaciarlo en el cesto de las cosas inservibles. Tiré a la basura mis deseos y mis envidias. Desde entonces camino más a gusto por la vida. Desde entonces no envidio a nadie, no importa qué tenga o cuánto tenga. Desde entonces sé admirar, en vez de envidiar. Jamás hubiera podido hacerlo, de no haber sido por aquellos años de mi infancia dolorida y triste, que me obligaron a tomar decisiones cuando otros tomaban helados. *Deo gratias*).

Y recuerdo. Mis años de adolescencia. ¿Y borrar la luz casta y dulce de los primeros besos y las ternuras primeras, que me llenaron el alma de zozobras inmensamente bellas? No. ¿Cómo podría reconocer, ahora, el amor bueno, entero, maduro y limpio en los labios y en los brazos de mi esposa? ¿Cómo podría calibrar la dimensión justa de las inquietudes que empiezan a mover el alma de mis hijos mayores? De ninguna manera. Me quedo con ellos, con mis años de adolescencia.

¿Y mis años de juventud luminosa y alegre, años de tener amigos como sueños y cantos de alborozo, años de trabajar fecundamente, de estudiar apasionadamente, de reír, de aprender, de enseñar, de abrir y de conocer caminos de luz? ¡Imposible!

¿Y mis años de adulto, de lucha interminable, de desvelos, de analizar situaciones amargas, de recibir ingratitudes e insultos inmerecidos, de encontrar la maledicencia como pago y la envidia de los eunucos como señal del camino? Menos, aún. Sin haber visto la baba de los inverecundos no podría juzgar las actitudes altas de los que hacen de su vida un ejemplo de

servicio y una entrega de ideales.

No. Me quedo con todos mis años, uno por uno. Y como jamás he dejado de ser una interrogación viviente, como soy un discípulo y un Adepto, como sé a dónde y por qué voy, tampoco habré de renegar de uno solo de los minutos que me quedan.

En una pequeña placa, sobre la urna que contenga mis cenizas (aunque me gustaría que se desparramaran sobre este Valle de Milagros que amo tan entrañablemente, no importa que no me pertenezca una sola hectárea suya) deberá estar grabada la fecha exacta de mi nacimiento: *11 de noviembre de 1927*. Ni un día más, ni un día menos.



El director general de Educación en el Estado, profesor Ernesto Salazar Girón; el gobernador del Estado, Ignacio Soto, y el diputado Manuel Torres. Foto: Archivo Guillermo Moreno Ruiz.

CAPITULO XI

**Acabé de aprender
a vivir**

PORQUE...

No sé. Por estos días, me pongo triste.

Tal vez porque se termina otro año y todavía estoy aquí.

Pero no se enoje nadie, por favor. Me sucede, nada más, que es como si quisiera regresar a casa -y no sé dónde está ni cuál es mi casa, pero sé que estoy fuera de ella-, pero veo a los míos, a los que amo, y quiero quedarme, quedarme.

No me haga caso, Lector. Cada fin de año es lo mismo. Y cada fin de año me aferro más a los que amo y cada fin de año crece el grito de la nostalgia. Sí: de la nostalgia por algo que no recuerdo, por algo que no sé, pero que sí sé. Como si fuera mi casa, a la que puedo regresar a descansar y ser feliz y jugar y reír... no sé. Tal vez por eso algunos llegan a llamarle Cielo.

Me cansa esto, de abajo, de cosas sucias y turbias. Cuando leo que hay muchachos rateros, asesinos, estupradores y bestias, siento casi la necesidad de irme. Ah, pero cuando encuentro florescencias de luz, como la de los muchachos que danzan, que componen, que hacen versos, que sueñan, entonces quisiera quedarme un rato más. Lástima, de veras, que la podredumbre avanza. Y lástima que algunos adultos limpios hayan equivocado los caminos y estén aconsejando a los jóvenes que se vuelvan puercos y renieguen de Dios para "componer" el mundo.

Pero no me haga caso, Lector. No me haga caso. Total, siempre nazco antes de tiempo. Ya debería estar acostumbrado.

14 de diciembre de 1973

Jesús Tapia Avilés

Hermosillo, Sonora, 4 de octubre de 1974.

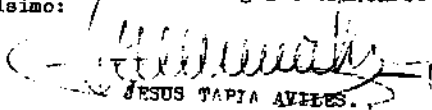
Sra.
Rosa Amelia Saldivar de Delgado.
Ciudad Obregón, Sonora.

Mi muy estimada señora:

He llegado, después de días interminables de lucha, de tremendo desasosiego, de terrible desequilibrio emocional que provoca en estos días la lucha por la vida, de una jira de trabajo, la mas amarga quizá, la mas negra, la mas profundamente triste de mi vida. En Tucson, ya de paso para Douglas donde me urgía el arreglo de un asunto de compra de maquinaria, lo supe todo. Mi esposa, atribulada - ¡sabia ella la gran admiración y cariño que sentia por Bartolomé!- me dió la noticia. Yo me quedé mudo, colapsado, a punto de desfallecer. Tuve que hacer un profundo esfuerzo por ordenar mis pensamientos. Luego entonces, Bartolomé era el héroe y el predestinado que yo habia adivinado siempre. Tenia que caer tronchado, inerte, en lo mejor de la lucha, en lo mas fecundo y fructifero de su vida creadora y útil. Después de salir de mi tremendo trauma ordené que se le enviaran al amigo unas ofrendas florales en donde iban mis lagrimas y mis mas puros sentimientos. Pero sucedió lo que pasa siempre con los predestinados. Su cadaver, ahora si tranquilo, se encontraba en Guadalajara. Con él estaba usted y sus familiares. Luego vino mi profunda meditación, mi hondo y tremendo padecer, el tratar inutilmente de comprender, hasta donde es posible hacerlo el drama tan intenso, pero tan beatíficamente sublime por lo incomprendido de su inolvidable esposo. No le deja a ustedes ninguna posición económica porque los grandes hombres no dejan mas que el tremendo recuerdo de su lucha, la herencia de su enorme tristeza al tratar, inutilmente, de componer el mundo. ¡Oh locos sublimes que son los que han cambiado el mundo a pesar de los grandes hipócritas de la época que aún tratan de esragar sus vestiduras! Bartolomé deja lo que siempre soñó dejar: a una familia modelo que honra su memoria, a amigos que lo veneramos y que derramamos lágrimas de sincera pena por su partida, a un mundo de incomprensiones y de ciego que nunca trató de comprenderlo a pesar de su interminable contienda.

Reciba, mi queridísima señora con estas líneas mi mas profundo pésame, mi rendida admiración por su espartano estoicismo y mi respetuoso y desinteresado afán de ponerme a sus órdenes para poder sentirme orgullosamente ~~profunda~~ en servirle dentro de mis humildes posibilidades. A Martín Alberto, Leonel, Daniel, Felipe de Jesús, Miguel Omar y Rosalín, mi pésame mas rendido.

Estoy ahora al lado de Bartolomé en esta lucha fecunda e interminable que no ha logrado truncarse con la muerte. Suyo afectísimo:


JESUS TAPIA AVILES.

La carta de un compañero herido por su muerte.

CIUDAD

Si nos atrevemos a señalar el hecho de que Ciudad Obregón es hoy por hoy la ciudad más moderna, más funcional y mejor proyectada -en lo urbanístico, en lo económico, en lo vital- del Noroeste, seguramente alguien habrá de llamarnos *provincianos*. Lo somos, con orgullo alto. Y en el más alto sentido de la palabra.

Provincianos por apego y amor a lo nuestro.

Porque contra viento y marea sostenemos una elocuentísima unidad de trabajo y de propósitos.

Porque por encima de envidias hacemos obra trascendente.

Porque a despecho de murmuradores levantamos escuelas, tendemos pavimentos, formamos jardines, construimos plazas.

Porque, desoyendo la voz mínima y amarga de la maledicencia, todos los días nos esforzamos por hacer, de la nuestra, una ciudad en la que se pueda vivir cada vez mejor y cada vez más armoniosamente.

Somos los mejores *provincianos* de México porque, aferrados como estamos a nuestro programa de trabajo, sabemos que sólo resolviendo los problemas de la provincia podemos aspirar a proclamar, a voz emocionada, la mexicanidad entera. *Mexicanidad*, sí, por encima de los "guachismos" y de las inocuas barreras que han pretendido levantar, en otras épocas y en otras circunstancias, algunos caciques en potencia.

Digámoslo de una vez: Ciudad Obregón es, de hecho, una ciudad-piloto. Una ciudad que está enseñando, a México, lo que puede lograrse cuando al trabajo se une el afán limpio, cuando al esfuerzo se aúna la voluntad de servir, cuando -región de agricultores- la calumnia no se barbecha: ¡se desvara!

De una vez: los Cajemenses -y los sonorenses, en general- sabemos que la más justa satisfacción de todos es la de estar comprobando, todos los días, que la mexicanidad no es una meta ilusoria ni un recurso de plazuela. Aquí -aquí y ahora- la mexicanidad es una lección cotidiana, porque en esta bellísima y magnífica ciudad luchamos, brazo con brazo y corazón con corazón, mexicanos de todas las latitudes y de todas las aspiraciones dignas.

Aquí, en Ciudad Obregón, se da el ejemplo vivo de lo que debe ser, SIEMPRE, este pueblo nuestro que -lo dijo Darío- "tiembla de huracanes y vive de amor".

Provincianos.

Hay, en Ciudad Obregón, una enfermedad alucinante y colectiva: *la enfermedad de servir*. Y de servir por servir, nada más. Sin interés bastardo y sin mácula oprobiosa. Servir. Porque sí. Porque es bueno. *Porque hay que servir*.

¡Bendita enfermedad!

Si alguien se pone a contar los clubes, las organizaciones y las instituciones que trabajan para servir a la comunidad que habitamos, no se embarulla. Y si quiere lograr una relación de quién ha construido más aulas, quién ha dado más ayuda al hospital, quién ha protegido más a la Cruz Roja, quién distribuye más alimentos a los humildes, quién hace más por la cultura, quién más por el arte, simple y sencillamente no tiene otra cosa que abrir el corazón a un diluvio de altruismo, de fraternidad y de simple amor al prójimo.

Se nos antoja, pues, que Ciudad Obregón tiene, ella sola, más clubes y más organismos de bien social que todas las demás ciudades de Sonora juntas.

¿O no es así? Hablaremos mañana.

2 de diciembre de 1966

YO LA AMABA

No sabía uno, simplemente, cómo en aquel cuerpo frágil, pequeñito, enjuto hasta la sorpresa, podía haber tanta energía y tanto coraje. Y jamás podía uno explicarse cómo le hacía para estar enterada de todo lo que sucedía en el barrio, en la ciudad, en todas partes, sin abandonar su pequeño departamento.

Sabía pelear como pocos. Si alguien le quería hacer una broma de mal gusto, soñaba tres o cuatro frescas de antología, y en un santamién ponía las cosas en orden (Por ejemplo: si alguien que acababa de conocerla quería tratarla como a una niña chiquita, creyendo que por su edad chocheaba, se llevaba

el chasco de su vida. ¡Y vaya si se lo llevaba! Ella admitía que Paco Serrano o el doctor Ignacio Pinto Anguiano le dijeran "viejita" o que hasta la regañaran porque no comía o porque no se atendía debidamente, pero ¡ay de que alguien más se tomara confiancitas! Y no, no es que tratase de ocultar los años que tenía, porque para ella era cuestión de orgullo afirmar: "Y jamás me he quitado los años y ni tengo por qué hacerlo: voy a cumplir noventa y aquí estoy valiéndome por mí misma". Lo que no admitía era que se le dijese "viejita" con ánimo de mostrarle lástima. No admitía lástima de nadie, ni por nada).

Era fuerte. Maravillosamente fuerte. Había vivido su vida con intensidad magnificente y dignísima y la vida le había dado, en cambio, una fortaleza espiritual que la mantenía firme, enhiesta, aferrada a su raíz honda de ser humano libre.

Jamás daba explicaciones a nadie, acerca de lo que hacía, para responder a ninguna pregunta de curiosos. Y había curiosos -todos lo que hacíamos HERALDO DEL YAQUI- cuando de pronto se presentaba en la pequeña redacción y le espetaba al que estaba más cerca del teléfono: "¡A ver, pídemme un carro!" Algunos, como Manuel Burrola o como Luis Miguel Tamayo, la chuleaban y aguantaban el chaparrón de *revire*, pero al final le sacaban una sonrisa. "Caray, doña Luci: no sea mala, díganos a dónde va tan linda". Sonreía y -que ya estaba el automóvil de sitio en la puerta- salía con un "¡mocososo atrevido!" Pero dejaba a todos con un palmo de narices. Salía con paso vivo y además inquieto. Sabía, muy bien, que todos la amábamos. Del taller, "Ixpalino" Velázquez, Paco, Pancho Islas, alcanzaban a gritarle: "¡Adiós, viejita!" Volteaba, los amenazaba con la mano y sonreía.

¿Que a dónde iba? Lo supe después, en las muchas tardes en que hablábamos, solos, de su vida, de sus inquietudes, de sus sueños, de sus dichas y de sus afanes. ¿Sinsabores? Sí. Los tuvo, los tenía, pero ella jamás permitió que le amargaran el pensamiento. Sólo ocasionalmente, cuando algo le calaba muy hondo, me espiaba al través de la ventana que comunicaba su departamento con la Redacción para esperar a que se fueran todos y me quedara solo a esperar la "prueba" general y a trabajar en el "adelanto" de lo que habría de publicarse al día siguiente. Entonces, se aparecía con una taza de café, esperaba a que la tomara y empezaba la charla siempre dulce y siempre

interesante. Hablábamos largamente, suavemente, como amigos viejos y entrañables. Y, casi siempre, la charla llegaba al cauce de amor más alto, más profundo y más hermoso de su vida: a su hijo, a quien había engendrado, a quien había sostenido, a quien había formado y a quien había hecho hombre de bien. Guardaba, de él, un recuerdo maravilloso, lleno de luz: "Nunca ha habido un hijo más bueno ni más amante, ni más noble ni más dulce". Y no hablaba por hablar. Manuel J. Zavala había sido, para ella, eso y más. Hasta el último suspiro la amó con respeto profundo, con gratitud y con identificación completa.

Otras veces, llegaba con un aire de picardía y malicia que la denunciaba a leguas. Y como yo conocía el juego, entre frase y frase dejaba caer un ocasional "Oiga, doña Luci, hace mucho que no escribe nada. ¿No le parece que eso no está bien?" Ella fruncía el entrecejo, movía negativamente la mano, esbozaba una semi sonrisa y contestaba: "Qué cosas se le ocurren a usted. Parece chamaco. ¿Qué voy a escribir yo, con tantos años como tengo? Usted, que está pollón, puede escribir todo lo que quiera, pero a mí no me meta en sus trajines".

Esto sucedía, casi siempre, poco antes del Día de las Madres o de Navidad. Pero, a los pocos días, después del imprescindible y excelente café, y una vez convencida de que no, no quería otra taza, metía la mano a la bolsa del mandil y, mirándome con ojos traviosos, levantaba el índice derecho a la altura de mis narices y sermonaba: "Mire usted, quien quiera que se haya creído que es. Si otra vez vuelve a decirme que tengo que escribir, le voy a dar unas nalgadas y no voy a volver a parármele enfrente. Yo no estoy para que se ande burlando de mí nadie, menos usted". Yo me quedaba muy serio, con cara de apenado. Pasaban unos segundos. Luego, soltaba su risa luminosa y agregaba: "Ya, no se haga el mártir. Tenga esos renglones que emborróné. Corríjalos porque yo tengo muy mala letra y cálese la boca. Si otra vez vuelve a pedir que escriba, entonces sí va a saber quién soy". Y salía a toda prisa.

Jamás tuve que corregir nada. Escribía con una corrección que ya quisieran muchos literatos. Y tenía una lucidez mental impresionante.

Yo la amaba.

Cuando dejé la dirección de "Heraldo del Yaquí", no dejamos

de vernos. Esporádicamente, recibía su insólita visita en casa. Tomábamos café. Charlábamos como en los viejos tiempos. Y aceptaba que la llevase de regreso. Entonces supe a dónde iba cuando se arreglaba y salía de su departamento. Salía a hacer visitas ocasionales a algunos -muy pocos- amigos. A su confesor, al doctor Pinto Anguiano, al licenciado Paco Terrazas, a Paco Serrano Blanco, a Pancho Chávez, a Miguel Mexía...

Dicen que murió ayer.
Yo no quise ir al cementerio.
Porque yo la amaba...

16 de marzo de 1967

EL CHÓPILA

1) Lector: usted y yo conocemos, desde hace muchos años, al "Chópila". Sin embargo, algunos podrán preguntar, acaso por estar recién llegados o porque no han tenido tiempo de darse cuenta de las pequeñas cosas que pasan en la ciudad pero que a pesar de todo le forman su ambiente, sus características, su corazón mismo, de quién se trata.

2) A ellos, podemos decirles que el "Chópila" ha sido, desde siempre, un ejemplo para quienes se sienten derrotados al primer embate de la vida y que, impotentes para sobreponerse, se suicidan y se entregan al vicio, o simple y sencillamente renuncian a toda aspiración y se dejan llevar por la corriente, a donde ésta los lleve.

3) El "Chópila" era impresor, y un día quedó ciego. Y había que mantenerse y mantener a la familia. Y no había recursos frente a las necesidades ingentes. ¿Qué hacer? Hubo quién le dijera que no quedaba más camino que pedir limosna, como lo hacían muchos otros que ni siquiera de la vista carecían.

4) ¿Pedir limosna? ¡No! Y el "Chópila" encontró un medio honesto de ganar la vida: vendiendo, por las calles, revistas y periódicos. Pronto, le conocieron en las oficinas, en los nego-

cios, en la vía pública. El no veía, pero nadie le engañó nunca privándole del duro fruto de su esfuerzo.

5) Mas sucede, Lector, que la desgracia se enseña a veces en los desvalidos. No bastaba la ceguera, al parecer. Había que probar todavía con nuevos y más fuertes obstáculos la voluntad del "Chópila", su determinación de mostrar el camino del trabajo y del esfuerzo. Un buen día, la enfermedad obligó a amputar los dedos de un pie. Y el "Chópila" continuó, aunque con mayores trabajos. Pero entonces avanzó el mal, ¡y se le tuvo que amputar la pierna! El "Chópila" tenía que rendirse... ¡pero no se rindió! Y usted y yo, Lector, podemos verle por las calles, equipado con sus muletas y con un rollo de revistas y periódicos milagrosamente sostenidos bajo el brazo, ganándose la vida al precio de irla entregando a cada paso. Es un espectáculo tristísimo, porque es un hombre entero, envuelto en el dolor, en asfixia, en angustia, que se niega a claudicar. El "Chópila" va a morir antes que pedir limosna. Lector: usted y yo conocemos al "Chópila". Por eso, queremos decirle al Concejo Municipal, que también debe conocerlo: ¿por qué no le ayudan un poco, aliviando en nombre de la sociedad una carga tan terrible? ¿Por qué no se le facilita al indomable luchador un pequeño puesto de libros y revistas donde no pague impuesto y, de ser posible, ni renta? Estamos seguros de que inclusive el pueblo respondería para construir la caseta o la pequeña instalación, o lo que fuera... Pero urge hacerlo, en nombre de la humanidad, porque si el "Chópila" nos ha enseñado una lección de verticalidad, de hombría, nosotros tenemos el deber de demostrar que no somos insensibles a las angustias del prójimo... Y dígalo que yo lo dije...

30 de agosto de 1960

EL AMOR, EL BACATETE, LA REDOVA... Y VALLE GRANDE

Ella y yo.

Abrazados.

Con el amor que en un día de junio -ya van a ser diez y siete años- nos unió para siempre, mi esposa y yo recorreremos los

stands de la feria. Ella, hermosa, dulce, radiante, feliz. Me miro en sus ojos, siento su risa, bebo su alegría.

Ella y yo. Abrazados. Regocijándonos de ver cómo el amor, en los ojos, hace pirotecnias.

Ella y yo, por las callecitas de la Feria, saludando amigos, asombrándonos ante lo mucho que tenemos.

Ella -mi esposa- y yo. Amándonos como el primer día y sintiendo que la noche -esta noche y todas las demás- se hizo para nosotros.

Y no sé si es casualidad o si mi olfato nos ha llevado por ahí. De pronto, descubrimos "El Bacatete", de Abel Murrieta. Y -quién sabe por qué- de pronto me da una sed espantosa, tremenda, irrefrenable. Mi esposa sonríe. Entramos a tomar una cerveza. ¡Y caigo en medio de un grupo tan disímulo y tan alegre que yo creo que no se junta ni por *calendario*, como diría mi abuelo, que era de por allá muy lejos! (Y a propósito de por allá muy lejos: he estado, dos horas, antes, en Valle Grande. Sentado a la máquina, me cansé de pronto, sentí necesidad de respirar a calle abierta y salí de casa como estaba: con pantalón de kaki, calcetines azules, sin camiseta, camisa de manga corta. Me importa un comino partido en dos qué aparento. Pero me importa, hasta la entraña, qué soy. Mi presencia sobre mi apariencia. Desde siempre. Pues llego en mi carro viejo y entro, a Valle Grande, por el comedor. Algunos se me quedan viendo. No voy de frac. Sonrío. Voy limpio y con mi alma. Pido un jaibol. Otro. Pregunto por Hugo, mi tocayo de primer apellido. Me informan que está a la mesa, acompañado de su esposa, atendiendo a dos invitados suyos, que estima mucho: Salgado y su esposa. Me habría gustado ir a su mesa, porque tengo curiosidad de conocer a Salgado, personalmente, vaso de vino de por medio. Dije *de vino*. Y dije bien. Pero no. No estoy como para presentarme ante dos señoras. De todos modos, le informan a Hugo que estoy allí, hace el favor de ir a darme un abrazo, lo saludo, le reclamo su colaboración para lo que escribimos, lo corro a su mesa. Me tomo un tercer jaibol. El teléfono del amigo al que quería invitar no contesta. Pido la cuenta. No es nada. Hugo ha ordenado que no se me cobre. Grave error. Me obliga, con ello, a dejar cien pesos de propina. Así, cuando menos, agradecemos su gesto yo, el mesero atentísimo que me ha servido y el cantinero amable. Regreso a casa. A pedirle, sin más

ni más, a mi esposa que ya está dormida, que se vista porque nos vamos a la feria. Sin más ni más. Y la noche es de luna y de luceros).

Y no sé si nombrarlos por orden alfabético, para que ninguno se sienta. Pero sucede que Felipe Robles está con su esposa; los nombro, a ellos, pues, en primer lugar. Y enseguida, por alfabeto: Juárez López Gaspar, Mondragón Carlos, Murrieta Abel, Vargas Angel ¡y viene la redova, por orden de Felipe! Mondragón es el que pide. Y como a Mondragón la picardía sana le brinca por los poros, pide algo pícaro pero sano. Dos, tres, cuatro veces. Hay alegría limpia en los dos rostros femeninos y hay expresiones de júbilo en Carlos, en Gaspar, en Felipe, en Abel, en mí. La gente se nos queda mirando, con simpatía plena. Total, estamos alegrándolo todo. Pero Mondragón es un duende (un duende, por cierto, que al señor Lara Castellanos le ha inventado la mejor colección de *charras*. Pero está bien correspondido. Le digo que el señor Lara va a entregar a las prensas su primer libro y le sugiero que en el mismo libro, *al alimón*, incluya él sus *charras* regocijantes. Me dice que no, que le tiene lástima a Don Jorge. Que se lo comería vivo, aunque sin mucho provecho, porque -dice- "Don Jorge es puro huesito y yo no estoy en plan de roedor". Ni modo: se quieren de veras). De todos modos, Carlos cuenta, entre pieza y pieza, tres o cuatro *charras*, contra reloj. Y hay carcajadas para cada una de ellas. La gente ríe y sonrío al vernos. Hay ambiente de fiesta (Sólo, a unos pasos de distancia, un señor al que no conozco me mira iracundo. No sé a qué se deba. Tal vez no le gusten nuestras risas. Le pregunto a Gaspar quién es, pero él tampoco lo conoce. Total, que siga mirando. Y vuelta a la redova, al gusto, al cante, a la charra, a la alegría limpia y sana. Da gusto estar vivo).

Pausa.

La joven y bella esposa de Felipe me suelta una pregunta acerca de los Rosacruces. Y otra. Y otra. Contesto. Y quedamos, todos, en repetir el encuentro en casa de Felipe y señora, para hablar despacio y con tiempo, al calor de la amistad, del vino y de la comprensión.

Es bueno tener amigos.

Felipe paga a la redova -que se ha portado a candela abierta- y no deja que nadie ponga un centavo. Pedimos la cuenta. No me dejan pagar por las "coronitas" consumidas. Salimos. Y

antes veo que el mismo tipo me sigue mirando con ojos de odio. Y me pregunto: ¿por qué puede odiarme, si no le he hecho daño, si no lo conozco, si no sé quién es? Ni modo. No es hora de ponerse a pensar nada. Despedida, abrazos, apretones de manos. Cada quien por su lado. Gaspar se viene con mi esposa y conmigo, porque vivimos por el mismo rumbo y vamos a dejarlo de pasada.

Es noche de luna y de luceros.

Y esta tarde regresaremos a la feria, ella y yo, pero ahora con nuestros seis hijos. Juntos. Juntos.

Da gusto estar vivo.

18 de junio de 1968

BIG, BIG

En 1956 llegó la Sear's a Ciudad Obregón. Instaló una gran tienda, con publicidad a pasto. Con ofertas que hacían acudir, como mariposas a la llama, a verdaderas romerías. El comercio establecido sufrió uno de sus más severos golpes. Como no tenía los recursos para adquirir su mercancía a precio de gran mayoreo -y porque además, dicho sea con perdón de quien se enoje, siempre se ha abusado de esta comunidad que ni regatea ni rechaza-, no podía competir. Antes de un mes, Sear's había vendido más de un millón de pesos en muebles, aparatos eléctricos, estufas, ropa, juguetes, calzado, llantas, etcétera!, *al contado*. Y tenía, *en estudio*, créditos por otro tanto (Antes de Sear's, aquí NO se investigaba ni se confesaba a los clientes, mucho menos se les sometía a interrogatorios infamantes o se les ponía en listas ignominiosas. Se les concedía o se les negaba el crédito, a buen juicio del comerciante, y ya. Y ningún comerciante en abonos había sufrido pérdidas de ninguna clase. ¿Y cómo, si muchas veces el solo enganche casi pagaba el costo de mayoreo del producto, y los abonos significaban una ganancia mensual constante?). La gente aceptó el nuevo sistema con recelo, aunque hubo mucha gente respetable que, indignada, retiró el pedido en cuanto supo que se iba a investigar su solvencia. Pero, como se vendía tan barato...

Los comerciantes establecidos tuvieron que bajar sus pre-

cios, pero de todos modos no podían competir. En el primer año de operaciones, Sear's Roebuck vendió -según me lo dijo un gerente de aquellos años- más de seis millones de pesos.

El comercio local se hacía cruces. Empezaban a cerrar algunos negocios dedicados a la venta de radios y consolas, muebles, etc., "porque con Sear's no podemos competir. Tienen más millones de dólares que todos los comerciantes de México juntos".

Pero, de pronto, empezó a registrarse un fenómeno: la gente que asistía a la gran tienda norteamericana se fue haciendo menos, y menos, y menos... hasta que el gerente se vio en la necesidad de reducir personal. Pero los clientes siguieron retirándose en mayor número. Los comerciantes locales volvían a la vida, al aumentar sus ventas, pero no lograban explicarse la causa.

Un buen día -feliz para todos- Sear's se fue de Ciudad Obregón. Y seguramente para no regresar. No había podido con la competencia. Sí: Sear's había tenido un enemigo poderoso, implacable, infalible: *Sear's*.

La pésima calidad de los productos que vendía.

Muebles de sala de siete mil pesos que a los cinco meses estaban hechos pedazos.

Comedores de cuatro mil que a los seis meses tenían que ser enviados al carpintero para que les pusieran patas nuevas.

Estufas con lámina tan delgada que cuando se prendía el horno se transformaban en calentones.

Llantas que a los dos meses se quedaban en pedazos en la carretera.

Refrigeradores que a los seis meses apenas podían competir en frescura con el abanico.

Consolas que a los cinco meses ya no tocaban. Radios que parecían llevar almacenado un corto circuito en cada bulbo, alfombras que al año de pisarse quedaban convertidas en costales, bicicletas que...

Era un enemigo demasiado poderoso. Y luego, la implacabilidad en los cobros, las amenazas, los embargos, la actitud altanera e indignante.

Tuvo que irse de Ciudad Obregón.

10 de marzo de 1969

ALVARO CARRILLO

¿Cuántos años?

No sé.

Yo formaba parte de un grupo con la risa a flor del alma. Nos juntábamos, regularmente, en el bungalow del arquitecto Emilio Andrade, cuando la Sochiloa soñaba apenas en empezar a ser el fraccionamiento de hoy.

Parecía como si nos fuéramos a un mundo nuestro y propio, aparte de todo. René Ramírez Guevara, Gabriel Alfaro Cárdenas, Benjamín Herrera Paz, los Hadad Cuesta, Emilio...

A campo abierto, con el cielo claro y luminoso. Y sabíamos -mejor que ahora- reír. Y cantar. Y ver la vida con ojos de ilusión y con tintes de ternura.

Eramos, pues, una pandilla muy respetable.

Me habló, un día, Jorge Hadad Cuesta. Para invitarme a su casa. Y a su casa me fui. Ni siquiera me tomé la molestia de preguntar qué había.

Me alegro.

Porque, nada más al llegar, escuché el rasgueo de una guitarra y una voz emocionada que decía -cantaba- cosas que yo no conocía.

Alvaro Carrillo.

Y cantamos toda la tarde, toda la noche, parte de la madrugada, hasta que vimos, en la esposa de Jorge, un reproche inevitable.

Alvaro Carrillo.

¡Y había que ver cómo le brillaban los ojos cuando, con los Hadad, recordaba sus tiempos de Chapingo! (Sí: ¿no sabía usted que Alvaro, además de compositor, era ingeniero agrónomo? ¿No? Pues Alvaro cambió los nemátodos por las corcheas, nada más. Y con ello ganó el mundo).

Esa noche, en casa de Jorge, Alvaro estrenó algo así como veinte canciones que -meses, años después- iban a ser famosas. A eso le llamo, yo, un alto privilegio de la amistad perdurable.

Me dicen que Alvaro se ha matado, en un accidente automovilístico, junto con su esposa.

Y no me da la gana creerlo.

¡Que voy a seguir viéndolo, por mi cuenta, con su guitarra en ristre, en el patio de Jorge, cantando y creando!

14 de abril de 1969

DAVID

No sé cómo, pero alguien se dio cuenta: David Lynn andaba por estos rumbos. Y lo atraparon. Después de la captura, me llamaron por teléfono. Y ni modo: en cuanto estuve listo, me fui a verlo. Lo tenían en casa de Miguel Saca, perfectamente escoltado: Miguel, Mario Sánchez, Ovidio Flores, *El Pequeño* y Chacho Barreras.

Y allí estaba David, sonriente, entusiasta, incomparablemente más optimista que en los últimos tiempos en que estuvo entre nosotros. Se fue a Los Mochis, donde vive y trabaja. Se fue porque, después de gastar varios años de su vida en servir a la sociedad, en el 20-30, la única recompensa que llegó a tener fueron algunas decepciones y muchas experiencias tristes. Hay que ver cómo, cuando habla de su nueva ciudad, se le iluminan los ojos. Tal vez porque -según dicen él y otros cajemenses que hicieron lo mismo que él- allá hay "más comprensión y menos exigencias".

Pero-tenía que ser- al rato estábamos cantando, recordando tiempos y poniendo dulzura en el recuerdo. Cuando regresé a casa, horas más tarde, me sentí como si *en la cantada*-como dijo David- hubiese dejado las últimas gotas de frustración de las últimas semanas.

Estar en un grupo así es una experiencia hondamente grata. Nadie se pone en plan de *solemne* para decir qué tiene que hacer Díaz Ordaz; nadie pontifica acerca de cómo debe gobernar Faustino Félix; nadie grita contra Javier para adquirir aureola de opositor o de redentor de nada; nadie ataca, por ningún motivo, a ninguno de los presentes; nadie hace una sola crítica de los amigos ausentes. Simple y sencillamente se goza el calor de la amistad, se canta, se cuentan chascarrillos, se ríe, se estrechan afectos, se toma una copa, se saborea una botana... y se siente, a plenitud, la dignidad y la alegría de vivir.

El amor ha sido, para mí, razón y eje de mi vida. Su búsqueda

me llevó a conocer el dolor, la risa, la nostalgia, la tristeza, la exaltación, el orgullo, la desesperación, la vanidad, los sueños..., la vida.

Pero el amor es cosa de dos: de un hombre y de una mujer, extremadamente egoísta; cosa de una pareja que, nada más por verse a los ojos, se niegan a reconocer que no son los únicos seres sobre el planeta (Lo cual, como quiera que sea, no deja de ser maravilloso: si un hombre y una mujer solos, amándose, valen por todo el mundo, ¿qué pasaría el día en que aquel "Amaos los unos a los otros" fuese una realidad universal?). Pero *cosa de dos*.

La amistad es otra cosa, *cuando es amistad*. La amistad es compartir los sueños, las alegrías, las tristezas, los bienes y los males. Es vibrar en armonía, consolar o recibir consuelo, ayudar o recibir ayuda. Pero, sobre todo, es comprender la verdad más alta de todas: cuando se sirve sin esperar recompensa, entonces se puede recibir hasta la Luz.

La amistad, como sentimiento, puede tener más trascendencia, muchas veces, que el amor.

Quien no hace honor a la amistad no puede, siquiera, hacer honor a sí mismo (*Y amistad quiere decir -también- lealtad, gratitud, dignidad, honestidad, vergüenza, calidad humana*).

Y, desde luego, la amistad deja, también, cicatrices. Todo depende de los amigos.

Por lo que a mí toca, no cuento las que me han causado la traición, la envidia o el espíritu de Judas de muchos que de mí no han recibido más que ayuda, estímulo y ayuda y ayuda. Me ha pasado que he tendido la mano a muchos caídos, para levantarlos, ¡y luego me exigen que de ninguna manera me separe de su nivel! Y cada vez que he buscado horizontes más amplios he recibido el mismo e idéntico mordisco. Porque no voy a estancarme, jamás. Pero a los que no tienen alas no les gusta ver volar a nadie. Allá ellos. Si cuando menos, después de recibir ayuda, se callaran.

LAS CICATRICES...

Un día, allá en los tiempos de *La Cabaña* -un edificio que al parecer nació con mal fario- nos fuimos a tomar unas cervezas Fausto Flores, Manuel Burrola y yo. Porque era día 18 y había

llegado el cheque de pago. Pero no de Héctor Mass Conant, en cuya oficina de Contabilidad trabajábamos, sino el mío, de maestro. Así que me convencieron de que les hiciera un préstamo a cuenta de los sueldos que Héctor les pagaría. Y acepté.

Nos fuimos, pues. Y como habían sido quince días de sed prolongada (desde mi cheque anterior), hubo más fervor que gusto en saborear aquellas cervezas. Así que no fue extraño que, pasadas una horas, Fausto recordara que sabe pegar gritos de antología al sonido del mariachi. Y sin mariachi se aventó uno y al mismo tiempo, con ojos cerrados y con el mayor gusto del mundo, arrojó una botella de cerveza -bien vacía, desde luego- contra la pared de enfrente.

—¿Por qué me pegaste?

Fausto se puso amarillo, se paró y se puso a revisar, centímetro a centímetro, la cara de "El Sordo". Nada. ¡Nada! Ni una cortadita pequeña, ni un chichón, ni siquiera un morete. Y "El Sordo" lo seguía viendo con los ojos desmesurados y preguntándole:

—¿Por qué me pegaste?

Yo sentí que, de mi brazo izquierdo, chorreaba algo. Bueno, como yo estaba tan cerca, sería algo de cerveza. No. Sangre. Una esquiría me había pasado, volando a ras, y me había abierto algo así como dos centímetros, antes de alejarse. Un rasguño. A Fausto se le bajó el gusto, a Manuel la alegría y a mí el pesimismo: con aquello tuvimos que irnos y mi cheque no quedó tan disminuido como creí que iba a quedar.

Me quedó, en el brazo, una *cicatriz de amistad*. Pero Fausto pagó, y bien, por ella. Al día siguiente, "El Sordo" llegó a la oficina y le notificó que las primeras radiografías de la cabeza le iban a costar ciento ochenta pesos. Fausto los consiguió sabe dónde, y se los mandó. A los tres días, otro tanto. A los diez, más, ¡hasta que Fausto optó por enfermarse...!

A "El Sordo" no le había pasado absolutamente nada ni en la piel ni en el hueso ni en el cerebro (Y que conste: le funcionaba tan bien, que estuvo sacándole dinero a Fausto para radiografías que se tomaba poniéndose frente a un foco una botella bien llena de cerveza).

La amistad.

Pero hay -quíerese o no- de cicatrices a cicatrices.

David Lynn lo sabe.

Por eso, ahora, le sabe mil veces mejor una "cantada" que el más mínimo recuerdo de los tiempos en que se entregó a servir a la comunidad en que vivía.

11 de junio de 1969

¡JESÚS!

Y luego, como que el mundo se revienta.

Viene Rosalín, mi hija, y me dice:

—Hay dos señores en la sala y preguntan por usted. Uno dice que se llama Jesús. Jesús Tapia Avilés.

¿Jesús, aquí y en casa?

Sí. Ni más ni menos. Y, con él, un amigo entrañable: Pedro Márquez Carrillo. Don Pedro Márquez Carrillo, señor para quien no hay un solo secreto en las cosas del Periodismo.

Jesús -debo decirlo- es como mi hermano. O más, porque a veces creo que está más loco que yo.

(Un día, me habló por teléfono desde su Hermosillo de siempre: "No me preguntes qué pasa: vente de inmediato, ya, como sea". Y me fui en un auto de sitio. Lo encontré, felizmente, *en la uva*. Lo acompañé -que no había hecho el viaje nada más *porque no*- y entonces me trató de empezar a aclarar la urgencia del llamado: "Vámonos a Empalme, ya. El reportaje más importante de muchos años, para ti y para mí, está en Empalme. Vámonos". Y nos fuimos. Nada más que mientras se desocupaba la persona a la que Jesús quería ver, se asomó a contemplar a los millares de campesinos que, de todos los Estados de la República, llenaban los patios del Centro de Contratación de Braceros. Y le pasó algo. No sé qué, todavía. Pero se le erizó el pelo, cerró los puños hasta que los nudillos le quedaron blancos, apretó los labios y casi corriendo salió al patio, precisamente a *la mitad del foro*, que diría López Velarde. Y empezó a soliviantar a los campesinos, tan ardientemente, que los soldados optaron por acercarse y alguno llegó a cortar cartucho. Corrí, pues, a rescatarlo. Y la entrevista no tuvo lugar. El funcionario al que Jesús iba a ver -y que lo había mandado llamar, urgentemente-

pidió que, por favor, nos reuniésemos mejor en Ciudad Obregón. Pero esa es otra historia, la más chusca de mi vida profesional: el señor de Empalme nos puso a cada uno, sobre la mesa, un fajo bastante grueso de billetes de mil pesos, nada más porque sí. Para que fuésemos "amigos" y porque había investigado que Jesús y yo éramos "los Periodistas más bravos de Sonora". Hay, de ello, un testigo, bien vivo y con muy buena memoria. ¿Verdad, Jorge Román? Cuando veía los billetes, Jesús me decía: "Ay, hermano, un fotograbado..." ¡Y yo quería decirle "Ay, hermano, unos ladrillos para la casa que necesito!". Cuando el funcionario amigo hizo la pregunta definitiva a Jesús -"Bueno, van a aceptar, ¿verdad?"- Jesús volteó a verme y respondió: "Que diga Bartolomé". Y yo -que en el viaje a Hermosillo me había gastado todo lo que tenía para la quincena- respondí: "Lo siento. Yo no. Acepta tú, que yo jamás diré media palabra". Y Jesús cerró los ojos, bajó la cabeza y murmuró: "Ya sabía que esto iba a terminar así". Y los dos paquetes de billetes -¡de a mil, nueve-citos, casi sin estrenar!- se quedaron sobre la mesa durante largos, todavía muy largos, minutos. Jorge Román Meza los recogió y los devolvió a su lugar... Ah, pero la historia no terminó allí: al día siguiente, Lector, ¡cesaron al señor Jefe del Centro de Contratación de Empalme! Cuando lo supe, no podía aguantar la risa: ¡mira que rechazar cuarenta mil, cincuenta mil, sesenta mil o más pesos -no llegué a contarlos- por un compromiso que habría durado unas horas! Al recordar aquello, Jesús y yo hemos reído. Y, con nosotros, Pedro. No puedo resistir el mal pensamiento de creer que, en realidad, se está riendo de nosotros.)

Pero Jesús me da una sorpresa: por ahora, aunque siga publicándose su "Heraldo" de Hermosillo, no está escribiendo. Se dedica a la industria de la construcción ("Y por vez primera, hermano, tengo casa propia, y un respiro, y..."). Me alegro, profundamente. Ah, pero el gusanillo está vivo. Jesús me habla de un libro que está decidido a escribir: "*Periodista en Pantuflas*" para dar a conocer muchas cosas borrascosas del medio oficial que él llegó a conocer de cerca. Y me ha pedido que le escriba el prólogo. ¡Con mucho gusto, desde luego! ¡Con mucho gusto! ¿Cómo iba a ser de otra manera?

Yo, después de todo, jamás he arriado mi bandera y jamás he permitido que le arranquen el más pequeño jirón, así haya recibido la embestida de quienes, antes que nada, han preferido

creer que todos los caminos a los que ellos han podido tener acceso están cuajados de podredumbre.

Y ya, porque -la culpa es de Tapia Avilés- me he ido sobre el espacio y, al final de cuentas, no he dicho nada.

Eso me pasa cuando, como hoy, amanezco tan generoso que le perdono la vida al mundo y me abstengo de arreglarlo.

Uno, pues, también tiene sus debilidades.

3 de junio de 1972

TOMÁS

Tal vez debería hacer lo mismo que otras veces: decir, simplemente, que me duele mucho y que no puedo escribir.

Pero ahora me ha dolido tan hondo, que si me callo me ahogo (Oh, lo de Héctor fue otra cosa: él insistía en seguir bailando, en seguir actuando, en seguir conviviendo como si no le pasara nada.... Y sus médicos me habían dicho que estaba por ocurrir lo peor. Aquello fue muy doloroso, mucho, pero yo ya lo sabía, ya me lo habían dicho. Ahora, en cambio, sólo la información espantosa y sin disfraz posible...).

No sé, de veras, cuándo dejé de llorar. La vida me hizo hombre tan niño...

No sé. Ha de haber sido alguna vez en que las dificultades se fueron, ellas solas, más allá del llanto.

Pero, cuando mi compadre Castañeda me dio la noticia, apenas pude decirle a mi esposa qué había pasado; me fui a mi cuarto de trabajo y, como ella me siguiera, le pedí que me dejara solo ¡porque yo no podía contener el llanto! Porque no lo pude apaciguar, ¡porque aún en estos momentos, cuando escribo, no puedo contenerlo, y quisiera gritar y...!

Que otros digan que Tomás era su amigo. Harán bien, muy bien. Fue, también, mi protector, mi guardián, mi hermano mayor, mi confidente, mi -en la más alta dimensión de la palabra- *amigo* (Ah, cuando salía de casa, después de ver, de palpar cómo le queríamos, se transfiguraba, se volvía lo que siempre y de veras fue: un hombre fraguado en lo más duro de la vida, pero con una sensibilidad a flor de piel y a raíz de alma).

Le divertía, enormemente, que dijeran que era tacaño, avaro, aferrador del mínimo centavo. ¡Y no hay, en todo el Valle del Yaqui, un solo campesino que, habiendo trabajado con él, pueda decir que Tomás no trató siempre con la misma atención y con la misma dignidad que a ellos, a cualquier millonario! Tan no discriminó a nadie que llegó a tratar a los millonarios, pues, igual que a los campesinos. ¿Se entiende, se entiende, se entiende? (Perdone, Lector: yo sé que se entiende ¡pero hay cosas que deben y que deberían repetirse muchas, muchas veces!)

Faltaban algunos días para Navidad, cuando llegaron a casa el Lic. Fernando Arreola y el C.P. Oscar López Portillo. Y hablamos de las cosas que más nos unen y que más nos identifican. Y, en un momento cualquiera, Oscar me hizo una pregunta:

—Profesor, ¿por qué usted y Tomás se estiman tanto?

Y le respondí que eso lo iba a publicar enseguida (pero no dije, al escribir, más que unas tres palabras). Y entonces le conté -les conté- el origen de una amistad que para mí fue maravillosa. ¡Como que Tomás y yo éramos amigos cuando yo era un mozalbetito de diez -¿u once?- años y él un joven que empezaba a escoger sus horizontes!

Cuando acabé de contarle, Oscar supo.

¡Y mire que hubiéramos dejado que nos cortaran una mano si hubiésemos sabido y hubiéramos podido conjurar lo que iba a ocurrir...!

No fui, desde luego, a velarlo.

Porque no.

No fui, tampoco, a su sepelio.

Porque no.

Yo voy a seguir recordándolo vivo, sintiéndolo vivo, sabiéndolo vivo. ¿Por qué y para qué iba a ver su cuerpo destrozado, su faz sin vida?

Ah, ya dije que espero no concurrir ni siquiera a mi propio funeral.

Y luego, la Nochebuena cuando -¡gracias, Dios, por habernos dejado decirselo!- recibí de nosotros el calor humano más sincero del mundo, el afecto más legítimo y hasta -para llegar a su auto, ya que no me dejó abandonar a otros invitados cuando quise acompañarlo- la presencia de dos *guarda espaldas*: mis hijos Leonel y Daniel. ¡Ah, si fuera posible mandar guardaespal-

das contra la muerte que acecha en los caminos!

Oh, pero hay cosas que trascienden, inclusive, el alma.

Diré algo, nada más:

Hay veces -dos, diez, en toda mi vida- en que me ha calado muy hondo el dolor o la nostalgia o la rabia. Y entonces me he clavado en mi mesa de trabajo y, para desahogar, para soltar el alma y desoprimir el pecho, para sentirme sin amputaciones espirituales, escribo un poema.

Hay veces.

Pero luego, dejan de funcionar las soluciones mágicas, y el mundo se vuelve un tropel de incertidumbres.

Quise, para dar cauce a mis lágrimas -¡y mis lágrimas son mías, y a mucha honra!- decirle a Tomás algunas cosas, en un poema, a manera de despedida o de hasta luego o de...

Pero no pude. Lo que *funcionó* antes, no sirvió ahora. A los cuantos versos, me ganó el dolor.

Ah, pero, ¿no conoce usted el principio de un poema que quién sabe cuándo vaya a terminarse, si se termina? Yo se lo voy a decir, así como me lo dictaron.

Querías un parque para cada niño,

un juego, una pelota,

un ir y no volver.

Querías que cada joven dejara la taberna

y anclase en medio llano

sediento de correr.

(No concebías

al mundo sin deporte ni alborozo

y sin la plena floración del alma,

Y no creías

que este mundo pudiera levantarse

sin el juego vital de la esperanza...

Esta tarde, Señor, estoy tan triste,

tan lleno de dolor,

tan a distancia,

que no entiendo, ni sé, ni busco nada

sin él...

Un poema, Lector, es como un grito abierto, muy hondo, íntimo, de luz, que no admite más inflexión que nuestra alma. Un

día -mañana, pasado mañana, cuando sea- me van a dictar lo que falta.

Pero, ¿no es cierto que Tomás quería "un parque para cada niño, un juego, una pelota" y lograr que "cada joven dejara la taberna y anclase en medio llano, sediento de correr"?

¿Quién no supo, en Sonora, de su amor por el deporte, de su ilusión de ver muchos estadios y campos deportivos poblados siempre de muchachos que hiciesen del deporte un *vicio* promisor?

Ah, me digo: ahora ya no se esgrimirá el "argumento" de que, para imponer el nombre de alguien a una obra importante -a nuestro estadio de beisbol, por ejemplo- hace falta que *alguien* se muera.

¡Ya está muerto, ya, y saberlo me produce una indignación inaudita y un dolor que no va a entender nadie que no sepa que, en el universo, la amistad -y amistad es armonía- está inclusive por encima de casi todos los afectos y casi encima de todos los valores!

Perdone usted, Lector. Pero hoy no pude hacer lo mismo que en otras ocasiones. Hoy, si no grito, me ahogo.

Usted -porque usted conoció al hombre ejemplar que se llamó Tomás Oroz-, usted me entiende.

Yo también.

8 de enero de 1973

FÚNEBRE

A veces, cuando he sentido que la vida se me escurría entre los dedos, o cuando me costaba más esfuerzo respirar, casi me alegraba. Porque entendía que durante largo tiempo había tenido un miedo infundado: el miedo de morir.

Y cuando me estaba muriendo, literalmente, cuando veía que la vida se me escapaba en forma inexorable, sonreía: morir -entonces lo supe- es lo más fácil del mundo.

(Era, a veces, algo así como tenderme en una barca sin remos que, poco a poco, me iba metiendo mar adentro, con el sol en lo alto. Todo lo que yo tenía que hacer era quedarme

quieto, quieto, y la calma absoluta vendría pronto. Como decía, recitando su poema favorito, el Profesor Lázaro Mercado: "Quiero morir al declinar el día, en alta mar y con la cara al cielo, cuando parezca un sueño la agonía y el alma un ave que remonta el vuelo". Pero siempre me pasaba algo que me retenía, que me asía, que me llevaba de nuevo a la orilla. ¿Qué? La caricia de uno de mis niños, la voz de otro, el amor de mi esposa. Y mi barca fue quedándose sola cada vez más, y yo, definitivamente, creo que anclé en esta orilla.)

No se necesitan heroicidades, para morir. Ni siquiera una gran dosis de valentía. Simple y sencillamente, hay que dejarse llevar. Y la muerte está allí, enfrente, dulce y bienhechora.

Y uno reniega, después, de cómo alguna vez llegó a temer la muerte.

Lo difícil, lo terriblemente difícil, es vivir.

Pero he dicho mal. Debo decir VIVIR.

Y eso implica saber POR QUE Y PARA QUE, porque el simple existir y consumir bienes y afectos es vegetar.

Lo difícil es aprender por qué, para qué, de dónde y hacia dónde y entonces erguirse con valentía y buscar el beneficio de los demás a cualquier costo.

Eso es difícil.

Pero no imposible.

Hasta me gustaría saber, un día, que estoy preparado para la lucha definitiva.

¿Y qué es lo que quieren decir algunos muchachos cuando hablan de cambios? Lo único que quieren decir es que hay cosas que no les gustan y que quieren destruirlas. Pero ninguno sabe con qué va a sustituirlas, ninguno. Esa filosofía de la destrucción es más vieja que las civilizaciones humanas.

Cuando llegué a acariciar con mis dedos las facciones de la muerte, pensé que valdría la pena poder esperar algunos años más, cuando menos los necesarios para que mis muchachos salgan de esa edad en la que se grita que hay que cambiar cosas pero en la que no se sabe nada, ni siquiera destruir bien. Pensé que sería cobarde aceptar el camino fácil de la huída perfumada -oh, la muerte tiene hasta su perfume propio- y dejar a mis chicos a sus propias fuerzas.

Creo que me he quedado a verlos. A verlos, nada más, y a enderezarlos si los veo flaquear, si los veo torcerse. Cuando

Bartolomé Delgado de León

estén listos y hayan cruzado ese pequeño pero profundo abismo, entonces será cosa de felicitarse. Entonces podré decir que valió la pena la espera. Que es dulce vivir. Porque ya para entonces habré acabado de aprender a Vivir.

26 de mayo de 1971

ALBÉRICO

Dicen que para morir da lo mismo cualquier parte. No lo creo. No es lo mismo morir entre los de uno que morir en tierra extraña, entre amigos ocasionales u olvidado por los que se ama.

Ha de ser triste morir así, lejos de los de uno y en tierras que apenas se están aprendiendo a querer.

Así ha muerto Albérico Goicochea. Era cubano. Y por eso algunos lo consideraban extranjero. ¡Pero tenía treinta años en Sonora y conocía mejor nuestros problemas que muchos que se dicen sonorenses auténticos! Y no sólo los conocía sino que, desde las páginas de los periódicos a los cuales sirvió, luchó en defensa de los humildes y buscando protección para los desvalidos. Hizo más, mucho más que muchos que se limitan a vociferar en el corrillo todoparidor.

Trabajó como reportero policíaco en un diario de la mañana, por largo tiempo. Luego, fue agente del servicio secreto. Más tarde lo llamé a trabajar conmigo en mi revista "Enlace", que tuvo circulación nacional, y enseguida lo llevé a mi diario "Claridades" -que algún día volveré a sacar a la luz pública, convertido en revista-.

Como Periodista, Albérico no fue el más brillante del mundo. Mentiría si lo dijera. Pero tuvo una cualidad que muy pocos tienen: fue honrado. Y fue leal, íntegramente, conmigo. Por eso es que siguió ayudándome en lo que salía, mucho después de que tuve que suspender la publicación de "Claridades".

Su muerte me ha sido participada por un amigo y antiguo discípulo. Y me ha calado hondo, porque siempre duele perder a un amigo leal y entero, como él lo fue conmigo.

He aquí la carta:

Estimado Profe. Bartolomé:

No escribo nunca a familiares y amigos; la correspondencia con mis relaciones comerciales me absorbe el tiempo disponible

para escribir. Hoy, por una lamentable situación se origina esta carta, y aprovecho para dejar constancia de que aun cuando no haya ninguna comunicación siempre recuerdo al maestro y amigo; y mucho afecto corona siempre la imaginaria presencia de Usted. He sabido de su delicada salud, cuídese y Dios permita se conserve por muchos años.

Desde hace un año trabajaba conmigo Albérico Goicochea Quezada, y a últimas fechas lo tenía como supervisor en Cruz de Elota, Sinaloa. En las conversaciones que tenía con él lo recordaba a Usted y a Rosa Amelia y a muchas gentes que trató en su estancia en Ciudad Obregón, Sonora. Ya sabe Usted que tenía muy buenos recuerdos de Ustedes y raras veces escuchaba conceptos desagradables de personas que lo hayan tratado mal. Creo que era de buenos sentimientos.

Su forma de morir, algo debe reflejar en su forma de vivir. Sólo tuvo medio minuto de agonía. Le atacó un infarto que lo desplomó al suelo y al tratarlo de incorporar ya estaba muerto. El sábado 9 de octubre a las 20 horas fue su deceso. El domingo 10 de octubre se le dio misa de cuerpo presente en la Iglesia Católica de Cruz de Elota y algunos empleados míos y mucha gente del pueblo lo acompañaron a su última morada. No tenía familiares. Sólo sus amigos de trabajo.

Doña Juana Angelina Quezada es su mamá y radica en Santiago de Cuba, pero no tengo ningún antecedente más, ojala que Usted tuviera algún antecedente de sus familiares o pudiera informarse de alguna dirección para comunicárselos inmediatamente. Fue enterrado con todas sus pertenencias, excepto un reloj Citizen y una tarjeta de ahorros del Banco Nacional de México, S.A., de Culiacán, Sinaloa, cuyo monto desconozco. No ha de ser mucho porque apenas ganaba lo suficiente para vivir decorosamente. Pagué todos sus gastos de entierro porque era mi empleado y aunque no lo hubiera sido lo hubiera hecho porque logré considerarlo como mi amigo, dada su capacidad moral.

Si tiene algún informe le suplico me lo comunique a mi domicilio de Navojoa, Sonora.

Lo saludo afectuosamente y reciba un abrazo de quien lo estima. Saludos para Rosa Amelia y niños.

PEDRO DIAZ GALLARDO

Octubre 11, 1971

Albérico rehuía hablar de sí mismo. Creía que él carecía de interés para sus amigos, así que no los enfadaba ni con sus problemas ni con sus relatos familiares.

Yo llegué a ver cartas que le escribía a su señora madre, pero jamás se me ocurrió pedirle el domicilio de ella. Lo habría visto un poco extrañamente.

La última carta que vi de ella era enternecedora: le pedía que de algún modo la reclamase, para que la dejaran salir de Cuba, donde ya le habían quitado todo. Albérico había nacido en buenos pañales. Su familia tenía un ingenio en Santiago de Cuba. Y en sus tiempos más jóvenes -que cuando murió no llegaba a los cincuenta años- viajaba de Cuba a México en plan de vacaciones. Hasta estuvo casado, una sola vez, pero el fracaso de su matrimonio fue tan rotundo que nunca más volvió a insistir. Inclusive hasta rehuía la conversación sobre el tema. Cuando llegó la revolución, su padrastro alcanzó a huir a España, pero su madre no pudo salir. Y le quitaron el ingenio y todo. ¿Cómo avisarle a la madre de Albérico que éste exhaló el último aliento en Cruz de Elota, Sinaloa, lejos hasta de sus amigos de Sonora, donde había vivido durante los últimos treinta años de su vida? No lo sé.

Sólo imagino que ha de ser triste morir así, solo y entre extraños, sin ninguna muestra de cariño.

Me ha parecido injusto que la muerte de un hombre bueno pase así nada más, como cualquier cosa. Por eso he escrito esta columna, en honor de quien tanto escribió en favor de nuestros pobres.

Albérico no era el mejor periodista del mundo. Pero era algo mucho mejor: un hombre bueno y, como bueno, noble.

Ojalá que ahora encuentre el reposo que nunca tuvo en vida.

22 de octubre de 1971

TRAMPA

Vivir de escribir es, con mucho, vivir del pasado. Un recuerdo alegre aquí, una tristeza vieja allá, un sueño que no llegó a cumplirse, un beso que se quedó en un suspiro. Y, por encima y en medio de todo, la nostalgia de la sangre que cabalga en corceles sin brida.

—¿Te acuerdas? -se pregunta uno. Y hay veces en que la respuesta es el silencio, el vacío y la desolación interior. Pero hay ocasiones, también, en que ni siquiera hace falta entrecerrar los ojos para ver el sendero aquel cuajado de flores, el arroyo manso deslizándose entre las piedras, la luz restallando en la cabellera del amor del niño.

—¿Te acuerdas? -me preguntó, no hace mucho, mi tía Toña, al tiempo que me mostraba algunas fotografías viejas que había recogido de su casona pueblerina.

¡Y cómo no me iba a acordar! Me quedé contemplándolas, con los ojos de ayer, y me pareció que el tiempo se devolvía. Y sentí, más que nunca, que las cosas pudieron haber sido distintas. Mi tía se quedó viéndome, un rato largo, y luego me quitó las fotografías de las manos.

—Ya está bien. Acuérdate que ya todo pasó y que cuando las cosas pasan no tiene caso perseguirlas.

Sí. Así de sencillo. ¿Por qué no me había dado cuenta? ¿Por qué quise aferrarme a los recuerdos? ¿Para qué, si lo pasado está muerto y no va a volver, de ninguna manera?

Y pareció que, al quitarme las fotografías, me quitaba también un gran peso de encima. El peso de los recuerdos, la garra del pasado, la sombra de nostalgia.

Y me dí cuenta de que, durante largo tiempo -muy largo, casi todo el de mi enfermedad- había estado viviendo en el pasado, olvidando forjar sueños nuevos y dejando que el presente se me escurriera entre los dedos como algo inútil y molesto. Por eso me había aproximado tanto a la muerte. Porque estaba dando la espalda a la vida. Porque me obstinaba en recordar el sabor de los vinos viejos y porque no quería ver más que las sombras de lo que se había ido sin remedio y sin retorno.

Y esa noche, por vez primera en mucho tiempo, volví a soñar caminos de luz y horizontes de esperanza.

Cuando fui a la estación, a despedir a mi tía, me dí cuenta de que ella, tan ligada a mi infancia y a mi juventud, había venido a liberarme del pasado. Y me pareció que, con ella, se iban también, para siempre, los sueños que no alcanzaron a cumplirse, las flores marchitas, las risas fugaces, la dicha transitoria, las tristezas abundantes y la presencia omnipresente de la nostalgia.

Cuando regresé a mi hotel, tomé el teléfono y le hablé a mi esposa y a mis hijos, mi presente luminoso. Pero no les dije que era, desde entonces, más suyo que nunca. Más libre.

A otros los aprisiona el odio, que se vuelve añejo y que infecta hasta el último rincón del alma.

Son seres infelices o turbulentos, incapaces de sueños altos o de gestos limpios. Y como a su odio -odio a los demás, odio a la sociedad, odio a lo que hacen, odio al medio que les rodea, odio a sí mismos-, como a su odio añaden casi siempre una enorme dosis de cobardía, no se atreven a desafiar a la sociedad ni a tratar de destruir la causa de su odio. Entonces doblemente infelices. Pero, cuando se deciden, cuando lo intentan, se convierten en delincuentes, en asesinos, en sátrapas, en opresores, en seres deleznable cuya sola presencia infecta el aire.

Otros se quedan atrapados en el amor al dinero. Para ellos no hay punto de reposo. Su dinero tiene que multiplicarse, tiene que producir, tiene que hacerse cada vez más. Y por dinero oprimen a los débiles, por dinero hacen que otros sufran de hambre, por dinero obligan a vivir una vida de privaciones a muchos, por dinero se arrodillan ante los que tiene más, por dinero reniegan hasta de sí mismos, por dinero venden a sus hijas, por dinero se venden a sí mismos.

Y por dinero -nada más por dinero- llevan la gangrena hasta su alma y destruyen dentro de sí mismos todo lo que pudo haber sido bueno, todo lo que pudo haber sido noble, todo lo que pudo haber sido digno y limpio. Ah, pero se mienten a sí mismos diciéndose que el dinero lo buscan no para ellos, sino para los suyos, ¡como si cada ser humano no tuviera su propia misión y sus propias fuerzas!

A otros los obsesiona su amor al poder. Y con tal de llegar a tener mando sobre los demás son capaces de todos los trabajos, de todos los esfuerzos, de todas las actitudes. Viven agitadamente, de prisa, preocupados por la opinión de los poderes y por las habladurías de los mediocres y son capaces de sacrificar hasta el contacto con los suyos para llegar a planos cada vez más importantes dentro del aparato del poder.

Al final del camino les espera una lección: quien busca el poder por el poder mismo no hace otra cosa que labrar la infelicidad más aterradora. El poder debe buscarse exclusiva-

mente para servir a los demás, y ése es el camino de los próceres. Lástima que ya no se dan en esta época.

A otros, en fin, los atrapa su amor a lo material, a lo carnal, al cuerpo. Lo triste es que, cuando ya están podridos por dentro, se dan cuenta de que el cuerpo se deforma, se arruga, se aprieta, se vuelve repugnante y detestable, además de inútil.

Yo estaba atrapado en los recuerdos, en la nostalgia, en los sueños que no llegaron a las estrellas.

Pero mis recuerdos se fueron en el mismo tren que se llevó a mi vida. Jamás volveré a dejar de ser intensamente libre.

9 de marzo de 1972

UN DÍA DE CONVALECER EN GUADALAJARA

Ha de ser, nada más, que uno tiene que aprender cuando, en realidad, quiere respirar la vida.

De todos modos, es algo para romper los sueños y deprimir el alma.

No me gusta.

(Hablo, nada más, del pequeño dolor que se posesiona de un rinconcillo de nuestro cuerpo y que amenaza con estallar, cuando le pegue la gana, para hacerse insoportable, terrible, anonadador y espantoso. Hablo de esa casi seguridad de que, en cualquier momento, uno se va a caer muerto. Y da murria ver a los que se ama, porque uno -acá, dentro- casi sabe que puede ser la última vez que los vea, que los acaricie, que les diga una palabra dulce. Y no, no se tiene miedo. Lo único que duele es no saber cuál va a ser el momento preciso en que uno va a derrumbarse, y duelen los sueños, los libros que no se escribieron, los poemas que se van a quedar en el tintero, las columnas que tal vez hubieran llevado un pedacito de luz a alguien. Y duele imaginar qué va a pasar con los chicos que son prolongación de nuestra sangre y de nuestro amor. ¿Qué, si no se les deja nada, sino la angustia del cariño irrestricto pero impotente?

(Ha de ser, esto, que no he podido -¡no he podido!- explicar-me por qué algunos de mis amigos más entrañables -Severiano P. Quintero, el arquitecto José María Ibarra, el ingeniero Mario

Ventura Flores Martínez, Héctor Navarrete Dondé- han caído así, nada más, en la forma más insólita y más injusta del mundo. Ha de ser que Héctor y Mario asaltan mis sueños y, con la risa a flor de juego, me dicen que *allá* es donde está la dicha, la tranquilidad y la belleza.

(Ha de ser que, a veces, se cansa uno de hacer lo mismo. O que...)

Basta.

No es bueno, ni es grato, hablar de estas cosas. Total, si... ¡basta!

Pero hay un momento en que la noche más oscura llega a su fin.

Recibí un telegrama *urgente*: "Salimos hoy martes 12 P.M. rumbo a ésa por tren. Saludos. Daniel Delgado S." *¿Hoy martes? ¿Cómo, si el telegrama urgente lo recibí el miércoles a las dos y media de la tarde? Y vi la hora de depósito, del martes: a las 11:50, en Ciudad Obregón. Y vi el sello de la oficina de Guadalajara: "Jul. 5 1972". ¡Y Luis Echeverría desgaitándose, mientras llama a sus colaboradores a servir al pueblo!*

Pero no importa.

Todavía tuve tiempo de arreglarme y de ir, con Beto y con Chela, mis hermanos, a la estación. Y hasta de sentarnos en santa paz, porque el tren llegaba con su acostumbrado retraso. ¡Y allí me encontré con Héctor Sánchez Hidalgo y con su esposa e hijos, que esperaban que a alguien se le ocurriera ordenar la salida de un convoy a México! Fue muy grato, de veras, hablar con Héctor, que transpira optimismo, sobre todo porque en estos días él y otros tres amigos lanzan al mercado su "Agua Clara".

Dos horas y media después, asomó la luz. Y abracé y besé a mi esposa como si fuera el primer momento de fulgor en que la tuve en mis brazos.

Las sombras se disipan.

La angustia se deslíe.

Ya estoy, otra vez, completo.

Ella y yo, después de todo, somos nada más una sola persona. Más que eso, porque yo no me quiero a mí mismo tanto como la amo a ella.

No me importa, siquiera, si a mi dolor pequeño se le ocurre estallar hasta hacerse un pozo de lumbre. Hasta creo que, mientras ella me quiera, me mantendré vivo.

(Oh, Lector: yo quería decir que hace veintiún años, por estos días, le dije: "Bueno, ya terminé toda la documentación de la escuela de modo que mañana salgo de vacaciones. Me voy a Guadalajara. Nos veremos dentro de tres meses". Me miró con incredulidad extrema: "¿Me vas a dejar sola?" Sola, no. En su casa, con sus padres y sus hermanos, porque apenas éramos novios. Y, muy seguro de mí mismo y de mi astucia, le respondí: "Bueno, es que mi madre está enferma y no puedo aplazar el viaje. Pero, si quieres acompañarme, cástate conmigo mañana mismo. Nos casamos, tomamos el avión, y ya". Y ya. Me miró al fondo de los ojos y me respondió dos palabras: "Está bueno". Y de nada valió que le dijera que no era justo proceder tan intempestivamente con su familia, con sus amistades, qué irían a decir, que... mi *astucia* culminó al día siguiente, 21 de junio de 1951, cuando -oh, no sé cómo fue posible que amigos y familiares se juntaran tan rápidamente- nos casamos. Pero desde entonces, Lector, estoy amando más que nunca a MI mujer, a MI esposa, a MI compañera, a mi chica maravillosa y dulce. Yo iba a decir todo eso, pero no sé qué, de repente, me puso el vino triste.

A ver qué día lo digo. A ver qué día me atrevo a decirle, públicamente, que la quiero.)

Y recuerdo -quién sabe cómo, porque jamás recuerdo lo que escribo- el principio de un poema de mis años mozos:

Es inútil, Dolor. No necesito
que tu lágrima tiendas en mi mano,
pues naciste de mí, y eres mi hermano
en la senda que cruza lo infinito.

Y es cierto. Cuando ella está conmigo, hasta el dolor -el más hondo, el más agudo, el más implacable- no importa. Importan ella, sus ojos, su risa, su beso, su amor.

Un día de éstos voy a confesar, públicamente, que la amo.

14 de julio de 1972

HÉCTOR

No querían decírmelo. Pero, ¿cómo impedir que lo supiera? Mi esposa charló conmigo durante la mitad de la mañana, acerca de trivialidades y cosas de los chicos; pero de pronto, sentándose en el borde de mi cama, se puso seria:

—Vale más que te prepares para una mala noticia.

Me dio un vuelco el corazón.

—Pues es mejor que no me hagas esperar.

—Héctor...

—¡Héctor ha muerto! ¿Es eso, es eso...?

—Sí: murió a las cinco de la mañana, en Guadalajara. Me avisó Humberto, su hijo, y acabo de estar en su casa. Desgraciadamente, todo está confirmado. Van a traer su cuerpo mañana a las diez.

No quise, ya, preguntar nada. No quise decir-nada.

¡No quiero decir, ahora, nada, nada, NADA!

Y que nadie me pregunte, por favor, por qué no se me vio en la recepción del cuerpo, en las guardias de honor, en la iglesia, en los funerales, en ninguna parte. Si no quise ver a Héctor cuando, enfermo, salía a Guadalajara, ¡menos iba a querer mirar los despojos que ha dejado su alma!

Héctor Navarrete Dondé, mi amigo entrañable y dignísimo, está muerto. Y yo, que no puedo pensar en otra cosa, me niego ¡me niego! a hablar de él.

Lo haré otro día, muy pronto. Cuando esté más sereno y su muerte no me duela tanto. Cuando acabe de entender el sentido de su muerte.

Hasta luego, Héctor.

24 de mayo de 1972

MUERTO

No sé.

Es como si, de pronto, alguien quisiera tomar mi voz para su propio grito.

Pero también, como si alguien me suplicara que, por favor - por favor- no escriba lo que yo quiero, sino lo que ellos necesitan.

No sé.

Hay días en que, inevitablemente, me llaman los muertos.

Iba a hacer el papel del doctor en "El Enemigo del Coro", de Ibsen.

No hizo nada.

Lo hallaron, por los días del estreno, colgado de un campanario, como si hubiera sido, él mismo, una campana tan fría como sus huesos y tan muda como su alma.

Cuando se enteraron, sus compañeros de "Arte Unido" -el grupo de escritores, de escultores, de pintores y de actores creado por José Luis González- soltaron el llanto. Y se preguntaban, aterrados, cómo nadie se dio cuenta del suicidio espantoso y cómo nadie, en tres días, atinó a mirar hacia el campanario, si frente al Templo Expiatorio, de Guadalajara, pasan docenas de millares de personas.

Paco -Francisco Salazar Sánchez- era el galán del grupo. Alto, bien puesto, sus 29 años le daban, sobre el tablado, presencia y seguridad. "Era el mejor de todos nosotros" -diría uno del grupo.

Pero hay tiempos amargos.

Cosas duras.

Situaciones terribles.

Como, por ejemplo, estar sin trabajo, durante meses, y luego recibir, de los idiotas, la bofetada de considerarlo falto de hombría por decidirse a trabajar, finalmente, en lo suyo, en el teatro.

Como, por ejemplo, recibir no sólo la incomprensión, sino hasta el abandono de su esposa, de la que estaba separado hacía tres meses (Ah, pero en "Los Signos del Zodíaco" le estaban pagando sesenta pesos diarios, desde hacía una semanas, y llevaría dinero en la bolsa y reconstruiría la confianza de ella y...).

Quién sabe.

Alguien le dijo algo que acabó con sus esperanzas.

Alguien -quién sabe por qué- le cercenó los sueños o lo insultó irremediablemente.

Alguien puso en sus manos una cuerda y en su corazón una llama.

Alguien lo mató.

Nadie lo vio subir. Ni siquiera se explicaron cómo pudo hacerlo, cómo pudo trepar hasta el campanario que nunca acaba de terminarse.

Nadie lo vio. Ni los albañiles, ni el velador, ni nadie.

Cuando estuvo arriba, en lo alto del que será el más bello templo de Guadalajara, se llenó de sombras el alma. Y, negándose quizás a ver el cielo, amarró su cuerda en el travesaño y, luego que la sintió segura, ató el otro extremo a su cuello. Y se dejó caer al vacío.

Allí quedó, al vaivén del aire, como campana trágicamente absurda.

Cuando dejó de ir a los ensayos, lo buscaron sus compañeros. Y no -¿cómo, pues?-, no lograron hallarlo. Ni en su casa, ni con los amigos, ni con los familiares de su esposa, ni siquiera en la cantina de barrio donde a veces -ah, cuando cobraba- se bebía una copa. No estaba en ninguna parte. Seguramente había salido de la ciudad.

Alguien vio, tal vez, que los buitres volaban, allá arriba, en círculo. Pero, ¿a qué preocuparse por lo que hagan o dejen de hacer los buitres?

Cuando insistieron y empezaron a volar a menor altura -casi tratando de llegar a las obras en construcción- alguien miró más agudamente.

Era, ya, el día 11. Y Paco había desaparecido desde el día 7. Y no, no había salido de la ciudad. Había estado columpiándose allá arriba, en lo más alto del campanario, en el Templo Expiatorio.

Cuando bajaron su cuerpo -ah, los curiosos son los buitres de más abajo-, se hicieron todas las conjeturas del mundo. Se revisaron, minuciosamente, las ropas (más tarde, los legistas harían lo mismo con el cuerpo).

Sólo un papel, escrito de su puño y letra. Sólo estas palabras: *"No se puede jugar a tal grado con la dignidad de un hombre, por menor que ésta sea"*.

Nada más.

Ni siquiera aquello de "No se culpe a nadie de mi muerte", quizás porque sí hay -sí hubo- alguien que lo empujó al vacío, con la cuerda oprimiéndole la garganta.

No sé.

No sé, siquiera, por qué en este Día de Muertos no pude dejar

de escribir estas cosas, si yo había decidido hablar de intrascendencias o de tonterías. Pero, cuando revisaba algunos papeles en busca de tema, hallé los apuntes que hice entonces. Entonces, sí: el día en que supe del suicidio de Francisco Salazar Sánchez, el mejor actor de "Arte Unido" y muchacho al que todos los conocedores le auguraban un futuro luminoso.

No sé.

Es como si Paco me hubiera suplicado, intensamente, que lo recordara en este Día de Muertos, primero que él pasa como tal.

No sé. A veces no puedo negar mi voz al grito ajeno.

No sé. (Pero, Lector, sí puedo pedirle que dedique un pensamiento, una oración o un abrazo espiritual a un muchacho desorientado y confundido que no tuvo fuerzas para hacer frente a la corrupción, a la maledicencia o a la maldad de alguien.)

Lector: hay días en que, inevitablemente, me llaman los muertos. Como, por ejemplo, hoy.

4 de noviembre de 1972

ABELARDO CASANOVA

A José Escobar Zavala

Abelardo, hermano:

La otra noche, cuando te llamé por teléfono, yo estaba derrumbado por dentro. Es que no acababa de comprender -no acabo de comprenderlo- cómo es que uno, de pronto, se queda a la mitad del arroyo de la vida nada más porque sí. O porque no.

Derrumbado sobre mi propia sombra, sobre mi alma, sobre mis sueños.

Y te hablé, para hacerte una sola pregunta:

¿Me cerrabas, también, las puertas, cuando me estoy aho-

NOTA:

Este es el último artículo que publicó el periodista Bartolomé Delgado de León, el 26 de marzo de 1974, en las páginas del que fuera su primer espacio de trabajo: Diario del Yaqui, de Ciudad Obregón, Sonora (N. del C.).

gando?

Y, al despedimos, me dijiste unas cuantas palabras que me restituyeron la esperanza limpia:

-Que Dios te ayude, Profesor; que Dios te bendiga.

Y entonces, Abelardo, sentí como si, por dentro del corazón, me hubieran lavado las intenciones y los sueños. Como si todo volviera, otra vez, a tener valor en la vida.

Es que tú pronunciaste la única palabra mágica del mundo: Dios.

Y fue bueno que me hablaras de ese muchacho valioso y digno que se llama Alonso Vidal, a quienes algunos zafios atacan porque hace versos. Y recordé, a la fuerza, cuando un amigo mío, hace veinte o más años, me preguntó con sorna y suficiencia insoportables:

-Oye, ¿y sigues haciendo versos?

-Sí -le respondí- porque para hacerlos se necesita tener cultura y sensibilidad y conocimientos y amor a la vida y... y, sobre todo, cultura.

Y la bestia calló. Nunca, jamás, volvió a preguntarme nada. Es que las bestias, Abelardo, no entienden otro lenguaje.

Y luego, amigo Abelardo, ¿por qué los que no tenemos más que el aire que respiramos -y que a veces nos niegan, casi hasta el enrarecimiento-, por qué nosotros debemos pagar las culpas de los que abusan de los inermes?

Bueno, es así; uno se derrumba por dentro, a veces, y necesita que alguien le recuerde su herencia ulterior, su prosapia definitiva. Necesita, uno, que alguien le recuerde que estas cosas de acá, de abajo, son transitorias. Que hay goces, alegrías y tristezas y temores y miedo y canto y risa y... y que todo es transitorio.

Necesita, uno, que alguien le diga una palabra, una sola: Dios.

Gracias, Abelardo Casanova, por habérmela dicho en el momento más crucial de mis tiempos de hoy.

Gracias.

Y no escribo más, porque no.

Te estima,

BARTOLOME

Bartolomé y el verso francés

Bartolomé tuvo la ocurrencia de ganarnos el jalón en el camino hacia el más allá. Recuerdo muy bien que antes que sucediera esto, allá en Guadalajara, sabiendo que le quedaban pocos días de vida, llegó a despedirse de mí; lo acompañaban en ese viaje del que jamás retornaría, su amante esposa, su queridísima esposa y mi hermano Raúl, su siempre médico de cabecera, que en su carro los dejaría en la estación del Ferrocarril de Cajeme.

Iba impecable, bien rasurado, mejor peinado, sonriente; me encontraron por fin en el taller de Estebanón (Calderón) Valdez. Sin bajarse del carro fui a verlo y le pregunté:

"¿Qué pasó, Bartolomé?"

"Voy a Guadalajara a curarme".

Sabiendo el broche de oro de injusticia que le dio la puntilla, advertí que ya nada podía hacer su alma adolorida ni su cuerpo latigado por los egoísmos de las gentes, con las que se encontró al final de su observada vida de Periodista limpio, honrado y sencillo:

"No te vayas a morir". Le dije en despedida.

Y con esa sonrisa también limpiísima se fue y ya nunca regresó.

Tuve la oportunidad de conocerlo en la forma más sencilla. Amigos lo fuimos desde la época de secundarios hasta el colofón que ya narré.

Noviero, futbolista, soñador, en algunos ratos, después de comentar los "Hit Parades" que oíamos de jóvenes, los sábados por las mañanas en su casa de madera por el callejón Hidalgo, entre Cuchus (Jesús García) y Tézamo (Niños Héroe), alentaba la idea de estudiar Medicina. Lo hizo, casi fue, llegó a cuarto año en la Universidad de Guadalajara.

Nunca supe por qué no terminó. Lo conecté, ya de regreso,

con Héctor Mass Conant y luego lo acogió en su oficina contable. Combinó esto con cátedras en la Secundaria Campoy.

En ese entonces estrechamos una amistad imperecedera con Jesús Corra Ruiz, y una noche me preguntó:

"¿No conoces algún amigo tuyo que quiera trabajar en la corrección de pruebas, aquí en el *Diario del Yaquí*?"

Inmediatamente me acordé de Bartolomé. Sí, yo fui el culpable indirecto de arrojar a un hombre, con características muy especiales, con un corazón así de grande, a una profesión que le gustó, le apasionó y tanto la quiso que dio su vida a cambio de no doblar.

Tengo mucho material tuyo, mi hermano Bartolomé, para hacer un desarrollo de tus inquietudes, las bromas pesadas que te hice, el aguante de mi amistad, pero recuerdo cuando aceptaste aquel verso que en riposta a tu historia de buen poeta, buenísimo, te hizo el vate humorístico Miguel Mexía Alvarado, en una ocasión en que festejamos tu cumpleaños. Allá donde estás, seguro que todavía festinas la ocurrencia que después comentamos. Era un verso francés:

"Qué más puedo yo desearte,
Profesor Bartolomé,
Si eres amigo del arte,
Pero tiras mucho aceite".

Gaspar Juárez López

Ciudad Obregón, Sonora. 1981.

CAPITULO XII

1958: análisis de prensa de un año electoral

1958: ANALISIS DE PRENSA DE UN AÑO ELECTORAL

Al iniciar el año de 1958, se palpaba en Sonora el poco interés que había entre la ciudadanía por cumplir con su obligación cívica de empadronarse. *El Pueblo*, en su edición del 14 de enero, informaba que tanto en el sur, centro y norte de la entidad, los puestos de empadronamiento se habían visto desiertos... "parece que hay un movimiento general de repulsa". En Navojoa, el argumento que se utilizaba para no cumplir con tal derecho era que todos "conocían el valor real del voto, que era igual a cero".

En Cajeme, el Partido Popular, con el propósito de participar en las próximas elecciones municipales, se abocaba a la integración de su planilla, mencionándose el nombre de Guillermo Arce como candidato a la presidencia municipal. El periódico *El Pueblo* y los miembros del citado Partido se habían caracterizado por vender o dar apoyo a cambio de una presidencia municipal o alguna curul federal o estatal. Además, hace tiempo que el comunismo no gobierna Cajeme. Además, apoyaban la candidatura del Lic. Adolfo López Mateos a la presidencia de la República.

Para finales de enero, los dueños de los dineros de Ciudad Obregón no habían decidido a quién apoyar de los precandidatos a la alcaldía por parte del PRI. Se mencionaban con muchas posibilidades a Eduardo Vargas y a Gabriel Gallegos. Por fuera de este grupo se manejaba el nombre del diputado federal Rafael Contreras -fundador y primer secretario de la Federación de obreros y campesinos del sur de Sonora-, el cual había hecho esfuerzos por colarse al grupo de "notables" cajemenses que lo habían descartado porque ese nombre era muy manido. Fuera del pepinaje, la otra tendencia política cajemense era callista. Ante lo problemático de la decisión, "alguien del grupo a manera de broma señaló que había que esperar al Lic. López Mateos para consultarle sobre elección de presidente municipal". No había más que esperar.

A principios de marzo llegó a Hermosillo el candidato presidencial del PAN, Luis H. Alvarez. El día 10 se llevó a cabo un mitin en la esquina de la Yucatán y Matamoros. Acompañaron

en el templete al candidato del blanquiazul el licenciado José González Torres, Ignacio Arreola y Jorge Gutiérrez. Los oradores fueron el Lic. Manuel Rodríguez Lapuente y David Alarcón Zaragoza. Desde la tribuna se lanzaron ataques contra los ladrones de los fondos públicos y contra el gobernador Alvaro Obregón Tapia, el cual consideraba que no había oposición en Sonora. En su campaña electoral, Luis H. Alvarez, recorrió Esperanza, Ciudad Obregón y Alamos recibiendo en cada lugar una cálida recepción. Desde aquella época, los panistas acusaban al partido oficial de utilizar los edificios y lugares públicos para su propaganda.

Al margen de estos "severos" cuestionamientos, el partido tricolor seguía con su campaña de proselitismo a favor del candidato presidencial. Los jóvenes universitarios miembros del sector juvenil del Comité Municipal del PRI en Hermosillo, Federico Osorio Altúzar, Carlos Armando Biebrich Torres y Ramón Miranda Romero participaron como oradores en el mitin que organizó la juventud priísta cajemense.

El ambiente político en la entidad iba subiendo de tono día con día. Los partidos políticos estaban a la búsqueda de sus mejores hombres para lanzarlos a la contienda electoral. El Partido Acción Nacional eligió como candidatos propietarios al Senado de la República a Jesús Larios Ibarra y al Dr. Enrique Durán Mendoza. Sus compañeros de fórmula fueron Enrique Fuentes Frías y Eduardo Celada, respectivamente. Los candidatos a diputados federales fueron los ingenieros José López Moctezuma y Alberto Miller. El Partido Popular no tenía tales aspiraciones políticas. Sus baterías estaban enfocadas a la presidencia municipal de Cajeme, encabezando la planilla el Dr. Rafael A. Ramos. Mientras tanto, el priísmo cajemense seguía deshojando la margarita pensándose en ese momento en Leandro Soto Galindo. Para mediados de abril, el PRI dio a conocer su fórmula política para el Senado de la República: Carlos B. Maldonado, fuerte ganadero que dejó en el camino al Lic. René Martínez de Castro y a Manuel Torres Jr., quedando como sus suplentes Guillermo Ibarra y el profesor Ernesto Salazar Girón. Para formar parte del Congreso de la Unión fueron lanzadas las candidaturas del Lic. José A. Montaña, Ing. Benito Bernal y Aurelio V. García. Las suplencias fueron para Alicia Arellano, Ciri F. Arce y Matías L. Méndez.

Resuelto este asunto, los priístas del estado se abocaron con todas sus fuerzas y energías a preparar las recepciones de su candidato presidencial, cuya visita a la entidad se programó del 20 al 25 de abril. Para que la recepción del candidato en Hermosillo fuera todo un éxito, se solicitó a los hombres fuertes de la localidad -banqueros, industriales y comerciantes-, reunir como mínimo un millón de pesos entre sus asociados para ayudar con los gastos. Asimismo, se integró el Consejo de Planeación Económica y Social del Estado de Sonora, organismo receptor de los proyectos presentados por los diferentes sectores de la sociedad para ser entregados al candidato. Sus integrantes fueron el Lic. René Martínez de Castro, Ing. Manuel Robles Linares, Alvaro Carrillo y Guillermo Corona. El diputado y presidente del Comité Ejecutivo Regional del PRI, Leandro Soto Galindo, también puso su granito de arena. Por medio de un desplegado invitaba a la ciudadanía sonorense a hacer acto de presencia en la recepción del candidato del pueblo de México, que "en su visita a esta capital -Hermosillo-, recogerá del mismo pueblo la adhesión, el estímulo y el apoyo que Sonora le ha estado dando constantemente desde su postulación".

El *Heraldo del Yaqui*, en su edición del 11 de abril, informaba que "en Cajeme, el comité para la recepción del Lic. López Mateos quedó conformado con las siguientes personas: Presidente Alberto Delgado Pastor -Instituto Tecnológico del Noroeste-; Vicepresidentes Gilberto Borrego Z. -CTM-; Félix Villanueva -CNC-; Arnulfo Mellado -CTS-; Dr. Gustavo Ayala -CNOP-; Secretario general Ing. Rafael Angel Fierros; Secretarios adjuntos presidentes de las Uniones de Crédito; Tesorero Alfonso Robinson Bours, y Protesorero Antonio Valdés; Vocales Dip. Saturnino A. Saldívar, Aurelio V. García, Dip. Martín Galindo Reyes, Dr. Daniel Marín Vergara, Beatriz Fonllen de Tapia, Lic. Antonio Cabello Moreno, Ing. Edmundo Sterling y profesor Elpidio González Dávila. Todas las fuerzas vivas de Cajeme quedaron representadas".

Tres días después, en el mismo diario se daba a conocer que las organizaciones campesinas y los sindicatos obreros que integran la Federación de Obreros y Campesinos del sur de Sonora, afilada a la CTM y fuerte puntal del PRI, se pronunciaron abiertamente en favor de la precandidatura de Rafael M. Contreras. Los dirigentes que brindaron su apoyo fueron Enri-

que L. Peña, por parte de los propietarios de automóviles de sitio; Miguel Salcido Plascencia, del Sindicato Nacional de Petroleros; Elpidio González Dávila, de la Unión de Sociedades de Crédito Agrícola; Esteban Lagarda, por los nuevos centros de población; Luciano Ricaud, de la colonia Militar; Ana María Ramírez, de la Liga Femenil Obrera; Saturnino Castillo, por los filarmónicos; Andrés Camacho, del Sindicato Industrial Pregonista Sonorense; Dip. Saturnino A. Saldívar, presidente del ejido Lázaro Cárdenas, y Gilberto Borrego, líder regional de la CTM.

Mientras la organización obrera daba muestras de unidad en torno a la precandidatura de Rafael M. Contreras, en el Comité número 3, afiliado a la Confederación Nacional Campesina, un numeroso grupo desconoció al diputado local Martín Galindo y acordó lanzar un manifiesto de adhesión a Adolfo López Mateos y otro en favor abiertamente de Contreras, postulado para presidente municipal por el Comité Independiente de Auscultación Popular, presidido por Guillermo Valdez. Petroleros, ferrocarrileros, campesinos y la CTS brindaron también su apoyo. La carta ya estaba echada, sólo faltaba conocer la decisión de la dirigencia priísta en torno al difícil asunto político de Cajeme, quedando en suspenso por la presencia del Lic. Adolfo López Mateos.

Con respecto a su llegada a Hermosillo, el periódico *El Pueblo*, en su edición del 21 de abril -su director Israel González era candidato del PAN a la presidencia municipal de Hermosillo a la renuncia por presiones familiares del Ing. Enrique Ramos Bours-, señala que una multitud espectacular estuvo presente en la recepción del candidato presidencial del PRI, sin externar "el más leve ruido gutural que denotara su presencia". En cambio *El Imparcial* -el gerente José Alberto Healy participaba en actos partidistas del PRI-, en su nota del mismo día informaba a la opinión pública los pormenores de la apoteósica recepción al Lic. López Mateos. Papel destacado tuvieron Carlos B. Maldonado y Manuel Torres Jr., que montados en briosos corceles encabezaban a cinco mil caballistas alineados a lo largo de la calle Veracruz. La clase política también estuvo presente, siendo encabezada por los exgobernadores Emiliano Corella M., Jesús Gutiérrez Cázares, Anselmo Macías Valenzuela, Lic. Horacio Sobarzo e Ignacio Soto; el invitado especial del candidato,

Alfredo del Mazo y la representación federal sonoreNSE. Al Lic. López Mateos se le presentó la cara bonita de Sonora: miles de pacas de algodón, tractores, combinadas y demás maquinaria agrícola, "símbolo de la pujanza de nuestra región agrícola". Para prevenir desmanes, la noche anterior las fuerzas del orden realizaron un redada de militantes panistas, incluyendo al presidente y secretario del Partido. Horas después fueron dejados en libertad.

En Ciudad Obregón también hicieron acto de presencia en la recepción del candidato los más destacados representantes de la agricultura, la banca, la industria y el comercio, siendo encabezados por René Gándara, presidente municipal; Tomás Oroz, presidente del PRI local; Lic. Alberto Delgado Pastor, presidente del comité de recepción; Alfonso Robinson Bours, presidente del Subconsejo de Planeación y Saturnino Saldivar, jefe de la campaña en el sur de Sonora. El corresponsal de *El Imparcial*, Enguerrando Tapia Quijada, calculó la concentración en la explanada del auditorio municipal en cincuenta y ocho mil personas, mientras que el *Heraldo del Yaqui*, informaba que habían sido cuarenta mil personas, siendo la mayoría campesinos del Valle del Yaqui. Los oradores fueron Tomás Oroz y la señora Guadalupe S. de Abril. En representación del Lic. López Mateos habló el Lic. y diputado federal Flavio Romero de Velasco, señalando que "la bandera de Zapata no está guardada en una vitrina, sino que será la que enarbole Adolfo López Mateos en el momento oportuno". La llegada a la Perla del Mayo fue el 22 de abril. Le correspondió a Alejo Aguilera, prominente agricultor y ganadero, y presidente del Comité Municipal del PRI, y a Agripina Ochoa de Plascencia, dirigir unas palabras al candidato, el cual, al hacer uso de la palabra externó que la lucha será "por la causa del campesino y el obrero". Ese mismo día estuvo en Huatabampo -donde hizo una guardia de honor en la tumba de Alvaro Obregón-, Bacobampo y Etchojoa. El 23 estuvo en Vicam y Cananea y el 24 en Magdalena y Caborca. Al día siguiente emprendió el vuelo a territorio sinaloense.

Pasada la vorágine que trajo la visita del candidato presidencial del PRI a Sonora, el asunto político del candidato priísta a la alcaldía de Cajeme volvió a atraer todas las candilejas. En la edición del 30 de abril, el *Heraldo del Yaqui* sacaba a la luz pública el secreto a voces de que el industrial y ganadero Gabriel

Gallegos era el tapado municipal del grupo económico y político dominante de Cajeme y que tenía el apoyo de una fracción de la CNOP -empleados, determinados elementos del magisterio estatal y un reducido número de médicos-, y de los líderes de la CNC, Ramón Cota y Félix Villanueva. Un día antes, *El Imparcial* informó que en Ciudad Obregón se esperaba al Lic. José Mendoza López, candidato presidencial del Partido Comunista, ya que había sido "invitado por un grupo -por cierto muy flojo- de simpatizadores en el Valle del Yaqui. Aunque no se ha confirmado la noticia, se cree que Mendoza López sólo visitará Ciudad Obregón en esta gira preelectoral en la que no ha sonado ni el candidato ni su partido para bien o para mal". La misma nota del periódico hermosillense tenía implícita la respuesta al hecho de la poca o nula penetración de la candidatura del Lic. Mendoza López entre el electorado sonoreense, ya que se le ubicaba como un candidato de una minoría roja satanizada.

En la primera decena de mayo, el ambiente político en Ciudad Obregón iba subiendo de tono. Rafael M. Contreras, en su carácter de candidato a la presidencia municipal de Cajeme postulado por la CTM, CTS, Comité Independiente de Auscultación Popular, por los profesionales independientes, por los comerciantes del primer cuadro, por los ferrocarrileros y por la mayoría de los médicos del Seguro Social, en la entrevista que le realizó Bartolomé Delgado de León, director del *Heraldo del Yaqui*, planteó que "si el pueblo me ha escogido como su bandera, sabré ser una bandera digna... estaremos al lado del pueblo en la lucha electoral que se avecina, aún en el caso de que el PRI, como se rumora, postule otra candidatura". Un reporte del mismo diario pudo confirmar que el Movimiento Cívico Sonorense apoyará incondicionalmente la candidatura de Rafael M. Contreras, para lo cual se procederá a integrar una alianza electora.

Para los dirigentes del PRI tales manifestaciones de apoyo no significaban un peligro, ya que consideraban que no tendrían dificultades serias en Ciudad Obregón a pesar de la precandidatura "prematura" de Rafael M. Contreras, debido a que las auscultaciones que se realizaban entre los sectores de la población señalaban al señor Gabriel Gallegos como el más idóneo para el cargo de presidente municipal. Como parte de este proceso, un grupo de conciudadanos, entre los cuales

estaban los licenciados Miguel Castro y Soto, Alberto Delgado Pastor, Eduardo Estrella Acedo, Javier Cervantes Rangel y la Delegación de Funcionarios Judiciales -bajo la dirección de Gabriel Gallegos Campoy-, formuló un programa de trabajo con los siguientes puntos:

a) En las relaciones de gobernante y gobernado, seguirán realizándose como un imperativo las garantías individuales, única forma de respetar la dignidad de la persona humana.

b) Organizar la iniciativa privada y crear escuelas técnicas que funcionen de acuerdo con las necesidades de la región, para que la educación superior sea patrimonio de nuestras juventudes.

c) En el aspecto material, realizar una obra constructiva, como lo han venido haciendo las administraciones anteriores, aplicando la potencialidad económica del municipio a resolver los problemas de urbanización de los nuevos núcleos de población.

d) Creación y fomento del Patronato Regional para la vivienda popular.

e) Planear los servicios municipales en las comisarías y poblados de todo el municipio.

f) Procurar el equilibrio entre los factores de la producción, capital y trabajo, con el mismo espíritu de justicia social que inspiró el artículo 123 de la Constitución General de la República.

g) Cooperación con el gobierno del Estado en todas sus obras y muy especialmente atender las necesidades de los funcionarios de la administración de justicia en el municipio.

Estos lineamientos fueron los que sustentaron la definición política de ese grupo de ciudadanos a favor de la precandidatura a la presidencia municipal de Cajeme de Gabriel Gallegos Campoy al interior del PRI.

También la precandidatura de Gallegos fue apoyada por el Sindicato de Trabajadores de Plantas Pasteurizadoras de Leche del Valle del Yaqui y por el Sindicato de Aceites Vegetales y Similares de Ciudad Obregón. Para el 10 de mayo, *El Pueblo* informaba que Gabriel Gallegos Campoy aceptó la precandidatura, estando arreglado todo el PRI. El otro candidato que se creía podía ser designado por el tricolor es el señor Rafael Contreras, que ha disfrutado algunos "huesos". "Dicen que dice que si el PRI no lo lanza lo hará por sí mismo, pero para

candidato independiente no da la estatura y no lo hará". La descalificación automática para dejarle libre el camino al otro preaspirante, el cual, por sí tenía los tamaños necesarios para ocupar la presidencia municipal de Cajeme.

El destape de Gabriel Gallegos hizo que el "Buqui" Contreras se trasladara a la "Ciudad de los Palacios", con el fin de reafirmar el apoyo de la CTM a través de su líder nacional Fidel Velázquez, el cual, por supuesto, prometió "luchar por el triunfo de Contreras dentro del plan de la justicia". Con este respaldo, el candidato independiente nivelaba la balanza en la lucha por conseguir la nominación en las elecciones internas del PRI. A pesar de contar con el apoyo de algunas organizaciones y agrupaciones políticas, Rafael Contreras no quitaba el dedo del renglón para ser el abanderado del priísmo cajemense. A su regreso de la ciudad de México, según nos dice el *Heraldo del Yaqui* en su edición del 16 de mayo, fue objeto de una "impresionante recepción". Cinco días después, *El Pueblo* informaba que los directores del Movimiento Cívico Sonorense daban su apoyo a Contreras, en virtud de que no pudieron lanzar su propio candidato. Ese mismo día -21 de mayo-, el *Heraldo del Yaqui* hacía del conocimiento del público que el gobernador Alvaro Obregón Tapia y el general Agustín Olachea Avilés, delegado del PRI en la entidad, se reunirían para discutir el caso de la sucesión en el municipio de Cajeme. Mientras tanto, los apoyos a Gabriel Gallegos Campoy seguían dándose. Ahora fueron la Unión de Crédito Agrícola de Cajeme y la Unión de Crédito Agrícola del Yaqui.

La contienda política sirvió para que los dos bandos se lanzaran cuestionamientos severos, situación que para la redacción de *El Pueblo* no era rara sino normal, debido a que estaba en disputa un puesto público bien remunerado. A Gallegos se le acusaba de tener el patrocinio del gobernador. La defensa de Contreras se sustentaba en que él no tenía ningún apoyo "más que el del pueblo".

Como el horno no estaba para bollos, el gobernador Obregón Tapia tuvo que ir a la capital del país para entrevistarse -según la nota del día 29 de mayo del *Heraldo de Yaqui*-, con altos funcionarios del PRI y con dirigentes de la CTM. En la reunión se concluyó otorgar el aval a la candidatura de Gabriel Gallegos Campoy. Para el mencionado periódico no había ninguna duda de que la maniobra realizada no era contra Rafael M. Contreras,

sino contra el pueblo de Cajeme, integrado en las organizaciones que respaldaban de manera independiente al fundador de la Federación de Obreros y Campesinos del Sur de Sonora. Dentro de esta misma tónica *El Imparcial*, en su edición del 2 de junio, informaba del arribo del Lic. Alfredo del Mazo en su carácter de representante del Comité Ejecutivo Nacional del PRI. Las instrucciones que traía el senador eran precisas: convencer al "Buqui" Contreras para que retirara su precandidatura, o en su defecto "proponer" a un candidato de transición. Parece ser que en un primer momento, Contreras se disciplinó a la línea del partido, pero después dio marcha atrás y externó que se lanzaría como independiente. Este hecho también ponía en la picota política a Gabriel Gallegos Campoy, ya que fue "sacrificado" en una asamblea relámpago en la cual los tres sectores del PRI propusieron para presidente municipal a Gilberto Oroz, cuya planilla incluía al Ing. Julio Schwarzbeck, primer regidor; Manuel Amparano, segundo; Guillermo Vélez, tercero, quien renunció porque también estaba en la planilla de Contreras; Francisco Briceño Cota, cuarto; J. Jesús Reyes, quinto; profesora Carmen Sánchez Corral, sexto.

Por fin quedaba resuelto el asunto del candidato, al más puro estilo priísta, quedando sólo pendiente oficializar la nominación. El tricolor, para demostrar su unidad y su fuerza, realizó el 10 de junio en la capital del Estado un magno evento de toma de protesta a todos los candidatos a los puestos de elección popular. Se respiraba un clima de absoluta seguridad, en el sentido de que el priísmo sonorense se alzaría con los triunfos en todos los frentes electorales. El 1 de julio, el Comité Municipal del PRI en Cajeme informaba por medio del diario *Ultima Hora*, de Ciudad Obregón, que había dado por concluidos los trabajos de propaganda en favor de todos los candidatos que postula, en estricta observancia de las disposiciones de la Ley Federal Electoral y la Ley Orgánica Electoral del Estado. Además, estaban plenamente convencidos de que en las elecciones del 6 de julio todos sus candidatos iban a obtener un triunfo arrollador. El sustento de tal proyección era "el entusiasta respaldo que ha recibido el partido y sus candidatos por parte de la ciudadanía del municipio de Cajeme, en los múltiples actos públicos que en la ciudad y los campos se han verificado". Como parte de esa "campaña de penetración", el *Heraldo del Yaqui* había informado

-27 de junio-, que los comisarios de Pueblo Yaqui y Cócorit habían sido cesados por no tener la suficiente energía para con los policías. Este mismo diario, en su edición del 2 de julio, señalaba que el presidente municipal René Gándara y el PRI estaban maquinando la alteración de la votación para conseguir el triunfo de Gilberto Oroz. Las pruebas eran la no publicación del padrón, aduciendo pretextos infantiles: no habían sido nombrados los instaladores de las casillas ni se había señalado la ubicación de las mismas. Esto fue por "órdenes expresas del general Manuel Jasso, delegado del PRI, y por instrucciones del gobernador Alvaro Obregón Tapia".

A medida que se iba aproximando el día de la elección, los ánimos políticos se caldeaban cada vez más. En su edición del 3 de julio, el vespertino cajemense *Ultima Hora* informaba que la opinión pública estaba contra la conjura de los contreristas; además, que en la redacción y en la casa del profesor Heriberto Salazar se recibieron muestras de simpatía y se condenó de manera "abierta y enérgicamente la actitud de exaltados y fanáticos contreristas que se han confabulado en una conjura para atentar contra la vida del profesor Salazar, director general de este diario, por el franco y decidido apoyo que ha venido prestando a los candidatos del PRI". Para el 5 de julio, en el *Heraldo del Yaqui* se informaba que los soldados patrullaban las calles, al frente del general Manuel Torres, y todavía no se había dado a conocer la ubicación de las casillas para las elecciones locales. Carlos Moncada, en su carácter de subdirector del *Diario del Yaqui*, entrevistó en la víspera a los tres candidatos. El doctor Rafael A. Ramos, del Partido Popular, ponía en tela de duda la limpieza de la elección; Rafael M. Contreras tenía absoluta confianza en el triunfo y Gilberto Oroz Valenzuela externó que las elecciones serían limpias. El día de las elecciones se suscitaron hechos de violencia, en donde para el diario *Ultima Hora*, Mario Vázquez Jiménez, reportero de el *Heraldo del Yaqui*, fue el principal responsable, ya que azuzó a la multitud -cercana a dos mil personas-, a destruir las casillas y las ánforas que contenían los votos. A las afueras del hotel Kuraica cayó muerto Pascual Acuña, como resultado del disparo de un máuser calibre 7 milímetros, realizado por un soldado del 18 regimiento. El general Malaquías Medina Vallarta ordenó el retiro de los soldados. En *Ultima Hora*, se pedía la intervención

inmediata de la la Secretaría de Gobernación para consignar a los responsables del sangriento motín, "planeado desde temprana hora por los dirigentes del Partido Demócrata de Cajeme y del Partido Popular. Para todas las gentes de orden que estuvieron presentes no había duda sobre la responsabilidad de Mario Vázquez Jiménez, ya que era uno de los más "recalcitrantes líderes contreristas, siendo secundado por el profesor Vargas y los médicos Pinto Anguiano y Rafael Ramos.

Para el *Heraldo del Yaqui*, el pueblo de Cajeme dio la más alta demostración de responsabilidad ciudadana al abstenerse "como un solo hombre de concurrir a las urnas que con su destrucción se demostró que estaban repletas de votos del PRI". Con tal actitud, la votación fue cancelada por el pueblo de Cajeme. En cambio, *Ultima Hora* informaba que la votación municipal era legal y se hacía el recuento de votos hasta las doce horas, en virtud de que recuperaron 40 de las 49 ánforas. El Lic. Manuel Moreno, delegado general auxiliar del PRI en el municipio de Cajeme, con la confianza que da el sentirse ganador, le informa al vespertino que no serían anuladas las elecciones. El *Diario del Yaqui*, en su edición del 8 de julio también informaba que la votación había sido legal, al rescatarse todas las urnas, difiriendo en esto con *Ultima Hora*. Además, hacía hincapié en el hecho de que la actitud violenta de contreristas y pepinos fue porque sentían perdida la elección. Adelantándose a los resultados oficiales, dio como triunfador de manera abrumadora a Gilberto Oroz. Mientras tanto, el *Heraldo del Yaqui* informaba a la opinión pública la campaña oficial que se había generado en su contra debido a la supuesta responsabilidad de Mario Vázquez Jiménez en los hechos del día de las elecciones. Los miembros de este medio informativo suponían que se habían granjeado "la ira del gobierno del Estado por la forma en que ha venido abordando el caso municipal, exponiendo los hechos en su realidad, sin compromisos de ninguna clase y abriendo sus páginas al público para que exponga sus ideas sin más tentativas que el respeto a la moral ciudadana". Asimismo, hacía referencia la nota a los colegas matutino *Diario del Yaqui*, y vespertino *Ultima Hora*, los cuales "han abierto una campaña deleznable y difamatoria contra nuestro redactor Mario Vázquez Jiménez, acusándolo de soliviantar al pueblo y de dirigir los actos de violencia que provocó el propio régimen, en su capricho de imponer en la

presidencia municipal al señor Gilberto Oroz". Al día siguiente, *El Imparcial* daba una noticia bomba. En Cajeme estaban hechos los escrutinios antes de efectuarse las elecciones y reportaba los sucesos violentos el día de las elecciones.

Por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos en algunas zonas de Sonora -Cajeme, Navojoa, Guaymas y Cananea-, así como en la ciudad de México, en donde en el segundo trimestre de 1958 nos dice Olga Pellicer de Brody, en su obra *El afianzamiento de la estabilidad política*, que habían surgido acciones político-económicas entre otros sindicatos importantes del país -telegrafistas y ferrocarrileros-, así como el avance y consolidación del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), la respuesta del gobierno, debido a la cercanía de las elecciones presidenciales, fue de no recurrir sino en casos extremos a la represión abierta. Fiel a este principio, le correspondió al Departamento del Distrito Federal, por medio de la policía y los granaderos, implementar las acciones de "convencimiento" hacia los integrantes del MRM. La represión aceleró la combatividad de la organización magisterial, que ahora además de su lucha por un incremento salarial, protestaba contra la brutalidad policiaca. Para finales de abril, el movimiento había paralizado parcial o totalmente la mayoría de las escuelas primarias de la capital del país. Las autoridades de la SEP no tenían el menor interés por dialogar con los representantes del MRM. La prensa también jugó su papel, ya que lanzaban ataques al movimiento encabezado por Othón Salazar, al cual se le identificaba como comunista. Por el nivel que había alcanzado el movimiento de los maestros huelguistas, se hizo necesaria la intervención de Benito Coquet, secretario de la Presidencia de la República. Las negociaciones giraron en torno al desalojo de las instalaciones de la SEP y la reanudación de labores. A cambio, se les ofrecía a los huelguistas el pago de salarios y la promesa de un incremento. El MRM decidió dar por terminada la ocupación de los patios de la SEP y el movimiento de huelga el 3 de julio.

Al mediar el año, se dio el fortalecimiento de las acciones sindicales independientes en el país. En esas fechas, Demetrio Vallejo resultó electo por primera vez secretario general del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana. También surgió un movimiento independiente al

interior del sindicato petrolero. Se celebraban múltiples mítines y manifestaciones de obreros, estudiantes y maestros en la ciudad de México. La investigadora Olga Pellicer concluye que en 1958 "coincidieron una serie de circunstancias políticas y económicas que pusieron de manifiesto la crítica situación por la que atravesaba la mayor parte de la clase obrera organizada".

El Imparcial, en su edición del 12 de julio daba a conocer a la opinión pública la siguiente disposición: "A partir de esta fecha, ninguna autoridad civil o militar tolerará en el Estado de Sonora -lo mismo se hará en todo México- la celebración de mítines o reuniones de cualquier índole que tengan por objeto causar agitación con el pretexto de la recién terminada contienda electoral. Nadie tiene derecho a perturbar la tranquilidad pública con desahogos personales o de partido y se obrará con suma energía para lograr que la paz y el trabajo no se interrumpan".

La solución al conflicto poselectoral del municipio de Cajeme trajo consigo nuevos elementos al quehacer político de la entidad. En primer término el gobernador Obregón Tapia anuló las elecciones municipales; el presidente municipal, René Gándara, solicitó licencia para separarse del cargo por motivos de salud, por lo que se acordó nombrar un Concejo Municipal; el Ejecutivo estatal se comprometió a convocar a elecciones en un plazo máximo de tres meses. Estas medidas que anunciaban la "apertura democrática" del sistema, no alcanzaron a los líderes de la UGOCM, ya que fueron enviados a prisión por demandar el reparto del latifundio Green. El sustento de la acción gubernamental fue ni más ni menos que la aplicación de la ley contra delincuentes comunes. ¿Por qué? Nadie podía interferir en la decisión ya tomada, la expropiación del predio conocido como latifundio de Cananea por causa de utilidad pública.

Bartolomé Delgado de León en una parte de su artículo del 5 de noviembre de 1958 señaló:

"Ciudad Obregón y el Municipio todo de Cajeme son, actualmente, un enorme campo de concentración. Aquí, sin justificación legal de ninguna clase, sin argumento válido alguno, sin otro pretexto que una soberbia tremenda, se están pisoteando los Derechos Humanos, se están haciendo pedazos las garantías individuales y se está haciendo mofa de la Constitución General

de los Estados Unidos Mexicanos”.

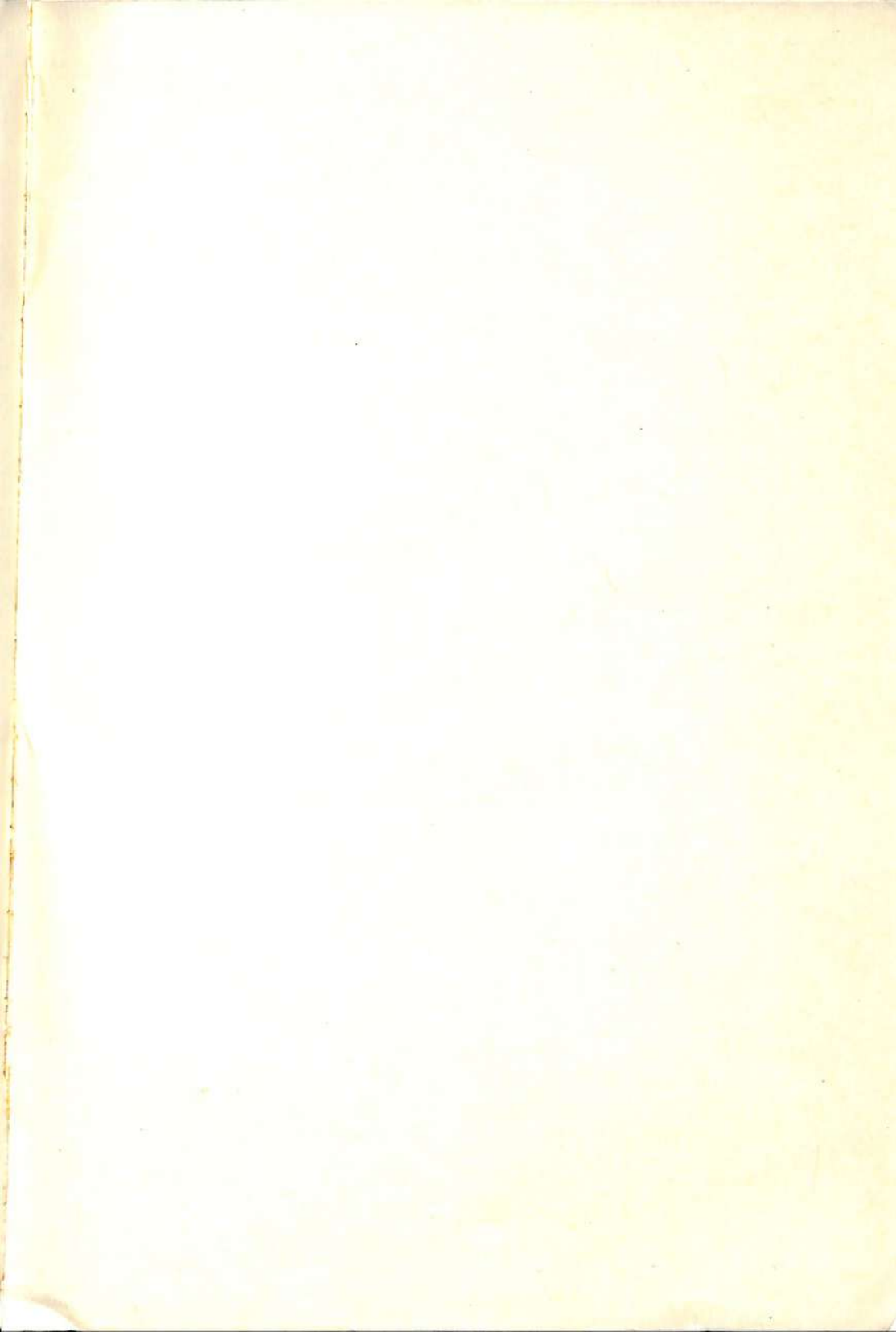
Al nuevo gobierno, encabezado por Adolfo López Mateos -según José Luis Reyna-, se le presentaba un doble camino con respecto a definir su posición ante las organizaciones de masas: o se suprimía la forzada tolerancia sindical que se había iniciado en 1958, o se toleraba la expresión política de algunos sectores de la clase obrera. Según la historia, los hombres del Valle del Yaqui quedaron en la primera opción.

Gustavo Lorenzana
Profesor-investigador
del Departamento de Historia y Antropología
de la Universidad de Sonora

Hermosillo, Sonora. Noviembre de 1993

Y DIGALO QUE YO LO DIJE se terminó de imprimir el 30 de marzo de 1994, en los talleres de Impresora SINO, S.A. de C.V., tel. 18-86-16, bajo el patrocinio del Gobierno del Estado de Sonora y la Secretaría de Educación y Cultura. Esta edición consta de 2,000 ejemplares. Impreso en Hermosillo, Sonora, México.

Diseño de portada: Martín Alonso Castillo



El contenido de este libro es una ingeniosa composición con la que el escritor Mayo Murrieta Saldívar realiza, a través de una selección de columnas periodísticas, una doble semblanza: la del Periodista Bartolomé Delgado de León, y la del Valle del Yaqui, ésta en lo que toca al arranque, en 1934, de un proceso de desarrollo que lleva a Cajeme a destacar en México entero, y también en lo que se refiere al episodio político conocido como "El Contrerismo", que en los años cincuentas atrajo también la atención nacional sobre nuestro Estado. Bartolomé Delgado de León aparece en esta composición lograda por Murrieta Saldívar, en las facetas más significativas, las que lo dibujaron, para el reconocimiento de los sonorenses, como Periodista, Profesor, Poeta y Luchador Civil de su tiempo.

Para Mayo, el amigo más de
 un poeta, amigo de los
 de los

Señor de la arena brava,
 jugador de pedernales,
 dime por qué, cuando sales
 hasta la sangre se lava.
 Dime por qué, cuando clavas
 el estoque en lumbros de toro,
 resalta el claudel del oro
 cuajado en torso de luces,
 para que pongas ~~la~~ mil
 en el ruido del ajoro.

074849
 \$ 50.00

~~Señor de regomontano~~
~~que sabe burlar la muerte,~~
~~como que rompe la suerte~~
~~cuando piensas en mánicure.~~

Señor de regomontano
 que sabe burlar la muerte,
 como que rompe la suerte
 cuando piensas en mánicure.
 (Cuando claro mi ventana
 en la altura de tu ~~toro~~ ruido,
 el toro se ~~mueve~~ mueve ~~en~~ cielo
 cuajado de nubes grises
 para que tú te deslices,
 murcienda, sobre tu adbebo.

Ofelia Murrieta
 01

